



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

Cuando el amor te hace temblar en otoño, es mejor que el invierno no llegue nunca: las primeras nevadas pueden arrebatarte a quien más deseas.

Hace años, Grace estuvo a punto de morir devorada por una manada de lobos. Inexplicablemente, uno de ellos, un lobo de intensos ojos amarillos, la salvó.

Desde entonces todos los inviernos Grace se asoma al bosque y, desde la distancia, lobo y chica se observan. Cuando llega el calor, la manada desaparece y, con ella, «su lobo».

Pero este año, Grace deseará que el invierno no llegue y que el otoño dure para siempre.

Ha conocido a un chico, se llama Sam. Es un tipo normal, salvo por sus ojos.

Son de un extraño color amarillo.

LELIBROS

Maggie Stiefvater

Temblor Los lobos de Mercy Falls - 1

Para Kate, porque lloró



Me recuerdo tendida en la nieve, un diminuto y cálido bulto rojo enfriándose en medio de un corro de lobos. Apiñados a mi alrededor, me lamían, me mordían, jugueteaban conmigo. Sus cuerpos amontonados bloqueaban el escaso calor del sol. El hielo les centelleaba en los cuellos y sus alientos creaban sombras opacas que flotaban en el aire. El aroma almizclado de sus pieles me hacía pensar en perros mojados y hojas quemándose, y me resultaba agradable y aterrador a un tiempo. Sus lenguas dejaban un rastro cálido sobre mi piel; sus bruscos dientes me rasgaban las mangas y se me enganchaban en el cabello; me hurgaban en las clavículas y el cuello, queriendo sentir mi pulso.

Pude gritar, pero no grité. Pude luchar, pero no luché.

Me limité a quedarme tendida a la espera de que ocurriese lo inevitable, mientras observaba como el blanco cielo invernal se volvía gris.

Cubriéndome el rostro con su sombra, un lobo me presionó la mano y la mejilla con el hocico. Clavó sus ojos amarillos en los míos mientras los demás me tironeaban de aquí y de allá.

Me aferré a aquellos ojos tanto como pude. Amarillos y próximos, emitían

destellos de múltiples tonalidades doradas.

No quería que apartase la mirada, y no lo hizo. Deseaba extender los brazos y agarrarme a él, pero las manos se me quedaron acurrucadas en el pecho, atenazadas por unos músculos que se nezaban a moverse.

No lograba acordarme de cómo era tener calor.

El lobo se alejó y los demás se me acercaron aún más, asfixiantes. Me pareció que algo aleteaba en mi pecho.

No había sol; no había luz. Me estaba muriendo. No recordaba el aspecto del cielo.

Pero no morí. Me perdí en un mar de frío y después, al renacer, me vi en un mundo cálido.

Recuerdo una cosa: sus oi os amarillos.

Creí que jamás volvería a verlos.



Arrancaron a la muchacha del columpio del patio trasero y la arrastraron al bosque; su cuerpo dejó un rastro tenue sobre la nieve, desde su mundo al mío. Fui testigo de lo que sucedió. No lo impedi.

Había sido el invierno más largo y más frío de mi vida. Día tras día, un sol débil, sin calor. Y también el hambre; un hambre que quemaba y carcomía, un ama despiadada. Ese mes, nada se movió; el paisaje se había congelado, una maqueta carente de color y de vida. A uno de los nuestros le habían pegado un tiro mientras robaba basura junto a la puerta trasera de una casa, de modo que el resto de la manada se había refugiado en el bosque, condenada a morir de hambre lentamente y a desesperar mientras el calor no llegase. Hasta que encontraron a la niña. Hasta que la atacaron.

Se agazaparon a su alrededor gruñendo y lanzando dentelladas; querían ser los primeros en desgarrar la presa.

Lo vi. Vi sus ijadas temblando de impaciencia. Los vi arrastrar el cuerpo de la niña de aquí para allá, apartar la nieve hasta que apareció el suelo desnudo. Vi sus hocicos ensangrentados. Pero no lo impedí. Yo ocupaba un lugar prominente en la manada —Beck y Paul se habían encargado de ello—, así que podría haber intervenido; pero me mantuve a distancia, temblando de frío y hundido en la nieve hasta la mitad de las patas. La niña olía a calor, a vida y, por encima de todo, a ser humano. ¿Qué le pasaba? Si estaba viva, ¿por qué no peleaba?

Me llegó el aroma de su sangre, una fragancia tibia, nítida, en un mundo muerto y frío, y vi a Salem temblar mientras le desgarraba la ropa a sacudidas. El estómago se me retorció dolorosamente; hacía mucho que no probaba bocado. Me hubiera gustado abrirme paso entre los demás hasta colocarme junto a Salem, fingir que no olía el aroma humano ni oía los debiles lamentos de la niña. Parecía tan pequeña ante nuestra brutalidad, tan indefensa mientras la manada se cerraba a su alrededor, dispuesta a intercambiar su vida por las nuestras...

Me abri paso soltando un gruñido y enseñando los dientes. Salem me respondió del mismo modo, pero, pese a mi juventud y a la debilidad que me había causado el hambre, lo superaba en envergadura. Amenazándome con un rugido, Paul me conminó a retirarme.

Me encontraba junto a la niña, que tenía la mirada perdida en la infinidad del cielo. Quizás estuviera ya muerta. Olisqueé su mano; aquel perfume, todo azúcar, mantequilla y sal, me trajo a la memoria el recuerdo de una existencia distinta.

Y luego reparé en sus ojos.

Despiertos. Vivos.

La niña me estaba mirando fijamente, sosteniéndome la mirada con una franqueza desgarradora.

Retrocedí de un salto y me puse a temblar de nuevo; pero, esta vez, lo que me sacudía el cuerpo no era la ira.

Los ojos de la niña clavados en los míos. Su sangre tiñéndome la cara.

Me sentía desgarrado por dentro y por fuera.

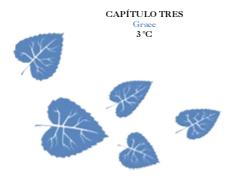
Su vida.

Mi vida

Recelosa, la manada se replegó a mi alrededor. Me gruñeron porque ya no era uno de ellos, y también para disputarme la presa. Pensé que aquélla era la niña más bonita que jamás había visto, un ángel ensangrentado en la nieve, e iban a despedazarla.

Lo vi. La vi a ella, la vi como si se tratara de la primera vez que veía.

Y lo impedí



Volví a verlo después de aquello, siempre cuando hacía frío. Se presentaba en el lindero del bosque, junto a nuestro patio trasero, y clavaba en mí sus ojos amarillos mientras y o rellenaba el comedero de los pájaros o sacaba la basura, pero nunca se acercó. Entre el día y la noche, durante un rato que se hace eterno en el largo invierno de Minnesota, me mecía en el columpio hasta que presentía su mirada. Más tarde, cuando fui demasiado mayor para columpiarme, caminaba hasta más allá del porche trasero y me aproximaba a él en silencio, con una mano extendida y la cabeza gacha. Sin amenazas. Intentaba comunicarme con él en su idioma

Sin embargo, por mucho que esperara, por mucho que me esforzase en llegar hasta él, siempre se evaporaba en la espesura sin darme tiempo a salvar la distancia que nos separaba.

No me daba miedo. Era grande como para arrancarme del columpio, fuerte como para tirarme al suelo y arrastrarme al bosque. Pero la ferocidad de su aspecto no se correspondía con la expresión de su mirada. Recordaba aquellos ojos de mil tonalidades amarillas y me resultaba imposible tenerle miedo. Sabía

que jamás me haría daño.

Quería que supiera que yo tampoco le haría daño a él.

Esperé. Esperé mucho tiempo.

Y él también esperó, aunque yo no sabía por qué. Me parecía que sólo yo quería acercarme.

Sin embargo, él siempre estaba allí, observando como yo lo observaba. Nunca se acercaba a mí, pero tampoco se alejaba.

El juego se repitió sin variaciones durante seis años: la sobrecogedora presencia de los lobos en invierno y su ausencia, aún más sobrecogedora, en verano. No se me ocurrió pensar que había un motivo para aquella intermitencia. Creía que eran lobos. Simples lobos.

CAPÍTULO CUATRO Sam 32 °C

El día que estuve a punto de hablar con Grace fue el más caluroso que recuerdo. Aunque la librería tenía aire acondicionado, el calor entraba a bocanadas por la puerta y a través de los ventanales. Yo estaba acomodado en un taburete tras el mostrador, intentando absorber hasta la última gota del verano. Con el paso de las horas, la luz del mediodía fue destiñendo los libros de las estanterías hasta convertirlos en una versión pálida y brillante de sí mismos, y calentó el papel y la tinta que guardaban hasta que flotó en el aire un olor a palabras no leídas.

Disfrutaba de esas cosas cuando era un ser humano.

Mientras leía, la puerta se abrió con un tintineo y dejó entrar un soplo de calor sofocante y, con él, a tres chicas. Como se reían y bromeaban entre si, pensé que no necesitaban mi ayuda, así que continué ley endo mientras las oía corretear a lo largo de las estanterías y hablar de cualquier cosa excepto de libros.

No creo que hubiese pensado más en ellas de no ser porque, con el rabillo del ojo, vi cómo una se recogia la melena, de un tono rubio oscuro, en una coleta. En si, el gesto no tenía nada de particular, pero permitió que un aroma tenue se extendiese por el aire. Reconocí ese olor. Lo supe de inmediato.

Era ella. Tenía que serlo.

Escondí la cara tras el libro y miré con disimulo hacia las chicas. Las otras dos seguían hablando y gesticulando bajo un pájaro de papel que yo había colgado del techo en la sección infantil. Ella, sin embargo, guardaba silencio; se había separado de sus compañeras y observaba los libros que la rodeaban. En ese instante, vi su rostro y reconocí algo mío en su expresión. Sus ojos saltaban de anaquel en anaquel buscando vías de escape.

Había imaginado mil versiones de aquella situación, pero, a la hora de la verdad no supe qué hacer.

Estaba allí en realidad. Era diferente cuando la veía en el patio trasero de su casa, leyendo un libro o haciendo los deberes en su cuaderno. Allá, el abismo entre nosotros parecía infranqueable; me sobraban los motivos para mantener las distancias. En cambio, en la librería estábamos muy cerca, por primera vez en el mismo mundo. Nada me impedia aproximarme a ella.

Me miró, y yo aparté la vista al instante y me concentré en el libro. No creía que pudiera reconocer mi cara, pero sí mis ojos. Sí, tenía que reconocer mis ojos.

Deseé que se marchara para recuperar el aliento.

Deseé que comprara un libro para tener la oportunidad de hablar con ella. Entonces, una de sus amigas la llamó:

—¡Grace, ven y mira esto! La graduación: cómo entrar en la universidad de tus sueños. Suena genial. /no crees?

Ella se agachó junto a las demás para examinar los libros y yo inhalé lenta y profundamente mientras observaba su espalda, esbelta e iluminada por el sol. Ví que se encogía de hombros levemente, como si el interés que mostraba fuese tan sólo un gesto de cortesía; luego asintió y señaló otros libros, pero me pareció que estaba distraída. La luz que se filtraba por las ventanas le atrapaba los cabellos sueltos de la coleta y los transformaba en hebras doradas e incandescentes. Me di cuenta de que movía la cabeza hacia delante y hacia atrás de un modo apenas perceptible, al ritmo de la música ambiente.

—Ov e...

Di un respingo al ver aparecer una cara frente a mí. No era Grace sino una de sus amigas, una chica de cabello oscuro y piel morena. Llevaba una cámara enorme colgada del hombro y me miraba directamente a los ojos. No decía nada, pero era evidente lo que estaba pensando. Las reacciones a mi color de ojos variaban entre las miradas furtivas y las descaradas; al menos, ella no ocultaba su estunor.

-- ¿Te importa si te saco una foto? -- preguntó.

Miré alrededor mientras buscaba una excusa.

Algunos pueblos piensan que, al sacarle una foto a una persona, le arrebatas también el alma. A mi me parece una forma de pensar bastante

acertada, así que lo siento mucho, pero prefiero que no lo hagas. —Me encogí de hombros con aire de disculpa—. Puedes fotografiar la librería, si quieres.

La tercera chica se colocó junto a la de la cámara; tenía una melena crespa de color castaño y la piel pecosa, e irradiaba tal cantidad de energía que me sentí exhausto.

-¿Ligando, Olivia? No tenemos tiempo para eso. Venga, nos llevamos éste.

Le cogí el libro de las manos y eché un vistazo fugaz en busca de Grace.

-Diecinueve dólares con noventa y nueve centavos -anuncié.

El corazón me latía con fuerza.

—¿Por una edición de bolsillo? —protestó la chica pecosa mientras me daba un billete de veinte—. Quédate con la vuelta.

En la librería no teníamos un bote para las propinas, así que dejé el centavo en el mostrador, junto a la caja registradora. Metí el libro en una bolsa y me demoré preparando el tique con la esperanza de que Grace viniese a ver por qué tardaba tanto.

Pero ella se quedó en la sección de biografías, ley endo los títulos de los lomos con la cabeza ladeada. La muchacha pecosa cogió la bolsa y nos sonrió a Olivia y a mí. Después, ambas se reunieron con Grace y se encaminaron hacia la puerta.

« Date la vuelta, Grace. Mírame. Estoy aquí». Si se hubiese vuelto en aquel momento, me habría visto los ojos y me habría reconocido, sin duda.

La chica de las pecas abrió la puerta con un tintineo y les dedicó a sus compañeras un gesto de impaciencia: era hora de irse. Olivia volvió la cabeza durante un instante y nuestras miradas se encontraron. Me daba cuenta de que estaba observando a las chicas con descaro —a Grace, en realidad—, pero no podía evitarlo.

Olivia frunció el ceño y puso un pie en la calle.

—Grace, vámonos y a —insistió la muchacha pecosa.

Me dolía el pecho; mi cuerpo hablaba un lenguaje que mi mente no era capaz de comprender.

Esperé.

Pero Grace, la única persona en el mundo a quien deseaba conocer, se limitó a acariciar con un dedo la cubierta de un libro del mostrador de novedades y luego salió de la librería sin advertir que yo estaba allí, a su alcance.



Hasta que no mataron a Jack Culpeper, no supe que los lobos del bosque eran, en realidad, licántropos.

En septiembre de mi último año de secundaria, cuando todo ocurrió, Jack era el único tema de conversación en el pueblo. La verdad, no podía considerarse que Jack, en vida, hubiese sido un tipo estupendo; lo más notable que podía decirse de él era que poseía el coche más caro del aparcamiento del instituto, incluyendo el del director. En realidad, había sido un imbécil. Sin embargo, la muerte le hizo merecedor de una santidad instantánea. La naturaleza de lo sucedido había dejado huella, una huella honda y horripilante. A los cinco días de su fallecimiento, circulaban por los pasillos del instituto mil versiones diferentes de los hechos

Y todas conducían a la misma conclusión: los lobos eran muy peligrosos.

Dado que mi madre no solía ver las noticias y mi padre padecía una fobia crónica a estar en casa, ese temor generalizado tardó en filtrarse en nuestra familia, y sólo tomó cuerpo al cabo de unos cuantos días. Durante los seis años anteriores, mi incidente con los lobos había ido desdibujándose en la mente de mi madre, siempre ocupada en sus cuadros y envuelta en una nube de olor a trementina, pero la muerte de Jack volvió a colocarlo bruscamente en primer plano.

Sin embargo, no habría sido típico de mi madre canalizar su creciente inquietud hacia algo razonable como, por ejemplo, pasar más tiempo con su única hija, la misma a la que habían atacado los lobos. Lejos de eso, se volvió aún más dispersa que de costumbre.

-Mamá, ¿quieres que te ayude con la cena?

Mi madre me miró con expresión culpable. Concentrada como estaba en el televisor, dedicaba escasa atención a los champiñones que tenía dispuestos en la tabla de cortar.

—Qué cerca, ¿no? Me refiero al lugar donde lo encontraron —dijo, señalando el televisor con el cuchillo.

En la pantalla se veía un presentador de expresión exageradamente sincera, junto a un mapa de nuestro condado y una borrosa imagen de un lobo. «La búsqueda de la verdad continúa», decía. Llevaban una semana contando la misma noticia una y otra vez, y aún no había nada claro. El animal de la foto ni siquiera pertenecía a la misma especie que mi lobo; no tenía el pelo de color gris plomizo ni aquellos ojos de un amarillo ambarino.

—Es que no me lo puedo creer —continuó mi madre—. Ocurrió al otro lado del bosque de Boundary. Lo mataron allí.

—O se murió.

Mi madre me miró frunciendo el ceño, tan débil, delicada y hermosa como siempre.

—¿Cómo?

Levanté la vista del cuaderno, en donde se sucedían unas reconfortantes líneas de números y símbolos.

—Tal vez se desmayara junto a la carretera, y luego, mientras estaba inconsciente, los lobos lo arrastraran al bosque. No es lo mismo. No entiendo por qué hay que sembrar el pánico sin motivo.

Con la mirada puesta de nuevo en el televisor, mi madre cortaba los champiñones en trozos tan diminutos como para alimentar a una ameba. Meneó la cabeza

-Lo atacaron, Grace, lo atacaron,

Contemplé el bosque a través de la ventana, las desvaídas hileras de árboles que se erguían fantasmales en la oscuridad. No había rastro de mi lobo.

-Mamá. ; no me has dicho mil veces que los lobos suelen ser pacíficos?

«Los lobos son animales pacíficos». Mi madre llevaba años con la misma canción. En mi opinión, la única manera que tenía de seguir viviendo en nuestra casa era convencerse de que los lobos atacaban en rarísimas ocasiones, e insistir en que lo que me había sucedido a mí era excepcional. No sé si ella se lo creía de

verdad, pero yo sí. No en vano había visto lobos en el bosque desde que tenía uso de razón, y conocía sus caras y caracteres.

Por ejemplo, estaba aquel lobo flaco con manchas oscuras y aspecto enfermizo que permanecía en las profundidades del bosque y sólo se mostraba durante los meses más frios. Todo en él—el pelo enmarañado e hirsuto, la oreja cortada y el ojo tuerto— hablaba de un cuerpo maltrecho, y su mirada desorbitada y salvaje insinuaba una mente enferma. Recordé cómo me había desgarrado la piel con los dientes. No me costaba imaginármelo volviendo a atacar a un ser humano en el bosque.

Y también estaba la loba blanca. Una vez leí que los lobos se emparejaban para toda la vida, y a ella la había visto con el jefe de la manada, un lobo corpulento y tan negro como blanca era ella. Él le olfateaba el hocico mientras la guiaba entre los árboles desnudos, hasta que ambos se perdieron en la espesura centelleando como peces en un arroyo. Había en aquella loba una hermosura bárbara y agitada; a ella también me la imaginaba atacando a una persona. Pero ¡al resto? Eran fantasmas silenciosos y gráciles que se fundian con la naturaleza. No me daban miedo

—Sí, pacíficos... —Mi madre le hizo un tajo a la tabla—. Tal vez lo mejor fuera que los cazaran a todos y los soltaran en Canadá, o algo por el estilo.

Ceñuda, volví a fijar la vista en los deberes. Los veranos sin ver a mi lobo y a eran bastante malos. Cuando era pequeña, aquellos meses se me hacían intolerablemente largos y estaba todo el tiempo esperando a que los lobos volvieran a anarecer.

Pero desde mi encuentro con el lobo de ojos amarillos, era aún peor. Durante aquellos interminables meses, me imaginaba corriendo grandes aventuras en las que me transformaba en loba por las noches y corría junto a mi lobo hasta llegar a un bosque dorado en el que nunca nevaba.

Con el tiempo, comprendí que ese bosque dorado no era real, pero la manada y el lobo de ojos amarillos sí lo eran.

Suspirando, dejé el cuaderno de matemáticas en la mesa y me coloqué junto a mi madre, frente a la tabla de cortar.

-Déjame hacerlo a mí. Tú te estás armando un lío.

Como era de esperar, no protestó, sino que me regaló una sonrisa y se alejó como si hubiera estado esperando a que yo me diera cuenta de lo mal que lo estada haciendo.

-Si terminas de hacer la cena -manifestó-, te querré para siempre.

Hice una mueca y cogí el cuchillo. Mi madre siempre estaba manchada de pintura y vivía en un estado de permanente despiste. No se parecía en nada a las madres de mis amigos: jamás llevaba delantal y nunca pasaba la aspiradora ni nada semejante. En realidad, a mí me gustaba tal como era: diferente. Pero en aquel momento, lo que quería era terminar de una vez los deberes.

—Gracias, cariño. Estaré en el estudio.

Si mi madre hubiera sido una de esas muñecas que reproducen una frase grabada cuando les presionas la barriga, no cabe duda de que aquellas palabras habrían formado parte de su repertorio.

-No te intoxiques con la trementina -le dije, pero ya había desaparecido escalera arriba

Tras echar los restos mortales de los champiñones en un cuenco, me fijé en el reloj que colgaba de la pared pintada de amarillo claro. Todavía faltaba una hora para que mi padre regresara del trabajo. Tenía tiempo de sobra para hacer la cena v. tal vez para salir más tarde a ver si estaba mi lobo.

En la nevera encontré un pedazo de carne que, creí intuir, debía acompañar a los champiñones. Lo saqué y lo puse sobre la tabla. En las noticias de la tele, un « experto» elucubraba sobre la conveniencia de limitar o trasladar la población de lobos de Minnesota. Aquello me puso de mal humor.

Sonó el teléfono

−¿Sí?

—Hola. /qué tal?

Era Rachel. Me alegró oírla; era el polo opuesto a mi madre: organizada hasta la saciedad y siempre atenta y disponible. Con ella no me sentía tan marciana como de costumbre. Me coloqué el teléfono entre la oreja y el hombro y, mientras hablaba, corté la carne y separé un pedacito para más tarde.

--Aquí estoy, haciendo la cena y escuchando las bobadas que dicen en el telediario

Rachel adivinó al instante a qué me refería.

—Ya. Surrealista, ¿eh? Están dale que te pego con lo mismo. En realidad, es puro morbo. ¿Por qué no se callarán y nos dejarán pensar en otra cosa? Ya es suficiente con ir al instituto y oír la historia una y otra vez. Además, para ti debe de ser bastante desagradable, después de lo que te pasó con los lobos, y más para los padres de Jack Seguro que están deseando cerrarles el pico a esos periodistas —Rachel parloteaba a tal velocidad que me costaba entenderla. Me perdí momentáneamente y sólo retomé el hilo cuando me hizo una pregunta—. ¿Te ha llamado Olivia?

Olivia era la otra integrante de nuestro trío, y también la única capaz de comprender vagamente mi fascinación por los lobos. Pocas eran las noches en que no hablaba por teléfono con ella o con Rachel.

—Supongo que andará por ahí haciendo fotos. Esta noche había lluvia de estrellas, ¿no?—respondí.

Olivia se enfrentaba al mundo a través del objetivo de su cámara; la mitad de mis recuerdos escolares parecían estar en blanco y negro, estampados en un papel brillante de diez por quince centímetros.

-Tienes razón -convino Rachel-. Olivia no se la perdería por nada del

mundo. ¿Tienes un rato para hablar tranquilamente?

Miré el reloj.

- —Más o menos. Sólo mientras termino de hacer la cena. Luego tengo que ponerme con los deberes.
- —Vale. Será un segundo. Escucha con atención lo que voy a decirte. Son dos palabras: escapada.

Puse la carne a dorar

-Eso es una palabra. Rachel.

Hizo una pausa.

- —Si, pero me sonaba mejor en dos. En fin, ahí va la noticia: mis padres han dicho que si quiero ir a algún sitio esta Navidad, me pagarán el viaje. Me muero de ganas de viajar a algún lado, a donde sea, con tal de salir de Mercy Falls. Mañana, después de clase, ¿vendríais Olivia y tú a ayudarme a escoger?
 - -Sí, claro.
- —Si encontráramos un buen sitio, incluso podríais apuntaros —propuso Rachel.

Me tomé unos momentos para contestar. La palabra «Navidad» me había hecho evocar de inmediato el aroma del árbol navideño, la infinidad oscura del estrellado cielo invernal sobre el patio trasero y los ojos de mi lobo asomándose entre árboles cubiertos de nieve. Tal vez estuviese ausente el resto del año, pero mi lobo nunca faltaba a su cita en Navidad.

Rachel resopló.

—¡Grace, no te pongas a mirar al infinito pensando en las musarañas! ¡Sé que estás haciendo eso exactamente! ¡No me digas que no te apetece salir de este agujero!

Lo cierto era que no me apetecía demasiado. Aquél era mi sitio.

- —No he dicho que no… —protesté.
- —Tampoco te has puesto como unas castañuelas gritando « síii, síii», que es lo que tendrías que haber hecho. De todas maneras, vendrás a mi casa, ¿no?
- —Por supuesto, ya lo sabes —le aseguré, estirando el cuello para mirar por la ventana trasera—. Ahora tengo que colgar.
- —Vale, vale —repuso Rachel—. Trae galletas. No te olvides. Te quiero. Adiós. —Soltó una carcajada y colgó.

Dejé el teléfono en la encimera y puse el estofado a fuego lento para estar segura de que no se iba a quemar en mi ausencia. Luego cogí mi abrigo del perchero y abrí la puerta corredera que daba al porche.

El aire frío me mordió las mejillas y me aguijoneó la parte superior de las orejas, recordándome que el verano había llegado a su fin. Tenía el gorro de lana guardado en el bolsillo del abrigo, pero como sabía que mi lobo no siempre me reconocía cuando lo llevaba puesto, preferí dejarlo donde estaba. Atisbé el fondo del patio y salí del porche intentando adoptar un aire de indiferencia. El trozo de

carne que llevaba en la mano estaba frío y resbaladizo.

Caminé pisando la hierba seca y desvaída, y me detuve un momento en el centro del patio, abrumada por el rosa violáceo del atardecer que se filtraba a través de las oscuras hojas de los árboles. Aquel paisaje severo pertenecía a un mundo diferente al de nuestra pequeña y cálida cocina, con su reconfortante aroma a supervivencia fácil. La cocina se encontraba en mi mundo; en el mundo donde, en teoría, yo deseaba estar. Sin embargo, los árboles me llamaban, me invitaban a olvidar lo que conocía y a desaparecer en la noche que se avecinaba. Hacía algún tiempo que aquel deseo me acuciaba con una intensidad desconcertante

Las sombras que bordeaban el bosque parecieron moverse y entonces vi a mi lobo junto a un árbol, olisqueando el aroma de la carne que yo llevaba en la mano. El alivio de verlo se desvaneció cuando movió la cabeza y el rectángulo de luz amarilla procedente de la puerta corredera le iluminó la cara. Entonces vi que tenía el hocico cubierto por una costra de sangre vieja y reseca. De hacía días

No dejaba de husmear; captaba el olor de la carne en mi mano. Fuera por ese motivo o porque reconocia mi presencia, se atrevió a dar unos pasos más allá del lindero. Y después, unos cuantos pasos más. Nunca se habia acercado tanto.

Estábamos tan próximos que podría haber acariciado su deslumbrante pelaje, e incluso haberle limpiado la mancha roja del hocico.

Deseaba con todas mis fuerzas que aquella sangre fuese suya, de algún corte o arañazo producido en una pelea.

Pero no me parecía que fuera así. Aquella sangre pertenecí a otro.

—¿Lo mataste tú? —susurré.

Para mi sorpresa, no huy ó al oír mi voz. Estaba quieto como una estatua, y sus ojos ambarinos me miraban a la cara en lugar de fijarse en el trozo de carne.

—Sólo hablan de eso en las noticias —dije, como si pudiera entenderme—. Dicen que fue una carnicería, y que la hicieron animales salvajes. ¿Fuiste tú?

Me estuvo mirando, inmóvil y sin pestañear, durante un rato más. Y luego, por primera vez en seis años, cerró los ojos. Aquello contradecía todos los instintos naturales que un lobo podría tener. Después de toda una vida de vigilancia constante, se quedaba ahora petrificado, como atravesado por un dolor humano, con los ojos cerrados, la cabeza gacha y el rabo pegado a las patas.

Nunca había visto una escena tan triste.

Muy despacio, con sumo cuidado, me acerqué a él, más temerosa de asustarlo que del hocico teñido de escarlata o de los dientes que éste ocultaba. Alzó las orejas como si quisiera reconocer mi presencia, pero no se movió. Me acuclille y dejé el trozo de carne en el suelo, a mi lado. Él se estremeció al oírlo caer. Estaba tan cerca que podía percibir su punzante olor y notar la calidez de su aliento

Entonces hice lo que siempre había querido hacer: le acaricié el cuello y, al ver que seguia quieto, hundi las manos en su pelo. La capa externa no era tan suave como parecía, pero, bajo esa primera linea de pelo áspero, encontré un vello suave y algodonoso. Todavía con los ojos cerrados, el lobo gruñó suavemente y apoyó la cabeza en mis brazos. Lo abracé como si fuese el perro de la familia, aunque su aroma rudo e intenso me recordaba cuál era su verdadera naturaleza.

Por un momento, olvidé quién era yo o dónde me encontraba. Por un momento, no me importó.

Un movimiento captó mi atención: apenas visible en la penumbra, la loba blanca nos observaba desde el lindero del bosque con fuego en los ojos.

Sentí que el cuerpo del lobo vibraba y comprendí que le estaba gruñendo a la recién llegada. Llevada por una audacia extraordinaria, la loba se nos acercó, y mi lobo se revolvió para zafarse de mis brazos y enfrentarse a ella con una feroz tarascada.

La loba ni siquiera le gruñó y, de algún modo, eso hizo que la situación fuera aún más tensa. Cualquier otro lobo habría respondido; pero ella se limitaba a mirarnos alternativamente al lobo y a mí, transpirando un odio palpitante.

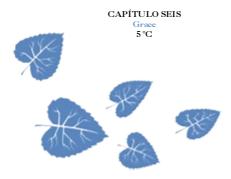
Sin dejar de gruñir por lo bajo, mi lobo me empujó y fue obligándome a retroceder hasta el porche. Tanteé los escalones con los pies y reculé hasta la puerta corredera. El lobo se quedó al pie de la escalera, esperando a verme entrar en la casa y cerrar la puerta.

En cuanto estuve en el interior, la loba blanca saltó hacia delante y se hizo con el trozo de carne. Aunque mi lobo estaba más cerca de ella y, por lo tanto, representaba la amenaza más directa, era a mí a quien miraba la loba. Nos estuvimos observando a través del cristal de la puerta durante unos largos instantes, y luego, como un fantasma, se evaporó en la espesura.

Mi lobo se quedó titubeante en el lindero del bosque, contemplando la tenue luz de la casa, observando mi silueta recortada en la puerta.

Extendí una mano sobre el cristal.

Nunca me había parecido tan vasta la distancia que nos separaba.



Cuando mi padre llegó a casa, yo seguía perdida en el silencioso mundo de los lobos, acariciando el recuerdo que el áspero pelaje de mi lobo me había dejado en las manos. A pesar de que me obligué a lavármelas antes de terminar de hacer la cena, el olor almizcleño del lobo quedó adherido a mi ropa, recordándome el encuentro a cada instante. El lobo había tardado seis años en permitirme tocarlo. Abrazarlo. Y luego me había protegido, tan naturalmente como si siemore lo hubiera hecho.

Necesitaba desesperadamente contárselo a alguien, pero sabía que mi padre no compartiría mi entusiasmo, sobre todo con la noticia del ataque saliendo una y otra vez en los telediarios. Mantuve la boca cerrada.

Las zancadas de mi padre resonaron en el recibidor y, aunque no había visto quién estaba en la cocina, exclamó:

-¡Qué bien huele la cena, Grace!

Luego entró y me dio una palmadita en la cabeza. Tras las gafas, tenía la mirada cansada, pero sonrió.

-¿Dónde está tu madre? ¿Pintando? -me preguntó mientras colgaba su

abrigo de una silla.

—¿La has visto alguna vez hacer otra cosa? —repuse, mirando el abrigo con los otos entrecerrados—. ¿A que no vas a dejar eso ahí?

Con una sonrisa afable, lo cogió y se acercó al pie de la escalera.

-; Trapos, hora de cenar!

Definitivamente, estaba de buen humor: había llamado a mi madre por su mote

Ella se presentó en la cocina en dos segundos justos. Se había quedado sin aliento tras bajar corriendo por la escalera —jamás andaba— y, por supuesto, tenía una franja de pintura verde en la mejilla. Mi padre le dio un beso tratando de no mancharse.

--: Te has portado bien, guapa?

Mi madre lo miró, pestañeando con coquetería. Por su expresión, parecía suponer lo que él iba a decirnos.

—De maravilla

—;Y tú. Grace?

-Meior que mamá.

Mi padre carraspeó.

-Señoras y caballeros, mi ascenso se hará oficial este viernes, así que...

Mi madre aplaudió y dio vueltas sobre sí misma, mirándose en el espejo de la entrada mientras giraba.

-¡Voy a alquilar ese sitio del centro!

Él sonrió v asintió.

—Y en cuanto a ti, Grace, te desharás de ese montón de chatarra que tienes por coche en cuanto encuentre tiempo para ir contigo al concesionario. Estoy cansado de tener que llevártelo al taller.

Entusiasmada, mi madre rió, volvió a aplaudir y se puso a bailotear por la cocina tarareando una cantinela sin sentido. Si alquilaba aquel estudio en el pueblo, probablemente no volvería a ver a ninguno de mis padres. Bueno, excepto para cenar. Solían aparecer cuando había comida en la mesa.

Sin embargo, poco importaba eso ante la perspectiva de tener al fin un medio de transporte fiable.

- -¿De verdad? ¿Un coche? Es decir, ¿uno que funcione?
- —Uno un poco menos desastroso —aseguró mi padre—. Pero nada del otro jueves.

Le di un abrazo. Un coche así significaba la libertad.

Aquella noche, en la cama, cerré los ojos con fuerza e intenté dormir. El mundo que se abría más allá de la ventana había enmudecido, como si hubiera nevado. Todavía no era época de nevadas, pero los sonidos se habían amortiguado.

Demasiado quedos.

Contuve el aliento y me concentré en la noche, tratando de percibir algún movimiento en la quietud de la oscuridad.

Al cabo de un rato, me di cuenta de que unos chasquidos débiles habían roto el silencio y me hacían cosquillas en los oídos. Habría jurado que se trataba de uñas que repiqueteaban en el porche, justo al lado de la ventana de mi habitación. ¿Habría un lobo en el porche? Tal vez fuese un mapache. Pero después oí algo que se revolvía y gruñía, y, desde luego, no era un mapache. Se me erizaron los pelos de la nuca.

Tras ponerme el edredón a modo de capa, salí de la cama y caminé de puntillas por el suelo de madera, iluminado por la luna creciente. Por un momento pensé que había soñado aquellos ruidos, pero entonces volvió a sonar el repiqueteo. Levanté las persianas y escudriñé el porche. El patio, perpendicular a mi habitación, estaba desierto. Los troncos de los primeros árboles formaban una barrera que me separaba de la espesura.

De repente se materializó frente a mí una cara, y di un respingo. Era la loba el discara me miraba desde el otro lado del cristal, con las zarpas apoyadas en el alfeizar. Estaba tan cerca que distinguí la humedad adherida a su pelaje. Clavó sus ojos azules en los míos, como si me retara a bajar la vista. Un gruñido grave reverberó por el cristal, y me pareció comprender su significado con tanta claridad como si lo hubiera visto escrito en la ventana: « No creas que él va a protegerte» .

La observé. Luego, sin saber lo que hacía, le enseñé los dientes y gruñí. Tan sorprendida como yo, la loba se dio la vuelta, me lanzó una mirada ominosa y orinó en la esquina del porche antes de perderse en la espesura.

Mordiéndome el labio para borrar aquella mueca de ferocidad, recogí mi jersey del suelo, volví a la cama, aparté la almohada y arrebujé el jersey para emplearlo en su lugar.

Me dormí arropada por el olor de mi lobo. Agujas de pino, lluvia fría, tierra húmeda, pelos ásperos cosquilleándome en la cara.

Era casi como si él estuviera conmigo.



Su olor se me había quedado prendido en el pelaje. Se aferraba a mí como si quisiera recordarme la existencia de un mundo distinto.

Estaba ebrio de su perfume. Me había acercado demasiado. Mis instintos me prevenían de hacer una cosa semejante, sobre todo cuando me acordaba de lo que había pasado con aquel chico.

La dulzura del verano en su piel, la cadencia casi familiar de su voz, la sensación de sus caricias. Todo mi cuerpo cantaba con el solo recuerdo de su proximidad.

Estábamos demasiado cerca.

Y no podía apartarme.



Durante la semana siguiente estuve distraída en el instituto, flotando a través de las clases sin apenas tomar apuntes. Sólo podía pensar en la sensación que el pelo del lobo me había dejado en las manos y en la imagen de la loba blanca gruñendo al otro lado de la ventana. No obstante, volví en mí cuando la señora Ruminski trajo a un policía al aula para la hora de tutoría.

Lo dejó solo delante de la pizarra, algo francamente cruel considerando que estábamos en la última hora y todos esperábamos con impaciencia el momento de salir. Tal vez pensara que un miembro de las fuerzas y cuerpos de seguridad tendría capacidad de sobra para controlar a un grupo de estudiantes de secundaria. Sin embargo, a los criminales se les puede sacar el arma y a los alumnos adolescentes, por muy ruidosos que sean, no.

Pese a su cinturón cuajado de pistoleras, espráis de defensa personal y demás armas, el policía parecía muy joven. Le echó un vistazo a la señora Ruminslá, que, poco dispuesta a ayudarle, aguardaba junto a la puerta del aula, y se señaló la placa que llevaba en la camisa: « William Koenig», decía. Según la señora Ruminski, había estudiado en el instituto, pero a mí no me sonaban ni el nombre ni

la cara

—Hola, soy el oficial Koenig —dijo—. Vuestra profesora, la señora Ruminski me pidió la semana pasada que os diese una charla.

Miré de reojo a Olivia, sentada a mi lado, para ver qué expresión tenía. Como siempre, era todo orden y limpieza: la viva imagen del sobresaliente. Llevaba el oscuro cabello recogido en una trenza perfecta y una camisa recién planchada. Para saber lo que pensaba, no había que hacer caso de lo que decía; si querías entenderla, había que mirarla a los ojos.

—Es guapo —me susurró—. Y me encanta el pelo cortado a cepillo. ¿Crees que su madre lo llamará Will?

Yo aún no sabía cómo reaccionar ante el repentino y locuaz interés de Olivia por los chicos, así que me limité a bizquear. Era guapo, si, pero no era mi tipo. La verdad es que todavía no había decidido cuál era mi tino.

—Ingresé en el cuerpo de policía al poco de terminar el instituto —explicó el agente Will; se había puesto muy grave y ceñudo al decir aquellas palabras, como si quisiera parecerse a los policías de los anuncios—. Éste es un oficio que siempre quise eiercer y que me tomo muy en serio.

-Y tanto -le murmuré a Olivia; no pensaba que su madre lo llamase Will.

El agente William Koenig nos miró y posó una mano en la culata de su pistola. Supongo que lo haría por costumbre, pero parecía que se dispusiera a dispararnos por estar cotorreando. Olivia se acurrucó en la silla y algunas chicas intercambiaron risitas.

—Es una profesión excelente y una de las pocas para las que, de momento, no hace falta título universitario —afirmó—. En fin... este... ¿alguno de vosotros piensa optar al cuerpo policial?

Fue el « este» lo que lo mató. De no haber titubeado, supongo que la clase habría guardado las formas.

Se levantó una mano. Elizabeth, integrante de la horda de alumnos del instituto de Mercy Falls que seguía vistiendo de negro tras la muerte de Jack, preguntó:

—¿Es cierto que el cuerpo de Jack Culpeper fue robado del depósito de cadáveres?

Su atrevimiento generó una retahila de murmullos; por un momento, el agente Koenig puso cara de querer dispararle de verdad, pero enseguida se contuvo.

- —Como tal vez sepas, no estoy autorizado a mencionar detalles de una investigación abierta —dijo.
- —¿Así que hay una investigación? —exclamó una voz masculina desde las primeras filas.
- —Mi madre se enteró por un empleado de la funeraria —terció Elizabeth—. ¿Es cierto? ¿Por qué razón iban a robar el cadáver?

Las teorías se multiplicaron en rápida sucesión.

- —A mí me huele a encubrimiento. Fue un suicidio.
- -; Tráfico de drogas!
- -¡Experimentos médicos!
- —Me han dicho que el padre de Tom tiene un oso disecado en casa proclamó un chico—. A lo mejor los Culpeper disecaron también a Jack

El que había hablado se ganó un coscorrón. Todavía no estaba permitido hablar mal de Jacko de su familia.

El agente Koenig le lanzó una mirada de espanto a la señora Ruminski, que seguía montando guardia junto a la puerta. Ella adoptó una expresión solemne y se volvió hacia la classe.

—¡Silencio! —ordenó.

Todos nos callamos.

La señora Ruminski miró al agente Koenig.

- —Y bien, ¿han robado el cuerpo? —le espetó.
- —Como he dicho, no estoy autorizado a dar detalles de una investigación abierta —repitió él, aunque esta vez lo dijo con tono de resignada desesperanza.
- —Agente Koenig —respondió la señora Ruminski—, Jack era un miembro muy querido de nuestra comunidad.

Lo cual no era sino una mentira flagrante. Con todo, la muerte había hecho maravillas con la reputación de Jack Supongo que los demás podían olvidar su tendencia a perder los estribos —y de qué manera— en el patio e incluso durante las clases. Pero yo no. En Mercy Falls, los rumores estaban a la orden del día, y el rumor concerniente a Jack apuntaba a que había heredado el mal genio de su padre. A mí, aquello no me convencia; en mí opinión, cada uno elegía la clase de persona que quería ser con independencia del carácter de sus padres.

—Seguimos de luto —indicó la señora Ruminski, abarcando con un gesto la marea negra que inundaba la clase—. No le pido que divulgue detalles de ninguna investigación; le pido que dé explicaciones a una comunidad muy unida que las necesita.

Olivia me miró estupefacta. Yo meneé la cabeza. Lo que había que oír.

El agente Koenig se cruzó de brazos; el gesto le daba un aire enfurruñado, como de niño pequeño obligado a hacer algo que no quiere.

—Estamos trabajando en ello. Comprendo que perder a alguien tan joven afirmó, pese a que él mismo no debia de tener más de veinte años— haya causado un gran impacto en la comunidad, pero, aun así, debo pediros a todos que respetéis la privacidad de la familia y la confidencialidad de la investigación.

Había recuperado el aplomo. Elizabeth volvió a alzar la mano.

—¿Cree que los lobos son peligrosos? ¿Reciben muchas llamadas relacionadas con ellos? Mi madre dice que causan muchos problemas a la policía.

El agente miró a la señora Ruminski, pero, a aquellas alturas, debería haber comprendido que nuestra profesora quería la información tanto como Elizabeth.

- —No me parece que los lobos supongan una amenaza para la población. Al igual que el resto del departamento, considero lo ocurrido un incidente aislado.
 - —Pero a ella también la atacaron —replicó Elizabeth.

Oh, no. No veía a Elizabeth señalándome, pero sabía que lo estaba haciendo porque todas las caras se volvieron hacia mi. Me mordi el interior del labio. Aunque no me molestaba ser objeto de atención, cada vez que alguien se acordaba de que los lobos me habían arrastrado al bosque, la gente llegaba a la conclusión inevitable de que podía pasarle lo mismo a cualquiera. Me preguntaba cuánta gente que pensara lo mismo haría falta para que se decidieran a dar caza a los lobos.

A m i loho

Sabía que aquélla era la verdadera razón de que no pudiera perdonar a Jack el haberse muerto. Entre eso y su accidentado paso por el instituto, encontraba hipócrita aquello de ir de luto como muchos de mis compañeros. Sin embargo, tampoco me sentía tranquila si procuraba apartarlo de mi mente; la verdad es que me habría gustado saber cómo sentírme.

—Eso pasó hace mucho tiempo —le aclaré al agente Koenig, quien pareció tranquilizarse—. Hace años. Además, no estoy segura de que no fueran perros.

Sí, vale, mentía, Pero ¿quién se iba a atrever a contradecirme?

—Justamente —respondió el agente Koenig, enfático—. Eso es. No tiene sentido criminalizar a los animales salvajes por un incidente aislado. Ni conviene extender el pánico sin un motivo de peso. El pánico conduce a la imprudencia, y la imprudencia provoca accidentes.

Eso mismo pensaba yo. Sentí cierta afinidad con el monótono agente Koenig mientras le escuchaba reconducir la conversación hacia nuestro posible futuro en el cuerpo policial. Al término de la clase, los demás se pusieron a hablar de Jack una vez más, pero Olivia y yo nos escabullimos hasta nuestras taquillas.

Sentí que alguien me tiraba del pelo y, al darme la vuelta, me encontré a Rachel, que nos miraba con expresión triste.

—Chicas, no voy a poder planear lo de las vacaciones esta tarde. A mi madrastra se le ha ocurrido que vayamos toda la familia a Duluth para estar más unidos. Si pretende que la quiera, tendrá que comprarme un par de zapatos nuevos. ¿Oué os parece si lo deiamos para mañana?

Antes de que me diera tiempo a asentir, Rachel nos dedicó una sonrisa deslumbrante y se alejó por el pasillo a toda velocidad.

—¿Y si vamos a mi casa?—le propuse a Olivia.

Aún se me hacía raro preguntarle aquellas cosas. En otra época, Rachel, Olivia y yo pasábamos todas las tardes juntas, según una especie de acuerdo tácito. Sin embargo, todo cambió después de que Rachel empezara a verse con su primer novio y, con ello, nos dejase atrás a Olivia y a mí—la rara y la pasota—, fracturando nuestra fácil amistad —Vale —respondió Olivia, que recogió sus cosas, avanzo hacia mí y me pellizcó en el hombro—. Mira —dijo señalando a Isabel, la hermana pequeña de Jacky compañera nuestra de clase.

Al atractivo físico compartido por todos los Culpeper Isabel añadía una angelical cabellera de rizos rubios. Conducía un todoterreno y tenía uno de esos chihuahuas minúsculos, al que vestía a juego con su indumentaria. Siempre me preguntaba cuándo se daría cuenta de que vivía en Mercy Falls, Minnesota, un lugar donde la gente no hacía esas cosas.

Isabel inspeccionaba su taquilla como si guardara en ella tesoros de otro mundo

—No viste de negro —señaló Olivia.

En ese momento, Isabel salió de su trance y nos miró como si supiera que estábamos hablando de ella. Bajé los ojos, pero sentí que ella no los apartaba de mí

- —Tal vez y a no esté de luto —reflexioné una vez nos hubimos alejado.
- Olivia abrió la puerta y me dejó pasar.
- -Tal vez ella hay a sido la única que lo estuvo de verdad.

De vuelta en casa, preparé café y unos bollos de arándanos, y las dos nos sentamos a la mesa de la cocina para admirar las últimas fotografías de Olivia la la maraillenta luz de la lámpara que colgaba del techo. Para Olivia, la fotografía era una religión; adoraba su cámara, y estudiaba las técnicas fotográficas como si fueran reglas por las que guiar su vida. Al ver sus fotos, yo misma deseaba convertirme también en una creyente. Te hacían sentir como si formaras parte de las escenas que retrataban.

- -Era muy guapo. Tienes que reconocerlo -dijo Olivia.
- —¿Sigues con el agente « no sonrío ni de casualidad» en la cabeza? Pero ¿qué te pasa? —Hice un gesto desdeñoso con la mano y contemplé la siguiente foto del montón—. Es la primera vez que te veo obsesionada por una persona de carne y hueso.

Olivia sonrió y se me quedó mirando a través del vapor que salía de las tazas. Tras darle un mordisco a un bollo, se puso a hablar con la boca llena, tapándosela para evitar bombardearme con las migas.

—Creo que me estoy convirtiendo en una de esas chicas a las que les gustan los tipos uniformados. Venga, ¿no te pareció guapo? Empiezo a sentir la necesidad de... tener novio. Deberíamos pedir una pizza. Rachel me ha contado que hay un repartidor de pizzas muy mono.

Se me cayó el alma a los pies.

-¿Quieres tener novio? ¿Así, de repente?

Olivia no desvió su atención de las fotos, pero me dio la impresión de que

estaba muy pendiente de mis palabras.

- --;Tú no?
- —Cuando encuentre a la persona adecuada, supongo —murmuré.
- -; Y cómo te darás cuenta de que lo es si no la miras, eh?
- —Como si tú tuvieras el valor suficiente para acercarte a un chico que no sea el James Dean de tu póster.

Había un resquemor involuntario en mi tono de voz, y añadí una carcajada al terminar la frase para suavizarla. Las cejas de Olivia se fruncieron, pero preferí quedarme en silencio. Estuvimos así un largo rato, o jeando sus fotografías.

Reparé en un primer plano de Olivia, Rachel y yo; la foto la había hecho la madre de Olivia justo antes de que empezaran las clases. Con la pecosa cara contraída en una sonrisa monumental, Rachel ceñía los hombros de Olivia con un brazo y los míos con el otro; parecía que nos estuviese aplastando para que las tres cupiéramos en el encuadre. Como siempre, ella era la que nos mantenía juntas; ella, la extrovertida, la que llevaba años tirando de nosotras dos, las calladas

En la foto, Olivia, con la piel bronceada y los ojos verdes saturados de color, parecia la personificación del verano. Su dentadura formaba una perfecta sonrisa de luna creciente a la que no le faltaban ni los hoyuelos. A su lado, y o encarnaba, en cambio, el invierno: cabello rubio oscuro y adustos ojos castaños, como si mi verano se hubiese desdibujado en el frio.

En cierta época, había llegado a pensar que Olivia y yo éramos muy parecidas: ambas introvertidas e incapaces de sacar la nariz de los libros. Pero, con el tiempo, me había dado cuenta de que mi reclusión si era voluntaria, mientras que la de Olivia se debía a una timidez exagerada. Aquel año tenía la impresión de que, cuanto más tiempo pasábamos juntas, más difícil se volvía conservar nuestra amistad.

—En ésta tengo cara de estúpida —opinó Olivia—. Y Rachel, de loca. Y tú, de enfadada.

Mi aspecto era el de quien no está dispuesto a aceptar un no por respuesta; rozaba la irritación. Me gustaba.

- —Nada de eso. Tú pareces una princesa y yo un ogro.
- -No pareces un ogro.
- -Era broma -le aseguré.
- -;Y Rachel?
- —Ahí has acertado. Cualquiera diría que está loca. O, por lo menos, que ha tomado demasiado café, lo que suele ser cierto.

Volví a mirar la imagen. Rachel parecía desempeñar el papel del sol, un sol brillante y energético que, por medio de la irresistible fuerza de su voluntad, nos mantenía a nosotras dos, las lunas, girando en órbitas paralelas.

-- ¿Has visto ésta? -- Olivia interrumpió mis pensamientos mostrándome otra

instantánea. Era de mi lobo; estaba en las profundidades del bosque, oculto a medias tras un árbol. Había logrado enfocarle una pequeña franja del rostro, y sus ojos miraban directamente al objetivo—. Puedes quedártela. O, casi mejor, quédate con todas. Luego pondremos las mejores en un álbum.

—Gracias —contesté con un entusiasmo que no fui capaz de expresar. Señalé la fotografía—. ¿Es de la semana pasada?

Olivia asintió. Observé la imagen del lobo; asombrosa, pero, al tiempo, plana y desvirtuada si se la comparaba con la realidad. La recorri con un dedo, como si pudiera acariciar su piel. Algo, un nudo de amargura o de tristeza, se me aposentó en el pecho. Me di cuenta de que Olivia no apartaba los ojos de mí y eso hizo que me sintiera peor, más sola. En otro tiempo se lo habría contado, pero ahora prefería reservármelo para mí. Algo había cambiado, y ese algo estaba en mi interior.

Olivia me ofreció una serie de fotografías que había separado del resto.

—Éstas son las resultonas

Distraída, las observé sin ninguna prisa. Eran impresionantes: una hoja flotando en un charco, alumnos reflejados en la ventanilla de un autobús escolar, un autorretrato de Olivia en blanco y negro con los bordes hábilmente difuminados. Me deshice en exclamaciones varias y luego coloqué la imagen del lobo sobre las otras para volver a mirarla. A su lado, lo demás carecía de importancia.

Olivia carraspeó, irritada.

De inmediato, volví a la foto de la hoja flotando en el charco. La estudié de cerca mientras trataba de recordar el tipo de cosas que decia mi madre ante las obras de arte.

-Me agrada -alcancé a decir-. Los colores están... estupendos.

Olivia me la arrebató y me lanzó la fotografía del lobo con tanta fuerza que me rebotó en el pecho y cayó al suelo.

-Ya. A veces, Grace, no sé por qué me molesto en...

Dejó la frase en el aire y sacudió la cabeza. No la estaba entendiendo. ¿Ouería que fingiese que me gustaban más aquellas imágenes que la de mi lobo?

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa? —Era John, el hermano mayor de Olivia; su llegada no podía haber sido más oportuna. Me sonrió desde la entrada y cerró la puerta—. Eh, hola, bombón.

Sentada frente a la mesa de la cocina, Olivia levantó la vista con expresión glacial.

- -Oye, espero que te estés refiriendo a mí.
- —Desde luego —respondió John mirándome. Era guapo, pero su atractivo resultaba un poco convencional: alto, de cabello oscuro como su hermana y con una expresión siempre sonriente y acogedora—. Sería de muy mal gusto que intentara ligarme a la mejor amiga de mi hermana. En fin. Son las cuatro en

punto. Qué rápido pasa el tiempo cuando estás... —se interrumpió, miró la pila de fotografías que estaba frente a Olivia y luego reparó en la que había a mi lado

- haciendo nada en particular. ¿Por qué nunca se os ocurre hacer algo?
 - Olivia ordenó las fotos de su montón y respondió:
- —Somos introvertidas. Disfrutamos no haciendo nada las dos juntas. Mucha charla y nada de acción.
- —Lo encuentro fascinante. Oli, tenemos que marcharnos si no quieres llegar tarde a clase. —Me dio un golpecito amistoso en el brazo—. Oye, Grace, ¿por qué no vienes con nosotros? ¿Están tus padres en casa?

Resoplé.

—Lo dices en broma, ¿no? Me estoy criando a mí misma. Deberían descontarme impuestos por ejercer de cabeza de familia.

John se rió, tal vez más de lo que merecía mi comentario, y Olivia me endosó una mirada cargada de suficiente veneno para matar a un animal pequeño. Cerré la boca

—Venga, Oli —dijo John, ajeno a los puñales que volaban desde los ojos de su hermana—. Las clases se pagan tanto si se va como si no. ¿Vienes. Grace?

Miré por la ventana y, por primera vez en meses, me imaginé despareciendo entre los árboles y corriendo hasta encontrar a mi lobo en medio de la vegetación. Meneé la cabeza.

-Mejor en otro momento, ¿vale?

John me dedicó una media sonrisa fugaz.

—Bueno. Vamos, Oli. Adiós, guapa. Ya sabes a quién llamar si, después de tanta charla, te apetece un poco de acción.

Olivia le dio un golpe con la mochila que produjo un ruido sordo. Pese a ello, fu yo la que se gano la mirada de reprimenda, como si fuera responsable de que John quisiera liear commieo.

—Cállate v vámonos. Adiós. Grace.

Tras acompañarlos hasta la puerta, regresé a la cocina sin un propósito claro. Me siguió la agradable voz de un locutor de radio que describió la obra clásica que acababa de sonar y presentó la siguiente; mi padre se había dejado la radio del despacho encendida. De algún modo, los sonidos derivados de la presencia de mis padres acentuaban su ausencia. Sabiendo que, si no lo impedía, la cena consistiría en algún plato precocinado, rebusqué en la nevera y puse un resto de sopa a calentar en una cacerola.

Me quedé en la cocina, bañada en la luz oblicua de la tarde que entraba por la puerta del porche. Sentía una vaga tristeza, más por la fotografía de Olivia que porque la casa estuviese vacía. No veía a mi lobo desde el día en que lo había tocado, hacía casi una semana; su ausencia todavía me dolía, aunque sabía que no debía pensar en él. Era absurdo que necesitara su sombra en el borde del patio para sentirme completa. Absurdo, sí, pero irremediable.

Fui a la puerta trasera y la abrí, deseosa de oler el bosque. Descalza, caminé por el porche y me apoyé en la barandilla.

Si no hubiera estado fuera, creo que no habría oído el grito.



Surgido de entre los árboles, en la distancia, el grito se repitió. Durante un segundo lo tomé por un aullido, pero enseguida distinguí palabras.

-¡Socorro! ¡Socorro!

Hubiera jurado que aquélla era la voz de Jack Culpeper.

Pero era imposible. Me la estaba imaginando de tanto haberla oído en la cafetería, donde siempre se elevaba sobre el murmullo del gentío cuando echaba piropos a las chicas.

Con todo, eché a caminar en dirección a la voz, movida por un impulso que me hizo cruzar el patio e internarme en el bosque. La humedad y los matojos pronto atravesaron mis calcetines; descalza, me volvía aún más torpe. El sonido de mis pies pisando hojas caídas y maleza no me permitía oír lo demás. Me detuve y agucé el oído. La voz dejó paso a un quejido claramente animal, y luego vino el silencio.

La relativa seguridad del patio había quedado atrás. Me mantuve quieta durante un momento que se me hizo eterno, atenta a cualquier indicio que me revelara el origen de la voz. Sabía que no era producto de mi imaginación.

Pero sólo se oía el silencio. Y, en aquel silencio, el olor del bosque se me infiltró en la piel y me trajo a la mente el recuerdo de mi lobo. Agujas de pino pisoteadas, tierra mojada y leña.

Lo que estaba haciendo era una estupidez, pero ¿qué más daba? Ya estaba dentro del bosque; si iba un poco más lejos para intentar ver a mi lobo, no le haría daño a nadie. Volví a la casa, me calcé y regresé al exterior, bajo el frío cielo toñal. La brisa llegaba con un filo helado que presagiaba la venida del invierno, pero el sol aún brillaba y, bajo las ramas, el aire conservaba la memoria cálida del verano

Alrededor, las hojas, en el esplendor de su muerte, se habían teñido de rojo y de naranja, y en las alturas los cuervos graznaban su melodía vibrante y descarnada. No me internaba tanto en el bosque desde que, con once años, había vuelto en mí para descubrirme rodeada de lobos. Sin embargo, por alguna extraña razón, no tenía miedo.

Avanzaba con cautela, salvando los arroyuelos que serpenteaban entre los matorrales. Aunque no conocía el terreno, me sentía confiada y serena. Guiándome por una especie de sexto sentido, seguí los mismos senderos que los lobos utilizaban una y otra vez.

Por supuesto, sabía que no tenía un sexto sentido. Me daba cuenta de que mis sentidos normales y corrientes daban más de si de lo que solia advertir; al abandonarme a ellos, se habían vuelto más eficaces, más agudos. La brisa me traía una cantidad de información asombrosa, hasta el punto de que sabía qué animales habían pasado por allí y cuánto hacía de ello. Mis oídos percibían sonidos muy débiles que, tan sólo un rato antes, me habrían pasado inadvertidos: el frufrú de las ramitas que un pájaro empleaba para construir su nido, incluso las medrosas pisadas de un ciervo situado a decenas de metros de distancia.

Me sentía como en casa.

Entonces resonó en el bosque un grito extraño, fuera de lugar. Frené en seco. El gritó volvió a sonar, esta vez más fuerte.

Rodeé un pino y descubrí de dónde procedia. Había tres lobos. Una era la loba blanca y otro era el lobo negro, el jefe de la manada. Al verla a ella, el estómago me dio un vuelco. Los dos se habían abalanzado sobre un tercer lobo, un macho joven de aspecto desastrado, con una herida medio cicatrizada en el hombro y un matiz azul en el gris del pelo. Estaba tumbado boca arriba en el suelo cubierto de hojarasca, en actitud sumisa. Los tres se quedaron petrificados al verme. El que estaba tirado giró la cabeza para mirarme con expresión suplicante. Me dio la impresión de que el corazón se me iba a salir por la boca. Conocía aquella mirada. La recordaba del instituto; la recordaba de haberla visto en el telediario local.

-¿Jack? -susurré.

El lobo soltó un gemido lastimero. Le observé los ojos: eran de color avellana.

¿Tenian los lobos ojos de aquel color? Tal vez Fuera como fuese, había algo raro en ellos, pero ¿qué? Mientras los examinaba, una palabra sonaba con insistencia en m imente: « Humanos», humanos».

La loba me lanzó un gruñido, empujó a su víctima para que se levantara y le dio un empellón para alejarla de mí. No me quitaba ojo de encima, como si me retara a detenerla, y algo en mi interior me dijo que debería haberlo hecho. Pero cuando salí de mi estupor y recordé la navaja que llevaba en los vaqueros, los lobos y a se habían convertido en tres borrones entre los árboles lejanos.

Ahora que no veía los ojos del lobo, no podía evitar preguntarme si la semejanza de su mirada con la de Jack se debía a imaginaciones mías. Después de todo, hacia más de dos semanas que había visto a Jack por última vez, y nunca le había prestado mucha atención. Tal vez me engañara la memoria. Además, ¿qué clase de tonterías estaba pensando? ¿Que Jack Culpeper se había transformado en un lobo?

Solté una bocanada de aire. Pues sí, eso era lo que pensaba, nada menos. No creía haberme olvidado de los ojos de Jack Ni de su voz. Y no me había imaginado ni el grito ni el aullido desesperado que sonó después. Sabía que se trataba de Jack de la misma forma en que había sabido encontrar el camino entre los árboles

Tenía un nudo en el estómago, una mezela de inquietud y expectación: intuía que Jack no era el único secreto que guardaba el bosque.

Aquella noche subí la persiana para ver el cielo nocturno, me acosté en la cama y me dediqué a mirar por la ventana. El brillo de las estrellas parecía agujerear mi mente racional, despertando en mí una extraña añoranza. Podría haber pasado horas mirándolas, dejando que su infinito número y su lejanía despertasen una parte de mí que ignoraba durante el día.

Fuera, en las profundidades del bosque, surgió un lamento largo y penetrante al que pronto siguieron otros. Los lobos empezaban a aullar. Fueron sumándose voces, algunas graves y sombrías, otras agudas y abruptas, en un coro tan hermoso como espeluznante. Reconocí el aullido de mi lobo: su tono profundo se elevaba sobre los demás como si me rogara que lo escuchase.

Notaba el corazón revuelto, dividido entre el deseo de que se callaran y el de que continuaran para siempre. Me imaginé rodeada de lobos en un bosque dorado, contemplando cómo levantaban la cabeza y aullaban a un cielo salpicado de estrellas incontables. Reprimí una lágrima, sintiéndome tan tonta como triste, pero no logré conciliar el sueño hasta que hubo cesado el último de los aullidos.



—¿Crees que tenemos que llevarnos ese libro? Ya sabes, *Tripas y órganos*, o como se llame —le pregunté a Olivia—. ¿Habrá que leerlo en casa, o podemos dejarlo aquí?

Olivia cerró su taquilla con el codo; iba cargada de libros. Llevaba puestas las gafas de leer, con un cordón prendido a las patillas para poder dejarlas colgando del cuello. El conjunto le daba un aire de joven bibliotecaria que resultaba sorprendentemente atractivo.

-Yo pienso llevármelo. Tenemos mucho que leer -respondió.

Metí la mano en mi taquilla y saqué el libro. Detrás de nosotras, el pasillo era un alboroto de estudiantes que recogian sus cosas y emprendian el camino a casa. Me había pasado el día entero intentando reunir el ánimo suficiente para contarle a Olivia lo de los lobos. En circunstancias normales, se lo habría contado sin pensármelo dos veces, pero, después del conato de pelea del día anterior, me costaba encontrar el momento adecuado. Sin embargo, tenía que hacerlo ya; el día estaba acabándose. Tomé aire

—Ay er vi a los lobos.

Olivia siguió examinando sus libros, sin darse cuenta de lo importante que aquello era para mí.

- —;Oué lobos?
- -Esa loba blanca tan arisca, el lobo negro y un lobo nuevo.

Una vez más, sopesé en mi fuero interno si debía contárselo o no. Olivia estaba bastante más interesada en los lobos que Rachel, y yo no tenía a nadie más con quien hablar del tema; incluso a mí me parecia que la historia era de locos. Sin embargo, desde la noche anterior sentía como si aquel secreto se me hubiera enroscado alrededor del pecho y la garganta y me estuviera sofocando. Dejé que las palabras salieran por si solas, en voz baja.

—Olivia, esto te va a parecer una idiotez. El lobo nuevo es... creo que ocurrió algo cuando los lobos atacaron a Jack

Ella se me quedó mirando.

- —A Jack Culpeper —aclaré.
- -Sí, sí, y a -replicó Olivia, ceñuda.

Se cruzó de brazos y yo me arrepentí de haber iniciado la conversación. Suspiré.

- -Creo que lo vi en el bosque. A Jack Pero era un... -titubeé.
- —¿Lobo? —adivinó Olivia haciendo entrechocar sus tacones, como Dorothy en El Mago de Oz. y escudriñándome con una ceja enarcada—. Estás loca. —La algarabía del pasillo apenas me permitía oír lo que decía—. Vale, es una historia estupenda. y entiendo por qué quieres creértela... Pero estás loca. Lo siento.

Me incliné hacia ella tratando de evadirme del ruido.

—Olivia, yo sé lo que vi. Eran los ojos de Jack Y, por si fuera poco, oí su voz.
—Desde luego, su incredulidad me hacía dudar, pero no pensaba admitirlo—.
Creo que los lobos lo han convertido en uno de ellos. De todas formas, ¿por qué has dicho que quiero creérmelo?

Tras sostenerme la mirada durante un largo rato, Olivia echó a caminar por el pasillo.

- -Grace, en serio. No pienses que no sé de qué va todo esto
- —¿De qué va todo esto, según tú?

Ella replicó con otra pregunta:

- —¿Dices que todos son licántropos?
- —¿Todos los qué? ¿Los lobos de la manada? No lo sé. No se me había ocurrido pensar en eso.

Y era cierto: inexplicablemente, se me había pasado por alto. No, no podía ser. Entonces, ¿aquellas largas ausencias podían deberse a que mi lobo se convertía en humano de vez en cuando? La idea me resultaba insoportable: desde el mismo instante en que entró en mi cabeza, deseé que fuera cierta con tanta intensidad que me dolía sólo pensarla.

—Sí, claro. ¿No te parece que esa obsesión tuya empieza a resultar un poco siniestra, Grace?

Sin querer, respondí a la defensiva:

-No estoy obsesionada.

Olivia se detuvo repentinamente en el pasillo, provocando las protestas de los que pasaban en ese momento, y se tocó la barbilla con un dedo.

- —Veamos: sólo piensas en eso, sólo hablas de eso y sólo quieres que hable contigo de eso. ¿Se puede saber cómo lo llamarías? ¡Ah, sí! ¡Una obsesión!
- —Me interesan, eso es todo —repliqué—. Creía que a ti también te interesaban
- —Y es verdad, los lobos me interesan. Pero también me interesan otras cosas, ¿entiendes? No fantaseo con transformarme en loba. —Parapetados tras las gafas, sus ojos se entrecerraron—. Mira, ya no tenemos trece años, pero parece que tú todavía no te has dado cuenta.

No dije nada; sólo podía pensar en lo tremendamente injusta que estaba siendo conmigo, pero preferi no decirselo. En realidad, no me apetecia decirle nada de nada. Quería marcharme de allí y dejarla sola en medio del pasillo. En lugar de eso, opté por hablar con el tono de voz más indiferente del que fui capaz.

—Siento haberte aburrido durante tanto tiempo. Tiene que haberte costado horrores aparentar que te interesaba.

Olivia hizo una mueca.

- —Vamos a ver, Grace. No es que quiera meterme contigo, pero, la verdad, te estás poniendo insoportable.
- —Y tú me estás diciendo que tengo una obsesión siniestra por algo que, mira tú por dónde, resulta que es importante para mí. Lo considero muy... —La palabra que necesitaba tardó en venirme a la cabeza, y eso arruinó la ironía de la frase.— Muy filantrópico por tu parte. Gracias por tu ayuda.
 - -¡No seas cría, Grace! -me espetó Olivia mientras echaba a andar.

Me dio la impresión de que el pasillo se había quedado desierto. Las mejillas me ardían; en vez de marcharme a casa, fui a la clase, que ya estaba vacia, me dejé caer en mi silla y apoyé la cabeza en las manos. No recordaba la última vez que me había peleado con Olivia. Había visto todas y cada una de sus fotografías. Le había prestado atención cientos de veces mientras despotricaba sobre lo exigente que era su familia con ella. Merecía que, por una vez, me prestase un poco de atención.

El repiqueteo de unos tacones me sacó de mi ensimismamiento. Percibí el aroma de un perfume caro y, al levantar la vista, vi que Isabel Culpeper estaba junto a mi mesa.

—Me han dicho que ayer estuvisteis hablando de lobos con ese policía. —Su voz tenía un tono afable, pero la expresión de sus ojos la traicionaba; toda la compasión que hubiera podido sentir por ella se desvaneció en cuanto of sus palabras—. Como no quiero ser grosera, supondré que estás simplemente mal informada y no que eres idiota perdida. Ayer dijiste que los lobos no saven neligrosos. Tal vez no havas oído la noticia: esos lobos mataron a mi hermano.

—Siento mucho lo de Jack —respondí, reprimiendo el impulso de salir en defensa de mi lobo.

Durante un instante, pensé en los ojos de Jack y valoré la posibilidad de contarle a Isabel lo que había visto, pero descarté la idea casi de inmediato. Si Olivia me tachaba de loca por creer en los licántropos, Isabel llamaría al manicomio antes de darme tiempo a terminar la primera frase.

—Cállate, ¿quieres? —exclamó Isabel—. Sé que vas a intentar convencerme de que los lobos no son un peligro. Pero, evidentemente, si que lo son. Y alguien va a tener que hacer aleo al respecto.

Me vino a la mente la conversación que habíamos mantenido en clase sobre Tom Culpeper y sus animales disecados. Me imaginé a mi lobo tras haber pasado por el taxidermista, con los ojos de cristal.

- —No es seguro que lo hay an hecho los lobos. Puede que tu hermano... —Me interrumpí: en el fondo, sabía que habían sido ellos —. Mira, lo que ha pasado es terrible. Pero tal vez fuera un solo lobo. Lo más probable es que el resto de la manada no hay a tenido nada que ver con...
- —Qué bonita es la objetividad —me interrumpió Isabel, y se me quedó mirando fijamente. Empezaba a preguntarme en qué estaría pensando, cuando añadió—: Mira, Grace, ya puedes ir exprimiendo las últimas gotas de tu ecológico amor por los lobos, porque tanto si te gusta como si no, la cosa se te va a acabar muy pronto.
 - —¿Por qué lo dices? —pregunté con voz tensa.
- —Estoy harta de oírte decir que son inofensivos. Mataron a mi hermano. Pero ¿sabes qué? El problema se va a acabar hoy. —Isabel dio una palmada en la mesa—. Punto.

Le agarré la muñeca para impedir que se marchara. Llevaba tantas pulseras que era imposible tocarle la piel.

—¿Qué has querido decir?

Isabel observó cómo le sujetaba la muñeca, pero no hizo ademán de retirar el brazo. En realidad, contaba con que le hiciera aquella pregunta.

—Lo que le ocurrió a Jack no volverá a pasar jamás. Van a matar a los lobos. Hoy. Ahora mismo.

Se zafó de mi mano, ahora desprovista de fuerzas, y salió del aula tranquilamente.

Me quedé sentada un momento, con la cara ardiendo, tratando de diseccionar lo que me había dicho.

Luego me levanté de un salto. Mis apuntes salieron despedidos y revolotearon hasta el suelo como lánguidos pajarillos. Sin pararme a recogerlos, salí corriendo

hacia mi coche

Me senté al volante sin aliento, mientras me repetía una y otra vez las palabras de Isabel. Nunca había pensado que los lobos corrieran peligro; pero en cuanto empecé a imaginarme lo que podía hacer un tipo como Tom Culpeper — un rico abogado con un ego monumental—, impulsado por su rabia y su dolor y ayudado por su riqueza y sus influencias, empezaron a parecerme terriblemente vulnerables.

Hice girar la llave de contacto y el coche se puso en marcha con un traqueteo. Mis ojos veían una fila de autobuses amarillos a la espera de que los estudiantes más remolones se decidieran a montar en ellos, pero mi mente se encontraba en los árboles que crecían detrás de mi casa. ¿Se habría puesto en marcha una partida para cazar a los lobos? ¿Los estarían cazando en aquel mismo momento?

Tenía que llegar allí.

Pisé mal el embrague v el coche se me caló.

—Lo que faltaba —mascullé, mirando alrededor para ver cuánta gente me había visto meter la pata.

En realidad, el carburador estaba hecho polvo y eso hacía que el coche se calara; pero, aun así, solía arreglármelas para ponerlo en marcha sin humillarme demasíado. Me mordí el labio, tomé aire v volví a arrancar.

Había dos caminos para ir desde el instituto a mi casa. El más corto pasaba por varios semáforos y señales de stop, y yo estaba demasiado nerviosa para atravesarlos sin complicaciones. El coche podía dejarme tirada en cualquier momento, y yo no tenía tiempo que perder. La otra ruta era un poco más larga, pero sólo pasaba por dos cruces. Además, bordeaba el bosque de Boundary, donde vivían los lobos.

Emprendí el camino a la mayor velocidad a la que me atrevía, hecha un manojo de nervios. A mitad del viaje, empecé a notar sacudidas extrañas. Estaba harta de aquel cacharro, y no sabía cuándo iba mi padre a encontrar un rato para llevarme al concesionario.

El horizonte empezó a arder con el sol poniente y las finas nubes que sobrevolaban los árboles se convirtieron en hilos de sangre. El pulso me latía en los oídos y me hormigueaba la piel. Mi instinto me decía que algo iba mal. No sabía qué me molestaba más, si el temblor nervioso de mis manos o el impulso de enseñar los dientes y presentar batalla.

A lo lejos apareció un grupo de camionetas aparcadas en el arcén. Sus luces de emergencia parpadeaban en la luz del crepúsculo, iluminando rímicamente la vegetación que crecía junto al asfalto. Había una figura apoyada en el último vehículo; sostenía un objeto que no logré identificar en la distancia. Angustiada, levanté el pie del acelerador. El coche se caló con una sacudida, pero siguió avanzando llevado por la inercia. Se hizo un inquietante silencio.

Intenté arrancar de nuevo, pero entre el temblor de mis manos y el desastroso estado del carburador, fue imposible. El motor vibraba sin llegar a encenderse. Deseé haber ido al concesionario yo sola; al fin y al cabo, mi padre me había dado su talonario de cheques para cosas como aquélla.

Maldiciendo por lo bajo, pisé el freno y detuve el coche tras las camionetas. Llamé a mis padres por el móvil, pero no obtuve respuesta; aquella tarde tenían previsto asistir a la inauguración de una galería. No me preocupaba demasiado cómo volver a casa, porque estaba lo bastante cerca como para regresar a pie. Lo que sí me preocupaba era aquel grupo de furgonetas. Su presencia indicaba que Isabel había dicho la verdad.

Al bajar del coche, reconocí al tipo que estaba junto a la furgoneta más próxima. Era el agente Koenig, de uniforme, entretenido en tamborilear con los dedos sobre la carrocería. Al verme, levantó la mirada y dejó quieta la mano. Llevaba una gorra de color naranja brillante y un rifle colgado al hombro.

—¿Una avería? —me preguntó.

Iba a contestar cuando sonó una portezuela al cerrarse a mi espalda. Me di la vuelta: había llegado una nueva camioneta, y dos cazadores con gorra naranja venían caminando por el arcén. Observé cómo pasaban y miré hacia el lugar al que parecían encaminarse. El aire se me atascó en la garganta: algo más allá había decenas de cazadores armados, inquietos y hablando en voz baja. Atisbé los sombríos árboles que se extendían tras una zanja que había al fondo y distingui más gorras naranjas. El bosque estaba infestado.

La cacería había comenzado.

Miré a Koenig y señalé su arma.

—¿Es para los lobos?

Koenig la miró como si se hubiese olvidado de ella.

—Es...

Un estampido súbito hizo que los dos nos sobresaltáramos. Del grupo de cazadores que estaba más allá se alzó un coro de vítores.

- —¿Qué ha sido eso? —exclamé, aunque conocía la respuesta. Era un disparo. Un disparo en el bosque de Boundary. Para mi sorpresa, la voz no se me quebró. Están cazando a los lobos. no es cierto?
- —Con el debido respeto —respondió Koenig—, deberías esperar en el interior del vehículo. Yo mismo te llevaré a casa, pero tendrás que aguardar un rato.

Sonaron gritos distantes entre los árboles, y luego otro tiro. Dios. Los lobos. Mi lobo. Agarré a Koenig por el brazo.

-¡Diles que paren! ¡No pueden andar por ahí a balazo limpio!

Koenig se deshizo de mí y dio un paso atrás.

-Оу е...

Un chasquido más, débil y vago. Se me delineó en la mente la imagen de un lobo cayendo al suelo con un agujero en el costado y la muerte en los ojos. Perdí

la noción de lo que hacía. Las palabras me brotaron de la boca por sí solas.

- —Tu teléfono. Llámalos y diles que se detengan. ¡Una amiga mía está en el bosque! Me dijo que esta tarde saldría a hacer fotos. En el bosque, ¿entiendes? ¡Por favor, tienes que llamarlos!
- —¿Cómo? —inquirió Koenig, estupefacto—. ¿Hay alguien en el bosque? ¿Estás segura?
 - —Si —respondí; claro que estaba segura—. ¡Por favor, haz esa llamada!

Afortunadamente, el agente Koenig no me hizo más preguntas. Sacó del bolsillo un teléfono móvil, marcó un número y se acercó el aparato al oído. Con las cejas fruncidas en una línea recta y dura, esperó unos instantes y después examinó la pantalla del teléfono.

-No hay cobertura -murmuró mientras hacía un nuevo intento.

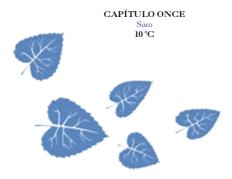
Aguardé junto a la camioneta, con los brazos cruzados. El frío se me iba colando en el cuerpo mientras el sol desaparecía tras los árboles y las sombras ganaban terreno sobre el asfalto. Pensé que tendrían que parar cuando oscureciera, porque era ilegal cazar de noche. Pero el hecho de que hubiese un policía montando guardia en la carretera no significaba que aquella cacería fuera legal.

Koenig meneó la cabeza mientras estudiaba el teléfono.

—No funciona. Pero no te apures, todo irá bien. Son gente cuidadosa. Estoy seguro de que jamás abrirían fuego contra una persona. En cualquier caso, iré a avisarlos. En cuanto guarde el rifle, voy para allá.

Mientras Koenig dejaba el arma en la camioneta, sonó un nuevo disparo en el bosque y algo se revolvió en mi interior. No podía esperar más. Eché a correr, crucé la zanja de un salto y me interné entre los árboles dejando a Koenig atrás. Le oí llamarme a gritos, pero no hice caso. Necesitaba detener aquello, avisar a mi lobo, hacer algo. Lo que fuera.

Sin embargo, mientras corría esquivando troncos y brincando sobre ramas caídas, sólo podía pensar en dos palabras: « Demasiado tarde» .



Corríamos como silenciosas y oscuras gotas de agua escurriéndonos entre las zarzas y los árboles, espoleados por los hombres que intentaban darnos caza.

Sus olores y sus voces parecían perforar el interior del bosque, aquel bosque que tan bien conocía y que siempre me había dado cobijo. Me abría paso entre los demás lobos, unas veces guiándolos y otras siguiéndolos, mientras trataba de mantener unida a la manada. Dejé de saber por dónde corría; para evitar los tropezones, daba saltos interminables y apenas pisaba el suelo.

Me aterraba estar perdido.

Nos intercambiábamos imágenes, nos comunicábamos a nuestro modo silencioso: figuras sombrías pisándonos los talones, figuras coronadas por brillantes advertencias; lobos inmóviles, fríos; el olor de la muerte en nuestros hocicos

Un repentino estallido me ensordeció y me hizo perder el equilibrio. Oí un quejido detrás de mí. Supe de qué lobo se trataba sin necesidad de volver la cabeza, pero no había tiempo para detenerse. Y, aunque lo hubiera hecho, no hubiera servido de nada

Capté un nuevo aroma: agua estancada y terrosa. El lago. Nos estaban empujando hacia el lago. Formé en mi mente una imagen de lo que nos esperaba al mismo tiempo que lo hacía Paul, el jefe de la manada. Las lentas ondas del agua, los pinos raquíticos que crecían aquí y allá, las orillas del lago extendiéndose hasta el infinito en ambas direcciones.

Una manada de lobos acorralada junto a las aguas. Sin escapatoria.

Éramos las presas. Huíamos de ellos como espectros del bosque, e inevitablemente íbamos cayendo.

Los demás siguieron corriendo hacia el lago.

Pero yo me detuve.

CAPÍTULO DOCE Grace 9°C

Aquél no era el mismo bosque por el que había caminado hacía tan sólo unos dias, rodeada por las vividas tonalidades del otoño. Aquél era un bosque cerrado, compuesto por mil troncos ensombrecidos por el crepúsculo. El sexto sentido que había imaginado tener me faltaba ahora; además, los senderos estaban desdibujados por el paso de decenas de cazadores. Estaba totalmente desorientada, y con frecuencia tenía que pararme a oír los gritos y el ruido de pasos lejanos en la hojarasca.

Ya estaba sin aliento cuando divisé la primera gorra naranja que relucía en la distancia, a la luz del ocaso. Grité, pero la gorra ni siquiera se volvió: estaba demasiado lejos para oírme. Y luego via los otros cazadores, puntos de color naranja diseminados por el bosque, moviéndose en la misma dirección lentos pero implacables. Hacían mucho ruido. Estaban acorralando a los lobos.

-: Basta! -grité.

Me había acercado lo suficiente como para distinguir la silueta del cazador más próximo, del arma que empuñaba. Eché a correr hacia él, tropezando de cansancio. El hombre se volvió, sorprendido, y se detuvo para esperarme. Tuve que aproximarme mucho para verle la cara, ya que la oscuridad era casi total. Sus facciones envejecidas y angulosas me resultaron vagamente conocidas, pero no supe identificar a quién pertenecían. Tenía una mirada ceñuda y extrañada, y me pareció percibir en ella cierto aire de culpabilidad.

-¿Qué estás haciendo aquí, niña?

Quise responder, pero me faltaba el aire y tuve que esperar unos instantes para recuperar la voz.

—Tienen... que... detenerse... Una amiga mía está en el bosque. Dijo que iba a hacer fotos

El cazador me miró con los ojos entrecerrados y luego se volvió para observar los árboles.

-¿Hacer fotos? ¿A esta hora?

—¡Si, a esta hora! —respondi, intentando que mi voz no sonara demasiado brusca. Entonces vi que el hombre llevaba en la cintura un aparato negro, un walkie-talkie—. Tiene que llamarlos y decirles que lo dejen. Ya casi ha oscurecido. ¡Cómo van a verla?

El cazador se me quedó mirando sin decir nada durante unos angustiosos instantes y luego hizo un gesto de asentimiento. Acercó la mano al transmisor, lo extrajo de la funda, lo levantó y se lo acercó a la boca. Me dio la impresión de que se movía a cámara lenta.

-¡Aprisa! -exclamé. Estaba tan nerviosa que me dolía todo.

El cazador pulsó un botón e hizo ademán de comenzar a hablar. En ese momento, oí una ráfaga de disparos. Venían de cerca. No eran simples chasquidos como los que había oído desde la carretera y, sin ningún género de duda. procedían de un arma de fuego. Me zumbaron los oídos.

Me invadió una curiosa sensación de extrañamiento, como si estuviera separándome de mi propio cuerpo. Notaba que me temblaban las rodillas, pero no sabía por qué, y oía los latidos de mi corazón sucederse a un ritmo vertiginoso. Un líquido rojo pareció gotear por detrás de mis ojos; era como un sueño superpuesto al mundo real, una pesadilla sangrienta y horrorosamente clara.

Noté un gusto metálico en la boca, tan vivido que me toqué los labios esperando encontrar sangre. Pero no estaban manchados. Ni siquiera sentía dolor; tan sólo una ausencia total de sentimientos.

—Hay alguien en el bosque —anunció el cazador a través del walkie-talkie, sin darse cuenta de que una parte de mí se estaba muriendo.

Mi lobo. Mi lobo. No podía pensar en nada más que en sus ojos.

-¡Eh, chica! —gritó alguien aferrándome el hombro. Era Koenig—. Pero ¿cómo se te ocurre salir corriendo de esa manera? El bosque está lleno de gente armada.

Sin darme tiempo a responder, Koenig se volvió hacia el cazador.

—He oído los disparos. De hecho, estoy seguro de que se han oído hasta en el último rincón de Mercy Falls. Una cosa es usar eso —dijo apuntando el arma que el cazador tenía en las manos—, y otra anunciarlo a los cuatro vientos. — Empecé a retorcerme para zafarme de la mano de Koenig; él apretó los dedos por reflejo, pero, cuando se dio cuenta de lo que hacía, me soltó—. Tú estabas en el instituto. ¿Cómo te llamas?

—Grace Brisbane.

Vi que el gesto del cazador se transformaba.

—¿Eres hija de Lewis Brisbane?

Koenig se le quedó mirando.

—Los Brisbane viven aquí al lado. Justo donde termina el bosque. —El cazador hizo un gesto en dirección a mi casa, oculta tras la oscura maraña de árboles

Koenig tardó un rato en procesar la información.

- —Te acompañaré hasta allí y luego volveré para buscar a tu amiga. Ralph, coge esa cosa y diles a todos que no quiero oír ni un solo tiro más, ¿queda claro?
- —No necesito que nadie me acompañe —protesté, pero Koenig hizo caso omiso.

El cazador se quedó a solas, hablando por el walkie-talkie. La tarde caía rápidamente y el aire frío ya empezaba a adormecerme las mejillas. Me sentía tan helada por dentro como por fuera; aún tenía la visión nublada por el velo rojo y oía los restallidos de las balas.

Mi lobo había estado en el tiroteo. Lo sabía.

Cuando llegamos al lindero del bosque, me detuve y observé el oscuro cristal de la puerta del porche. La casa parecía desierta, lo cual inquietó a Koenig.

—¿Te acompaño hasta...?

—Ya voy yo sola —interrumpí—. Gracias.

Se quedó esperando hasta que me vio entrar en el patio, y después echó a andar por donde habíamos venido. Me quedé un rato parada allí mismo, escuchando las voces procedentes del bosque y el rumor de las hojas secas que el viento acariciaba en lo alto de los árboles.

Y mientras escuchaba lo que al principio me había parecido silencio, comencé a percibir sonidos distintos. Animales en el bosque que pisaban la hojarasca. Fragor de camionetas en la carretera.

Una respiración apresurada, irregular.

Me quedé petrificada. Contuve el aliento.

Aquellos jadeos no eran míos.

Caminé hacia ellos con cautela. Los escalones del porche gimieron bajo mi peso.

Lo olí antes de verlo, y el corazón empezó a bailarme enloquecido en el pecho. Era mi lobo. En ese momento, la luz automática que había sobre la puerta

del porche se encendió y proyectó un resplandor amarillento. Allí estaba, medio recostado contra el cristal de la puerta.

Apenas capaz de respirar, me acerqué a él aún más. Su hermoso pelaje había desaparecido dejándolo desnudo, pero lo reconocí incluso antes de que abriera los párpados. Sus ojos amarillos, que tan bien conocía, se movieron para ver cómo me acercaba, pero el resto del cuerpo permaneció inmóvil. Una mancha roja —una mortal pintura de guerra— le nacía en la oreja y le llegaba hasta los hombros, sus hombros humanos. Tan humanos.

No podría explicar cómo supe que era él, pero el hecho es que no lo dudé ni por un instante.

Era imposible. Los licántropos no existían.

A pesar de lo que le había contado a Olivia, nunca había llegado a creérmelo. No del todo. No hasta entonces.

La brisa me trajo a la nariz un olor que me devolvió a la realidad más inmediata. Sangre. Estaba malgastando el tiempo.

Saqué las llaves del bolsillo y me incliné sobre él para abrir la puerta. Con el rabillo del ojo distinguí que levantaba una mano para apoyarse, pero ya era demasiado tarde; no pude evitar que se desplomara en el interior de la casa. En el cristal quedó un rastro de sanere.

-¡Lo siento! -exclamé, aunque no sabía si me comprendía.

Con cuidado de no pisarlo, pasé por encima de él y me dirigí a la cocina, encendiendo todas las luces que encontré a mi paso. Cuando llegué, abrí un cajón y saqué varios trapos limpios y una toalla; al hacerlo, vi que mi padre se había dejado las llaves del coche tiradas en una esquina de la encimera, junto a unos papeles del trabajo. Si lo necesitaba, podía utilizar su coche.

Corrí a la puerta trasera, temiendo haberlo imaginado todo. Pero seguía allí, con medio cuerpo dentro de la casa, temblando violentamente.

Sin pensármelo dos veces, lo agarré de las axilas y lo arrastré hacia el interior de la casa lo suficiente como para cerrar la puerta.

Luego lo miré: iluminado por la lámpara de la cocina, con aquel reguero de sangre que avanzaba por el suelo hasta llegar a él. era innegablemente real.

Me acuclillé y le hablé en un murmullo.

--: Oué ha pasado?

Conocía la respuesta, pero quería oírle hablar.

Él se apretaba el cuello con una mano, tan fuerte que tenía los nudillos blancos. Entre los dedos asomaba el rojo brillante de la sangre.

—Un disparo.

Mi estómago pareció darse la vuelta, no tanto por sus palabras como por su tono de voz. Era él. Su voz era humana en vez de un aullido, pero su timbre era inconfiundible Él

-Déjame ver.

Tuve que hacer fuerza para separarle la mano del cuello. Había demasiada sangre para examinar la herida, así que me limité a presionar con uno de los paños sobre la zona sanguinolenta que se le extendía de la barbilla a la clavícula. Aquello superaba con mucho mis conocimientos de primeros auxilios.

—Sujeta esto.

Su mirada se centró en mí, familiar y al mismo tiempo diferente. La fiereza del animal salvaje estaba atenuada por una expresión de comprensión humana.

—No quiero volver. —La profunda tristeza de su voz me transportó de inmediato a un recuerdo: un lobo apesadumbrado, inmóvil frente a mi. Su cuerpo sufrió un espasmo, una sacudida extraña y tan violenta que casi me dolió verla—. No dejes... no dejes que me transforme.

Traté de cubrirlo con la toalla, porque parecía helado. En otro contexto, me habría avergonzado verle desnudo; pero en ese momento, la visión de aquel chico sucio de tierra y sangre sólo me inspiraba compasión. Le hablé con mucha suavidad, como si pudiera levantarse y huir a todo correr.

-¿Cómo te llamas?

Él profirió un gemido leve mientras se apretaba el trapo del cuello con una mano temblorosa. La sangre ya lo había empapado y le resbalaba por la mandíbula hasta gotear en el suelo. Con un lento movimiento, se dejó caer hasta apoyar la mejilla en el suelo de madera. Su aliento empañó la superficie barnizada

—Sam.

Cerró los ojos.

—Sam —repetí—. Yo me llamo Grace. Voy a sacar el coche de mi padre. Tengo que llevarte al hospital.

Él se estremeció.

Tuve que acercarme mucho para oír su voz.

-Grace... Grace... Yo...

Esperé un momento para ver si terminaba la frase y, al ver que no lo hacía, me puse en pie de un salto y cogi las llaves. Todavía me costaba creer que todo aquello no fuese una invención mía, una fantasía nacida de años de sueños. Pero fuera lo que fuese, él estaba allí, y yo no tenía ninguna intención de perderlo.

CAPÍTULO TRECE Sam 7°C

Ya no era un lobo, pero tampoco era Sam todavía.

Era una matriz palpitante, henchida de pensamientos racionales que deseaban salir: el bosque helado a mi espalda, la niña del columpio, el sonido de dedos pulsando cables de metal. El futuro y el pasado convertidos en la misma cosa; nieve y verano y, luego, otra vez nieve.

Una telaraña multicolor hecha trizas, una superficie de hielo agrietado e inmensamente triste.

-Sam -dijo la chica-. Sam.

La chica era el pasado el presente el futuro. Quise responder, pero estaba roto.

CAPÍTULO CATORCE Grace 7°C

Es de mala educación quedarse mirando a alguien; pero si ese alguien está bajo los efectos de un sedante, no sabe que lo estás mirando. Y la verdad era que no podía apartar los ojos de Sam. Si hubiese ido a mi instituto, mis compañeras lo habrían considerado un emo de tres al cuarto, o le habrían llamado « el quinto Beatle». Tenía una mata de pelo negro y liso, y una de esas narices aguileñas que quedan interesantes en los chicos y horrorosas en las chicas. Nada en él recordaba a un lobo, pero, al mismo tiempo, era mi lobo. Aun sin ver sus ojos inconfundibles, una pequeña parte de mí brincaba con una alegría irracional mientras lo miraba: ¡era é!!

-Vaya, corazón, ¿sigues ahí? Pensé que te habías marchado.

Me di la vuelta y vi que las cortinas verdes se apartaban para dejar paso a una enfermera robusta. Según su placa de identificación, se llamaba Sunny.

—Voy a quedarme hasta que se despierte —respondí, agarrándome al borde de la cama para demostrar lo poco dispuesta que estaba a salir de allí.

Sunny me dedicó una sonrisa compasiva.

-Está muy sedado, ¿sabes? No se despertará hasta mañana.

Le sonreí, pero me mantuve en mis trece.

-Pues me quedaré hasta entonces.

Había esperado durante horas mientras le sacaban la bala y le cosían la herida. Ya debía de haber pasado la medianoche; tendría que haber estado muerta de sueño, pero me sentía muy despierta. Cada vez que miraba a Sam, el cansancio desaparecía. De pronto, me di cuenta de que mis padres no me habían llamado al móvil, aunque ya debían de haber vuelto de la inauguración de la exposición. Supuse que ni siquiera se habían fijado en la toalla que había utilizado para limpiar la sangre del suelo, ni tampoco en que el coche de mi padre no estaba en su lugar. También era posible que no hubieran llegado todavía; no era raro que volvieran más tarde de las doce.

Sunny me miró sin deiar de sonreír.

—Está bien —concedió—. Mira, debes entender que ha tenido muchísima suerte. La bala sólo le rozó. —Le centellearon los ojos—. ¿Sabes por qué lo hizo?

Inquieta, fruncí el entrecejo.

- -No te comprendo. ¿Quieres decir que por qué fue al bosque?
- —Tú v vo sabemos que no fue al bosque, corazón.

Levanté una ceja y me quedé esperando a que me diera más explicaciones, pero ella se quedó callada.

—Perdón, pero es que sí que estaba en el bosque —dije—. Uno de los cazadores le disparó por accidente.

Era la verdad, a excepción de lo de « por accidente» . Aquello no había tenido nada de accidental

La enfermera chasqueó la lengua.

- -Mira... Te llamas Grace, ¿verdad? Mira, Grace, supongo que eres su novia.
- Respondí con un gruñido que podía significar « sí» o « no», dependiendo de quién lo escuchara. Sunny lo interpretó como un « sí».
 - -Sé que estás viviendo esto muy de cerca, pero este chico necesita ayuda.

Fui comprendiendo lentamente el sentido de sus palabras. Me entraron ganas de reir

- --: Oué crees, que se disparó a sí mismo? Qué va. Nada de eso.
- —Pero ¿tú te crees que som os tontos? —me espetó, exasperada—. ¿Crees que no nos damos cuenta de lo que pasa aquí?

Rodeó la cama, agarró las manos de Sam y las colocó con las palmas hacia arriba. Luego señaló las cicatrices que le cruzaban las muñecas, recuerdo de unas heridas profundas que hubieran podido matarlo.

- Las observé, pero me negué a aceptar lo que implicaban. Para mí no significaban nada. Me encogí de hombros.
- —Son de antes de que yo lo conociera. Lo único que digo es que no intentó suicidarse de un balazo. Fue un cazador chalado.
 - -Bueno, como quieras. Llámame si necesitas algo.

Sunny me lanzó una última mirada irritada, apartó la cortina para salir y me dejó a solas con Sam.

Ruborizada, meneé la cabeza y me miré las manos, que continuaban aferradas con fuerza a la cama. En mi lista de cosas odiosas, los adultos condescendientes ocupaban el primer lugar.

En cuanto Sunny se hubo alejado, Sam parpadeó y abrió los ojos. El estómago me dio un vuelco y el corazón amenazó con salirseme por la boca; tuve que respirar profundamente varias veces para que mi pulso se calmara un poco. La lógica me decía que tenían que ser de color castaño claro, pero la verdad era que sus ojos seguían siendo amarillos. Y, además, estaban fijos en mí.

Le hablé en un susurro, sin saber muy bien por qué.

- —Se supone que deberías estar durmiendo.
- —¿Quién eres? —Su voz tenía el mismo tono melancólico y complejo que recordaba de sus aullidos. Entrecerró los ojos—. Conozco tu voz.

Sentí una punzada de dolor. No se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que no se acordara de su existencia de lobo. Ignoraba cómo funcionaba todo aquello. Sam extendió el brazo y, dejándome llevar por un impulso, posé una mano en su palma. Con una sonrisa avergonzada y culpable, él se llevó mi mano a la nariz y la olisqueó un par de veces. Su sonrisa se ensanchó, aunque seguía siendo tímida. Estaba adorable; al pensarlo, el aliento se me atascó en aleún luear de la garganta.

—Conozco tu olor, pero no recordaba quién eras. Perdóname; me siento estúpido por no acordarme de ti. Me hace falta un buen rato para volver... para que vuelva mi mente.

No me soltó la mano y tampoco yo traté de retirarla, aunque me costaba concentrarme mientras sentía su piel pegada a la mía.

- -¿Volver? ¿De dónde?
- -De lo que era -contestó-. Del...

Se quedó callado. Intuí que esperaba que yo terminara la frase. Pero decir aquello en voz alta me costaba más de lo que habría estado dispuesta a admitir.

- -... del lobo -murmuré al fin-. ¿Por qué estás aquí?
- --Porque me dispararon --- respondió en tono tranquilo.
- —Me refiero a por qué estás así —insistí, señalando la forma indudablemente humana que se adivinaba bajo el ridículo camisón de hospital que llevaba puesto.

Él enarcó las cejas.

 $-_i Ah!\ Por\ la$ primavera. Porque hace calor. El calor me hace volver en mí. Me hace ser Sam.

Me solté de su mano y cerré los ojos, intentando reunir la escasa cordura que me quedaba. Cuando volví a abrirlos y me decidí a hablar, opté por lo evidente.

-No estamos en primavera. Es septiembre.

No se me da muy bien interpretar las expresiones de los demás, pero creí

observar un fugaz destello de ansiedad en su mirada.

-Mala noticia -dijo-. ¿Te importa si te pido un favor?

Una vez más, tuve que cerrar los ojos al oírle hablar. Me estremecía que su voz sonara tan familiar sin haberla oído nunca; resonaba en algún lugar de mi interior, el mismo que tocaba su mirada cuando era lobo. Abrí los ojos. El seguía allí. Parnadeé varias veces. nara probar. No había duda: estaba allí.

Sam se rió.

—;Te está dando un ataque epiléptico? Ven, te haré un sitio para que te acuestes conmigo.

Lo fulminé con la mirada y él enrojeció al darse cuenta de que sus palabras tenían un doble sentido. Cambié de tema para ahorrarle el mal rato.

- —¿En qué consiste el favor?
- —Bueno, pues la verdad es que me haría falta un poco de ropa. Tengo que salir de aquí antes de que averigüen que soy un fenómeno de la naturaleza.
 - -i,Por qué te preocupas? Ahora mismo no tienes pinta de lobo.

Se llevó una mano al cuello y comenzó a quitarse la venda que le habían puesto.

—: Estás loco? —exclamé, tratando de impedírselo sin mucho éxito.

Sam se retiró la gasa de un tirón y dejó al descubierto cuatro puntos alineados sobre una cicatriz ya curada. No había herida ni rastro de sangre, ni ningún otro indicio del balazo a excepción de aquella cicatriz brillante y rosada. Me quedé con la boca abierta Él sonrió al ver mi reacción.

- --;Oué?;No te parece que esto levantará sospechas?
- —Pero si había muchísima sangre…
- —Claro. Cuando estoy sangrando, mis tejidos no pueden cicatrizar. Sin embargo, en cuanto me dieron esos puntos... —Sam se encogió de hombros e hizo un gesto con las manos, como si estuviera abriendo un libro—. Abracadabra. Ser yo tiene algunas ventajas.

Pese a su aparente buen humor, Sam me observaba con una expresión ansiosa, a la espera de ver cómo me tomaba todo aquello. Cómo encajaba el hecho de su existencia.

—Muy bien —resolví—. Pero, si no te importa, voy a ver la herida más de cerca. Sólo será...

Le palpé con los dedos la cicatriz del cuello. No sé por qué, pero el tacto de aquella piel suave y firme me convenció mucho más que sus palabras. Sam posó los ojos en mi rostro durante un instante y luego volvió a apartarlos, sin saber bien dónde mirar mientras yo tocaba su cicatriz y los puntos que la cruzaban.

Dejé que mi mano reposara en su cuello un poco más de lo necesario y le acaricié levemente la piel que había junto a la herida curada, aquella piel que olía a lobo.

-Vale -dije-. Está claro que tienes que largarte antes de que vuelva el

médico. Pero no creo que te dejen marchar sin más ni más; seguro que irán a por ti.

Hizo una mueca

—Nada de eso. Creerán que soy un indigente sin seguro médico, lo cual es cierto. Me refiero a lo del seguro.

Decidí dei ar las sutilezas a un lado.

—No, lo que creerán es que te has ido para evitar que te metan en un programa de ayuda. Mira, esta gente piensa que has intentado suicidarte.

Sam me miró boquiabierto y yo señalé las cicatrices de sus muñecas.

-Ah. eso. No me lo hice vo.

Frunci el ceño. No quería decirle algo del tipo de « venga, hombre, está claro que tenías motivos», o de « puedes contármelo; no voy a juzgarte», porque entonces estaría actuando como Sunny. Aun así, saltaba a la vista que todas aquellas cicatrices no se las había hecho cayéndose por unas escaleras.

Él se frotó la muñeca derecha con el pulgar. Estaba pensativo.

—Ésta me la hizo mi madre. Y esta de aquí, mi padre. Recuerdo que contaron hasta tres para hacérmelas al mismo tiempo. Aún hoy, no soporto la visión de una bañera.

Me tomé un momento para asimilar lo que acababa de decirme. No sabía por qué —si por su tono llano y carente de emoción, por la escena que había aparecido en mi mente o por todo lo que había pasado aquel día—, pero el hecho es que, de pronto, me mareé. La cabeza empezó a darme vueltas, el pulso retumbó en mis oídos y me desplomé.

No sé cuánto rato estuve inconsciente. Desperté justo a tiempo para ver cómo se abría la cortina, en el instante en que Sam se metía en la cama y se volvía a colocar la venda del cuello. Un enfermero se arrodilló junto a mí y me ayudó a incorporarme.

-- ¿Te encuentras bien?

Me había desmayado por primera vez en mi vida. Pestañeé hasta lograr que el enfermero tuviera una sola cabeza en lugar de tres flotando una al lado de la otra, y luego empecé a mentir.

- —Es que me acordé de toda la sangre que vi al encontrar a Sam y ... aaah...
 —No me había repuesto del todo, de modo que el «aaah» sonó muy convincente.
- —No pienses más en ello —sugirió el enfermero, sonriéndome con excesiva simpatía; me pareció que tenía la mano demasiado cerca de mi pecho para que el gesto fuera casual, y eso acabó de decidirme a poner en marcha el humillante plan que acababa de ocurrírseme.
- —Creo que... Tengo que pedirte algo que me da un poco de corte —barboté, notando que se me encendían las mej illas; decir aquello me costaba tanto como si fuera verdad—. ¿No podrías... no podrías prestarme algo de ropa? Es que con

los nervios me he hecho...

—Si, si, cómo no —exclamó el pobre hombre, tan avergonzado por mi situación como por su anterior comportamiento—. Si. Por supuesto. Vuelvo enseguida.

Fiel a su palabra, regresó al cabo de unos minutos con un uniforme hospitalario de color verde.

- —Tal vez te quede un poco grande, pero los pantalones tienen un cordel para que te los...
- —Gracias —musité—. Si no te importa, me cambiaré aquí mismo. Él no se entera de nada, así que... —añadí señalando a Sam, que se hacía el sedado con gran pericia.

El enfermero desapareció tras las cortinas. Sam abrió los ojos y me miró con gesto burlón.

- -: Le acabas de decir a ese tipo que te has hecho pis? -susurró.
- —Cierra el pico —siseé furiosa, tirándole el uniforme a la cabeza—. Date prisa o descubrirán que aquí pasa algo raro. Me debes una.

Risueño, metió el pantalón del uniforme bajo la sábana, se lo puso como pudo y luego se quitó el vendaje del cuello y el tensiómetro del brazo. Finalmente, se despojó del camisón y se enfundó la parte de arriba del uniforme. El monitor emitió un pitido de protesta y mostró una línea plana para anunciar la muerte del paciente al personal del hospital.

-Hora de irse -dijo Sam echando a andar.

Se detuvo un poco más lejos para examinar la sala en la que nos encontrábamos, y en ese momento oí que las enfermeras entraban en el cubículo que acabábamos de abandonar.

—Pero si estaba sedado —oí que decía Sunny.

Sam me agarró de la mano como si fuera lo más natural del mundo y echó a andar hacia la luz brillante de la entrada del hospital. Iba vestido —con uniforme, nada menos— y no sangraba, así que nadie se extrañó de ver cómo pasaba delante del cuarto de las enfermeras y avanzaba tranquilamente. Y, mientras tanto, yo veía cómo su mente de lobo analizaba la situación, cómo ladeaba la cabeza para oir mejor y alzaba la barbilla para olfatear. Aunque parecía desgarbado, era sorprendentemente ágil, y supo encontrar de inmediato el camino hasta el vestibulo principal.

Mientras caminábamos sobre la moqueta azul marino que cubría el suelo, me fijé en la empalagosa musiquilla country que salía de los altavoces. Mis zapatillas de deporte crujían un poco al andar, los pies de Sam, que iba descalzo, no hacían ningún ruido. Dada la hora, el vestibulo estaba desierto y ni siquiera había nadie en el área de recepción. La adrenalina me corría por las venas a tal velocidad que me sentía capaz de volar hasta el coche de mi padre. La eterna pragmática que había en mi, sin embargo, me recordaba que debía llamar a una grúa para

que fuera a recoger mi coche. Pero ni siquiera eso me importaba demasiado: sólo podía pensar en Sam: Mi lobo era aquel chico guapo que me llevaba de la mano. Ya podía morirme feliz.

Entonces me di cuenta de que Sam vacilaba y se detenía, con los ojos fijos en la oscuridad que acechaba tras la puerta de cristal.

- -¿Hará mucho frío?
- —No mucho más del que hacía cuando te traje. De todas maneras, ¿qué más da eso ahora?

El gesto de Sam se ensombreció.

--Estoy en el límite. Odio esta época del año. Podría ser tanto lo uno como lo otro

Noté la pena profunda que había en su voz.

- —¿Duele transformarse?
- -Ahora quiero ser humano -respondió, desviando la mirada.

Yo quería lo mismo.

—Iré a arrancar el coche y a encender la calefacción. De ese modo, el frío sólo te afectará un momento.

Él me miró. Parecía triste e indefenso.

- -No sé adonde ir -dii o.
- —¿Dónde vives? —le pregunté, temiendo que respondiera algo penoso, como que vivía en un albergue para indigentes; desde luego, no creía que viviera con sus padres, después de lo que le habían hecho en las muñecas.
- —Tengo un amigo... uno de los lobos... Se llama Beck Cuando nos transformamos en humanos, solemos quedarnos en su casa. Pero si Beck todavía no se ha transformado, la casa estará fría... Aunque siempre puedo...

Negué con la cabeza y me planté frente a él, con los brazos en jarras.

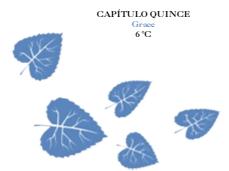
-Ni de broma. Voy a por el coche; tú te vienes a mi casa.

Sus ojos se abrieron como platos.

- -¿Y tus padres?
- —Ojos que no ven, corazón que no siente —repuse mientras abría la puerta.

Por el hueco entró una ráfaga de aire helado; Sam retrocedió unos pasos para apartarse de la puerta, abrazándose el torso, y empezó a tiritar. Aun así, se mordió el labio y me dedicó una sonrisa vacilante.

Me dirigí al aparcamiento, sintiéndome más viva, más feliz y más asustada de lo que había estado nunca.



—¿Duermes?

La voz de Sam era poco más que un susurro, pero en las tinieblas de mi habitación sonó como un grito inesperado.

Me di la vuelta y me asomé por el borde de la cama: Sam era un bulto oscuro en el suelo sobre un nido de sábanas y almohadas. Su presencia, extraña y maravillosa al mismo tiempo, parecía llenar la habitación y empujarme contra la pared. Me daba la impresión de que jamás volvería a dormirme.

- -No
- -¿Puedo hacerte una pregunta?
- -Acabas de hacerlo.

Se quedó pensando un momento.

- -Vale. ¿Puedo hacerte otra pregunta?
- —Acabas de hacerlo.

Sam resopló y me lanzó uno de los cojines del sofá. El proyectil atravesó la habitación, iluminada tan sólo por la luna, y aterrizó blandamente sobre mí.

-Eres una listilla, ¿lo sabías?

Sonreí

- -A ver, ¿qué quieres saber? -dije.
- -Te mordieron.

En realidad, no era una pregunta. Percibí la ansiedad en su voz y, aunque no estaba a su lado, noté la tensión de su cuerpo. Me escondí bajo las sábanas en un intento de huir de sus palabras.

- —No lo sé.
- —¿Cómo es posible que no lo sepas? —preguntó Sam en voz más alta.

Me encogí de hombros, aunque sabía que él no podía verlo.

- —Era una niña.
- -Yo también lo era, y me di perfecta cuenta de lo que pasaba.

Me quedé callada.

—¿Por eso te quedaste quieta? —preguntó Sam al cabo de un rato—. ¿Porque eras demasiado pequeña para darte cuenta de que te iban a matar?

Escudriñé el rectángulo de cielo nocturno que se veía a través de la ventana, perdida en las imágenes que recordaba del Sam lobo. La manada apiñada a mi alrededor: lenguas y dientes, gruñidos y tirones. Un lobo algo más atrás, con el pelaje cubierto de cristales de hielo, temblando mientras me observaba. Tumbada en la nieve, bajo un cielo blanco que se iba oscureciendo, tampoco yo dejaba de observarlo. Era hermoso: salvaje y oscuro, con unos ojos amarillos en cuyas profundidades adivinaba una complejidad inimaginable. Su aroma era semejante al de los demás lobos: rico, silvestre, almizcleño. El mismo aroma que seguía teniendo allí, tumbado en el suelo de mi habitación, a pesar de su uniforme de enfermero y de su piel humana.

Oi en el exterior un aullido penetrante, y después otro. El coro nocturno comenzaba ya y, pese a la ausencia de la voz de Sam, me seguia cautivando. Atacada por una añoranza repentina, noté que el corazón se me aceleraba. Sam gimió; su voz lastimera, a medio camino entre el humano y el lobo, me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Los echas de menos? —murmuré.

Sam se levantó y se colocó junto a la ventana, con los brazos cruzados.

Su silueta desgarbada se recortó contra la noche.

—No. Sí. No lo sé. Oírlos hace que me sienta... mal. Como si éste no fuera mi lugar.

Conocía bien aquella sensación. Busqué algo que decir para consolarlo, pero no se me ocurrió nada convincente.

—Y, sin embargo, yo soy éste —insistió él, bajando la barbilla para mirarse el cuerpo; no supe si lo decía para persuadirse a sí mismo o para convencerme a mí.

Los aullidos de los lobos se hicieron de pronto más intensos y los ojos se me llenaron de lágrimas.

- —Ven aquí. Cuéntame algo, anda —dije para distraernos a ambos. Sam se volvió a medias, pero no alcancé a distinguir su expresión—. En el suelo hace frío; seguro que mañana te levantas con tortícolis. Vamos, vente.
- —¿Y tus padres? —inquirió, volviendo a la misma pregunta que me había hecho en el hospital.

Estaba a punto de preguntarle por qué se preocupaba tanto por ellos cuando recordé lo que me había dicho acerca de sus padres, y las cicatrices brillantes y arrugadas que tenía en las muñecas.

- -Uf. No sabes cómo son -dije a modo de respuesta.
- —;Dónde están?
- -En la inauguración de una exposición, creo. Mi madre es artista.
- -Son las tres de la madrugada... -advirtió con voz incrédula.
- —Cállate y ven aquí —le interrumpí, con un tono más cortante de lo que pretendía—. Pórtate bien y no me quites la manta, ¿de acuerdo?—Sam vacilaba —. ¡Venga, que se va a acabar la noche!

Obediente, se agachó para coger una de las almohadas que estaban en el suelo y avanzó hasta la cama, pero se detuvo antes de subir. Distinguí en la penumbra la expresión sombría de su rostro mientras inspeccionaba aquel territorio prohibido. No supe si sentirme halagada por su delicadeza u ofendida porque, al parecer, no me consideraba lo suficientemente atractiva como para abalanzarse sobre mí.

Al cabo de un poco, se decidió a subir. El colchón crujió bajo su peso; Sam dio un respingo y se acurrucó en el mismo borde, sin llegar siquiera a taparse con el edredón. Capté su olor lobuno con mayor nitidez y, con una extraña satisfacción, solté un suspiro. El también suspiró.

—Gracias —musitó.

Me pareció un tanto formal, considerando el hecho de que estaba metido en mi cama.

—De nada.

De pronto me asaltó un momento de lucidez. Allí estaba yo, acostada junto a un chico capaz de convertirse en lobo; y no en cualquier lobo, sino en mi lobo. Recordé el instante en que se encendió la luz del porche y lo vi por primera vez, y me recorrió el espinazo una extraña mezcla de alegría e inquietud.

Sam volvió la cabeza hacia mí como si pudiera ver la llamarada de mis emociones. Distinguí sus ojos en la oscuridad, a tan sólo unos palmos de mí.

-Te mordieron. Deberías de haberte transformado. Lo sabes, ¿no?

Volví a ver a los lobos rodeando a su presa, tirada en la nieve. Hocicos ensangrentados, dientes desnudos, gruñidos de anticipación. Uno de ellos, Sam, arrastraba el cuerpo hasta sacarlo del círculo formado por los demás. Lo llevaba entre los árboles caminando erguido, dejando tras de sí un rastro de huellas humanas

Me di cuenta de que me estaba quedando dormida e hice un esfuerzo por despejarme; no sabía si había respondido a la pregunta de Sam.

-A veces desearía haberlo hecho -le dije.

A miles de kilómetros de mí, en el otro lado de la cama, Sam cerró los ojos.

—A veces, también lo desearía y o.

CAPÍTULO DIECISÉIS Sam 5°C

Me desperté de repente. Durante un instante me quedé quieto, parpadeando, tratando de averiguar qué me había despertado. Entonces comprendí que no había sido un sonido, sino la sensación de una mano que se apoyaba en mi brazo, y recordé de golpe todo lo que había pasado la noche anterior. Grace se había dado la vuelta mientras dormía y yo no podía dejar de mirar sus dedos sobre mi piel.

Estaba tumbado junto a la chica que me había rescatado. En aquel momento, el solo hecho de ser humano me pareció un triunfo.

Me puse de lado para observar cómo dormía, cómo su respiración tranquila agitaba los mechones que le caían sobre la cara. Parecía completamente confiada, como si mi presencia no le inquietara lo más mínimo. Para mí, aquello también era una victoria

Cuando oí a su padre levantarse, me quedé inmóvil, notando cómo se me aceleraba el corazón y dispuesto a saltar del colchón si le veía entrar en la habitación para despertar a su hija. Sin embargo, se marchó a trabajar, dejando tras de si una vaharada de olor a loción para el afeitado que se coló por las

rendijas de la puerta. La madre de Grace se fue poco después, no sin antes romper algo en la cocina y soltar un taco con una voz que encontré bastante agradable. Me resultó increfible que no echaran un vistazo a la habitación de su hija para comprobar que estaba bien, sobre todo teniendo en cuenta que no la habían visto al llegar. Sin embargo, así fue.

Estaba incómodo con el uniforme de hospital y, además, necesitaba ponerme algo que me protegiera mejor del frio, de modo que me levanté sin esperar a que Grace se despertase; ella ni siquiera se dio cuenta. Salí al porche trasero y me detuve en seco al ver la escarcha que cubría la hierba del patio. Me había puesto unas botas del padre de Grace, pero no llevaba calcetines, y el aire helado de la mañana parecía mordisquearme los tobillos. La náusea que presagiaba la transformación empezó a cosquillearme en el estómago.

« Sam», me dije, como si pudiera convencer a mi cuerpo con fuerza de voluntad. « Soy Sam».

Necesitaba abrigarme más, así que volví a entrar en la casa para buscar algo que ponerme. Hacía frío; el otoño ya había comenzado. ¿Por qué no me había transformado en humano durante los meses de calor? En un armario atestado que olía a naftalina y a recuerdos marchitos encontré un anorak azul chillón que me daba aspecto de zepelín; me lo puse y volví a aventurarme en el patio trasero, algo más tranquilo. El padre de Grace debía de usar la misma talla de zapatos que el yeti, de modo que me interné en el bosque caminando con tanta gracia como un oso polar en una casa de muñecas.

Hacía tanto frío que mi respiración parecía formar fantasmas en el aire, pero tuve que reconocer lo hermoso que estaba el bosque en aquella época del año, repleto de colores primarios perfectos como el amarillo y rojo de las hojas o el azul del cielo. Eran detalles que, siendo lobo, jamás había percibido. Y sin embargo, mientras caminaba hacia el lugar en el que tenía la ropa, eché de menos todo lo que me perdía por ser humano. Aunque mis sentidos eran más finos de lo normal, no lograba captar el olor de todos los rastros que los animales dejaban en la maleza, ni la humedad que presagiaba un mediodía caluroso. Cuando era lobo, podía percibir la sinfonía industrial de los coches y camiones que viajaban por la lejana carretera, y detectar el tamaño y velocidad de cada uno de ellos. Ahora tan sólo olía el aroma leñoso del otoño —las hojas secas, los árboles casi dormidos—, y oía el suave zumbar del tráfico en la lejanía.

Si hubiera sido lobo, habría percibido el olor de Shelby mucho antes de verla. Pero no lo era, y ya la tenía pegada a los talones cuando me asaltó la sensación de que había algo cerca. El vello de la nuca se me erizó y tuve la incómoda impresión de que compartía con otra criatura el aire que respiraba. Me di la vuelta y vi su figura, corpulenta para ser una hembra. Su pelaje blanco parecía mate y amarillento a la luz del día. Por lo visto, había salido indemne de la cacería. Con las orejas pegadas a la cabeza, examinó mi ridículo aspecto y resopló.

—Chssst —le exigí, y extendí una mano con la palma hacia arriba—. Soy yo. Ella arrugó el hocico en señal de disgusto y retrocedió lentamente; supuse que había reconocido el olor de Grace superpuesto al mío. Aun siendo humano, yo percibía con claridad aquel aroma sutil y jabonoso que se me había quedado prendido al cabello por apoyar la cabeza en su almohada y a la mano que ella me había agarrado.

Una expresión de recelo cruzó los pálidos ojos de Shelby y por un instante recordé su rostro humano. Siempre había sido así entre ella y yo: no recordaba una sola ocasión en que no mediase entre nosotros cierto desacuerdo. Yo me aferraba a mi humanidad —y a mi obsesión por Grace— como a un clavo ardiendo, mientras que ella se abandonaba con alegría al olvido que suponía convertirse en loba. Desde luego, tenía motivos de sobra para no querer recordar.

Nos estuvimos mirando un rato. Ella movía levemente las orejas para captar las decenas de sonidos que escapaban a mis oídos humanos y olfateaba en mi dirección para averiguar lo que me había sucedido. En cuanto a mí, me sorprendí añorando la sensación de correr junto a la manada sobre la hojarasca, envuelto por el perfume penetrante de la madera en otoño.

Shelby me miró a los ojos en un gesto muy humano —mi rango en la manada era demasiado alto para que ningún otro lobo, salvo Paul y Beck, me desafiara de aquella manera—, y recordé su voz preguntándome una vez más si no echaba de menos ser lobo.

Cerré los ojos para ahuyentar la viveza de su mirada y el recuerdo de mi cuerpo de lobo, y me obligué a pensar en Grace, que seguía en la casa. No había nada en mi experiencia lobuna que pudiera compararse con el tacto de la mano de Grace en la mía. El pensamiento empezó inmediatamente a dar vueltas en mi cabeza, convertido en el inicio de una canción: « Eres mi otra piel, / mi cambio de estación. / Yo broto para ti, / florezco y muero al mismo tiempo». En el instante que tardé en pensar la letra e idear el fraseo de guitarra que la acompañaría, Shelby se evaporó en la espesura, sigilosa como el aire.

Había llegado y se había ido sin que yo lo advirtiera, y eso me recordó lo vulnerable de mi situación. No tenía ni un minuto que perder. Corri hacia la caseta donde guardaba mi ropa. Años antes, Beck y yo habíamos trasladado las piezas de un viejo cobertizo de madera hasta un claro en las profundidades del bosque, y allí las habíamos vuelto a ensamblar.

En el interior había una estufa, una batería de barco y varias cajas de plástico con nombres escritos en los costados. Levanté la tapa de la que llevaba mi nombre y saqué la mochila que había dentro. Las demás contenían comida, mantas y pilas nuevas —lo imprescindible para que los miembros de la manada pudieran subsistir en el cobertizo hasta que Beck se transformara en humano y abriera su casa—, pero la mía contenía lo necesario para escapar. Había puesto

allí todo aquello para regresar a mi vida como persona tan rápido como fuese posible, algo que Shelby jamás me perdonaría.

Me enfundé varias camisetas de manga larga y unos vaqueros sobre el uniforme, y reemplacé las enormes botas del padre de Grace por unos calcetines de lana y unas gastadas botas de piel. Luego me guardé en el bolsillo la cartera con el dinero que había ganado durante el verano y metí en la mochila el resto de mis pertenencias. Al salir, distinguí con el rabillo del ojo algo oscuro que se movía

--Hola, Paul --dije, pero el lobo negro que encabezaba nuestra manada ya se había ido

Puede que ni siquiera me hubiera reconocido; para él, yo no era más que un ser humano, aunque mi aroma debía de resultarle vagamente familiar. Se me hizo en la garganta un nudo de algo parecido al arrepentimiento. El año anterior, Paul no había tomado forma humana hasta el final de agosto. Aquella temporada, quizá no llegara a transformarse.

Yo tenía muy presente que mis metamorfosis también estaban ya contadas. Mi último cambio se había producido en junio; era asombrosamente tarde, considerando que el anterior había ocurrido al principio de la primavera, cuando ni siquiera se había derretido del todo la nieve. ¿Cuándo vendría el siguiente? ¿Cuánto habría tardado en recuperar mi cuerpo si los cazadores no me hubieran disparado? Ni siquiera acababa de entender por qué aquel balazo me había transformado en humano, con el frío que hacía. Me recordé aterido, con Grace arrodillada a mi lado, poniéndome un paño en el cuello. Hacía tiempo que el verano se había terminado

Los vivos colores de las hojas secas que rodeaban el cobertizo parecían burlarse de mí, diciéndome que había pasado todo un año sin que vo lo advirtiera.

En aquel momento tuve una revelación que me dejó helado: aquél era mi último año.

Haber conocido a Grace en aquellas circunstancias era una cruel jugarreta del destino.

Preferí no pensar en ello. Regresé a la casa trotando y tuve la prudencia de comprobar que los coches de los padres de Grace todavía no estaban allí. Entré, me dirigi al dormitorio y me quedé un momento ante la puerta cerrada. Luego fui a la cocina y me puse a curiosear en las alacenas, aunque no tenía nada de hambre

« Admitelo: estás demasiado nervioso para entrar en esa habitación», pensé. Deseaba con todas mis fuerzas volver a ver a Grace, a aquel fantasma con voluntad de hierro cuya presencia constante había impregnado mi existencia en el bosque. Pero al mismo tiempo temía que verla cara a cara, a la cruel luz del día, pudiese cambiar las cosas. O, peor aún, que las dejara como estaban. La noche anterior había estado a punto de desangrarme en el porche de su casa; cualquiera me habría ayudado. Pero ahora aspiraba a algo más que ayuda, y no sabía si ella querría dármelo. Tal vez me viera como un monstruo.

«Eres una abominación de la naturaleza. Estás maldito. Eres el diablo. ¿Dónde está mi hijo? ¿Qué has hecho con é!?». Cerré los ojos y me pregunté por qué el recuerdo de mis padres no estaba entre las muchas cosas que había perdido a lo largo de mi vida.

-;Sam?

El sonido de mi nombre me hizo dar un respingo. Grace volvió a llamarme desde la habitación, con una voz que era poco más que un murmullo. Desde luezo. en ella no había ni rastro de miedo.

Abri la puerta del dormitorio y miré alrededor. A la luz de la mañana, se distinguia claramente que aquélla no era la habitación de una niña. Grace no conservaba su colcha de color rosa ni sus muñecos de peluche, si es que alguna vez los había tenido. De las paredes colgaban fotografías de árboles, todas ellas enmarcadas en negro, sin adornos. Los muebles, también negros y sobrios, tenían un aspecto funcional. Su toalla estaba cuidadosamente doblada sobre el aparador, junto a un moderno reloj blanco y negro y una pila de libros; la mayor parte, ensayos y novelas policíacas, a juzgar por sus títulos. Pensé que debían de estar colocados en orden alfabético, o según su número de páginas.

Me sorprendió lo distintos que éramos. Se me ocurrió pensar que si Grace y yo hubiéramos sido objetos, ella habría sido un reloj digital sincronizado con precisión científica, y yo, una bola de cristal rellena de nieve, una pequeña tormenta de recuerdos temblorosos.

Hice un esfuerzo por encontrar algo que decir que no sonase como el saludo de un fenómeno de la naturaleza algo salido. No se me ocurrió nada, así que opté por los clásicos.

—Buenos días

Grace se incorporó. Tenía el pelo encrespado por un lado y aplastado por el otro, y los ojos chispeantes.

- $-_i$ Sigues aquí! Anda, te has vestido. Quiero decir que ya no llevas el uniforme del hospital.
 - -Fui a buscar mi ropa mientras dormías.
 - -¿Qué hora es? Ay ... Llego muy tarde a clase, ¿verdad?
 - —Son las once.

Grace gimió, pero después se encogió de hombros.

—Bueno, de perdidos al río. Al fin y al cabo, desde que empecé en el instituto no me he perdido ni un solo día de clase. De hecho, me dieron un premio el año pasado. Y también una pizza gratis, o algo así.

Grace se levantó y, a la luz del día, me di cuenta de lo insoportablemente ceñida y sexy que era la camiseta de su pijama. Me di la vuelta para no verla.

-No hace falta que seas tan casto y puro, ¿sabes? Al fin y al cabo, no estoy

desnuda. —Se detuvo frente al armario y me miró con expresión picara—. Porque supongo que... supongo que nunca me has visto desnuda, ¿yerdad?

-: No! -exclamé, apresurado.

Encajó mi mentira con una sonrisa y se hizo con un par de pantalones vaqueros.

—En fin, si quieres que siga siendo así, lo mejor es que te des la vuelta otra vez.

Me eché en la cama y enterré la cabeza en las almohadas, impregnadas del aroma de Grace. Con el corazón latiéndome a mil por hora, escuché los sonidos que producía la ropa al resbalar por su piel. Al final no pude resistir los remordimientos: nunca he sabido mentir.

—Sí que te he visto, pero fue sin querer —confesé con un suspiro de culpabilidad.

Grace se arrojó sobre el colchón, que crujió lastimero, y acercó su cara a la mía

-¿Es que siempre estás disculpándote?

La almohada amortiguó mi voz.

— No, pero es que quiero hacerte creer que soy un chico decente. Y decir que te vi desnuda no ayuda mucho a que te lo creas, aunque en ese momento yo no fuera humano

Ella se rió.

—Seré clemente; al fin y al cabo, yo también podía haber bajado las persianas.

Se hizo el silencio, un silencio colmado de mensajes sin palabras. Captaba el olor del nerviosismo que emanaba de la piel de Grace y notaba su pulso vibrando a lo largo del colchón hasta mi oido. La tenía tan cerca que, con sólo mover un poco la cabeza, habria pegado mis labios a los suyos. Por un momento creí entender lo que decían los latidos de su corazón: « Bésame, bésame, bésame». Normalmente se me daba bien adivinar los sentimientos de los demás, pero, con Grace, todo lo que creía percibir quedaba sepultado por mis deseos.

Grace se rió en voz baja, con una tímida coquetería que nunca hubiera esperado en ella.

—Me muero de hambre —dijo—. Vamos a desayunar. Bueno, a comer, más bien.

Los dos salimos rodando de la cama. Grace posó sus manos en mi espalda para guiarme por la casa; yo era tan consciente de su contacto que casi me quemaba. Fuimos andando sin prisa hasta la cocina. La luz del sol daba de lleno en el cristal de la puerta del porche y se reflejaba en la encimera y los azulejos, bañándonos en una luminosidad cegadora. Gracias a mi anterior inspección, sabía dónde estaban las cosas. de modo que empecé a sacar las provisiones.

Mientras me movía por la cocina, Grace no se separaba de mí. Me rozaba el

codo con los dedos, me acariciaba fugazmente la espalda; buscaba excusas para tocarme. Cuando creía que yo no me daba cuenta, me observaba con descaro. Me sentí como si nada hubiese cambiado, como si todavía la estuviese mirando desde el bosque y ella me contemplara desde su columpio. « Me quito la piel, / sólo quedan mis ojos. / Tus ojos me ven, / dicen que eres mia» .

-¿En qué piensas? - pregunté mientras cascaba un huevo en una sartén.

Al servirle un vaso de zumo, me quedé mirando mis propias manos; de pronto, su humanidad me parecía más preciosa que nunca.

Grace se rió.

-En que me estás haciendo el desay uno.

Era una respuesta demasiado simple, tanto que no me la creí. Sobre todo porque, en aquel mismo instante, mi mente era un hervidero de pensamientos que competian entre sí.

-¿En qué más piensas?

—En que eres muy amable por hacerme el desayuno. En que espero que sepas hacer huevos revueltos.

Pero, mientras lo decía, sus ojos fueron de la sartén a mi boca durante un instante y supe que no sólo pensaba en cocinar. Se apartó bruscamente y fue a bajar las persianas, dejando la cocina en penumbra.

-Y en que entraba demasiada luz-remató.

El sol se filtraba por la persiana en líneas horizontales que cruzaban sus ojos castaños y la línea recta de su boca.

Me concentré en los huevos revueltos, que ya estaban listos. Los coloqué en un plato justo en el instante en que la tostadora expulsaba una tostada humeante. Grace y yo nos inclinamos para cogerla, y entonces se produjo uno de esos momentos de película en los que las manos de los protagonistas se tocan y sabes que están a punto de besarse. Sólo que, en vez de mi mano, fueron mis brazos los que la rodearon accidentalmente mientras yo trataba de alcanzar la tostada, empujando a Grace contra la encimera. Fui a excusarme, muerto de vergüenza, y sólo cuando vi que Grace cerraba los ojos y levantaba la barbilla me di cuenta de que era el momento perfecto.

Y entonces la besé. Mis labios rozaron los suyos en una caricia suave, controlada. Incluso en aquel momento, no pude evitar analizar la situación, preguntarme cómo reaccionaría Grace y qué pensaría de mi, maravillarme ante el temblor que me había tensado la piel, contar los segundos que pasaban desde que nuestros labios se tocaron hasta que ella abrió los ojos.

Grace me sonrió y habló con suavidad, pero también con aire burlón.

—¿Eso es todo?

Volví a posar mis labios en los suyos, pero esta vez el beso fue muy distinto. Fue un beso que valía por seis años, un larguísimo instante en el que sus labios cobraron vida bajo los míos y saboreé en ellos la naranja y el deseo. Sus dedos

se enredaron en mi pelo y luego se anudaron en mi nuca, vivos y frescos sobre mi piel tibia. Me sentí salvaje y manso, hecho jirones y completo al mismo tiempo. Por primera vez en mi existencia como ser humano, mi mente no se separó de mis sentidos, no se puso a componer la letra de una canción o a memorizar la situación para reflexionar más tarde sobre ella. Por una vez en mi vida.

estaba allí, sólo allí

Entonces abrí los ojos y, en aquel instante, sólo existimos Grace y yo, nada más que los dos, ella con los labios apretados como si quisiera conservar mi beso en su interior, yo atesorando aquel momento que era tan frágil como un pájaro entre mis manos.

CAPÍTULO DIECISIETE Sam 15 °C

Hay días cuyas partes parecen encajar como las piezas de una vidriera, cien cristales diminutos de colores y significados distintos cuya combinación da lugar a una imagen completa. Para mí, las veinticuatro horas anteriores habían sido así. La noche en el hospital era una de las piezas, de un verde enfermizo y parpadeante. Las oscuras horas de la madrugada en la cama de Grace formaban otra, empañada y púrpura. Luego venía el frio azul de la visita a mi otra vida hecha aquella mañana y, al fin, la pieza resplandeciente y clara de nuestro beso.

La pieza que nos tocaba vivir en aquel momento transcurría sobre los raídos asientos de un Ford Bronco, en el desastrado aparcamiento de un negocio de coches usados que había a las afueras del pueblo. Era como si la imagen de la vidriera estuviera apareciendo lentamente para mostrarme algo que nunca había creido posible tener.

Grace rozó el volante del Bronco con gesto pensativo y me miró.

-: Jugamos a las veinte preguntas?

Yo estaba repantigado en el lado del pasajero, disfrutando con los ojos cerrados del sol que entraba por el parabrisas. Me sentía bien.

- —¿No deberías estar viendo otros coches? Siempre había pensado que para comprar algo hace falta... no sé, ir de compras.
- —No se me da bien ir de compras —contestó Grace—. Cuando veo lo que me hace falta, lo cojo y ya está.

Le respondí con una carcajada. Empezaba a ver hasta qué punto aquella afirmación resumía el carácter de Grace.

Entrecerró los ojos fingiendo irritación y se cruzó de brazos.

-Bueno, empiezo con las preguntas. Que conste que tienes que contestarlas obligatoriamente.

Recorrí el aparcamiento con la mirada para asegurarme de que el dueño del negocio todavía no había regresado con la grúa y el coche de Grace; en Mercy Falls, la grúa y el concesionario de automóviles de segunda mano eran dos facetas del mismo negocio.

-Vale. Pero no me pongas colorado.

Grace se acercó a mí —la palanca de cambios estaba en el salpicadero y el asiento delantero era un banco corrido— y se acomodó imitando mi postura. Intuí que aquélla era, en realidad, la primera pregunta: su pierna contra mi pierna, su hombro contra el mío, su zapato cuidadosamente acordonado posado en la gastada piel de mi bota. Mi corazón se desbocó por toda respuesta.

Grace empezó a hablar con tono práctico, como si no supiera los efectos que su proximidad tenía en mí.

-Quiero saber qué te convierte en lobo.

Ésa era fácil.

—Las temperaturas bajas. Cuando las noches son frescas y los días aún cálidos, noto la cercanía de la transformación, y después, al aumentar el frío, me vuelvo lobo y continúo así hasta la siguiente primavera.

—¿A los demás les pasa lo mismo?

Asentí.

—Cuanto más tiempo pasas siendo lobo, más calor te hace falta para recuperar la forma humana. —Me interrumpí un momento: no sabía si aquél sería un buen momento para decírselo—. Nadie sabe cuántos años dura esa serie de transformaciones. Varía en cada caso.

Grace me miró con atención; sus ojos mostraban la misma expresión que cuando me había mirado de niña, tendida en la nieve. Sus pensamientos seguian siendo tan enigmáticos para mí como en aquella ocasión. Esperé su siguiente pregunta, sintiendo que me faltaba el aire; por suerte, optó por cambiar de tema.

-: Cuántos sois?

No supe qué decir, porque muchos habían dejado de transformarse hacía tiempo.

- -Unos veinte -dije al fin.
- -¿Qué coméis?

- —Gazapos. —Al verla fruncir el ceño, sonreí y agregué—: Bueno, y también conejos adultos. Apoyo la igualdad de oportunidades a la hora de comer conejos. Grace afinó la puntería.
- —¿Qué tenías en el hocico la noche en que me permitiste tocarte? preguntó; su tono de voz no revelaba vacilación alguna, pero la piel de alrededor de los ojos se le tensó como si no estuviera segura de querer oír la contestación.

Me costaba recordar aquella noche: las manos de Grace acariciándome el pelaje, su aliento rozando mi hocico, el placer culpable de sentirme tan cerca de ella. El chico. El chico muerto. Claro, por eso me lo preguntaba.

-i,Te refieres a las manchas de sangre?

Grace hizo un gesto de asentimiento.

Me entristeció un poco que planteara aquella pregunta, pero sabía que tenía que hacerla. No le faltaban motivos para desconfiar de mí.

- -Yo no fui el que... a ese chico...
- —Jack—me av udó ella.
- -Ah, Jack-repetí-. Supe que lo habían atacado, pero y o no participé.

Tuve que escarbar más hondo en mi memoria para recordar de dónde había salido la sangre que manchaba mi hocico. Mi mente humana me proporcionaba respuestas razonables —un conejo, un venado, cualquier bicho atropellado—, que se sobreponían instantáneamente a mis recuerdos de lobo. Al cabo de un rato hallé la respuesta verdadera, pero su contenido no era como para enorgullecerse.

Un gato. De ahí venía la sangre. Había cazado un gato.

Grace dejó escapar un suspiro.

--¿Estás disgustada?

—No. Tenías que alimentarte. Si no era de Jack, lo mismo me da que la sangre fuera de un gato que de un canguro —respondió; sin embargo, saltaba a la vista que seguía dándole vueltas al asunto.

Intenté acordarme de lo poco que sabía del ataque, temiendo que Grace se hiciera una idea equivocada de mi manada.

- —Él los provocó —afirmé.
- --: Cómo? Pero si me acabas de decir que tú no te encontrabas allí.

Meneé la cabeza e intenté explicarme.

- —Nosotros... los lobos... cuando nos comunicamos, lo hacemos mediante imágenes. Imágenes sencillas. Y nunca a gran distancia. Sin embargo, si estamos cerca los unos de los otros, tenemos la capacidad de compartir imágenes. Los lobos que atacaron a Jackme mostraron lo que había sucedido.
 - -¿Os leéis la mente? inquirió Grace, incrédula.

Sacudí la mano con energía.

—No, nada de eso. Lo que pasa es que me resulta difícil explicarlo cuando soy huma... cuando soy yo. Es simplemente una forma de hablar, pero diferente, porque el cerebro humano es distinto al de los lobos. Para los lobos, no existen las abstracciones. Los conceptos como el tiempo, los nombres o las emociones complejas son incomprensibles para ellos. En realidad, sólo se comunican para cazar o para avisar de un peligro.

-Vale. ¡Y qué es lo que viste de Jack?

Bajé la vista. Me resultaba extraño revivir una experiencia de lobo desde mi mente humana. Analicé las borrosas imágenes que se acumulaban en mi cabeza hasta reconocer las heridas de bala en los costados de los lobos y los restos de la sanere de Jacken sus hocicos.

- —Los lobos me mostraron cómo Jack abría fuego sobre ellos. Tenía un arma. Una carabina de aire comprimido, o algo así. Llevaba una camisa roja. —Los lobos distinguían pocos colores, pero el rojo era uno de ellos.
 - --: Por qué iba a hacerlo?

Alcé las cejas.

- -No lo sé. Los lobos no nos contamos esa clase de cosas.
- Grace se quedó callada; supuse que estaría pensando en Jack Su silencio se prolongó y empecé a preguntarme qué le preocupaba tanto.

De pronto, volvió a hablar.

- -Imagino que nunca tienes regalos de Navidad, ¿no?
- La miré sin saber qué responder. La Navidad pertenecía a otra vida, a mi vida antes de ser lobo.

Grace observó el volante del coche.

—Es que estaba pensando que nunca te veía durante el verano, y que las navidades me encantaban porque sabia que entonces vendrías. Que estarías en el bosque, cerca de mi casa. Claro, en esa época hace demasiado frío para que seas humano, no? O sea, que nunca recibes regalos de Navidad.

Negué con la cabeza. En los últimos años, me transformaba tan temprano que ni siquiera me daba tiempo de ver los adornos de Navidad en las tiendas.

Sin apartar la mirada del volante. Grace frunció el ceño.

-¿Pensabas en mí cuando eras un lobo?

En mi vida como lobo, yo no era más que el vago recuerdo de un chico desesperado por aferrarse a palabras sin sentido. No quise decirle la verdad: que no recordaba su nombre:

-Pensaba en tu olor -repuse con sinceridad.

Le cogí un mechón de pelo y lo olisqueé. El perfume de su champú me trajo a la memoria el aroma de su piel; tragué saliva y dejé caer el mechón sobre su hombro

Grace observó cómo mi mano se separaba de su hombro e iba a posarse en mi regazo. También ella tragó saliva. La pregunta clave —¿cuándo volvería a transformarme?— flotaba entre nosotros como una presencia, pero ninguno quiso expresarla con palabras. Todavía no me sentía preparado para decírselo. Sólo pensar en dejar aquello atrás —en separarme de ella— hacía que me doliese el

pecho.

—Bueno —dijo Grace, colocando una mano en el volante—. ¿Sabes conducir?

Me sagué la cartera del bolsillo de los vagueros, la abrí v se la enseñé.

—Sí. Al menos, eso cree el estado de Minnesota.

Grace sacó de la funda mi permiso de conducir, lo apoyó en el volante y levó en voz alta:

—« Samuel K. Roth» . ¡Es un permiso de verdad! —añadió con sorpresa—. ¡De modo que eres real!

Solté una carcajada.

-¿Lo dudabas?

En vez de responder, Grace me devolvió la cartera y preguntó:

—¿Es así como te llamas? ¿No se supone que estás muerto, igual que Jack? No tenía muchas ganas de hablar de aquello, pero accedí a responder.

—No es lo mismo. Mis mordeduras no fueron graves; además, la gente que pasaba por allí me ayudó y evitó que los lobos se me llevaran. A mí nunca me han dado por muerto. como a él En fin: si. ése es mi verdadero nombre.

Grace adoptó un aire reflexivo y me pregunté qué andaría pensando.

De repente, me miró con expresión sombría.

- —Entonces tus padres saben lo que eres, ¿no? Por eso te... —Se interrumpió y cerró los ojos; vi que volvía a tragar saliva.
- —Las mordeduras hacen que enfermes durante varias semanas —le expliqué, ahorrándole la obligación de terminar la frase—. Supongo que tienen alguna toxina que te afecta hasta convertirte en... Al principio me transformaba continuamente, hiciera frío o calor. —Me interrumpí, mientras los recuerdos desfilaban por mi mente como fotografías de un álbum perteneciente a otra persona—. Mis padres creyeron que estaba poseido. Luego llegó el calor y mejoré o, mejor dicho, me estabilicé. Y, claro, pensaron que me había curado. Que me había salvado. Hasta que llegó el invierno. Entonces mis padres intentaron que me hicieran un exorcismo y, como no lo consiguieron, decidieron atajar el problema ellos mismos. Ahora están en la cárcel, los dos con cadena perpetua. No sabían que nosotros somos más difíciles de matar que la gente normal.

El rostro de Grace había adquirido un tinte verdoso y su mano aferraba el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

- -Prefiero que hablemos de otra cosa.
- —Lo siento —me disculpé con franqueza—. En fin, ¿qué tal si hablamos de coches? ¿Te vas a llevar éste? Suponiendo que arranque, claro. No sé nada de coches, pero, si te parece, puedo fingir que soy un entendido. A mí me parece que un experto diría algo así como que éste es un coche fiable y robusto, ¿no?

Grace le dio unos golpecitos al volante.

- —A mí me gusta.
- Pues a mí me parece horrible repliqué —. Eso si, seguro que anda sobre la nieve como si tal cosa. Podría toparse contra un ciervo y continuar sin immutarse
- --Además, tiene un asiento delantero estupendo --opinó Grace---. Mira, puedo...

Se deslizó sobre el asiento, acercándose aún más a mí, y me apoyó una mano en la pierna. Estábamos tan cerca que su aliento me hacía cosquillas en los labios. Tan cerca que pude sentir con cuánta intensidad quería un beso.

Se me vino a la cabeza la imagen de Grace en el patio de su casa, con la mano extendida, implorándome que me acercara. En aquel momento no podía hacerlo; pertenecía a un mundo distinto que me exigia respetar las distancias. Ahora, en aquel coche, no sabía si mi mundo seguía siendo aquél, si continuaba sometido a sus leyes. Mi piel humana se mofaba de mí, me ponía al alcance de la mano tesoros que se desvanecerían con la primera helada.

Me separé de Grace y aparté la mirada para no ver su decepción. El silencio se volvió pesado.

—¿Qué pasó después de que te mordieran? —le pregunté para desviar su atención—. ¿Te pusiste enferma?

Grace se hundió en el asiento y suspiró. Seguro que la había decepcionado en otras muchas ocasiones

—No lo sé. Eso pasó hace siglos. Sin embargo... puede ser. Sí, recuerdo haber tenido la gripe justo después.

Mi enfermedad también se había parecido a una gripe: cansancio general, tirtionas, fiebre alta, náuseas, un dolor en las articulaciones que respondía, en realidad, a que me estaban cambiando los huesos...

Grace se encogió de hombros.

—Fue el mismo año en que me quedé encerrada en el coche. Ocurrió uno o dos meses después del ataque de los lobos. Era primavera, pero hacía mucho calor. Mi padre me llevó a hacer unos recados, supongo que porque todavía era demasiado pequeña para quedarme sola en casa.

Me miró de soslay o para comprobar que la escuchaba.

—El caso es que aún estaba con gripe, y me sentía amodorrada. En el camino de vuelta, me quedé dormida en el asiento de atrás... y lo siguiente que recuerdo es despertarme en el hospital. Mi padre había llegado a casa, había sacado la compra del maletero y se había olvidado de mí. Me dejó encerrada en el coche. Dicen que intenté salir, pero lo cierto es que no lo recuerdo. En el hospital, una enfermera dijo que había sido el día de mayo más caluroso en la historia de Mercy Falls. El médico le explicó a mi padre que el calor debería haberme matado, así que fue una especie de milagro. Ya ves, tengo unos padres de lo más responsable.

Meneé la cabeza sin acabar de creérmelo. Se produjo un breve silencio durante el que tuve tiempo de apreciar la consternación en el gesto de Grace, y lamenté profundamente no haberla besado hacía unos instantes. Pensé en decirle algo como: «¿A qué te referias cuando dijiste que te gustaba el asiento delantero de este coche?». Pero no era capaz siquiera de imaginarme pronunciando aquellas palabras, así que le agarré la mano y le acaricié las lineas de la palma y los dedos, dejando que mi piel memorizase sus huellas dactilares.

Grace soltó un gemido satisfecho y cerró los ojos mientras mis dedos surraban círculos en su piel. De algún modo, aquello era casi mejor que los besos

Los dos dimos un respingo cuando alguien golpeó la ventanilla del copiloto. El dueño de la grúa y del concesionario había llegado y nos estaba observando.

—¿Habéis encontrado lo que buscabais? —preguntó con la voz amortiguada por el cristal de la ventanilla.

Grace extendió un brazo y la abrió.

—Desde luego —dij o mirándome.

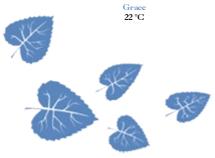
CAPÍTULO DIECIOCHO Grace 3°C

Aquella noche Sam volvió a dormir en mi cama, castamente acurrucado en el borde del colchón. Sin embargo, durante la noche nuestros cuerpos decidieron acercarse por su cuenta. Abrí un ojo muy de mañana, antes de que amaneciera. A la luz de la luna, descubrí que estaba apoyada en la espalda de Sam, con los brazos cruzados sobre el pecho como una momia. Admiré en la penumbra la curva de su hombro, y algo en aquella forma, en el gesto que sugería, despertó en mí un amor desatado y tumultuoso. Su cuerpo cálido olía tan bien —a lobo, a leña, a hogar— que apoyé la barbilla en el hueco de su hombro y volví a cerrar los ojos. Él soltó un suave gemido y se pegó aún más a mí.

Antes de quedarme dormida de nuevo, mientras mi respiración se apaciguaba lentamente hasta acompasarse con la de Sam, me cruzó por la mente una idea de una intensidad abrasadora: « No puedo vivir sin esto».

Tenía que haber una cura para Sam.

CAPÍTULO DIECINUEVE



La mañana siguiente amaneció espléndida, demasiado buena para aquella época del año y más aún para malgastarla en el instituto. Sin embargo, no podía faltar a clase por segunda vez sin una excusa creible. No es que me diera miedo quedarme atrás en alguna asignatura; pero si eres de los que asisten a clase todos los días, tus ausencias se notan más. Rachel ya me había llamado dos veces y me había dejado un inquietante mensaje de voz que decia: «¡Hoy es mal día para faltar a clase, Grace Brisbane!». Olivia no me había llamado desde nuestra discusión en el pasillo, así que supuse que seguía enfadada.

Sam me llevó a clase en el Bronco. Durante el trayecto aproveché para hacer los deberes de lengua que no había terminado el día anterior. Cuando Sam aparcó el coche, abrí la portezuela y por ella entró una ráfaga de aire cálido.

Con los oi os entrecerrados. Sam volvió la cabeza hacia la puerta abierta.

-Me encanta este tiempo. Hace que yo sea yo.

Al verle tomar el sol, me pareció que el invierno estaba a una distancia inimaginable; no podía ni pensar en que Sam se alejara de mí. Quise aprenderme de memoria el perfil arqueado de su nariz para recordarlo durante el día. Por un instante, pensé que mis sentimientos por Sam estaban reemplazando a los que había experimentado por mi lobo y sentí un ataque de remordimientos irracionales, pero enseguida me acorde de que el era mi lobo. Pese a que tenía la extraña sensación de que su existencia hacía que mi realidad se tambalease, sentía alivio. Mi obsesión se había vuelto... llevadera. Lo único que debía hacer era explicarles a mis amigas de dónde había salido mi novio.

—Tengo que irme —dije—. Pero no quiero.

Los ojos de Sam se abrieron del todo y me miraron.

—Estaré aquí cuando salgas. Te lo prometo. ¿Podría utilizar tu coche? — añadió, muy formal—. Me gustaría saber si Beck todavía conserva la forma humana y, si no la conserva, querría comprobar si su casa tiene electricidad.

Asenti, pero una parte de mí deseó que hubiesen cortado la corriente en la casa de Beck La verdad es que preferia que Sam siguiera durmiendo en mi cama, allí donde podía impedir que se desvaneciese como el sueño que era. Mochila al hombro, me bajé del Bronco.

-Que no te multen, loco del volante.

Mientras rodeaba el morro del coche, vi que Sam bajaba la ventanilla.

—¡Eh! —¡Oué pasa?

-Ven. Grace -me pidió él con timidez.

El modo en que pronunció mi nombre me hizo sonreír, y me aproximé a la ventanilla sonriendo todavía más al comprender lo que quería. Su cauteloso beso no me engañó; en cuanto abri un poco los labios, él soltó un suspiro y se apartó con esfuerzo.

—Vas a llegar tarde a clase —musitó.

Sonreí. Estaba en la cima del mundo.

—¿Volverás a las tres?

-Cuenta con ello

Le observé salir del aparcamiento con el coche, pensando ya en la infinita jornada de clases que se extendía ante mí.

Una libreta me golpeó el brazo.

--¡¿Quién era ése?!

Me volví hacia Rachel y traté de pensar en algo que fuera más sencillo de decir que la verdad.

—Uno que me ha traído.

Rachel no insistió, entre otras cosas porque su mente ya estaba en otro lugar. Me agarró del brazo y me arrastró hacia el instituto. Pensé que merecía recibir alguna recompensa en el otro mundo por ir a clase en un día tan maravilloso, mientras Sam se paseaba por ahí en mi coche. Rachel me sacudió el brazo para que le prestara atención.

-Grace, céntrate. Ay er apareció un lobo delante del instituto. ¿Me oy es? En

el aparcamiento. Todo el mundo lo vio al salir.

—¿Cómo? —exclamé mientras volvía la cabeza hacia el aparcamiento, intentando imaginarme a un lobo entre los coches. El pequeño pinar que rodeaba la zona no estaba conectado con el bosque de Boundary; el lobo debía de haber atravesado varias calles y i ardines para llegar—.¿Oué aspecto tenía?

Rachel me miró sin comprender.

—¿El lobo?

Asentí

—Pues no sé, aspecto de lobo. Era gris. —Fulminé a Rachel con la mirada y ella se encogió de hombros—. Yo qué sé, Grace. Era gris azulado, creo. Y tenía una herida con muy mala pinta en una pata delantera, junto al lomo. Estaba hecho una birria.

Era Jack Tenía que serlo.

- —La gente se volvería loca, ¿no? —pregunté.
- —Si, chica lobuna, deberías haber estado para verlo. Menudo guirigay. Por suerte, nadie resultó herido, pero a Olivia casi le da un ataque. Bueno, casi le dio un ataque a la mitad del instituto. Isabel se puso histérica perdida y montó una escena que no veas. —Rachel me apretó el brazo—. A lo que iba: ¿por qué no respondías al teléfono?

Entramos en el edificio; las puertas estaban abiertas de par en par para permitir la entrada del cálido aire del exterior.

—Me quedé sin batería.

Rachel hizo una mueca y levantó la voz para hacerse oír en medio del estrépito del pasillo.

- —¿Qué te ha pasado? ¿Estabas enferma? Jamás pensé que vería el día en que tú faltaras a clase. Entre que no estabas y que había un animal salvaje merodeando por el aparcamiento, creí que había llegado el fin del mundo. Esperaba que lloviera sanere o algo así.
 - —Creo que he tenido una especie de virus —contesté.
 - -: Vava! ¿Es contagioso?

Sin embargo, en lugar de separarse, Rachel me dio un codazo y sonrió. Yo me reí y la empujé, pero, al hacerlo, vi algo más allá a Isabel Culpeper y la sonrisa se me congeló. Estaba apoyada en la pared, junto a uno de los surtidores de agua. En un primer momento creí que miraba su teléfono móvil, pero luego me di cuenta de que tenía las manos vacías y la mirada clavada en el suelo. Habría creído que estaba llorando de no ser porque conocía su carácter.

Como si me hubiese leído el pensamiento, Isabel levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron. Sus ojos, tan parecidos a los de Jack, parecieron lanzarme un desafío: «¿Qué estás mirando?».

Aparté la vista rápidamente y retomé la conversación con Rachel, pero me quedé con la desagradable sensación de que Isabel y yo teníamos cosas que decirnos.

CAPÍTULO VEINTE Sam 4°C

Aquella noche, acostado en la cama de Grace y todavía impresionado por la noticia de la aparición de Jacken el instituto, me quedé mirando la oscuridad, que habría sido total de no ser por la aureola del cabello de Grace sobre la almohada. Pensaba en lobos que actuaban como si no lo fueran. Pensaba en Christa Bohlmann

Hacía años que no me acordaba de Christa, pero el relato de Grace sobre la irrupción de Jacken un lugar al que ya no pertenecía me había traído su recuerdo de vuelta.

Pensé en el último día que la había visto. Christa y Beck discutían; en la cocina, en la sala de estar, en la entrada y de nuevo en la cocina, gruñendo y gritándose como un par de lobos enzarzados en una pelea. Yo tenía unos ocho años y Beck me parecía un gigante, un dios flaco y furioso apenas capaz de contener su furia. Daba vueltas y más vueltas por la casa mientras reñía a Christa, una joven corpulenta con la cara roja de ira.

- -Has matado a dos personas, Christa. ¿Es que nunca piensas admitirlo?
- -- ¿Matado? ¿Matado? -- Su voz me provocó escalofríos, como una garra

arañando un cristal-... ¿Y qué hay de mí? Mírame. Mi vida se ha acabado.

—Tu vida no se ha acabado —replicó Beck—. Sigues respirando, ¿no? y estás bien del corazón. ¿verdad? No puedo decir lo mismo de tus víctimas.

Christa respondió con un chillido, un aullido agudo y casi incomprensible que me sobrecogió.

-¡Esto no es vivir!

Beck le recriminó a gritos su egoismo y su irresponsabilidad, y ella contraatacó con una sarta de improperios que me dejó pasmado; nunca había oido nalabras semeiantes.

- —¿Y qué me dices del tipo del sótano? —rugió Beck, divisé su espalda desde mi escondrijo en la entrada—. Le has mordido, Christa. Has arruinado su vida. Y mataste a dos personas sólo porque te insultaron. Pero no veo que te remuerda la conciencia. ¡Prométeme que esto no volverá a suceder nunca más!
- —¿Por qué iba yo a prometerte nada? ¿Qué me has dado tú a mí? —bramó Christa, encorvando los hombros como si fuera a transformarse—. ¿Y os consideráis una manada? Sois una secta. Un aquelarre. Un espanto. Haré lo que me parezca y viviré como me dé la gana.

Beck le contestó con una voz terriblemente átona que me hizo sentir pena por Christa porque, cuando estaba verdaderamente fuera de sí, Beck dejaba de parecer enfadado.

-Entonces, no me prometes que esto no se repetirá.

En ese momento, Christa me miró sin verme. Debía de tener la mente puesta en un sitio lejano, en un lugar donde su cuerpo había dejado de transformarse. Vi que se le hinchaba una vena de la frente y que las uñas de las manos se le habían convertido en garras.

- -No te debo nada. Vete al infierno.
- —Sal de mi casa —le ordenó Beck con voz queda.

Christa obedeció, dando tal portazo que los platos vibraron en las alacenas de la cocina. Unos momentos más tarde oí que la puerta se abría y volvía a cerrarse, pero esta vez con suavidad. Beckhabía salido a buscarla.

Recordé que en el exterior ya hacía frio y de repente me dio miedo que Beck se transformara y me dejara solo en la casa. Asustado, crucé el pasillo para entrar en la sala de estar, y en ese momento sonó un estampido.

Beck entró en la casa en silencio, temblando por el frío y por la amenaza de la transformación, y dejó una pistola sobre la encimera con sumo cuidado, como si temiera que fuera a romperse. Luego me vio de pie en la sala de estar, con los brazos cruzados, apretándome los biceps con todas mis fuerzas.

Aún recuerdo cómo sonó su voz cuando me dijo:

-No toques eso, Sam.

Vacía. Desgarrada.

Beck pasó el resto del día en su despacho, con la cabeza hundida entre los

hombros. Al anochecer, salió junto a Ulrik y se puso a hablar con él en voz baja. Me asomé a la ventana y vi a Ulrik coger una pala del garaje.

Y ahora, al cabo de los años, Jack andaba suelto por ahí mientras yo descansaba en la cama de Grace. A las personas irascibles no se les daba bien ser licántropos.

Aquel día, mientras Grace estaba en clase, yo había ido a la casa de Beck El garaje estaba vacío y las ventanas cerradas; no había tenido el valor de entrar para comprobar si alguien había estado por allí. Sin Beck ocupándose de proteger a la manada, ¿quién se responsabilizaría de meter en cintura a Jack?

Un nuevo e involuntario sentido de la responsabilidad estaba empezando a hacerse un hueco en mi fuero interno. Beck tenía teléfono móvil, pero yo no sabía su número.

Hundí la cara en la almohada y deseé que Jack no mordiese a nadie: si se convertía en un problema, no me creía lo bastante fuerte para hacer lo que había que hacer.



A las siete menos cuarto del día siguiente, el despertador de Grace comenzó a berrear junto a mi oreja. Me desperté sobresaltado, como me había ocurrido el día anterior. Tenía la mente llena de sueños: lobos, personas, hocicos manchados de sangre.

—Mmm. —Ajena a mi sobresalto, Grace se arrebujó en el edredón hasta que sólo pude verle la rubia coronilla—. Apaga eso, por favor. Enseguida me levanto. Tardo sólo un segundo...

Se dio la vuelta, se hundió en el colchón como si hubiera echado raíces en él y volvió a quedarse dormida como un tronco.

Yo, sin embargo, me había desvelado por completo.

Me apoyé en la cabecera de la cama y decidí dejar que Grace durmiera unos minutos más. Le acaricié el cabello con cuidado y luego tracé con el dedo una linea que nacía en su frente, rodeaba la oreja y llegaba hasta la nuca, donde crecía una blanda pelusa. Aquellos mechones huidizos, como plumones que llegarían a ser cabellos, me fascinaron. Me sentí increfibemente tentado de palparlos con los labios y mordisquearlos suavemente, de despertar a Grace y

besarla y hacerle llegar tarde a clase. Pero no podía dejar de pensar en Jacky en Christa, en personas a las que no se les daba bien ser licántropos. Si iba al instituto, tal vez pudiera captar el rastro de Jacka pesar de mi débil olfato humano.

—Grace —susurré—. Arriba.

Me contestó con un murmullo que jumbroso que interpreté como un « déjame en paz» .

—Hora de levantarse —insistí, metiéndole un dedo en la oreja.

Ella chilló y me dio un sopapo. Estaba despierta.

Me estaban empezando a gustar nuestras mañanas en común. Mientras Grace, aún amodorrada, trastabillaba hasta el baño, metí dos bollos en la tostadora y convenci a la cafetera de que hiciese algo semejante al café. De vuelta en la habitación, oí a Grace desafinar en la ducha mientras me ponía los vaqueros y revolvía los cajones en busca de un par de calcetines que no fuesen muy de chica.

Dejé de oír mi respiración antes de notar que me había quedado sin aliento: entre las ordenadas hileras de calcetines había un montón de fotos. Instantáneas de lobos. De nosotros. Con sigilo, las saqué del cajón y me retiré a la cama. De espaldas a la puerta, como si estuviera haciendo algo prohibido, las fui ojeando una a una, con lentitud. Me resultaba asombroso estar contemplando aquellas imágenes a través de ojos humanos. Podía asignar nombres a algunos lobos, sobre todo a los mayores, que siempre se transformaban antes que yo. Beck, grande, corpulento, a medio camino entre el azul y el gris. Paul, negro y reluciente. Ulrik, pardo y jaspeado. Salem, oreja rota, mirada desorbitada. Suspiré sin saber bien por que.

La puerta se abrió, dejando paso a una ráfaga de vapor que olía al jabón de Grace. Ella se acercó a mí y apoyó la cabeza en mi hombro. Respiré su aroma.

—¿Qué? ¿Mirando cómo sales? —me preguntó.

Me quedé paralizado.

—¿Hay fotos mías?

Grace rodeó la cama y se sentó a mi lado.

—Claro. La may oría son tuy as... ¿No te reconoces? Ah. Claro, no puedes. A ver, dime quién es quién.

Tomé las fotos y oí cómo el colchón crujía bajo el peso de Grace, que vino a acomodarse junto a mí.

—Éste es Beck Se encarga de cuidar a los lobos nuevos. —Sin embargo, después de mi llegada sólo habían aparecido otros dos: Christa y el lobo que ella había creado, Derek El hecho es que yo no estaba muy acostumbrado a los recién llegados: la manada había crecido con la llegada de licántropos veteranos que oían hablar de nosotros y acudían, no de criaturas nacidas de la violencia, como Jack—. Beck es el dueño de la casa en la que solemos quedarnos. Su papel consiste en... bueno, en ejercer de jefe de la manada mientras somos humanos.

Es lo más parecido a un padre que tengo.

Era cierto, pero me sonó raro decirlo tan claramente. Nunca había tenido que hablarle a nadie de aquellos asuntos. Beck me había tomado a su cargo después de que me escapara de casa; si había logrado recomponer mi cordura hecha trizas. había sido gracias a él.

- —Ya me había dado cuenta de que te importa mucho —dijo Grace, como si le sorprendiera su propia intuición—. Tu voz suena diferente cada vez que lo mencionas.
 - —¿De verdad?—Ahora era mi turno para sorprenderme—. ¿Y cómo suena? Grace se encogió de hombros con timidez.
 - -No sé. Orgullosa, supongo. Me parece enternecedor. ¿Quién es ésta?
- —Se llama Shelby —contesté, esta vez sin rastro de orgullo en la voz—. Ya te he hablado de ella

Grace me estudió la cara. El recuerdo de mi último encuentro con Shelby hizo que se me revolvieran las tripas.

—Ella y yo no vemos las cosas del mismo modo. Para ella, convertirse en loba es un don

Grace asintió y le agradecí en silencio que no dijera nada más sobre el tema. Las siguientes fotografías eran de Shelby y Beck pero pronto me topé con la negra figura de Paul.

- —Éste es Paul. Lidera la manada cuando somos lobos. A su lado está Ulrik añadí, señalando un lobo pardo—. Ulrik es como un tío para mí; un tío algo chalado, por cierto. Es alemán y dice palabrotas constantemente.
 - -Parece un tipo divertido.
 - —Lo es

En realidad, podría haber dicho que lo era; no sabía si aquél habría sido su último verano humano o si todavía le quedaría uno más. Recordé sus carcajadas, semejantes a los graznidos de una bandada de cuervos, y la forma en que cultivaba su acento alemán como si temiera perderlo y, con él, su identidad.

-¿Estás bien? - me preguntó Grace frunciendo el ceño.

Meneé la cabeza. Observé los lobos de las fotografías: vistos con mis ojos humanos, sólo parecían un grupo de animales. Nada más. Pero eran mi familia. Mi vida. Mi futuro. De algún modo, aquellas imágenes dibujaban una línea borrosa que yo aún no estaba dispuesto a cruzar.

Me di cuenta de que Grace me rodeaba los hombros con un brazo, que rozaba mi mej illa con la suya para consolarme de una pena que no comprendía.

—Cuánto me gustaría que los hubieses conocido cuando eran humanos — dije.

No sabía explicar con palabras lo importantes que eran para mí, el espacio que ocupaban en mi vida sus voces y rostros humanos, sus olores y siluetas lobunos. Lo perdido que me sentía al ser el único humano del grupo.

-- Cuéntame algo de ellos -- propuso Grace con voz amortiguada, su cara enterrada en mi camiseta

Dejé que los recuerdos me invadieran la mente.

-Beck me enseñó a cazar a los ocho años. No me gustaba nada.

Me vi en la sala de estar de Beck, observando a través de las ventanas las primeras ramas heladas del invierno, centelleantes bajo el sol matutino. El jardín parecía otro mundo, un lugar peligroso y desconocido.

- -¿Por qué no te gustaba? preguntó Grace.
- -Me daba miedo la sangre. Me daba miedo cazar. Sólo tenía ocho años.

En aquellos recuerdos, yo era un niño menudo, enclenque e inocente. Durante el verano previo, me había convencido a mí mismo de que aquel invierno con Beck sería diferente, de que no me transformaría, de que nunca comería otra cosa que no fueran los huevos que Beck me preparaba. Sin embargo, a medida que el frío aumentaba hasta hacer que los músculos se me retorcieran cada vez que salía al exterior, fui comprendiendo que mí transformación pronto sería inevitable, y que la de Beck tampoco se haría esperar. Aun así, eso no hizo que me resignara.

- —Entonces, ¿por qué empezaste a cazar? —inquirió Grace, siempre tan lógica—. ¿Por qué no dejabas víveres de los que te pudieras alimentar luego?
- —Ya. Le hice la misma pregunta a Beck, y Ulrik respondió: «Ja, hazlo; ya verás qué contentos se ponen los mapaches y las zarigüey as».

Grace se rió de mi intento de imitar el acento de Ulrik

Noté que se me calentaban las mej illas; era agradable poder hablar con ella sobre la manada. Me encantaba ver el brillo de sus ojos, el mohin intrigado de su boca: Grace sabía quién era yo, y quería saber más. Sin embargo, no estaba bien hablar de aquellas cosas con alguien ajeno a la manada. Beck siempre me había dicho: «Los únicos que cuidan de nosotros somos nosotros mismos». Claro que Beck no conocia a Grace. Y Grace no era solamente humana. Aunque no se hubiese transformado, un lobo la había mordido. En su interior habitaba una loba. Si tenía que ser así.

- -- ¿Y qué ocurrió? -- preguntó Grace--. ¿Qué cazaste?
- —Conejos, claro —contesté—. Beck me acompañó al bosque mientras Paul esperaba en una furgoneta para recogerme más tarde, por si volvía a transformame: aún no era demasiado estable.

Nunca lo olvidaría: antes de salir, Beck me detuvo y se inclinó para ponerse a mi altura. Yo me quedé inmóvil, intentando no pensar en cuerpos que cambiaban de forma o en mandibulas que se cerraban sobre el cuello de un conejo. O en la vida sin Beck durante el invierno. Sujetándome por los hombros, Beck me dijo: « Sam. lo siento. No tengas miedo».

Yo no respondí; sólo podía pensar en que hacía frío y en que, después de la cacería, Beck no recuperaría la forma humana y ya no habría nadie que supiera

preparar los huevos como a mí me gustaban. Beck cocinaba muy bien. Pero no era sólo eso: era el que me mantenía a flote, el que me hacia ser Sam. En aquel entonces, con las cicatrices de las muñecas aún frescas, me había faltado muy poco para perderme y quedar convertido en algo a medio camino entre el humano y el lobo.

- —¿En qué estás pensando? —preguntó Grace—. De repente has dejado de hablar.
- Levanté la mirada; no me había dado cuenta de que estaba sumido en mis pensamientos.
 - —En la transformación.

Grace hundió la barbilla en mi hombro y me observó atentamente. Luego, con voz vacilante, me hizo una pregunta que ya me había hecho.

-¿Duele transformarse?

Pensé en el lento y agónico proceso de cambio: los músculos se retorcían, la piel se estiraba, los huesos se rozaban unos con otros. Los adultos soliciones esconderse de mí cuando sabían que iban a transformarse; era una forma de protegerme. Sin embargo, lo que me daba miedo no era verlos cambiar; aquello más bien me daba pena, dado que incluso Beck gemía de dolor con la metamorfosis. Lo que me aterraba — lo que me seguía aterrando después de los años— era transformarme yo. Olvidar a Sam.

No se me daba bien mentir, de manera que ni siquiera lo intenté.

—Sí

—Me entristece que tuvieras que pasar por todo eso siendo un niño —dijo Grace. Ceñuda, parpadeó y me miró con ojos relucientes—. Hace que me sienta mal. Pobre Sam. —Me tocó la barbilla con un dedo y yo me incliné hacia ella.

Recordé lo orgulloso que me había sentido en aquella ocasión por no llorar al transformarme, a diferencia de lo que había sucedido el año anterior, mientras mis padres me miraban con los ojos desencajados por el espanto. Recordé que Beck, ya en forma de lobo, me había guiado hasta el bosque, y la sensación cálida y amarga de la primera presa entre las mandibulas. Había vuelto a transformarme justo después de que Paul me fuera a buscar, bien envuelto en ropa de abrigo. En la furgoneta, de vuelta a casa, la soledad se me había hecho casi insoportable. Estaba solo: Beck no sería humano hasta el año siguiente.

Ahora volvía a sentirme como entonces, desamparado y herido. Me dolía el pecho y me costaba respirar.

—Enséñame qué aspecto tengo —le pedí a Grace ladeando las fotografías para que las viera mejor—. Por favor.

Ella las cogió y las estuvo examinando hasta encontrar la que buscaba. El rostro se le iluminó.

—Aquí está. Ésta es mi preferida.

Observé la foto. Desde ella me miraba un lobo que tenía mis ojos, un lobo

inmóvil que me escrutaba desde la maleza, con el pelaje ribeteado por la luz del sol. Estuve un rato contemplándolo, intentando entenderlo. Tratando de reconocerme en la imagen. Aquello me pareció injusto: no me había costado nada identificar a los demás lobos en las fotografías, pero no era capaz de distinguirme a mí mismo. ¿Qué había en aquella foto, en aquel lobo, que hacía brillar la mirada de Grace?

¿Y si no era yo? ¿Y si se había enamorado de otro lobo y me había confundido con él? ¿Cómo saberlo?

Ajena a mis dudas, Grace tomó mi silencio por fascinación. Estiró las piernas, se puso de pie frente a mí y me revolvió el cabello con una mano que luego se llevó a la nariz.

—¿Sabes? Aún hueles como olías siendo lobo.

Y así, sin proponérselo, dijo tal vez lo único que podía reconfortarme. Le devolví la foto.

Grace se detuvo en la puerta, por la que entraba la tenue y grisácea luz de la mañana, se volvió hacia mí y me observo los ojos, la boca, las manos... de una manera tal que algo en mi interior comenzó a retorcerse.

Yo no pertenecía a su mundo. Estaba empantanado entre dos vidas, llevaba conmigo todos los peligros de los lobos. Sin embargo, cuando la oí pronunciar mi nombre, cuando la oí llamarme para que fuera con ella, supe que haría cualquier cosa con tal de estar a su lado.

CAPÍTULO VEINTIDÓS Sam 16 °C

Dejé a Grace en el instituto y me quedé un rato absurdamente largo merodeando por el aparcamiento, furioso con Jack, furioso con la lluvia, furioso con las limitaciones de mi cuerpo humano. El olfato me decía que un lobo había estado por allí—captaba un débil aroma almizcleño—, pero no sabía en qué dirección se había marchado, ni si aquel lobo era verdaderamente Jack Me sentía como si me hubiese quedado ciego.

Al cabo de un rato me rendi y, tras pasar unos minutos sentado en el coche, decidi ceder a la atracción que la casa de Beck ejercía sobre mí. Por otra parte, no se me ocurría un lugar mejor para iniciar la búsqueda de Jack, pues los lobos frecuentaban el bosque que se encontraba tras la casa. De modo que me dirigí a mi antiguo hogar de verano.

No sabía si aquel año Beck había llegado a tomar forma humana; de hecho, ni siquiera me acordaba bien de cómo había pasado yo el verano. Mis recuerdos de lobo se mezelaban hasta convertirse en una compleja amalgama de estaciones y olores de origen incierto.

Beck llevaba transformándose más años que yo; si yo no me había convertido

en humano aquel verano, él tampoco debía de haberlo hecho. Sin embargo, algo me decía que tenían que quedarme más años de alternancia entre una y otra forma. No hacía tanto que me había transformado por primera vez. ¿Qué había pasado con todos los veranos que aún me correspondían?

Tenía que encontrar a Beck, necesitaba pedirle consejo. Quería comprender por qué el disparo me había hecho humano, averiguar cuánto tiempo me quedaba con Grace. Tenía que saber si aquello era el fin.

« Eres el mejor de todos nosotros», me había dicho Beck una vez, con una expresión que aún no había olvidado. Franca, convencida, sólida. Un ancla en un mar revuelto. Con eso había querido decir que yo era el más humano de la manada. Fue poco después de que arrancaran a Grace del columpio.

Cuando llegué a la casa, la encontré otra vez vacía y a oscuras, y mis esperanzas se evaporaron. Pensé que tal vez todos los demás lobos se hubieran transformado para pasar el invierno. Excepto Jack, ya no quedaba ninguno joven. El buzón estaba atestado de sobres y avisos de la oficina de correos. Lo vacié y dejé todo en el coche de Grace. Sabía dónde estaba la llave del apartado postal de Beck, pero ya iría a buscarla más adelante.

Me negaba a creer que no volvería a ver a Beck

Pero eso no anulaba el hecho de que, con él ausente, no había nadie que pudiera aconsejar a Jack Alguien tenía que alejarlo del instituto, de la civilización, hasta que superara el período de transformaciones inestables por el que atravesaban todos los nuevos licántropos. La falsa muerte de Jack había dejado a la manada en una situación muy comprometida, y yo no estaba dispuesto a dejar que la empeorara aún más, ya fuera transformándose en público o atacando a alguien.

Dado que Jack se había dejado caer por el instituto, supuse que también habría tratado de ir a su casa, de manera que me encamine al hogar de los Culpeper. Todo el mundo sabía que vivían en una gigantesca mansión estilo Tudor que se veía desde la carretera. La única mansión de Mercy Falls. Contaba con que no hubiese nadie por allí a aquella hora, pero, por si acaso, aparqué el Bronco de Grace a medio kilómetro e hice el resto del trayecto a pie, atravesando un pequeño pinar.

Tal y como me temía, la casa estaba desierta. Su mole se cernía sobre mí como un enorme castillo de cuento. Una rápida inspección de las puertas me permitió captar el inconfundible olor de un lobo.

No sabía si estaría dentro o si, como yo, habría ido hasta allí aprovechando que no había nadie, para después regresar al bosque. Recordando lo vulnerable que era en mi forma humana, me di la vuelta y olfateé en dirección a los árboles. Nada. O. al menos. nada que mis sentidos humanos pudiesen percibir.

Estaba decidido a llevar mis pesquisas hasta el final, así que opté por entrar en la casa para ver si encontraba a Jack metido en alguna jaula especial para

monstruos. Como todo estaba cerrado con llave, rompí una de las ventanas traseras con un ladrillo y metí la mano entre los filos de cristal para girar el picaporte.

Una vez en el interior, volví a olisquear el ambiente. Me pareció captar un olor lobuno, pero era débil y no parecia muy reciente. Aunque no estaba seguro de que aquel rastro fuera de Jack lo segui por las estancias de la casa hasta llegar a unas descomunales puertas de roble. El rastro continuaba al otro lado.

Con mucha cautela, las empujé hasta abrirlas. Lo que vi me dejó sin respiración. Ante mí se abría una sala gigantesca, llena a rebosar de animales disecados. La estancia, de techo alto y poco iluminada, parecía la sala de animales norteamericanos de un museo de historia natural o, peor aún, una especie de santuario dedicado a la muerte. Traté inconscientemente de crear una letra de canción que hiciera justicia a aquello, pero tuve que contentarme con un solo verso: « En mis hombros. la mueca de los muertos sonrientes».

Me estremecí

A la luz mortecina que entraba por las claraboyas, pude ver que había animales suficientes para llenar el arca de Noé. Me fijé en un zorro que tenía una codorniz en la boca. Más allá había un oso negro apoyado sobre las patas traseras. Y un lince que reptaba a lo largo de un tronco. Y un oso polar con un pez disecado en las garras. ¿Era posible disecar un pez? Nunca se me había ocurrido.

Y entonces, en medio de una manada de ciervos de todas las formas y tamaños, vi el origen del olor que me había llevado hasta alli: un lobo que me miraba enseñando los dientes, con una expresión amenazadora en sus ojos de cristal. Caminé hacia él y extendí una mano para tocarle el pelo, quebradizo y descolorido. Al mover los dedos, percibí una súbita vaharada de olor rancio, entre cuyos secretos descubrí la inconfundible fragancia de mi bosque. Cerré las manos con fuerza y, sobrecogido, me separé del lobo. Uno de nosotros. O quizá no. Tal vez sólo fuera un lobo corriente. Sin embargo, nunca había visto a un lobo normal en el bosque.

-¿Quién eras? -susurré.

Por desgracia, el único rasgo que compartían los dos cuerpos de un licántropo eran los ojos, y aquéllos habían sido reemplazados hacía mucho tiempo por dos esferas de cristal. Me pregunté si Derek, cosido a balazos la noche en que me habían disparado, terminaría por formar parte de aquella macabra colección de fieras disecadas. La idea hizo que se me revolviese el estómago.

Eche un ultimo vistazo a la sala y me dirigí a la puerta principal.

Cada célula del animal que quedaba en mi interior gritaba, urgiéndome a escapar del pesado olor a muerte que flotaba en aquella estancia. Jack no estaba allí. No tenía ninguna razón para quedarme.

CAPÍTULO VEINTITRÉS Grace II °C

—Buenos días —dijo alegremente mi padre, mientras se echaba café en un vaso de plástico; estaba demasiado elegante para ser sábado, y supuse que iba a tratar de venderle algún hotel a un inversor acaudalado—. He quedado con Ralph en la oficina a eso de las ocho y media. Por la venta de Wyndhaven.

Parpadeé varias veces. Tenía los ojos llorosos y el cuerpo entumecido y lento; aún no me había despertado del todo.

-No hables tanto, que estoy dormida.

A pesar de la modorra, noté una punzada de culpabilidad por no ser un poco más agradable con mi padre; hacia dias que apenas lo veia y ni siquiera me acordaba de la última vez que había charlado con él. Sam y yo habíamos pasado la noche anterior hablando sobre la extraña colección de animales disecados de los Culpeper y preguntándonos cuándo volvería a aparecer Jack en público; no había forma de saber esto último, pero volvíamos al tema como si fuera una picadura que no pudiéramos dejar de rascarnos. Aquel desayuno con mi padre suponía un brusco regreso a la vida previa a Sam.

Mi padre señaló la jarra del café.

-: Quieres?

Puse las manos a modo de cuenco y las alcé hacia él.

- —Sírveme un poco aquí. Me lavaré la cara con él a ver si me despejo. ¿Dónde está mamá? —pregunté, echando de menos la habitual sucesión de golpes, tropezones y repiqueteos que sonaba en el piso de arriba cada vez que mi madre se preparaba para salir de casa.
 - -Ha ido a no sé qué galería en Minneapolis.
- —¿Y por qué se ha marchado tan temprano? De hecho, es tan temprano que casi es ayer.

Mi padre no contestó; estaba mirando hacia el televisor, que se encontraba a mi espalda. Se trataba de un programa de entrevistas, y el invitado, vestido de caqui, estaba rodeado por cachorros de todo tipo metidos en cajas y en jaulas. Me vino a la cabeza la sala de animales disecados que Sam me había descrito. Mi padre frunció el ceño al ver que uno de los presentadores trataba de acariciar a una cría de zarigüeya que bufaba, furiosa.

Carraspeé.

—Papá, céntrate. Agarra una taza y sírveme un café antes de que me muera de sueño aquí mismo. Que conste que, si me muero, no pienso encargarme de organizar mi funeral.

Todavía pendiente del televisor, mi padre buscó una taza a tientas en la alacena. Por suerte, dio con mi favorita, una de color azul turquesa que había hecho una ceramista amiga de mi madre. Me la acercó junto con la jarra del café. Al servirme, el vapor me humedeció la cara.

-Oye, Grace, ¿cómo va todo en clase? -me pregunté a mí misma.

Embobado con una cría de koala que ocupaba el regazo del invitado, mi padre asintió

—Ah, pues muy bien —insistí, y mi padre respondió con un gruñido inarticulado—. Todo marcha estupendamente: el instituto ha sido invadido por una manada de osos panda y los profesores nos han abandonado a merced de unos salvajes caníbales... —Hice una pausa para ver si había llamado su atención y proseguí—. Hubo un incendio catastrófico, suspendí teatro y luego todo ha sido sexo, sexo, sexo y más sexo.

Mi padre apartó bruscamente la vista del televisor, me lanzó una mirada ceñuda y dijo:

—¿Qué dices que te están enseñando en el instituto?

En fin, al menos se había enterado de lo que le había dicho al principio.

- —Nada del otro jueves. En Lengua nos han encargado que escribamos un cuento. Lo odio. No tengo talento para escribir.
 - --: Sobre qué tema? ¿El sexo? --inquirió él, dubitativo.

Meneé la cabeza.

-Vete a trabajar, papá. Llegarás tarde.

Mi padre se rascó la barbilla; se había dejado un pelo sin afeitar.

- —Ahora que me acuerdo, tengo que devolverle a Tom el aerosol. ¿Lo has visto?
 - -¿Que tienes que devolverle qué a quién?
- —Un aerosol para limpiar armas que me prestó Tom. Creo que lo dejé en la encimera, o tal vez dentro de...

Se agachó y comenzó a rebuscar en la alacena que estaba bajo el fregadero. Fruncí el ceño.

-¿Y para qué lo querías?

Mi padre hizo un gesto vago hacia su despacho.

-Para limpiar el rifle, claro.

Las alarmas se dispararon en mi cabeza. Sabía que mi padre tenía un arma; estaba colgada en la pared de su despacho. Sin embargo, nunca le había visto limpiándola. Pero claro, había que limpiar las armas después de usarlas...

- —¿Por qué le pediste el limpiador?
- —Salimos de caza y Tom me lo dejó después para que le diera un repaso al rifle. Debería limpiarlo más a menudo, pero, como no lo utilizo, nunca me acuerdo.
 - -¿Qué Tom? ¿Tom Culpeper? -exclamé.

Mi padre sacó la cabeza de la alacena. En la mano tenía un bote de aerosol.

—Sí.

-- ¿Fuiste de caza con Tom Culpeper? ¿El otro día? ¿En el bosque?

Las mej illas estaban empezando a encendérseme. Deseé que respondiese que no.

Mi padre me miró con una expresión que solía ir acompañada de estas palabras: « Sé que eres razonable, Grace» .

- -Había que hacer algo, hija.
- —¿Fuiste a esa partida de caza? ¿La que se organizó contra los lobos? pregunté, airada—. No me lo puedo creer...

La idea de que mi padre hubiese avanzado entre los árboles arma en ristre, mientras los lobos huían de él. me pareció insoportable.

- -Grace, en parte lo hice por ti-explicó.
- —¿Le disparaste a alguno? —pregunté, casi en un susurro.

Mi padre comprendió que su respuesta era muy importante para mí.

—Sólo disparé al aire —respondió.

No sabía si creérmelo o no, pero necesitaba terminar con aquella conversación. Sacudí la cabeza y me di la vuelta.

—No te enfurruñes —me pidió él; luego me dio un beso en la mej illa que, por supuesto, ignoré y cogió su maletín y su café—. Sé buena. Nos vemos.

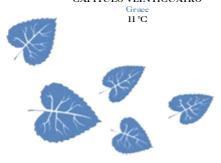
Me quedé de pie en la cocina, rodeando mi taza azul con las manos, mientras escuchaba cómo el Taurus de mi padre arrancaba. El ruido del motor se perdió en la distancia y la casa recuperó su silencio habitual, a la vez reconfortante y deprimente. Aquella mañana podría haber sido como cualquier otra —la casa vacía, el café en mis manos—, pero no lo era. Las palabras de mi padre todavía flotaban en el ambiente: « Disparé al aire».

Mi padre sabía muy bien lo que los lobos significaban para mí y, pese a ello, había intrigado con Tom Culpeper a mis espaldas.

Su traición me dolía.

Un leve ruido en el pasillo llamó mi atención. Sam, con el cabello mojado y revuelto tras haber salido de la ducha, me miraba. Había una pregunta escrita en su cara, pero no quise contestarla. Me preguntaba qué haría mi padre si supiese de Sam.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



Dediqué buena parte del día a hacer el trabajo de Lengua mientras Sam, tirado en el sofá, leía una novela. Era como una especie de tortura: los dos en la misma habitación, separados por un libro de texto tan eficaz como un muro.

Después de unas horas sólo interrumpidas por un breve descanso a la hora de comer, y a no pude soportarlo más.

-Creo que estamos perdiendo el tiempo -confesé.

hahlaha en serio

Sam no contestó y me di cuenta de que no me había oído. Repetí mis palabras; él parpadeó y fue centrando la mirada en mí mientras regresaba de dondequiera que estuviese.

—A mí me hace feliz estar aquí, a tu lado —respondió—. Con eso me basta. Estudié la expresión de su rostro durante unos momentos para averiguar si

Sam dobló la esquina de la página que estaba leyendo, cerró la novela con delicadeza y dijo:

—¿Te apetece ir a algún lado? Si has avanzado lo bastante en el trabajo, podríamos ir a la casa de Beckpara ver si Jackha estado por allí.

La idea me atrajo: desde que Jack había aparecido en el instituto, me intranquilizaba no saber dónde y cuándo volvería a presentarse.

- -; Crees que lo encontraremos en esa casa?
- —No lo sé. Los licántropos nuevos siempre acaban y endo allí y, además, la manada suele vivir muy cerca, en la parte del bosque de Boundary que da a la casa —explicó Sam—. O jalá hay a logrado encontrar su sitio en la manada.

La expresión de Sam denotaba inquietud, pero no dijo nada más. Yo sabía por qué quería que Jack encajase con los demás lobos: no quería que, por su culpa, alguien más descubriera el secreto de los licántropos. Aun así, Sam parecía estar preocupado por algo más, algo grave y teñido de misterio.

Fuera, la tarde tenía una luz dorada. Nos montamos en el Bronco y conduje hasta la casa de Beck siguiendo las indicaciones de Sam. Tuvimos que recorrer la serpenteante carretera que bordeaba el bosque de Boundary durante más de media hora; nunca había caído en la cuenta de lo grande que era el bosque, pero, claro, así tenía que ser. ¿Cómo iba a pasar desapercibida toda una manada de lobos, si no? Al llegar, aparqué el Bronco en la entrada y miré de reojo la fachada de ladrillo. Las ventanas parecían ojos cerrados; allí no había ni un alma. Cuando Sam abrió la portezuela del pasajero, me asaltó la dulce fragancia de los pinos que rodeaban el lugar.

—Bonita casa —diie.

Observé las altas ventanas, que resplandecían con los rayos del sol. A pesar de su enorme tamaño, aquella casa me cayó bien. Tal vez fuera por los setos, desgarbados y mal podados, o por el comedero para pájaros, tan erosionado por la intemperie que parecía haber nacido en el jardín. Era un lugar decididamente acogedor y se ajustaba extrañamente a la forma de ser de Sam.

—¿Cómo consiguió Beck la casa?

Sam frunció el ceño.

- —Antes trabajaba de abogado para gente rica, así que tiene dinero. La compró para la manada.
- —Qué generoso por su parte —opiné, cerrando la portezuela del coche—. ¡Mierda!

Sam se apoyó en el morro del Bronco para mirarme.

- —¿Oué pasa?
- —Se me han quedado las llaves dentro del coche y el seguro está puesto. ¡Qué despistada estoy!

Sam se encogió tranquilamente de hombros.

- —No te preocupes. Becktiene una ganzúa. Lo solucionaremos antes de irnos.
- —¿Una ganzúa? Qué intrigante repuse con una sonrisa—. Me gustan los tipos que se guardan un as en la manga.
- —Bueno, pues aquí tienes a uno —contestó Sam. Señaló los árboles de la parte trasera de la casa con un gesto de la cabeza—. Qué, ¿lista para pasar a la

acción?

La idea era irresistible y aterradora a un tiempo. No pisaba el bosque desde la noche de la cacería y, antes de eso, lo último que había visto en él era a Jack acobardado ante el ataque de otros dos lobos. Demasiados recuerdos violentos para mi gusto.

Me di cuenta de que Sam me estaba esperando con la mano tendida.

-¿Estás asustada?

Me pregunté si habría alguna manera de darle la mano sin que se diera cuenta de que así era. Aunque, en realidad, lo que sentía no era miedo, sino una emoción que me cosquilleaba en la piel y hacía que se me erizara el vello de los brazos. El tiempo era fresco, pero no llegaba a la crudeza del verdadero invierno; había alimento de sobra para que los lobos no tuvieran necesidad de atacarnos. « Los lobos son animales pacíficos» .

Sam me cogió de la mano con firmeza; su piel estaba agradablemente cálida. Me estudió con la mirada, una mirada larga y luminosa que reflejaba el resplandor de la tarde. Durante unos instantes, me perdí en aquellos ojos que había visto por primera vez en el rostro de un lobo.

—Si no quieres continuar, podemos dar media vuelta —comentó.

-No. Ouiero ir.

Era cierto. Una parte de mí quería ver dónde pasaba Sam el tiempo durante los meses fríos, cuando no andaba rondando por el patio de nuestra casa. Otra parte, la que se moría de añoranza cada vez que oía el coro de los lobos por la noche, estaba deseosa de internarse en el bosque y seguirle el rastro a la manada. Las dos partes, combinadas, bastaban para vencer todo mi temor. Eché a caminar hacia los árboles sin soltar la mano de Sam.

—La manada se mantendrá alejada de nosotros —me indicó, como si quisiera darme confianza—. Jackes el único que podría acercársenos.

Enarqué una ceja y lo miré.

- —Oy e, y a que lo mencionas, ¿no nos saldrá al paso con malas intenciones, en plan película de terror?
- —Ser un licántropo no te convierte en un monstruo. Tan sólo te vuelve más desinhibido —indicó Sam—. ¿En el instituto le gustaba abusar de los demás?

Como todo el mundo, yo había oído que, después de una fiesta, Jack había pegado a un chico una paliza que lo había enviado al hospital. No me lo habría creído de no ser porque, unos días más tarde, había visto a la víctima por los pasillos, con la cara todavía hinchada. Jack no necesitaba ninguna transformación para actuar como un monstruo.

Hice una mueca

- —Sí, era bastante macarra.
- —Bueno. Si te sirve de consuelo —repuso Sam—, no creo que este aquí. Aunque preferiría que estuviera.

Nos internamos en el bosque, que en aquella zona era muy diferente al que bordeaba la casa de mis padres. Los árboles crecían muy próximos unos a otros y el suelo estaba cubierto de matorrales que parecían mantener los troncos en pie. Las zarzas se me enganchaban en los vaqueros y Sam paraba cada dos por tres para sacar espigas de nuestros calcetines. No parecía haber rastro de Jack ni de los demás lobos; en realidad, no me parecía que Sam los estuviese buscando con demasiado entusiasmo. No hacía más que mirarme, mientras y o fingía que no me daba cuenta

El cabello no tardó en llenárseme de ramitas y hojas que fueron formando nudos

Sam se detuvo para deshacérmelos.

—Ya hemos dejado atrás lo peor —prometió.

Me hizo gracia que creyera que aquello podía hacerme abandonar; la verdad es que yo estaba encantada, disfrutando de la cautela con que sus dedos me iban desenredando el pelo.

—No es eso lo que me preocupa —le aseguré—. Lo que pasa es que no sé si esto servirá de algo. El bosque es demasiado grande.

Sam me pasó la mano por el cabello como si buscara más nudos, aunque los dos sabiamos perfectamente que no quedaba ninguno. Luego me miró sonriente v olfatéo el aire.

-Por lo que huelo, creo que no estamos solos.

Me miró y supe que estaba esperando a que yo ratificase su conclusión, a que admitiera que, si me lo proponía, podía captar el aroma de las idas y venidas de la manada. En luear de eso, volví a darle la mano.

-Guíame, sabueso.

Con un gesto melancólico, Sam me llevó a través de la maleza hasta una colina suave. Tal y como había dicho, lo peor había quedado atrás. Los matorrales escaseaban cada vez más y los árboles se volvieron más altos y rectos. Casi todos eran abedules, y la luz oblicua de la tarde daba un aspecto lechoso a la rayada corteza blanquecina y un tono dorado a las hojas. Me volví hacia Sam y encontré en sus ojos el mismo amarillo brillante.

Me detuve. Aquél era mi bosque, el bosque dorado al que iba a refugiarme en mis ensoñaciones. Sin dejar de observarme la cara, Sam me soltó la mano y dio un paso atrás para verme mejor.

—Ésta es mi casa —dijo.

Luego se quedó callado, supongo que esperando a que yo dijera algo. O tal vez no; tal vez ya me lo hubiera leido en el rostro. Yo no tenía nada que decir, así que me limité a contemplar lo que me rodeaba, los trémulos rayos de sol y las delicadas hoias amarillas que coleaban como si fueran plumas de las ramas.

—Grace... —Sam me tomó del brazo y me miró de soslayo, como si esperara encontrar lágrimas—. Pareces triste. Me fui dando la vuelta poco a poco; a mi alrededor el aire parecía vibrar, colmado de colores

- —Cuando era niña, soñaba que estaba en este bosque —afirmé—. No sé cuándo ni cómo lo conocí. —No estaba segura de que lo que decía tuviese sentido, pero proseguí con el razonamiento—. El bosque que está detrás de mi casa no se parece a éste: allí no hay abedules ni hojas amarillas. ¿Cómo puedo reconocer este lugar?
 - -Quizás alguien te lo describiera.
- —Si fuera eso, me acordaría de ello. Conozco incluso el brillo del aire en este bosque: no creo que nadie pudiera habérmelo descrito con palabras.
- —Te lo expliqué —respondió Sam—. Los lobos se comunican entre sí. Se muestran imágenes de lo que han visto.

Me volví hacia Sam, hacia su figura recortada por la luz del sol, y lo miré.

- -Sigues con lo mismo.
- Sam me sostuvo la mirada con ojos tristes e intensos, aquellos ojos de lobo que yo conocía tan bien.
 - -¿Por qué vuelves a sacar el tema? -insistí.
 - —Te mordieron.

Empezó a rodearme lentamente, arrastrando los pies por la hojarasca. Sus espesas cejas estaban fruncidas.

- —¿Y qué?
- —Que ésta es tu identidad, Grace. Eres de los nuestros. No habrías reconocido este lugar si no fueras un licántropo; sólo uno de nosotros pudo habértelo mostrado. —Su voz se había vuelto seria, y su mirada, penetrante—. En realidad... ni siquiera estaría hablando contigo si no supiera que eres como yo. No podemos hablar con gente normal de lo que somos. No es que tengamos demasiadas reglas, pero Beck me dijo que ésta había que respetarla a cualquier precio.

No comprendí.

- --:Por qué?
- En lugar de responder, Sam se palpó la zona del cuello donde había recibido el balazo y, al hacerlo, le vi las pálidas y brillantes cicatrices de las muñecas. Era injusto que alguien tan tierno como Sam tuviese que llevar marcas imborrables de la violencia humana. La noche empezaba a caer y me estremecí. Sam habló a media voz
- —Beck me ha contado muchas historias. La gente nos mata de las maneras más horribles: en laboratorios, cazados, envenenados... Tal vez haya una razón científica que explique nuestra naturaleza, Grace, pero la mayoría lo considera magia. Creo que Beck tiene razón: no debemos hablar sobre estas cosas a quienes no son como nosotros.

La decepción me formó en la garganta un nudo que no pude deshacer.

—Pero y o no me transformo, Sam. No soy como tú.

Sam no contestó. Nos quedamos allí en silencio, en el bosque dorado, durante un largo momento, hasta que Sam suspiró y volvió a hablar.

—Cuando te mordieron, pensé que sabía lo que iba a ocurrir. Iba a verte todas las noches por si te transformabas. Quería ayudarte y evitar que te hicieran daño.

—Una gélida ráfaga de viento levantó algunos mechones de su cabello y formó un remolino de hojas doradas a su alrededor. Sam extendió los brazos y dejó que le aterrizaran en las manos. Parecía un ángel caído en medio de un otoño infinito

—. Dicen que tendrás un día feliz por cada una. ¿Lo sabías?

No entendí a qué se refería, ni siquiera cuando abrió el puño para enseñarme las hoias que había atrapado. Temblaban levemente.

—Un día feliz por cada hoja —murmuró.

Los bordes de las hojas empezaron a desplegarse, agitados por la brisa.

-- ¿Cuánto tiempo esperaste?

Pensé que si Sam tenía el valor suficiente para mirarme a los ojos y responder, sería casi insoportablemente romántico. Pero, en vez de hacerlo, miró al suelo y enterró la bota en la hojarasca, removiendo cientos de días felices que ya no ocurrirían.

—Sigo esperando.

Yo también hubiera debido decir algo romántico, pero, como a él, me faltó coraje. Me limité a observar cómo se mordisqueaba el labio inferior y a contemplar las hojas.

—Pues qué aburrido —dii e al fin.

Sam reaccionó con una carcajada extraña. Parecía reírse de sí mismo.

- -Leías a todas horas. Y te pasabas mucho tiempo en la cocina, donde me costaba verte
- —¿Habrías preferido que me paseara medio desnuda frente a la ventana de mi habitación? —me mofé.

Sam enrojeció.

-No estamos hablando de eso.

Su pudor me hizo sonreír. Di algunos pasos, arrastrando los pies y levantando las hojas doradas, y oí que él hacía lo mismo a mi espalda.

- —¿Y de qué estamos hablando, si puede saberse?
- -¡Da igual! -exclamó-. ¿Te gusta este lugar o no?

Me paré en seco y me volví hacia él.

—¡Eh! —exclamé apuntándolo con el dedo; él enarcó las cejas y se detuvo —. Sabías perfectamente que Jack no estaba por aquí, /verdad?

La oscura línea de sus ceias se arqueó aún más.

—No has venido aquí a buscarle, ¿a que no? —insistí.

Sam levantó las dos manos en señal de rendición.

-¿Qué quieres que te diga?

- —Lo que querías era comprobar si yo reconocía este bosque. —Di un paso hacia delante para acortar la distancia que nos separaba; empezaba a hacer tanto frío que sentí el calor de su cuerpo, aunque no nos tocábamos—. Fuiste tú el que me enseñó este bosque, aunque no sé cómo pudiste hacerlo. ¿Cómo lo hiciste?
- —Eso es lo que estoy intentando decirte, y tú no quieres comprenderlo porque eres una cabezota. Ésta es nuestra forma de hablar, de comunicarnos. Con imágenes. Imágenes sencillas. Después de aquello, tú cambiaste, Grace. Lo único que no cambió fue tu piel. Créeme, por favor —dijo, aún con las manos en alto, pero con una sonrisa creciente que brillaba a la luz del atardecer.
 - —O sea, que solamente me has traído para que viera este bosque.

Avancé otro paso, pero él retrocedió.

- -¿Te gusta?
- -Me has traído engañada.

Otro paso mío hacia delante; otro suy o hacia atrás. Su sonrisa se ensanchó.

- -; Te gusta o no?
- -Sabías muy bien que no íbamos a encontrar a nadie.

Los dientes le centellearon entre los labios

—¿Te gusta?

Le estampé las manos en el pecho.

-Sabes que sí. Sabías que me encantaría.

Le golpeé el pecho una vez más, y él me sujetó las muñecas. Durante unos instantes nos quedamos así, él mirándome desde arriba con una media sonrisa en los labios, y yo mirándolo desde abajo. Parecía un cuadro: Amantes jóvenes en el bosque crepuscular. Era un momento perfecto para que me besara, pero no lo hizo. Se me quedó mirando fijamente y, para cuando me di cuenta de que podía ser yo quien lo besara a él, advertí que su risueña expresión empezaba a desvanecerse.

Sam me empujó las muñecas hacia abajo y las soltó.

- —Me alegro —susurró.
- Con los brazos colgando a los costados, allí donde él los había dejado, le lancé una mirada ceñuda.
 - —Deberías haberme besado.
 - —Debería.

No podía dejar de mirar la curva suave y triste de sus labios, tan suave y tan triste como su voz. Pensaba en lo mucho que anhelaba que me besara, y en lo absurdo que era que aquel beso me importara tanto.

-- ¿Y por qué no lo haces?

Sam se inclinó y me dio un beso breve y fugaz, durante un cortísimo instante sentí sus labios frescos y secos, siempre tan comedidos, tan enloquecedores.

—Tenemos que marcharnos a casa —murmuró—. Cada vez hace más frío.

Sus palabras me hicieron prestar atención al gélido viento que se me colaba

por las mangas. Una ráfaga de aire hizo levantarse un torbellino de hojas secas y, por un instante, creí captar el olor de un lobo.

Sam se estremeció.

Traté de distinguir su expresión a la luz mortecina del ocaso, y vi que en su mirada había miedo.

CAPÍTULO VEINTICINCO Sam 2 °C

No quise volver corriendo a la casa. Correr habría significado reconocer algo que no estaba dispuesto a aceptar ante ella; algo sobre mí, sobre lo que yo era. De modo que fuimos caminando a grandes zancadas, pisoteando las hojas y las ramas secas, ensordecidos por el rumor de nuestra propia respiración. El frío se me colaba por el cuello del abrigo y me ponía la carne de gallina.

Pensé que, si no soltaba la mano de Grace, todo iría bien.

Era consciente de que un giro mal dado nos apartaría de la casa, pero no podía concentrarme en los árboles que nos rodeaban. Me salian al paso recuerdos de seres humanos transformándose en lobos, de los cientos de metamorfosis que había presenciado durante mis años con la manada. La memoria de la primera vez que vi a Beck convertirse se conservaba nitida en mi mente, más concreta y verdadera que la puesta de sol de un rojo carmesí que se abría entre los árboles. Me acordé de la luz blanca y fría que entraba por las ventanas del cuarto de estar de la casa de Beck, me acordé de Beck, tembloroso, agarrándose al respaldo del sofá

Yo estaba a su lado, incapaz de decir nada.

—¡Sácalo de aquí! —había gritado Beck, mirando hacia el pasillo con los ojos entrecerrados—. ¡Ulrik, saca a Sam de aquí!

Ulrik me había agarrado el brazo, con la misma firmeza con la que Grace aferraba ahora mi mano para conducirme regreso por la senda que habíamos seguido para internarnos en el bosque. La noche se agazapaba tras los árboles, negra y helada, dispuesta a abalanzarse sobre nosotros. Sin embargo, Grace no apartaba la vista del sol, que languidecia tras el follaje indicándonos el camino.

El resplandor del ocaso me cegaba, convirtiendo los árboles en siluetas oscuras. De pronto, me vi transportado a mi infancia, cuando tenía siete años. Vi el dibujo de estrellas que adornaba mi vieja colcha con tanta claridad que estuve a punto de caerme de bruces. Me aferré a la tela con ambas manos, la arrugué y tiré de ella.

-¡Mamá! -grité, con la voz rota-.; Mamá, voy a vomitar!

Estaba tirado en el suelo, envuelto en un revoltijo de sábanas, gritos y vómito, temblando y arañando el suelo, buscando algo a lo que aferrarme cuando, de pronto, reconocí a mi madre en el hueco de la puerta. Con la mejilla en el suelo, la miré e intenté llamarla. pero la voz no me salía.

Ella se arrodilló y vio cómo me transformaba por primera vez.

—Al fin —dijo Grace, devolviéndome al bosque del que me había arrebatado la memoria; estaba sin aliento, como si hubiéramos corrido—. Ahí está.

No podía permitir que Grace me viese durante la transformación. No podía transformarme.

Seguí la dirección de su mirada hasta la parte trasera de la casa de Beck, una cálida pincelada rojiza en el frío azul del atardecer.

Y eché a correr.

Mis esperanzas de calentarme en el interior del Bronco naufragaron cuando, a dos pasos de él, vi cómo Grace trataba en vano de abrir la puerta. Las llaves se balancearon, aún puestas en el contacto. El rostro de Grace se contrajo en una mueca de frustración.

-Tendremos que entrar en la casa -diio.

No nos hacía falta romper una ventana ni nada por el estilo: Beck siempre dejaba una llave escondida tras la mosquitera de la puerta de atrás. Intenté concentrarme y no pensar en que, si hubiéramos tenido las llaves del coche, ya habría entrado en calor. Con las manos trémulas, saqué la llave de la casa de su escondrijo y traté de introducirla en la cerradura. Me dolía todo el cuerpo. « Espabila, idiota. Espabila».

No podía de ar de temblar.

Grace me quitó la llave de entre los dedos. No mostraba ningún miedo, aunque yo estaba seguro de que sabía lo que me estaba pasando. Rodeó mis manos heladas con una de las suyas, y con la otra metió la llave y abrió la puerta.

« Por favor, que no hay an cortado la electricidad. Por favor, que funcione la calefacción», rogué para mis adentros.

Grace me agarró del codo y me hizo entrar en la oscura cocina. No lograba deshacerme del frío; todo mi cuerpo estaba aterido. Mis músculos empezaron a agarrotarse y, encorvándome, me cubrí la cara con las manos.

—No —dijo Grace con voz clara y firme, como si estuviera respondiendo a una pregunta—. No. Ven aquí.

Me apartó de la puerta y la cerró. Palpó la pared en busca de los interruptores y, milagrosamente, al cabo de unos segundos, el fluorescente parpadeó y nos bañó en su luz descarnada. Grace volvió a empujarme para que me alejara más de la puerta, pero yo se lo impedí. Sólo quería ovillarme y deiar de luchar.

-No puedo, Grace. No puedo.

No estaba seguro de haber pronunciado realmente aquellas palabras; fuera como fuese, ella no hizo caso. Me sentó en el suelo justo al lado de una de las salidas de aire del sistema de calefacción y, tras quitarse la chaqueta, me tapó con ella los hombros y la cabeza. Luego se acuclilló frente a mí y trató de templarme las manos con el calor de su cuerpo.

Apreté las mandíbulas para evitar que me castañetearan los dientes e intenté concentrarme en ella, en entrar en calor, en seguir siendo humano. Me estaba diciendo algo, pero yo no la entendía. Su voz me ensordecía. Todo me ensordecía. Y el olor era insoportable: estábamos tan cerca que su aroma parecía estallar en mi nariz. Me dolía. Todo me dolía. Solté un gañido.

Se puso en pie de un salto, corrió por el pasillo encendiendo todas las luces y desapareció. Yo gruñí y metí la cabeza entre las rodillas: « No, no, no, no». Ya ni siquiera sabía contra qué tenía que luchar. ¿Contra el dolor? ¿Contra los espasmos?

Había vuelto. Tenía las manos mojadas. Me asió las muñecas, movió los labios y de su boca salió una retahíla de sonidos indescifrables, hechos para unos oídos que no eran los míos. Me quedé mirándola.

Ella tiró de mí con una fuerza que me sorprendió. Me levanté y, por alguna razón, me extrañó verme así de alto. Temblaba con tanta violencia que la chaqueta se me resbaló de los hombros; el aire fresco me lamió la nuca, y sufrí un espasmo que estuvo a punto de hacerme caer de rodillas.

La chica me agarró mejor los brazos y empezó a tirar de mí lentamente, haciendo unos ruidos suaves que me tranquilizaban y, al mismo tiempo, me demostraban que ella mandaba sobre mí. Me condujo hasta una puerta de la que salía una niebla cálida.

« No, por favor. No. ¡No!» . Me debatí con los ojos clavados en aquella habitación forrada de azulejos. En el lado opuesto había una bañera llena de agua que me pareció una tumba. Estaba envuelta en vapor; la promesa del calor era casi irresistible, pero todo mi cuerpo chillaba al pensar en acercarme a ella.

-¡Quieto, Sam! Lo siento. Lo siento, pero no sé qué otra cosa hacer.

Con los ojos fijos en la bañera, me aferré al marco de la puerta.

—Por favor —mascullé.

De mi memoria surgieron unas manos que olían a infancia y a cariño, a abrazos y a sábanas limpias, y que me empujaban hacia el fondo de la bañera. Me sumergían. El agua estaba tibia, a la misma temperatura que mi cuerpo. Las voces comenzaron a contar. No pronunciaban mi nombre. «¡Corta, corta, corta, corta!». Me estaban perforando la piel, agujereándomela para que saliera todo lo que encerraba. El agua se llenó de hebras rojas que se retorcían. Yo jadeaba, luchaba, chillaba. Pero las voces no hablaban. La mujer lloraba, y sus lágrimas caían en el agua mientras me sujetaba contra el fondo. «Soy Sam», dije cuando logré sacar la cara. «Soy Sam. Soy Sam. Soy...».

--:Sam!

La muchacha me dio un empellón impulsándose en la pared. Trastabillé y me precipité hacia la bañera. Mientras trataba de recobrar el equilibrio, ella volvió a empujarme; mi cabeza chocó contra la pared de azulejos y luego caí en el agua.

Sin mover ni un solo músculo, me fui hundiendo poco a poco; el agua se cerró sobre mi cara escaldándome la piel, cociendo mi cuerpo, ahogando los espasmos. Grace me sacó la cabeza del agua y la sostuvo delicadamente entre sus brazos, apoyándose con un pie en el interior de la bañera. Estaba empapada y firitando

—Sam —musitó—. Por favor, perdóname. Lo siento. Lo siento muchísimo. No sabía que hacer. Por favor, perdóname. Lo siento.

Yo no podía dejar de temblar ni de aferrar los bordes de la bañera. Quería salir. Quería que Grace me abrazara, que me diera cobijo. Quería olvidar la sanere que manaba de mis muñecas.

—Déjame salir —murmuré—. Déjame salir, por favor.

-¿Ya has entrado en calor?

No pude contestar. Estaba desangrándome. Cerré los puños y me los llevé al pecho. Cada vez que el agua me acariciaba las muñecas, un escalofrio me sacudía el espinazo. La cara de Grace estaba contraída por el dolor.

—Tengo que buscar el termostato para subir la calefacción. Sam, tienes que quedarte ahí hasta que vuelva con alguna toalla. Lo siento.

Cerré los ojos.

Me pareció que pasaba una eternidad medio sumergido en el agua, sin poder moverme, hasta que Grace volvió con varias toallas de diferentes tamaños.

Se arrodilló junto a la bañera, metió un brazo y el agua burbujeó bajo mi nuca. Sentí que yo mismo me colaba por el desagüe en un lento remolino rojo.

-No puedo sacarte si no me ay udas. Por favor, Sam.

Grace se me quedó mirando, a la espera de que me moviese. El agua bajó descubriéndome las muñecas, los hombros, la espalda, hasta que me vi tumbado

en una bañera vacía. Entonces Grace me tapó con una toalla; estaba caliente, como si la hubiese tenido encima de un radiador. Luego posó sus manos sobre las cicatrices de mis muñecas y me miró.

—Ya puedes salir. Sam.

Le devolví la mirada sin pestañear. En el otro extremo de la bañera, mis piernas se plegaban, oscuras y finas como las patas de un insecto gigante.

Grace se inclinó y recorrió mis cejas con un dedo.

- —Tienes unos oi os preciosos.
- —Es lo único que conservamos.
- Grace se incorporó, sorprendida al oír mi voz.
- —;Cómo?
- —Nuestros ojos no se transforman. No los perdemos —me di cuenta de que mis manos seguían contraídas en puños y las abrí—. Nací con estos ojos. Nací para esta vida.

Como si no percibiera la amargura de mi voz, Grace respondió:

—Bueno, pues son preciosos. Preciosos y tristes —sosteniéndome la mirada, extendió los brazos y entrelazó sus dedos con los míos—. ¿Crees que serás capaz de levantarte?

Me levanté.

Atento a los grises ojos de Grace y a nada más, salí de la bañera y, guiado por ella, volví al pasillo y a mi vida.

CAPÍTULO VEINTISÉIS Grace 1°C

Me costaba poner en orden mis pensamientos. De pie en medio de la cocina, observé las alacenas, que estaban cubiertas de fotografías sujetas con chinchetas: caras sonrientes, los miembros de la manada con forma humana. En otras circunstancias, las habría examinado una a una para encontrar el rostro de Sam; pero en aquel momento sólo era capaz de ver la línea quebrada de su cuerpo en la bañera, de oír el espanto en sus gritos. La imagen de Sam empezando a temblar en el bosque, justo antes de que me diera cuenta de lo que le ocurría, se repetía en mi cabeza una y otra vez.

Cacerola. Lata de sopa. Pan congelado. Cucharas. Evidentemente, la despensa de Beck respondía a las peculiares necesidades de los licántropos; estaba llena de conservas y alimentos envasados que tardaban en caducar. Alineé sobre la encimera los ingredientes necesarios para una cena improvisada y procuré concentrarme en lo más immediato.

En la habitación contigua, Sam descansaba en un sofá, bajo una manta, mientras la lavadora se encargaba de su ropa. Mis vaqueros seguían empapados, pero tendrían que esperar. Encendí un fuego para calentar la sopa y traté de centrar mi atención en los relucientes mandos negros y la pulida placa de aluminio

Pero en vez de ver lo que tenía delante, revivi las convulsiones de Sam, sus ojos en blanco. El gemido animal que se le había escapado al advertir que estaba perdiéndose.

Con mano insegura, vertí la sopa en la cacerola.

No podía tenerle.

Pero le tendría.

Volví a ver la expresión de su rostro cuando se dio cuenta de que lo empujaba al baño, justo como sus padres cuando...

No debía seguir pensando en aquello. Al abrir la nevera, descubrí con sorpresa que había un cartón de leche; era el primer alimento perecedero que encontraba en la casa. Me pareció tan fuera de lugar que todos mis sentidos se pusieron en alerta. Comprobé que había caducado hacía tan sólo tres semanas. La eché por el desagüe y volví a examinar la nevera en busca de otros indicios de inquilinos recientes.

Sam seguía ovillado en el sofá cuando salí de la cocina para llevarle un cuenco de sopa y un poco de pan tostado. Al coger su cena, me miró con una expresión más sombría de lo habitual.

-Debo de parecerte un monstruo.

Me senté frente a él en una butaca con tapicería de cuadros, replegué las piernas sobre el asiento y me coloqué el cuenco de sopa junto al pecho para sentir su calor. El cuarto de estar tenía el techo muy alto y la habitación aún no se había templado del todo.

-Perdóname, Sam. Lo siento mucho.

El meneó la cabeza.

—Era lo único que podías hacer. Soy yo el que... No debería haber perdido el control hasta ese punto.

Me estremecí recordando el ruido que había hecho su cabeza al golpear la pared y la forma en que sus dedos habían buscado asidero en el aire mientras caja en la hañera

—Lo has hecho muy bien —dijo Sam; se quedó pensativo un momento mientras mordisqueaba el pan, y luego añadió—: Pero que muy bien. ¿Te doy...?

Titubeó y recorrió con la mirada los metros que lo separaban de mí. Algo en la expresión de sus ojos hizo que el espacio que nos separaba cobrara un significado doloroso.

—¡No me das miedo! —protesté— ¿Cómo puedes pensar eso? Pensaba que preferirías tener un poco de espacio para comer tranquilo.

En realidad, en cualquier otra situación no me habría costado nada ceder y deslizarme a su lado; estaba de lo más apetecible, acurrucado bajo la manta y vestido con un chándal viejo que había cogido de su habitación. Sin embargo,

quería... necesitaba aclarar mis pensamientos, y si me sentaba a su lado, sabía que no iba a ser capaz.

Sam sonrió con evidente alivio

- —La sopa está buena —juzgó.
- —Gracias.

No era verdad; en realidad, sabía a lata y a poco más, pero tenía tanta hambre que me daba igual. Además, comer me ayudaba a apaciguar el recuerdo de Sam en la bañera.

—Cuéntame más de esas habilidades telepáticas tuy as —dije deseosa de que hablara, de oír su voz humana.

Sam tragó saliva.

- —¿Oué?
- —Dices que me mostraste el bosque cuando eras un lobo. Y que los lobos se comunican entre si mediante imágenes. Quiero saber más sobre eso. ¿Cómo funciona?

Sam se inclinó para dejar su cuenco en el suelo y, cuando se apoyó en el respaldo, me observó con expresión de cansancio.

- -No es así.
- —¡Yo no he dicho que fuera de ninguna manera! —repliqué—¿A qué te refieres?
 - —No es un superpoder —afirmó—, sino un premio de consolación.

Lo miré sin comprender.

—Es la única manera que tenemos de comunicarnos —se explicó él—. Somos incapaces de recordar palabras y, aunque lo fuéramos, no podríamos pronunciarlas. De modo que todo se reduce a imágenes que nos enviamos los unos a los otros. Imágenes simples. Postales, en realidad.

-¿Y ahora podrías mandarme una?

Sam se arrellanó en el sofá y se arropó con la manta.

—No sabría cómo hacerlo. Cuando vuelvo a ser yo, se me olvida. Sólo tengo esa capacidad cuando adopto la forma de lobo. Además, ¿para qué iba a hacerlo? Ahora tengo palabras: puedo decirte lo que quiera.

Pensé en responderle que, a veces, las palabras no bastaban. Sin embargo, aquella idea me resultaba extrañamente dolorosa.

—Aun así, cuando compartiste conmigo la imagen del bosque, yo no era una loba. ¿Pueden comunicarse los lobos con miembros de la manada que aún no se han transformado?

Las espesas pestañas de Sam se agitaron.

—No lo sé. Nunca he intentado comunicarme con nadie más. Solamente contigo y con los lobos. ¿Para qué iba a hacerlo?—repitió.

Había un poso de amargura y cansancio en su voz. Dejé el cuenco en el borde de la mesa y me acerqué al sofá; Sam levantó la manta para dejar que me arrimase a él y, después, cerró los párpados y apoyó su cabeza en la mía. Durante un rato se quedó en esa posición, y luego abrió los ojos.

—Lo único que me importaba era mostrarte el camino hacia la manada musitó; su aliento me calentó los labios—. Queria asegurarme de que me encontrarías una vez te hubieras transformado.

Recorrí con los dedos el trozo del pecho que le dejaba al descubierto el cuello de pico de la sudadera.

—... Y y o te encontré —repuse con voz vacilante.

Del otro extremo del pasillo nos llegó el pitido final de la secadora; sonaba extraño en aquella casa deshabitada. Sam parpadeó y se apoyó en el respaldo del sofá

—Debería ir a por mi ropa.

Abrió la boca como si fuera a añadir algo más, pero se ruborizó y se quedó callado

- -La ropa no se va a ir a ningún sitio -repuse.
- —Y nosotros tampoco, a no ser que logremos abrir el Bronco para recuperar las llaves. Creo que será mejor ponernos con ello cuanto antes, sobre todo teniendo en cuenta que tendrás que hacerlo tú sola. Yo no aguantaría demasiado tiempo ahí fuera.

Me eché hacia atrás de mala gana para permitir que se levantara. Sam se puso en pie, envuelto en la manta como un jefe indio; bajo la tela se adivinaba el perfil de su ancha espalda, y eso me llevó a recordar el tacto de su piel al acariciársela con los dedos. Él se dio cuenta de que le miraba, y clavó sus ojos en los míos durante un instante antes de desaparecer en las sombras del pasillo.

Sentí como si en mi cuerpo hubiera algo hambriento y anhelante que me arañaba por dentro.

Por un momento pensé en seguir a Sam hasta el cuarto de la lavadora, pero al final triunfó el sentido común. Llevé los cuencos a la cocina y luego volví al cuarto de estar: quería examinar las fotos que había sobre la repisa de la chimenea. Me intrigaba mucho el licántropo al que Sam llamaba Beck, el dueño de aquella casa. El que le había criado.

Como el exterior del edificio, el cuarto de estar era confortable y acogedor, con una atmósfera hogareña compuesta por telas a cuadros, tonos rojizos y toques de madera oscura. Una de las paredes estaba ocupada casi en su totalidad por ventanales, a través de los que parecía colarse sin permiso la oscura noche invernal. Me acerqué a la pared opuesta y observé, sobre la repisa de la chimenea, una fotografía en la que aparecía un grupo de caras sonrientes. Aquella imagen me recordó a la instantánea de Rachel, Olivia y yo, y sentí una oleada de nostalgia. Al examinar el retrato, identifiqué inmediatamente a Sam. Parecía más joven y tenía la piel bronceada. A su lado estaba la única chica de la foto, una miña más o menos de su edad, con una melena de un rubio casi blanco.

Era la única persona que no sonreía a la cámara; en vez de eso, miraba a Sam de una manera que hizo que el estómago me diera un vuelco.

Noté que algo me rozaba el cuello y me di la vuelta bruscamente. Sam se apartó de un salto, risueño y con las manos levantadas.

-; Tranquila!

Sintiéndome un poco ridícula, atajé el gruñido que amenazaba con salirme de la garganta y me froté el lugar en el que Sam acababa de darme un beso.

—No deberías acercarte sin avisar —dije, ceñuda; luego hice un gesto hacia la foto, todavia molesta con la chica que salía retratada al lado de Sam—. ¿Quién es ésta?

Sam bajó los brazos, se me acercó y me abrazó por la cintura. Su ropa tenía un aroma fresco y jabonoso; de su piel se desprendían suaves vaharadas de olor a lobo, recuerdo de lo que había pasado hacía un rato.

- —Shelby —respondió, apoyándome la barbilla en el hombro. Nuestras mej illas se encontraron.
 - -Es guapa -observé con tono indiferente.

Sam soltó un gruñido grave que hizo que me vibraran las entrañas. Me rozó el cuello con los labios, pero no llegó a besarme.

-No es la primera vez que la ves.

No me hizo falta pensar mucho para adivinar a qué se refería.

- —La loba blanca. ¿Por qué te mira de esa manera? —pregunté, incapaz de contener la curiosidad.
- —Uf, Grace —contestó él, despegando sus labios de mi cuello—. No lo sé. Shelby está… vete tú a saber. Cree que está enamorada de mí. Quiere estar enamorada de mí.
 - -¿Por qué? -inquirí.

Se rió sin ganas.

- —¿No podrías hacer preguntas más fáciles? La verdad es que no lo sé. Debió de pasarlo muy mal antes de entrar en la manada, y le gusta olvidarse de que es una persona. Para ella, pertenecer a la manada es algo especial. Y como Becky yo nos llevamos tan bien, supongo que cree que su posición en la manada se reforzaría si estuviera conmigo.
 - -Es posible enamorarse de ti simplemente por lo que eres -señalé.

El cuerpo de Sam se tensó contra mi espalda.

- —En su caso, no se trata de lo que soy, sino... de una obsesión.
- -¿Como la mía? -repliqué.

Sam respiró hondo y se apartó de mí.

Yo solté un suspiro.

- -Sam... No hacía falta que te movieras.
- -Intento comportarme como un caballero.

Di un paso atrás y volví a apoyarme contra él, divertida por lo preocupado

que parecía.

-Pues no es necesario que te lo tomes tan en serio, ¿sabes?

Sam contuvo el aliento, se quedó quieto unos instantes y luego, muy suavemente, me besó el cuello siguiendo la línea de mi mandibula. Me volví entre sus brazos para besarle los labios; su reticencia a dejarse llevar me encantaba y me enloquecía al mismo tiempo. Pero, sobre todo, estaba preocupada.

-Estov pensando en la nevera -murmuré al fin.

Sam separó su cara de la mía.

- —¿Cómo dices?
- —Que estaba pensando en la nevera. En que funciona. Tú no sabías si la luz de la casa estaría cortada, y, de hecho, no lo está.

Sam frunció el ceño y yo acaricié la arruga que se formó entre sus cejas.

—¿Quién paga la factura de la luz? ¿Beck? —Al ver que asentía, continué—: Había leche en la nevera, Sam. De hace sólo unas semanas. Alguien estuvo por aquí no hace mucho.

Aflojó los brazos; sus ojos, siempre tristes, estaban más tristes todavía. Tenía una expresión complicada, como si sus facciones fueran un libro escrito en un idioma que yo no llegaba a comprender.

—Sam —susurré, tratando de hacerle volver del lejano lugar al que parecía haberse ido

Pero su cuerpo estaba rígido.

-Tendrías que marcharte a casa. Tus padres estarán preocupados.

Saludé su ocurrencia con una carcajada cínica.

- -Sí, seguro. ¿Qué te pasa?
- —Nada. —Sam sacudió la cabeza, pero saltaba a la vista que pensaba en otra cosa—. Bueno, algo sí que me pasa. Ha sido un día larguísimo. Estoy ... cansado. Eso es todo

Si parecia cansado, y además había algo pesaroso y sombrío en su gesto. Me pregunté si le habría afectado el haber estado tan cerca de transformarse, o si estaría dolido por mis preguntas sobre Shelby y Beck.

-Vale, pero tú vienes a casa conmigo.

- Él hizo un gesto que abarcó el cuarto de estar, como queriendo decir que aquélla era su casa.
- —Venga ya —protesté—. Aún tengo miedo de que desaparezcas en cuanto me dé la vuelta.
 - —No desapareceré.

Sin querer, volví a verlo ovillado en el suelo del pasillo, gimiendo mientras intentaba conservar la forma humana. Enseguida lamenté haberlo recordado.

—No estás en condiciones de prometérmelo. Si no vienes conmigo a casa, no me muevo de aquí. Sam gruñó suavemente y me acarició la franja de piel que quedaba descubierta bajo el borde de mi camiseta. Sus pulgares trazaban un rastro de deseo en mis costados.

-No me tientes

Lo miré sin decir nada; él enterró la cara en el hueco de mi hombro y gimió de nuevo.

- —Me cuesta horrores dominarme cuando estoy contigo —dijo al fin, estirando los brazos para apartarse de mi—. No sé si es muy prudente que sigamos durmiendo juntos. Al fin y al cabo, no tienes más que... diecisiete años, no?
- —Claro, soy demasiado joven para un tipo maduro como tú —repliqué, poniéndome a la defensiva.
 - —Bueno, y o tengo dieciocho —contestó con tono apenado—. Al menos, soy may or de edad.

No me hacía mucha gracia el cariz de la conversación, pero me reí. Las mejillas me ardían y el corazón me golpeaba el pecho.

—¿Me estás hablando en serio?

—Grace —dijo, y la mera mención de mi nombre hizo que el corazón se me relajara. Me agarró del brazo—. Lo único que quiero es hacer las cosas bien, ¿comprendes? Contigo no voy a tener una segunda oportunidad.

Me lo quedé mirando. A excepción del murmullo de las hojas que rozaban contra las ventanas, la estancia estaba en silencio. Me habría gustado saber qué emociones revelaban mis ojos. ¿Tendría la misma mirada intensa que Shelby en la fotografia? ¿Parecería obsesionada?

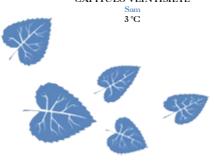
La fría oscuridad se cernía sobre nosotros al otro lado de la ventana, como una amenaza que hubiera tomado cuerpo aquella noche. No era el deseo lo que se interponía en aquel momento entre nosotros; era el miedo.

-Ven conmigo. Por favor -imploré.

No sabía qué hacer si me respondía con un « no». No habría soportado regresar al día siguiente a aquella casa y encontrármelo convertido en un lobo.

Sam debió de leérmelo en los ojos, porque asintió y fue a buscar la ganzúa.

CAPÍTULO VEINTISIETE



Los padres de Grace estaban en casa.

- —Nunca están a estas horas —dijo Grace con evidente exasperación.
- Y, sin embargo, estaban. Al menos, eso indicaban sus automóviles: el Taurus de padre, del que la luna arrancaba reflejos plateados y azules, y, delante de él. el pequeño Volkswagen Golf de su madre.
- —Ni se te ocurra decir que ya me habías avisado —me advirtió Grace—. Entro, veo dónde están y salgo en un minuto para que me informes.
- —Para informarme tú a mí, en todo caso —puntualicé, tensando los músculos para evitar los temblores. Seguía estremeciéndome, no sabía si por los nervios o por el recuerdo del frío.
- —Sí, eso —respondió Grace, apagando los faros—. Lo que sea. Vuelvo enseguida.

La observé correr hacia la casa y me acomodé en el asiento. Me costaba creer que estuviese ocultándome en un coche, en medio de una noche gélida, a la espera de colarme en la habitación de una chica para dormir con ella. Y no cualquier chica, sino la Chica. Grace. Grace salió por la puerta principal y se puso a gesticular. Me hizo falta un momento para comprender lo que me quería decir: que apagara el coche y entrara. Me apeé lo más rápido que pude y corrí sin hacer ruido hasta la entrada; el frío parecía mordisquearme las zonas de piel expuestas al aire. Sin darme tiempo a recuperar el aliento, Grace me metió en la casa de un empujón, cerró la puerta y echó a andar decididamente hacia la cocina.

—Me he olvidado de la mochila —anunció en voz alta, asomando la cabeza.

Sus padres contestaron algo que no oí, y aproveché el ruido de su conversación para colarme en la habitación de Grace y cerrar la puerta. Por suerte, la casa estaba bastante caldeada. Aún notaba los músculos agarrotados por haber estado fuera, y tenía aquella odiosa sensación de estar entre dos mundos de no ser ni lo uno ni lo otro.

El frío me había dejado exhausto y, como no sabía cuánto tiempo estaría Grace hablando con sus padres, me metí en la cama sin encender la luz. Apoyé la espalda en las almohadas y me froté los pies para hacerlos entrar en calor mientras escuchaba la voz de Grace, que llegaba amortiguada desde el pasillo. Estaba charlando con su madre sobre una comedia romántica que ponían en la televisión. Ya me había dado cuenta de que Grace y sus padres no tenían problemas para conversar sobre temas intrascendentes. Parecían tener una capacidad inagotable para hablar amigablemente de nada en particular, pero lo cierto era que nunca los había oído decirse nada importante.

Acostumbrado a mi vida en la manada, aquello me resultaba muy extraño. Desde que Beck me había adoptado, aquella extraña familia me había arropado, a veces incluso en exceso, y Beck me había prestado una atención sin reservas cada vez que yo lo necesitaba. Nunca me había sentido un privilegiado, pero ahora empezaba a darme cuenta de lo mimado que me tenían.

Todavía sentado en la cama, oí que el picaporte bajaba lentamente. Me quedé congelado, y sólo recuperé el aliento cuando reconocí el sonido de la respiración de Grace. Ella cerró la puerta a sus espaldas y se acercó a la ventana.

Sus dientes relucieron en la penumbra.

- —¿Estás aquí? —susurró.
- —¿Dónde están tus padres? ¿Han ido ya a por el rifle para echarme de esta casa?

Grace guardó silencio. Sin la guía de su voz, me resultaba imposible distinguirla.

Iba a decir algo para deshacer aquel incómodo momento, pero ella se me

—No. Están arriba. Mi madre se ha empeñado en que mi padre pose para ella y le está haciendo un retrato. Puedes ir al baño para lavarte los dientes, pero date prisa. Si cantas en falsete, creerán que soy yo.

La voz se le había endurecido al decir « mi padre», pero no supe por qué.

-Si canto desafinando horriblemente, querrás decir -protesté.

Grace se acercó al armario y me dio un coscorrón cariñoso al pasar.

—Vamos, vete.

Salí al pasillo sin calzarme y fui de puntillas hasta el baño de la planta baja. Por suerte, sólo tenía un plato de ducha en lugar de bañera; además, Grace había cerrado la cortina para ocultármelo a la vista.

Me lavé los dientes con el cepillo de Grace y luego me quedé un momento mirándome en el espejo: un chico desgarbado, vestido con una holgada camiseta de color verde que Grace había cogido del armario de su padre, con el pelo negro y liso y los ojos amarillos.

« ¿Qué estás haciendo, Sam?», me dije.

Cerré los ojos, como si ocultar mis pupilas, tan lobunas incluso cuando era humano, bastara para cambiar mi naturaleza. El calefactor del baño zumbaba, produciendo unas vibraciones sutiles que me hacían cosquillas en los pies y me recordaban que el calor era lo único que me permitia seguir siendo una persona. Ya había empezado octubre; las noches eran lo bastante frías para despojarme de mi piel humana con un simple tirón. Cuando llegara noviembre, ni siquiera podría salir de día. ¿Qué iba a hacer? ¿Ocultarme en casa de Grace durante todo el invierno, encogiéndome de miedo ante la menor corriente de aire?

Abrí los ojos y los observé en el espejo hasta que su forma y su color dejaron de tener significado. Me pregunté qué vería Grace en mí, por qué la fascinaría tanto. ¿Qué era yo sin mi piel de lobo? Sólo un chico tan lleno de palabras que le rebosaban por la boca.

En aquel momento, cada verso, cada letra de canción que tenía en la cabeza, terminaba con la misma palabra: amor.

Tenía que decirle a Grace que aquél era mi último año.

Me asomé al pasillo para comprobar si estaba despejado y me deslicé hasta la habitación. Grace ya se había acostado, y sólo se distinguia de ella un largo y suave bulto bajo la colcha. Durante unos momentos me permití imaginar lo que llevaría puesto. Mi difusa memoria de lobo guardaba una imagen de ella una mañana de primavera, levantándose de la cama. Sólo llevaba una camiseta, demasiado grande para ella, que dejaba a la vista sus piernas suaves. Estaba tan atractiva que me dolía sólo recordarlo.

Me sentí avergonzado de inmediato por fantasear así, y paseé durante un rato alrededor de la cama pensando en duchas frías, acordes de guitarra y cosas que no fueran Grace.

- -Hola -susurró Grace con voz amodorrada-. ¿Qué estás haciendo?
- —Sssh —contesté, notando que se me encendían las mejillas—. Perdona que te haya despertado. Estaba pensando.

Ella bostezó.

-Pues deja de hacerlo.

Me meti en la cama y me acurruqué en el extremo del colchón. Algo estaba cambiando en mi interior, algo relacionado con que Grace me hubiese visto en mi peor momento: indefenso en la bañera, listo para rendirme. Aquella noche, la cama me parecía demasiado estrecha para escapar de su aroma, del murmullo adormecido de su voz, del calor de su cuerpo. Procurando que no se notara, arrebujé el edredón de manera que formara una barrera entre los dos y apoyé la cabeza en la almohada, decidido a huir de mis dudas y a conciliar el sueño.

Grace alargó una mano y empezó a revolverme el pelo. Cerré los ojos y dejé que me volviera loco con sus caricias. « Me cubres el rostro de trazos, / y esos trazos forman figuras / que nunca podrán reemplazar al yo / que soy si estoy contigo. / cuando duermo a tu lado. / a tu lado» .

—Me gusta tu pelo —musitó Grace.

No dije nada. Estaba buscando una melodía con la que acompañar la letra que resonaba en mi mente.

—Siento haberte hecho venir esta noche —murmuró—. No pretendo forzarte a estar conmigo.

Suspiré al sentir cómo sus dedos me recorrían las oreias y el cuello.

—Todo va demasiado rápido. Quiero que... —quise decir « que me quieras», pero me sonó demasiado presuntuoso—. Quiero estar contigo. Siempre lo he querido. Sin embargo nunca pensé que mis deseos se harían realidad —para rebajar la tensión, agregué—: Al fin y al cabo, soy una criatura legendaria. En teoría no debería existir

Grace me respondió con una risa íntima y suave.

- -Tonto. Para mí eres muy real.
- —Y tú también para mí —susurré.

Se hizo el silencio.

—Quisiera haber cambiado cuando me mordieron —dijo Grace con un hilo de voz, al cabo del rato.

Abri los ojos de inmediato, porque necesitaba ver su rostro mientras decía eso. Su expresión era más transparente que nunca: infinitamente triste, con los labios contraídos en un mohín de añoranza.

Extendí una mano y se la posé en la mejilla.

-No digas eso. Grace. No digas eso.

Ella meneó la cabeza.

—No sabes lo sola y perdida que me sentía cada vez que aullabais. No te imaginas cuánto te echaba de menos cuando llegaba el verano y tú desaparecías.

—Te llevaría conmigo si pudiera. Eres mi ángel —respondí, y, pese a lo mucho que me sorprendió haberla llamado «ángel», me pareció una manera justa de describir mis sentimientos. Le peiné el cabello con la mano, sintiendo el tacto suave de los mechones entre los dedos—. Pero no me gustaría hacerte pasar por esto. Cada año que pasa, una parte de mí se pierde para siempre.

Grace habló con un tono de voz extraño.

—Dime qué ocurrirá al final.

Me llevó un momento comprender a qué se refería.

—Ah, al final. —Había mil maneras de contárselo, mil modos de adornarlo. Grace no aceptaría la versión edulcorada que Beck me había dado cuando era pequeño, de modo que no me anduve con rodeos—. En primavera vuelvo a ser... yo, a ser humano. Pero, a medida que pasan los años, la transformación tarda más en llegar. Así que supongo que llegará un año en que ya no me convierta. Lo he visto en muchos licántropos, en los mayores. Ya no vuelven a hacerse humanos con la llegada del calor... A partir de ahí, viven un poco más que los lobos normales. Unos quince años, más o menos.

-¿Cómo puedes hablar así de tu propia muerte?

Fijé la mirada en sus ojos, que relucían en la oscuridad.

- -¿Cómo quieres que hable de ella?
- -Como si te entristeciera
- -Me entristece más cada día que pasa.

Grace se quedó callada. Me dio la impresión de que estaba encajando lo que acababa de decirle, de que estaba analizando cada palabra y almacenándola en su luear.

—Cuando te dispararon eras lobo.

Quise acallarla tapándole los labios con un dedo, hacer que sus palabras murieran antes de que las pronunciara. Aún era demasiado pronto. Todavía no quería que lo dijese.

Sin embargo, Grace prosiguió a media voz.

- —Los meses más cálidos de este año pasaron sin que te transformaras. Cuando te dispararon, no hacia demasiado frio. Habían bajado las temperaturas, sí, pero no tanto como en invierno. Y, sin embargo, seguías siendo un lobo. ¿Llegaste a convertirte en humano este año?
 - —Creo que no —musité.
 - —¿Y si no te hubieran disparado? ¿Habrías vuelto a ser Sam una vez más? Cerré los ojos.
 - -No lo sé, Grace.

Era el momento perfecto para confesárselo: « Éste es mi último año». Pero no fui capaz. Aún no. Quería un minuto más, una hora más, una noche más durante la cual fingir que el fin todavía no había llegado.

Grace soltó un suspiro largo y entrecortado, y algo en su gesto me hizo pensar que, de algún modo, lo sabía. Que siempre lo había sabido.

Ella no lloraba, pero vo estaba a punto de hacerlo.

Grace enterró sus manos en mi pelo, imitando mi postura, y nuestros brazos se rozaron en una caricia fresca y cálida al mismo tiempo. Con cada pequeño movimiento, la piel de sus brazos despedía una tentadora chispa de un aroma a jabón, sudor y deseo.

Me pregunté si se daría cuenta de lo mucho que su olor decía de ella, de la forma en que me revelaba cómo se sentía aunque no me lo dijera.

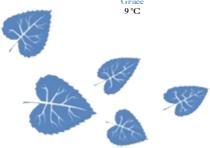
Claro que, en muchas ocasiones, la había visto olfatear inconscientemente el aire, igual que yo hacía. Tenía que notar que en aquel momento me estaba volviendo loco; que cada roce de su piel con la mía me hacía vibrar como una descarga eléctrica.

Era como si, cada vez que nos tocáramos, hiciéramos retroceder la amenaza del invierno

Como para demostrármelo, Grace se me acercó, apartó el edredón que nos separaba y pegó su boca a la mía. Dejé que me separara los labios y suspiré al asborear su aliento. La rodeé con los brazos y ella dio un respingo casi imperceptible. Todos mis instintos me susurraban al oído que me acercara más a ella, más aún, hasta no poder estar más cerca. Ella enlazó sus piernas con las mías y nos besamos hasta quedarnos sin aire, y nos acercamos más y más, hasta que unos aullidos lejanos me hicieron volver en mí.

Grace soltó un quejido de decepción cuando desenredé mis piernas de las suy as. Me estiré junto a su cuerpo sin dejar de acariciarle el cabello; el ansia de abrazarme de nuevo a ella era tan intensa que parecía ahogarme. Escuchamos el aullido de los lobos que aún no se habían transformado... o que nunca volverían a transformarse. Y nos acurrucamos el uno junto al otro, para no oír más que el vertiginoso latir de nuestros corazones.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



Al llegar al instituto el lunes, me pareció que estaba en otro planeta. Me tuve que quedar sentada al volante del Bronco durante un rato, observando los corros de alumnos que charlaban en las aceras, los coches que circulaban por el aparcamiento y los autobuses que se detenían en la parada, para darme cuenta de que no era el instituto lo que había cambiado. Era vo.

—Tienes que ir a clase —dijo Sam con un tono de voz a medio camino entre la afirmación y la duda. Me pregunté adonde iria él mientras yo estaba en el instituto.

—Lo sé —contesté, observando ceñuda los múltiples colores de los jerséis y bufandas que pasaban ante el coche como queriendo anunciar la cercanía del invierno—. Pero de la manera que están las cosas...

Tal y como estaban las cosas, ir a clase carecía de importancia. Mi vida había dado tal giro que me costaba recordar qué sentido tenía estar sentada en un aula, cogiendo unos apuntes que no me servirían para nada al año siguiente.

Sam se sobresaltó al ver que la portezuela del conductor se abría de repente. Con la mochila puesta, Rachel montó en el Bronco, me empujó para que le dejara sitio, cerró de un portazo y suspiró de manera ostentosa. Su presencia empequeñecía el habitáculo del coche.

—No está mal, el todoterreno. —Se inclinó y miró a Sam—. Ah, pero si aquí hay un chico. ¡Hola, chico! Grace, estoy como una moto. ¡Café y venga café! ¿Estás muy enfadada commigo?

Pestañeé, sorprendida.

- —No tengo por qué.
- —¡Genial! Es que, como hacía muchisimo que no me llamabas, supuse que, o estabas muerta, o estabas enfadada. Y se te ve tan viva... —Hizo un redoble con los dedos en el volante—. De todos modos, con quien si te has enfadado es con Olivia, ;no?
- —Sí —contesté, aunque no estaba muy segura de que fuese cierto; me acordaba del motivo de nuestra discusión, pero, por alguna razón, había dejado de tener importancia—. Bueno, no. Qué va. Fue una estupidez.
- —Eso me parecía a mí —repuso Rachel. Estiró el cuello y apoyó la barbilla en el volante para observar a Sam—. Y bien, chico, ¿qué haces en el coche de Grace?

A mi pesar, sonreí; mientras nadie averiguara el secreto de Sam, no había motivos para ocultar su existencia.

De repente, sentí la necesidad de que Rachel le diese el visto bueno.

- —Sí, chico —dije, torciendo el cuello hacia el otro lado para mirar a Sam, que tenía una expresión entre divertida y dubitativa—. ¿Qué estás haciendo en mi coche?
 - -Soy un adorno -contestó Sam.
 - -- Vaya -- exclamó Rachel -- ¿De usar y tirar, o de los que se conservan?
- —Eso depende de la dueña del coche —respondió él, apoy ando la cara con ternura sobre mi hombro; hice un esfuerzo por no sonreír como una boba.
- —Ah, mira qué bien. Pues, para que lo sepas, me llamo Rachel, estoy como una moto y soy la mejor amiga de Grace —explicó Rachel ofreciéndole una mano a Sam. Llevaba unos mitones con los colores del arcoíris que le llegaban hasta los codos

Sam se la estrechó.

- —Sam
- —Encantada de conocerte, Sam. ¿Vienes a este instituto?

Sam negó con la cabeza.

—Ya me parecía —repuso Rachel agarrándome de la mano—. En fin, siento decirte que voy a secuestrar a esta personita para llevarla a clase, porque de lo contrario llegaremos tarde, y además tengo muchisimo que contarle sobre unas cosas raras de lobos que han pasado y que todavía no sabe porque se ha peleado con su otra mejor amiga. Estoy segura de que lo comprenderás. Me gustaría añadir que no suelo estar tan acelerada como hoy, pero no puedo hacerlo porque

sería mentira. ¡Vamos, Grace!

Sam y yo intercambiamos una mirada de preocupación, y entonces Rachel abrió la portezuela y me hizo bajar. Sam se colocó tras el volante. Por un segundo creí que me daría un beso de despedida, pero se limitó a mirar a Rachel y a posar su mano en la mía durante un segundo. Las mejillas se le habían puesto coloradas

Rachel no dijo nada, pero me dedicó una media sonrisa mientras me conducía al instituto.

—Así que por eso no me llamabas, ¿eh? —preguntó meneándome el brazo—. Bueno, el chico está como un queso. ¿Por qué no viene al instituto? ¿Estudia en otro lado?

Mientras empujábamos la puerta para entrar, miré por encima del hombro en busca del Bronco. Vi a Sam alzar una mano para despedirse y dar marcha atrás.

—Sí, está como un queso, y sí, estudia en otro lado —dije—. Ya te hablaré de eso luego. ¿Qué ha pasado con los lobos?

Con aire teatral. Rachel me aferró los hombros con las manos.

—Olivia vio uno. En su porche delantero, y había marcas de garras, Grace. En la puerta. Para ponerse a temblar.

Me detuve de golpe en medio del pasillo, provocando un coro de quejas entre los alumnos que nos seguían.

- -Espera -dije-. ¿Lo vio en su casa?
- —No, en la casa del vecino —se burló Rachel, sacudiendo la cabeza y quitándose los mitones—. Pues claro que lo vio en su casa. Si no discutierais tanto, te lo habría contado ella misma. Y, por cierto, ¿a qué viene tanto mal humor entre vosotras? No me gusta nada que os pongáis así la una con la otra; al fin y al cabo, las dos sois mis amigas.
 - —Ya te he dicho que fue una tontería —repuse.

En realidad, estaba deseando que se callase y me dejara pensar en lo del lobo de la casa de Olivia. ¿Habría sido Jack? ¿Y por qué habría ido a la casa de Olivia?

—Bueno, pues más os vale empezar a llevaros bien, porque quiero que os vengáis de viaje conmigo en Navidad. Y ya no falta tanto, por si no te habías dado cuenta. Tengo muchos planes, y las vacaciones están ahí mismo. Vamos, Grace, ¡dime que vendrás! —gimió Rachel.

-A lo mejor.

En realidad, lo que me preocupaba no era que hubiera ido un lobo a la casa de Olivia, sino las marcas de garras. Tenía que hablar con Olivia para averiguar si Rachel decía la verdad o si exageraba como de costumbre.

—¿Te preocupa tu chico? ¡Que se venga! ¡Yo encantada! —exclamó Rachel.

El pasillo fue vaciándose, y sonó el timbre que indicaba el inicio de las clases.

-¡Ya hablaremos luego! -propuse, mientras echábamos a correr hacia el

aula. Me senté en el sitio de siempre y empecé a rebuscar en la mochila.

-Tenemos que hablar.

El sonido de una voz que no esperaba me hizo dar un respingo. Miré al suelo y vi dos pies enfundados en zapatos de cuña altísima: era Isabel Culpeper. Se sentó a la mesa contigua a la mía. Unos tirabuzones relucientes y perfectos le enmarçaban el rostro.

—Me da la impresión de que la clase ha empezado, Isabel —comenté señalando los avisos matutinos que se emitian en el televisor situado en la parte frontal de la clase

La profesora ya estaba en su mesa, ocupada con sus papeles. No prestaba demasiada atención a los alumnos, pero, aun así, no me seducía demasiado la idea de mantener una conversación con Isabel. En el mejor de los casos, querría que la ayudase con los deberes; las matemáticas se me daban bastante bien, de modo que estaba dentro de lo posible.

En el peor de los casos, querría hablar sobre Jack

Sam había insistido en que la única regla de la manada consistía en no hablar sobre licántropos con extraños. Yo no pensaba quebrantar esa norma.

A primera vista, Isabel parecía tener su habitual expresión de chica guapa y aburrida; pero, vistos de cerca, sus ojos contenían una tormenta que no me habría gustado ver desatada. Miró hacia la puerta del aula y se acercó más a mí. Su perfume olía a rosas y a verano, algo fuera de lugar en aquella mañana otoñal de Minnesota

—Sólo será un segundo.

Miré a Rachel, que nos observaba con el ceño fruncido. No me apetecía nada charlar con Isabel; la conocía poco, pero sabía que era capaz de propagar rumores que podían convertirme en el hazmerreir del instituto. No es que yo aspirara a ser admirada por mis compañeros, pero me acordaba de lo que le había pasado a la última chica que se había interpuesto en el camino de Isabel. Todavía estaba intentando convencer a la gente de que no había hecho un striptease en la fiesta del equipo de fútbol.

—¿Para qué?

—En privado —siseó Isabel—. En el pasillo.

Lancé un suspiro hacia el techo, me levanté y salí de puntillas por la puerta trasera del aula. Rachel me lanzó una mirada de inquietud, y pensé que mi propia mirada no debía de ser muy diferente.

—Dos segundos. Eso es lo que te doy —le dije a Isabel mientras la seguía a un aula vacía, en el otro extremo del pasillo.

Pasamos junto a un tablón de corcho lleno de dibujos de una estatua desnuda; alguien le había añadido un taparrabos a una de las figuras.

-Sí, lo que tú digas.

Isabel cerró la puerta y se me quedó mirando como si pensara que yo me iba

a poner a cantar, o algo por el estilo; no entendía lo que esperaba de mí.

Me crucé de brazos

-Muy bien. ¿Qué quieres?

Suponía cuál iba a ser su respuesta, pero aun así, noté que el corazón se me aceleraba al oírla.

-Quiero hablarte de mi hermano. De Jack

Me quedé callada, con el alma en vilo.

—Esta mañana salí a correr v lo vi.

Tragué saliva.

-¿A tu hermano? Imposible.

Isabel me señaló con una uña perfecta, más brillante que el capó de mi Bronco. Sus tirabuzones temblaron.

-Venga, no me vengas con ésas. Te digo que lo he visto. No está muerto.

Traté de imaginarme a Isabel corriendo en chándal por ahí. Fui incapaz. A lo mej or se refería a que había salido a pasear a su chihuahua.

—Ya.

Isabel prosiguió.

—Había algo en él que me pareció muy extraño. Y no me digas: « Claro, es que está muerto» , porque sabes muy bien que no lo está.

Supongo que hubiera debido compadecerme de ella, pero me caía tan mal—y me daba tan mala conciencia saber que Jack estaba realmente vivo— que no pude hacerlo.

- —Isabel, a mí me parece que no te hace falta hablar de esto conmigo. Tú sola te lo estás diciendo todo.
 - -Cállate -me contestó, confirmando lo que acababa de decirle.
 - Estaba a punto de hacérselo notar cuando añadió algo que me dejó helada.
- —Cuando vi a Jack, me dijo que no se había muerto de verdad. Luego empezó a... no sé, a retorcerse, y me dijo que no se podía quedar alli ni un segundo más. Cuando le pedí que me contara qué le pasaba, me respondió que te lo preguntase a ti.
- —¿A mí? —pregunté con un hilo de voz, mientras recordaba los ojos suplicantes con los que me había mirado Jack mientras la loba blanca lo tenía inmovilizado en el suelo. « Socorro» , había gritado. Me había reconocido.
- $-_i$ No te hagas la inocente, Grace! Todo el mundo sabe que Olivia Marx y tú estáis obsesionadas con esos lobos, y esta claro que esto tiene algo que ver con ellos. Así que dime, Grace, ¿qué está pasando?

No me gustó el modo en que me hizo aquella pregunta, porque daba la impresión de que ya conocía la respuesta. Los latidos del corazón me resonaban en los oídos: estaba casi histérica.

—Vamos a ver —dije—. Estás hecha polvo, y no me extraña, pero lo que deberías hacer es buscar ayuda psicológica. No nos metas a Olivia y a mí en tus

problemas. No sé qué habrás visto, pero, desde luego, no era Jack

La mentira me dejó un sabor amargo en la boca. Entendía que la manada mantuviera su verdadera naturaleza en secreto, pero, al fin y al cabo, Jack era el hermano de Isabel. ¿Es que ella no tenía derecho a saber qué había sido de su hermano?

- —Lo que vi no fue ninguna alucinación —masculló Isabel mientras yo abría la puerta para salir—. Pienso buscar a mi hermano. Y te prometo que averiguaré qué pintas tú en todo este asunto.
- —Yo no pinto nada —repliqué—. A mí me gustan los lobos, nada más. Lo siento, pero quiero ir a clase.

Isabel se quedó en el umbral observando cómo me marchaba, y yo me pregunté qué respuestas habría esperado encontrar en mí.

Parecía desesperada, pero tal vez estuviese fingiendo.

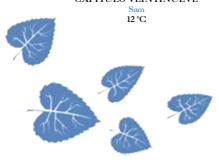
Me detuve y volví a mirarla.

-Isabel, en serio: pide ay uda -dije.

Ella se cruzó de brazos.

-¿Para qué te crees que quería hablar contigo?

CAPÍTULO VEINTINUEVE



Cuando Grace entró en clase, me quedé un rato en el aparcamiento pensando en lo acelerada que parecía Rachel, y preguntándome qué habría querido decir con aquello de « unas cosas raras de lobos». Pensé ir en busca de Jack, pero me pareció mejor esperar a que Grace saliera del instituto por si lograba enterarse de aleo más.

Sin Grace y sin la manada, no sabía en qué ocupar el tiempo. Me sentía como quien tiene que esperar una hora a que llegue el autobús: poco tiempo para hacer nada importante, pero demasiado para quedarse sentado sin más.

Al cabo de un rato, el frío que se adivinaba en la brisa me hizo entender que no podía quedarme allí parado, esperando a un autobús que nunca iba a llegar.

De modo que decidí ir a la oficina de correos. El día anterior había cogido de la casa de Beck la llave de su apartado postal, así que podía recoger las cartas que hubieran llegado. En realidad, lo que quería era rememorar escenas del pasado e imaginarme que Beck podía aparecer por allí en cualquier momento.

Me acordé del día en que Beck me había llevado a la oficina de correos para recoger mis libros de texto; estaba seguro de que había sido un martes porque, en aquella época, el martes era mi día favorito. Ya no recordaba por qué me gustaba tanto; tal vez tuviera que ver con lo alegre que sonaba la erre, como un redoble de tambor: « marrrtes». Me encantaba acompañar a Becka la oficina de correos: me parecía una cueva llena de tesoros, con todas aquellas hileras de cajitas cerradas que guardaban secretos y sorpresas para quienes tuvieran la llave adecuada.

La conversación que habíamos tenido aquel día se me había grabado en la mente con una extraña claridad.

- -Sam. Vamos, chaval.
- —¿Qué es eso?

Beck trataba de abrir la puerta empujándola con la espalda, cargado con una caja de aspecto pesado.

- -Tu cerebro.
- —Ya tengo cerebro.
- -Si lo tuvieras, me habrías abierto la puerta.

Le lancé una mirada rencorosa y le hice esperar un poco antes de colarme baio sus brazos para hacer lo que me pedía.

- --- Venga, dime: ¿qué es?
- —Libros de texto. Vamos a educarte como es debido, para que de mayor no seas un tarugo.

Me intrigó la idea de que la educación pudiese caber en una caja, como si fuera una escuela instantánea a la que sólo hiciera falta añadir un poco de agua y un niño para obtener una persona inteligente.

El resto de la manada también tenía curiosidad. Yo era el primero que me había transformado antes de terminar el colegio, así que la novedad de educarme tenía a todo el mundo fascinado. Durante varios veranos, se turnaron para ayudarme a digerir aquellos libros de texto nuevecitos, olorosos a tinta y a papel nuevo. Ulrik me enseñaba matemáticas; Beck, historia, y Paul, lengua y ciencias. Me hacían preguntas sobre lo que estábamos estudiando a cualquier hora, incluso durante la cena, inventaban canciones para ayudarme a recordar la lista de presidentes del país, y habían llegado a convertir una de las paredes del comedor en un encerado gigante en el que, muy de vez en cuando, aparecía algún chiste verde que nadie reconocía haber escrito.

En cuanto terminé con la primera tanda de libros, Beck se ocupó de reemplazarla por otra. Cuando no estaba estudiando, navegaba por internet para enterarme de lo que mis maestros no me enseñaban: buscaba fotografías de gente extraña o monstruosa, sinónimos de la palabra « coito», y respuestas que me permitieran comprender por qué se me llenaba el pecho de nostalgia cuando miraba las estrellas

Con la tercera caja de libros llegó un nuevo miembro de la manada: Shelby, una muchacha esbelta, atezada y llena de arañazos, que hablaba con un marcado acento sureño. Aún recordaba lo que Beck le había dicho a Paul tras llegar con ella: « No pude dejarla allí, Paul. ¡Dios! No te imaginas dónde vivía. No te imaginas lo que le estaban haciendo».

Shelby estaba tan encerrada en sí misma que me daba pena. Era como una isla a la que sólo yo podía acceder para arrancarle alguna frase y, de vez en cuando, una sonrisa. Se trataba de una criatura extraña y vulnerable, capaz de cualquier cosa con tal de sentir que manejaba su vida. Le robaba cosas a Beck sólo para oírle preguntar qué había sido de ellas, jugueteaba con el termostato para hacer que Paul se levantase del sofá a regularlo, o me escondía los libros de texto para que habíase con ella en lugar de leer. En cualquier caso, todos los habitantes de aquella casa teníamos nuestros problemas. Yo, sin ir más lejos, no soportaba ni siquiera ver un cuarto de baño.

Beck también encargó una caja de libros para Shelby, pero para ella no significaban lo mismo que para mí. Sus libros se quedaron acumulando polvo mientras ella buscaba en internet información sobre el comportamiento de los lohos

Y alli estaba yo de nuevo, en la oficina de correos, parado frente a la caja de Beck, la número 730. La pintura de los números llevaba años descascarillada, y el 3 casi no se veía. Metla llave en la cerradura, pero no la abrí. ¿Por qué tenía que ser tan dificil para mi llevar una vida normal? No pedia tanto: sólo una existencia corriente junto a Grace, un par de décadas de recoger cartas en la oficina de correos, de holgazanear en la cama los fines de semana, de adornar el árbol de Navidad cuando llegara el invierno.

Una vez más, pensé en Shelby y su recuerdo pareció mordisquearme el corazón, tan amargo como una ráfaga de aire frío. Shelby siempre habia considerado absurda mi dependencia de la vida humana. Recordaba muy bien una discusión que habíamos tenido sobre el asunto; no había sido la primera ni la última, pero sí la peor. Yo estaba en la cama, leyendo un libro de Yeats que Ulrik me había comprado, y Shelby había saltado encima y se había puesto a pisotear sus páginas con los pies desnudos.

- -Ven a escuchar los aullidos que he encontrado en la red -me dijo.
- -Estoy leyendo.
- —Esto es más importante —insistió, mientras estropeaba aún más el libro; luego señaló los libros de texto que se apilaban en mi escritorio, junto a la cama —. ¿Por qué te molestas en leer esas bobadas? Cuando crezcas no te van a servir de nada. Tú no vas a ser un hombre. Vas a ser un lobo, así que deberías aprender cosas de lohos
 - —Cállate.
- —Te digo la verdad. De mayor no vas a ser Sam, así que ya puedes tirar todos esos libros a la basura. Serás el macho alfa. Y yo seré tu compañera, la hembra alfa —estaba excitada, y tenía las mejillas enrojecidas; ante todo,

Shelby deseaba dejar atrás su pasado.

Saqué el libro de debajo de sus pies y planché las páginas con las manos.

- -Pues claro que seré Sam. No pienso dejar de ser Sam nunca.
- —¡Te equivocas! —gritó Shelby. Bajó de la cama y tiró los libros de la mesa; miles de palabras se precipitaron al suelo—. ¡Todo esto es una farsa! ¡Nadie nos llamará por nuestro nombre! ¡Seremos lobos!
 - -¡Cállate! -grité-.¡Aunque sea un lobo, seguiré siendo Sam!

En ese momento, Beckentró en la habitación y analizó la escena sin decir una palabra: mis libros, mi vida, mis sueños, todo ello desperdigado bajo los pies de Shelby, y yo en la cama, aferrando el libro de Yeats.

-¿Qué ocurre aquí? -inquirió Beck

Shelby me apuntó con un dedo.

—¡Diselo! ¡Dile que, cuando nos convirtamos en lobos, dejará de ser Sam! ¡Que ni siquiera recordará cómo se llama! ¡Y que yo tampoco seré Shelby! — chilló. furiosa.

Beck contestó en voz tan baja que me costó entender sus palabras.

—Sam siempre será Sam —dijo, agarrando a Shelby del brazo para sacarla a la fuerza de la habitación. Shelby no daba crédito: era la primera vez que Beck la trataba con tanta brusquedad. Tampoco yo le había visto nunca tan enfadado—. Ni se te ocurra volver a decirle una cosa así, Shelby. Si lo haces, te devolveré al sitio del que has salido, ¿está claro?

Al llegar al pasillo, Shelby comenzó a dar chillidos, y no dejó de hacerlo hasta que Beck la metió en su cuarto y cerró la puerta.

Luego, Beck volvió a mi habitación y se detuvo en el umbral. Yo estaba recogiendo los libros y volviendo a colocarlos en la mesa. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Creí que Beck entraría y me diría algo, pero se limitó a coger un libro del suelo y dejarlo en su lugar, y luego se fue.

Más tarde oí hablar a Ulrik y a Beck, no debían de acordarse de que un licántropo era capaz de oír hasta el más leve murmullo en aquella casa.

—Has sido demasiado duro con Shelby —dijo Ulrik—. Y ella tiene algo de razón. ¿Qué crees que hará Sam con todo lo que está aprendiendo en esos libros, eh? Nunca será capaz de trabajar como haces tú.

Se hizo una larga pausa, que el mismo Ulrik acabó por interrumpir.

—No sé de qué te extrañas, Beck No hace falta ser un genio para adivinar qué tienes en la cabeza. Pero dime, ¿qué piensas hacer cuando Sam tenga edad de ir al instituto?

Un nuevo silencio

- —Escuelas de verano —respondió Beck—. Cursos por internet.
- —Fantástico. Pongamos que Sam lo logra. ¿Qué hará después? ¿Aprender Derecho por internet? Y luego, ¿en qué clase de abogado se convertirá? Mira, tus

clientes soportan que desaparezcas todos los inviernos porque ya te habías hecho un nombre como abogado antes de que te mordieran. Pero Sam sólo podrá conseguir trabajos en los que pueda desaparecer todos los años sin dar explicaciones. Por muchas cosas que logres enseñarle, terminará trabajando en una gasolinera igual que el resto de la manada. Y eso, si pasa de los veinte años.

- -¿Te atreves tú a decirle que se rinda? Pues díselo. Yo no puedo.
- -No quiero decírselo a él. Quiero decírtelo a ti, Beck Ríndete. Abandona.
- -Sam no está haciendo nada que no quiera hacer. Quiere aprender. Es inteligente.
- —Beck, al final va a ser peor para él. Le estás dando todas las herramientas necesarias para ser algo en la vida, pero sabes perfectamente que, al final, no las va a poder utilizar. Shelby tiene razón. En el fondo, somos lobos. Yo puedo leerle a Sam poesía alemana, Paul puede enseñarle los tiempos verbales y tú puedes ponerle sonatas de Mozart; pero lo que le espera al final es una noche larga y fría en el bosque, igual que a todos nosotros.

Becktardó en responder y, cuando lo hizo, su voz sonó cansada.

—Déjame en paz, Ulrik por favor. Déjame tranquilo.

A la mañana siguiente, Beck me dijo que se iba a dar una vuelta en coche, y que no tenía por qué hacer los deberes si no quería. En cuanto se marchó, me puse a hacerlos.

Ahora, en la oficina de correos, habría dado cualquier cosa por tener a Becka mi lado. Abrí el apartado postal sabiendo lo que me encontraría en su interior: un fajo de cartas atrasadas y avisos de correo.

Me equivocaba: sólo había dos cartas y algunos folletos de propaganda.

Alguien había estado allí. Y hacía poco.

CAPÍTULO TREINTA Sam 5°C

—¿Te importaría que fuéramos a la casa de Olivia?—preguntó Grace al abrir la puerta del conductor; entró una ráfaga de aire helado, me estremecí y Grace cerró la portezuela a toda prisa—. Perdona. Hace mucho frio, ¿verdad? En realidad no quiero entrar a verla, me basta con que pasemos al lado de su casa en el coche. Rachel me ha contado que un lobo dejó unas marcas de arañazos en la puerta. Puede que encontremos algún rastro por allí, ¿no te parece?

-Interesante -contesté

Le cogí la mano que tenía en el volante, le besé las puntas de los dedos y volví a dejarla donde estaba. Ella entreabrió los labios, pero no dijo nada. Observé su expresión concentrada mientras sacaba el coche del aparcamiento, la línea firme de su boca, y esperé a que se sintiera preparada para decir lo que le rondaba por la mente. Como no se decidía a hablar, saqué la traducción de Rilke que había traído para leer mientras esperaba y me arrellané en el asiento.

-i,Qué lees? -me preguntó tras un largo silencio.

Estaba seguro de que Grace, siempre tan pragmática, nunca habría oído hablar de Rilke

—Poesía

Grace suspiró y contempló el cielo blanquecino, que se extendía aplastante ante nosotros

-No me gusta la poesía. No la entiendo.

De pronto, pareció darse cuenta de que sus palabras podrían ser tomadas como una ofensa, porque enseguida añadió:

- -A lo mejor es que nunca he leído buena poesía.
- —O que no la has leido bien —repuse. Había visto la clase de libros que Grace tenía en su habitación: eran ensayos y novelas policíacas, libros que hablaban sobre cosas concretas—. Tienes que prestar atención a la forma de las nalabras, no sólo a su significado.

Ella frunció el ceño con expresión confusa. Abrí el libro y me coloqué a su lado, cadera con cadera. Grace bajó la vista hacia las páginas.

- --; Pero si está en otro idioma!
- —Solamente algunos de los poemas —respondí; suspiré, recordando—. Ulrik me enseñaba alemán con los libros de este poeta. Y ahora yo lo voy a utilizar para enseñarte lo que es la poesía.
 - -Me temo que la poesía es un idioma que no domino...
- —Ya verás como sí. Escucha esto. Was soll ich mit meinem Munde? Mit meinem Nacht? Mit meinem Tag? Ich habe keine Geliebte, kein Haus, keine Stelle auf der ich lebe.

Grace se mordió el labio inferior, con una encantadora expresión de perplejidad.

-¿Qué significa?

—Eso no es lo fundamental. En la poesía, lo que más importa no es lo que se dice. sino cómo se dice. Cómo suena.

Intenté encontrar las palabras precisas para explicarle lo que quería decir. Lo que pretendía, en realidad, era recordarle cómo se había enamorado del Sam lobo: sin palabras, olvidando el significado visible de mi forma de lobo y mirando lo que había dentro, lo que hacía que yo fuera Sam, tuviera la piel que tuviera.

-- Vuelve a leerlo -- me pidió Grace.

Obedecí.

—Parece triste —opinó ella, tamborileando con los dedos en el volante—.
Ajá. Por la cara que pones, creo que he acertado de pleno.

Pasé la hoja para leer la traducción.

- —« ¿Qué haré, pues, con esta boca? ¿Con esta noche? ¿Con este día? No tengo…». Bah. No me gusta cómo está traducido. Mañana iré a casa de Beck para coger la otra edición que tengo allí. Pero sí, es triste.
 - -Y ahora, ¿qué? Me merezco un premio, ¿no?
 - -Tal vez-concedí, y deslicé una mano bajo la suya.

Sin apartar la vista de la carretera, Grace se llevó mi mano a los labios. Me

besó la yema del dedo índice y luego le dio un mordisco muy suave.

Me miró de soslay o, como desafiándome.

Quise decirle que parase el coche allí mismo porque necesitaba besarla en aquel preciso instante.

Pero entonces vi un lobo.

-Grace, para... ¡Para el coche!

Ella volvió la cabeza tratando de ver lo que me había asustado, pero el lobo ya había saltado al otro lado de la cuneta y se había metido en el bosque.

-: Para. Grace! ; Es Jack!

Grace dio un frenazo y el coche se bamboleó al perder velocidad. Sin esperar a que se detuviese del todo, abrí la puerta y salté afuera; un latigazo de dolor me recorrió los tobillos al aterrizar en el suelo helado. Escudriñé el bosque que se abría frente a mí: entre los árboles flotaban jirones de humo acre, que se mezclaban al subir con las nubes blanquecinas. Alguien quemaba rastrojos no muy lejos. Algo más allá casi oculto entre la neblina, el lobo gris esperaba junto a un árbol como si quisiera asegurarse de que nadie lo seguía. Noté que el frio me hería la piel justo en el momento en que el lobo volvió la cabeza y me miró. Tenía los ojos de color avellana. Era Jack Seguro.

Y luego, repentinamente, se perdió tras el humo y la niebla. Atravesé la zanja de se seché a correr entre los matorrales muertos que alfombraban el bosque otoñal.

Mientras me internaba en el bosque, oía a Jack corriendo delante de mí. Estaba tan asustado que ni siquiera pensaba en avanzar con sigilo, y el miedo se olía claramente en su rastro.

El humo se hizo más denso y se confundió con el cielo; era difícil distinguir dónde empezaba uno y dónde acababa el otro. La sombra de Jack se desdibujaba paulatinamente: era más ágil y rápido que yo, e inmune al frío.

Los dedos me latían con un dolor sordo, y el frio me quemaba la piel de la nuca y me retorcía las entrañas. Estaba perdiendo de vista al lobo que había delante de mí, mientras el que estaba dentro de mí se acercaba por momentos.

—¡Sam! —gritó Grace mientras agarraba mi camiseta obligándome a frenar.

Me envolvió con su abrigo y yo tosí, intentando tragar al lobo que quería salir
de mi interior.

—Pero ¿cómo se te ocurre? —dijo Grace, abrazándome para calmar mis estremecimientos—. ¿Cómo se te...?

Sin acabar la frase, me pasó el brazo por los hombros y me condujo a trompicones por el camino de vuelta. Yo estaba tan débil que a duras penas pude cruzar la zanja, pero Grace me agarró por el brazo y tiró de mí hasta meterme en el coche. Una vez dentro, enterré mi cara helada en la cálida piel de su cuello y dejé que me abrazara. No podía dejar de temblar. Las puntas de los dedos me dolian, como si una aguja diminuta se me clavara una y otra vez en cada yema.

- —¿Se puede saber por qué has hecho eso? —me riñó Grace, estrujándome con tanta fuerza que me dejó sin aliento—. ¡Sam, no puedes hacer cosas así! ¡Está helando! ¿Oué pretendías?
- —No lo sé —murmuré con la boca aún pegada a su cuello, mientras cerraba los puños y los metía entre nuestros cuerpos para calentarlos.

Y era verdad. Sólo sabía que Jack era una incógnita, que no sabía nada de él ni como ser humano ni como lobo.

—No lo sé —repetí.

- —Sam, no vale la pena —respondió Grace, presionándome el rostro con la mejilla—. ¿Y si te hubieras transformado? —preguntó, agarrando mis brazos con más fuerza: su voz sonaba entrecortada—. ¿En qué estabas pensando?
- —En nada —confesé. Me incorporé; ya había entrado en calor lo suficiente para no temblar. Coloqué las manos sobre una salida de aire caliente—. Lo siento.

Los dos nos quedamos en un silencio sólo roto por el ronroneo del motor.

—Isabel ha venido a hablar conmigo —dijo Grace al fin—. Es la hermana de

Jack—hizo una pausa—. Dice que lo ha visto.

En lugar de contestar, cerré las manos como si pudiera agarrar el chorro de

En lugar de contestar, cerré las manos como si pudiera agarrar el chorro de aire.

—En todo caso, no puedes salir corriendo detrás de él —continuó Grace—. Cada vez hace más frío; no vale la pena arriesgarse. Prométeme que no volverás a hacer algo así.

Bajé la vista. No me atrevía a mirarla cuando me hablaba en aquel tono.

—¿Qué más te dijo Isabel? ¿Qué sabe?—pregunté.

Grace suspiró.

—Ni idea. Sabe que Jack está vivo, y piensa que los lobos tienen algo que ver. Sospecha que vo sé algo al respecto. ¿Oué podemos hacer?

Apoy é la frente en las palmas de las manos.

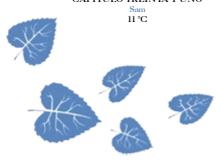
-No lo sé. Oj alá estuviera aquí Beck

Pensé en las dos cartas del apartado de correos, en el lobo corriendo por el bosque, en los pinchazos que aún me traspasaban los dedos. Quizá Beckanduviera cerca, después de todo.

La esperanza dolía más que el frío.

Tal vez no fuera a Jack a quien tenía que buscar.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



Desde el momento en que me permití pensar que tal vez Beck conservara la forma humana, la idea me obsesionó. Aquella noche apenas pude dormir; no hacía más que pensar en cómo localizarle. Ni siquiera estaba seguro de que hubiera sido él: cualquier miembro de la manada podría haber recogido el correo o comprado la leche. Sin embargo, deseaba tanto verle que no podía quitármelo de la cabeza.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Grace y yo charlamos sobre sus deberes de matemáticas —que a mí me parecian un galimatias incomprensible —, sobre la hiperactividad de su amiga Rachel y sobre si las tortugas tenían dientes, pero en el fondo vo no hacía más que pensar en Beck

Dejé a Grace en el instituto y, por un momento, intenté convencerme a mí mismo de que no servía de nada ir a la casa de Beck

Beck no estaba allí, va lo había comprobado.

Pero que yo volviera para echar otro vistazo no iba a hacer mal a nadie...

Durante el trayecto, seguí reflexionando sobre lo que Grace había dicho acerca de la luz de la casa y la leche en la nevera. Si encontraba a Beckallí, me

liberaría de la responsabilidad de controlar a Jack, y de la abrumadora sensación de ser el último humano de la manada. Incluso aunque la casa estuviera desierta, podía hacerme con un poco más de ropa y con la otra traducción de Rilke, y pasearme un rato por las habitaciones olfateando vieios recuerdos.

Pensé en cómo éramos hacía tan sólo tres años, cuando los miembros de la manada aún eran jóvenes. Entonces, la primera caricia de la primavera bastaba para hacernos recuperar la forma humana. La casa se llenaba de gente: Paul, Shelby, Ulrik, Becke incluso Salem, desequilibrado siempre en cualquiera de sus formas. La locura que era nuestra existencia parecía algo normal si la compartiamos.

Moderé la velocidad para tomar el desvio que llevaba a la casa. El corazón se me desbocó cuando vi un coche entrando en el jardín, y volvió a calmarse a l comprobar que se trataba de un todoterreno que no conocía. Las luces de freno proyectaban un resplandor rojizo a la luz plomiza del día. Abrí la ventanilla para olfatear y, antes de que me diera tiempo a captar ningún olor, oi cómo la puerta del lado opuesto del coche se abría y se cerraba. Y entonces, un soplo de brisa me trajo el olor del conductor, un aroma limpio con toques de humo.

¡Era Beck! Aparqué el Bronco, salté a la calle y sonreí de oreja a oreja al verle aparecer tras el morro del coche.

Él me miró con los ojos muy abiertos, pero enseguida esbozó aquella sonrisa espontánea que tantas veces había visto en su cara.

—¡Sam! —Percibí algo extraño en su voz, sorpresa tal vez su sonrisa se ensanchó—. ¡No sabes cuánto me alegro de verte así!

Me dio un abrazo y me acarició la espalda con su estilo característico, cariñoso pero sin llegar a ser sobón. Beck sabía cómo ganarse a la gente; no en vano era un abogado de prestigio. Parecía más grueso que la última vez que lo había visto, pero enseguida me di cuenta de que no había engordado. En realidad, llevaba varias camisas superpuestas bajo el abrigo para conservar el calor; distinguí los cuellos de tres, pero debía de llevar alguna más.

-;Por dónde andabas?

—Pues... —estuve a punto de contarle en dos palabras lo del disparo, cómo había conocido a Grace y mis sospechas sobre Jack, pero me contuve. No sé por qué. No es que desconfiara de Beck, cuyos ojos azules me miraban con ansiedad; lo que me hizo callar fue otra cosa, un olor tenue pero familiar que hacía que los músculos se me tensaran y la lengua se me quedara pegada al paladar. No sabía qué me estaba pasando, pero aquello era algo extraño. Inesperado.

Mi respuesta fue más cauta de lo que pretendía.

- --Por ahí. Apenas he venido a casa. Tampoco tú has estado por aquí, ¿verdad?
- —No, tampoco —admitió Beck mientras se dirigía a la parte trasera del todoterreno. En ese momento, reparé en que el coche estaba muy sucio: tenía los

bajos llenos de barro, de un barro que olía a otro lugar—. Salem y yo nos fuimos a Canadá

Claro, ésa era la razón de que llevara tanto tiempo sin ver a Salem. De los miembros de la manada, siempre había sido el que más problemas daba; cuando era humano, no estaba muy bien de la cabeza, y eso lo convertía en un lobo impredecible. Yo siempre había creido que fue él quien arrebató a Grace del columpio para arrastrarla al bosque. Lo que no llegaba a imaginarme era cómo se las había apañado Beck para hacer un viaje en coche con él. Ni cómo ni por qué.

- -Hueles a hospital -señaló Beck-. Y estás hecho un desastre.
- —Gracias —respondi, viendo que iba a tener que contárselo todo; nunca hubiera creido que el tufo del hospital pudiera durar toda una semana, pero la nariz arrugada de Beck indicaba lo contrario—. Me pegaron un tiro.

Beck se tapó la boca con una mano.

—Vaya —dijo, hablando entre los dedos—. ¿Dónde? Espero que no haya sido en ninguna parte... indiscreta.

Me señalé el cuello

- -No, me dieron en un punto poco interesante.
- --: Todo bien?

Se refería a si la manada estaba bien, si alguien había descubierto nuestra existencia. «He encontrado a alguien. Es una chica alucinante. Lo sabe todo, pero podemos confiar en ella». Ensayé las palabras en mi mente, pero no me sonaban bien por más que lo intentara; había oído decir a Beck demasiadas veces que no podíamos contar nuestro secreto a nadie. Me encogí de hombros.

—Como siempre.

Y en ese momento, el suelo pareció desaparecer bajo mis pies: en cuanto Beckentrara en la casa, detectaría el olor de Grace.

- -¿Por qué no me llamaste al móvil cuando te pegaron el tiro?
- —No tengo tu número de ahora.

Nuestros teléfonos caducaban cada año, porque durante el invierno no podíamos usarlos. Como no había visto a Beck aquel año, no sabía su número nuevo.

Beck me miró con una cara que no me gustó. Un gesto de compasión o, más bien, de pena. Fingí no darme cuenta.

Se hurgó en un bolsillo y sacó un teléfono móvil.

- -Toma. Era de Salem, pero él y a no va a necesitarlo.
- —Ya. Da un ladrido para decir sí y dos para decir no, ¿no es eso? Beck sonrió
- —Exacto. En todo caso, tiene mi número grabado en la memoria. Quédatelo. Tendrás que comprar un cargador.

Me dio la impresión de que iba a preguntarme dónde vivía. Como no quería

contestar a aquella pregunta, señalé su coche con la barbilla para cambiar de tema

- —¿Por qué está tan sucio? ¿Adonde fuiste? —dije, dando una palmada en el costado del coche; para mi sorpresa, alguien o algo respondió con otro golpe desde el interior, haciendo un ruido sordo. Una patada, tal vez. Alcé una ceja—. ¿Está Salem ahí dentro?
- —No, ya se ha ido al bosque. Se transformó en Canadá, el condenado; el viaje de vuelta ha sido una odisea. No se lo digas a nadie, pero creo que está como una regadera.

Los dos nos echamos a reír: la locura de Salem no era un secreto para nadie.

Volví a mirar el costado del coche.

-Entonces, ¿qué ha sido ese ruido?

Beckenarcó las ceias.

-El futuro. ¿Quieres mirar?

Me encogí de hombros y me aparté para dejarle pasar. Beck se acercó al portón trasero del coche y lo abrió. Pensé que estaba preparado para ver cualquier cosa, pero me equivocaba de medio a medio.

El asiento del todoterreno estaba abatido para dejar más espacio en el maletero, y dentro había tres cuerpos. Tres humanos. Uno de ellos estaba sentado, otro en posición fetal y el tercero tumbado junto a una de las puertas. Los tres estaban maniatados con bridas.

Los observé, atónito, y el muchacho que estaba sentado me devolvió la mirada con unos ojos inyectados en sangre. Debía de ser de mi edad, o quizás un poco más joven. Tenía los brazos manchados de rojo, y se veían más salpicaduras por todo el interior del maletero. Y entonces olí la escena: el hedor metálico de la sangre, la peste dulzona del miedo, el olor del barro que tenía pegado el coche... Y dominándolo todo, el aroma inconfundible de los lobos: de Beck, de Salem y de otros tres o cuatro que no conocía.

La chica encogida en el suelo del maletero estaba temblando. El muchacho que me miraba desde la penumbra temblaba también, con los dedos de las manos entrelazados como si quisiera aferrar el miedo que sentía.

-Ay údam e -m usitó.

Retrocedí varios pasos, sintiendo que me fallaban las rodillas. Me tapé la boca y volví a acercarme para mirar. Los ojos del chico seguían clavados en mí, implorantes.

Sabía que Beck estaba a mi lado, observándome, pero no podía despegar los ojos de aquellos tres chicos. Al hablar me salió una voz que no reconocí.

-No. ¡No! Los han mordido, Beck Los han mordido a los tres.

Me llevé las manos a la nuca y giré en redondo, pero no aguanté más de un segundo sin volverme a mirarlos de nuevo. El muchacho sufría sacudidas violentas, pero seguía con los ojos fijos en mí. « Ayúdame» .

- -Mierda, Beck ¿Qué has hecho? ¿Se puede saber qué has hecho?
- —¿Piensas calmarte? —replicó Beck, impertérrito.

Pestañeé, aparté la vista, me volví.

- —¿Cómo quieres que me calme? Beck, están a punto de transformarse.
- -No pienso hablar contigo hasta que no te tranquilices.
- —Pero Beck, ¿tú estás viendo lo mismo que yo? —Me apoyé en la carrocería del todoterreno y miré a la chica, que hundía los dedos en la moqueta ensangrentada. Debía de tener unos dieciocho años, y llevaba una camiseta ajustada de colores. Aparté la vista, como si dejando de mirarla pudiera hacerla desanarecer—. ¿Oué está pasando?

El chico que estaba sentado comenzó a gemir, metiendo la cabeza entre los brazos. La piel se le oscureció: estaba empezando a cambiar de verdad.

Me di la vuelta. No quería verlo, ni recordar cómo me había sentido las primeras veces. Todavía con las manos enlazadas tras la cabeza, me tapé los oídos con los brazos y repetí para mis adentros: « No, no, no, no, no, no, », hasta convencerme de que ya no podía oír los lamentos del chico. Pero sí que los oía, y ya ni siquiera eran gritos de socorro; debía de haber comprendido que la casa estaba demasiado aislada para que nadie lo oyera. O tal vez se hubiera dado por vencido.

-- ¿Me ayudas a llevarlos dentro? -- preguntó Beck

Me encaré con él, viendo de soslayo cómo el lobo en que se había transformado ya el chico se zafaba de las ligaduras y de su camiseta, y gruñía amenazadoramente a la chica que sollozaba a sus pies. En un abrir y cerrar de ojos, Beck se abalanzó sobre él, lo derribó de un manotazo, lo tumbó boca arriba y le cerró las mandíbulas con una mano.

—Ni se te ocurra resistirte —masculló mirándolo fijamente a los ojos—. Aquí mando yo.

Luego le soltó el hocico. El lobo dejó caer la cabeza sin un gruñido de protesta y empezó a estremecerse: estaba a punto de transformarse otra vez.

Dios. No quería ver aquello. Era casi tan terrible como experimentar de nuevo en carne propia aquel estado odioso, a medio camino entre el humano y el lobo Miré a Beck

-Lo has hecho a propósito, ¿verdad?

Beck se sentó en el guardabarros tranquilamente, como si junto a él no hubiera un lobo sacudiéndose y una chica llorando desconsolada. El tercer muchacho continuaba inmóvil; me pregunté si estaría muerto.

—Sam, es muy posible que éste sea mi último año. No creo que el próximo vuelva a transformarme en hombre. Este año me hice humano entrada ya la primavera, y no sabes cuánto me está costando evitar convertirme en lobo — observé las capas de ropa que le asomaban por el cuello del abrigo, y él asintió —. Necesitamos esta casa, Sam. La manada la necesita. Y nos hace falta gente

que cuide de nosotros, miembros de la manada que cambien cada año. Sabes bien que no podemos confiar en los humanos. Necesitamos gente de nuestra especie que nos proteja.

Me quedé callado. Beck suspiró.

—También es tu último año, ¿verdad, Sam? Pensé que ya no te transformarías más. Todavía eras lobo cuando yo me volví humano, aunque debería haber sido al revés. No sé por qué has tenido tan poco tiempo; tal vez sea por lo que te hicieron tus padres. Es una verdadera lástima. Tú eres el mejor.

Continué en silencio; me faltaba aire para hablar. Me fijé en que había una salpicadura de sangre en la cabeza de Beck No la había notado hasta entonces porque se confundía con su pelo cobrizo, pero ahora me daba cuenta de que se había coagulado, endureciendo uno de sus bucles.

—Vamos, Sam. ¿Quién iba a cuidar de la manada, eh? ¿Shelby? Teníamos que encontrar más lobos. Licántropos que lleven poco tiempo siéndolo, para dejar solucionado el problema al menos durante ocho o diez años.

Seguí mirando la sangre de su cabello.

- -- ¿Y Jack? -- pregunté con voz sorda.
- —¿El chico del arma? —Beck hizo una mueca—. Fueron Salem y Shelby. Yo no puedo salir a buscarle; hace demasiado frío. Va a tener que encontrarme por su cuenta. Sólo espero que, mientras tanto, no cometa ninguna estupidez. Con suerte, tendrá el suficiente sentido común como para mantenerse apartado de la gente mientras no se hava estabilizado.

La chica soltó un chillido agudo y fatigado, y empezó a temblar. Entre una sacudida y la siguiente, la piel se le fue poniendo azulada. Sus hombros se adelantaron, obligándola a ponerse a cuatro patas. Sentí aquel dolor, el dolor de la pérdida, con tanta viveza como si y o también me estuviera transformando; reviví la agonía de aquel instante en que por primera vez me había perdido a mí mismo, en que había perdido lo que me hacía ser Sam, la parte de mí que era capaz de recordar el nombre de Grace

Me enjugué una lágrima mientras veía debatirse a la chica. Una parte de mí que acastigar a Beck por lo que había hecho. La otra parte sólo era capaz de aeradecer al destino que Grace nunca hubiera tenido que pasar por aquello.

—Beck—dije, parpadeando antes de mirarlo—. Irás al infierno por esto.

No esperé a ver su reacción. Me marché, deseando no haber ido.

Aquella noche, como todas las noches desde que la conocía, Grace se acurrucó entre mis brazos mientras escuchábamos los ruidos que sus padres hacían en el cuarto de estar. Parecían pajaritos descerebrados y frenéticos: entraban y salían del nido constantemente, tan inmersos en el placer de la construcción que no se daban cuenta de que, en realidad, el nido estaba vacio desde hacía años. Eran bastante ruidosos: reían, parloteaban y hacían ruido con los cacharros en la cocina, aunque, que yo supiera, ninguno de los dos cocinaba jamás. Eran como dos universitarios que hubiesen encontrado un bebé en una cesta y no supieran qué hacer con él. Me pregunté cómo sería Grace si se hubiese criado en mí familia, la manada. Si hubiese tenido a Beck

Recordé la voz de Beck diciendo lo que yo tanto temía: que aquél era mi último año.

—El fin —dije en un suspiro, sólo para probar cómo me sentía al pronunciar aquellas dos palabras.

En el cálido refugio de mis brazos, Grace suspiró y enterró la cara en mi pecho. Ya estaba dormida. Para conciliar el sueño, yo tenía que acecharlo como un cazador furtivo; Grace, sin embargo, se dormía en cuanto cerraba los ojos. La envidiaba.

No hacía más que pensar en Beck y en aquellos chicos. La escena se repetía una y otra vez en mi cabeza, con mil pequeñas modificaciones.

Quería contárselo a Grace. Y no quería contárselo.

Me avergonzaba de Beck, dividido entre mi lealtad hacia él y mi lealtad hacia mí mismo; nunca hasta entonces había caído en la cuenta de que podían ser dos cosas diferentes. No quería que Grace pensara mal de él, pero necesitaba descarrarme. librarme del peso que me atenazaba el pecho.

—Duérmete —musitó Grace, agarrando mi camiseta de una manera que no me hizo pensar precisamente en dormir.

Le besé los párpados y suspiré. Ella hizo un ruidito de satisfacción y añadió:

—Chsst, Sam. Sea lo que sea, déjalo para mañana. Si mañana no te acuerdas, será que no valía la pena. Duerme.

Y y o me dormí, porque ella me había dicho que lo hiciera.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



Lo primero que me dijo Sam por la mañana fue: « Ya es hora de que salgamos juntos a hacer algo normal». Bueno, en realidad, antes de eso, había dicho: « Vaya pelos de loca tienes por la mañana», pero su primera frase lúcida (me negué a tomar en cuenta lo de los pelos de loca) fue la propuesta de salir. Aquella mañana no había clase, así que teníamos todo el día para nosotros; era como un regalo. Sam estaba preparando unas gachas de avena, sin despegar los ojos de la puerta. Aunque mis padres se habían marchado temprano para asistir a la comida que celebraban todos los años en la empresa de mi padre, Sam parecía temer que regresasen y lo echaran a patadas de la casa.

Me acerqué a él, me incliné sobre la cocina y observé lo que estaba preparando. No estaba exactamente emocionada ante la perspectiva de desayunar gachas de avena; las había probado una vez y me habían sabido muv... sanas.

—Vale, acepto la propuesta. ¿Adonde piensas llevarme? ¿A algún sitio de moda. como las profundidades del bosque. tal vez?

Sam posó el dedo índice en mis labios. No sonreía.

—Quiero que hagamos cosas de gente normal. Comer, pasarlo bien y no pensar en nada.

Volví la cabeza para que me acariciara el pelo.

- —Por la cara que pones, no parece que pienses pasarlo demasiado bien repliqué con sarcasmo, viendo que continuaba sin sonreír—. Creía que no te gustaban las cosas normales.
- —¿Me alcanzas dos cuencos, por favor? —me pidió. Los coloqué en la encimera y Sam sirvió en ellos las gachas; olían bien—. Lo único que quiero es que salgamos como una pareja normal aunque sólo sea una vez, para que tengas algo que recor...

Se interrumpió y se quedó mirando los cuencos, con los codos apoy ados en la encimera y la cabeza gacha.

—Quiero hacer las cosas bien —dijo al cabo de un momento—¿Qué tiene de malo?

Asenti sin decir nada y acepté el cuenco que me ofrecía. Me meti una cucharada en la boca: sabia a azicar moreno, a jarabe de arce y a alguna especia que no identifiqué. Señalé a Sam con la cuchara.

- -Tienes razón, no tiene nada de malo. Oy e, esto es un engrudo.
- —Ingrata —masculló Sam observando tristemente su cuenco—. No te gusta, ¿verdad?
 - -En realidad, no está mal.
- —Beck me preparaba gachas todos los días cuando superé mi fijación con los huevos revueltos.
 - —¿Sólo comías huevos revueltos?
- —Fui un niño bastante peculiar —explicó Sam—. No te acabes las gachas si no te gustan. En cuanto termines de desay unar, nos vamos.
 - --;Adonde?
 - —Sorpresa.

Eso era todo lo que quería oír. Engullí las gachas en un santiamén y fui corriendo a buscar mi gorro, mi abrigo y mi mochila.

Por primera vez aquella mañana, Sam se rió, y yo me sentí absurdamente feliz al oírlo.

—Pareces un cachorrito. Seguro que si agito las llaves, correrás a la puerta y te pondrás a dar brincos.

-¡Guau, guau!

Sam me rascó la cabeza y los dos salimos de la casa. Hacía una mañana fresca, llena de colores pastel. Una vez instalados en el Bronco y en marcha, insistr:

- -: De verdad no piensas decirme adonde vamos?
- —Para nada. Tú imagínate que hoy es el primer día que salimos juntos, y olvida que me conociste cuando acababan de pegarme un tiro.

- —No tengo tanta imaginación.
- —Yo sí. Me lo imaginaré por ti, con tantas ganas que acabarás por creértelo.
 —Sonrió como si ya se lo estuviera imaginando, pero su sonrisa era tan triste que se me hizo un nudo en la garganta—. Voy a tirarte los tejos como es debido; así deiaré de parecer un loco peligroso obsesionado contigo.
- —¿No era yo la loca obsesionada contigo? —miré por la ventanilla: un cielo perezoso dejaba caer lentos copos de nieve—. Yo creo que tengo ese sindrome... ¿Cómo se llama lo que le pasa a la gente que se obsesiona con la persona que la salva?

Sam meneó la cabeza y torció en dirección opuesta al instituto.

- —Te refieres al síndrome de Münchhausen, que es lo que les pasa a las víctimas de un secuestro cuando se enamoran de su secuestrador.
- -No, no es eso. El de Münchhausen es el de la gente que inventa enfermedades para llamar la atención.
- $-i_c$ Ah, sí? Es que me gusta decir « Münchhausen» . Cuando lo digo, me siento como si supiera hablar alemán.

Me rei

—Ulrik nació en Alemania —explicó Sam—. Sabe un montón de cuentos tradicionales sobre licántropos. Dice que, en el pasado, había gente que estaba deseando que la mordieran.

Giró al llegar a la carretera principal, se internó en el pueblo y comenzó a buscar un sitio para aparcar. Yo contemplé Mercy Falls a través de la ventanila. Las tiendas, todas pintadas de marrones y grises, parecian aún más apagadas bajo el cielo plomizo; aunque todavía estábamos en octubre, daba la impresión de que el invierno nos acechaba. Ya no quedaban hojas verdes en los árboles que bordeaban las calles, y algunos habían quedado desnudos, lo que no mejoraba precisamente el panorama. El pueblo parecia un desierto de asfalto.

—Según las leyendas, muchos querían transformarse en lobos para cazar ovejas y otros animales cuando había escasez —continuó Sam—. Otros, al parecer, lo hacían por pura diversión.

Estudié su expresión; no entendía bien lo que acababa de decirme.

-- ¿Es que es divertido ser lobo?

Él apartó la vista. Creí que le daba vergüenza responder, pero enseguida me di cuenta de que, en realidad, estaba aparcando el coche.

- —A algunos les gusta, y lo prefieren a ser humanos. A Shelby le encanta, pero, como ya te he contado, su vida anterior fue espantosa. No sé. La parte de lobo que hay en mi vida ocupa un espacio importante, tanto que no sé cómo seria sin ella
 - -Pero ¿crees que estarías mejor, o peor?

Sam me miró con aquellos ojos amarillos y penetrantes.

-Me echo de menos a mí mismo. Y te echo de menos a ti. Todo el tiempo.

Bajé la vista hacia el regazo.

-Ahora no

Sam alargó un brazo, me cogió un mechón de pelo, deslizó los dedos hasta agarrar solamente las puntas y escrutó los cabellos como si su tono rubio oscuro contuviera todos los secretos que me hacían ser Grace. Se ruborizó un poco; aún se ponía colorado cuando me decia aleún cumplido.

—No —admitió—. En este momento, ni siquiera me acuerdo de qué se siente al ser infeliz

No supe bien por qué, pero sus palabras hicieron que las lágrimas se me agolparan en los ojos. Parpadeé, agradeciendo que Sam siguiera ensimismado en mi cabello. Nos quedamos en silencio.

- --: No te acuerdas de cuando te atacaron? --- preguntó al cabo de un rato.
- —¿Qué?
- -No te acuerdas de cuando te atacaron, ¿verdad que no?

Fruncí el ceño y apoyé la mochila en mi regazo, confusa por aquel brusco cambio de tema.

- —No sé qué decirte. Más o menos. Recuerdo muchos lobos, muchos más de los que debió de haber en realidad. Y me acuerdo de ti; recuerdo que te mantenías alejado, y que luego me tocaste la mano y la mejilla —Sam me acarició primero la una y luego la otra, al tiempo que yo las nombraba—, mientras los demás me mordisqueaban. Iban a comerme, no es eso?
- —¿Has olvidado lo que ocurrió después? —inquirió a media voz—. ¿Sabes cómo pudiste sobrevivir?

Buceé en mi memoria. Vi nieve por todas partes, y sangre, y el vaho de mi aliento. Y luego, mi madre gritando. Pero faltaba algo en medio: de alguna forma había tenido que ir desde el bosque hasta mi casa. Intenté imaginarme caminando, dando tumbos por la nieve.

--: Volví andando?

Sam me miró en silencio, esperando que yo contestara a mi propia pregunta.

-Sé que no, pero no logro acordarme. ¿Por qué no me acuerdo?

Me frustraba que mi mente se negase a obedecer mis órdenes; no me parecian tan dificiles de cumplir. Sin embargo, lo único que recordaba era el olor de Sam, el olor de Sam impregnándolo todo, y después, el pánico en la voz de mi madre mientras llamaba por teléfono.

—No te preocupes —me dijo Sam—. No tiene importancia.

Pero para mí sí que la tenía.

Cerré los ojos para rememorar el aroma del bosque en aquel día lejano y, de pronto, reviví la sensación de dos brazos que me rodeaban, que me llevaban a cuestas hasta mi casa. Abrí los ojos.

-Me llevaste tú.

Sam se volvió para mirarme, sorprendido.

Estaba empezando a recordarlo todo vagamente, como se recuerdan los sueños febriles.

—Y eras humano —dije—. Sé que primero te vi como lobo, pero tuviste que convertirte en humano para llevarme. ¿Cómo lo hiciste?

Sam se encogió de hombros.

—No lo sé. Lo mismo ocurrió cuando me dispararon el otro día: de pronto, me transformé

Algo parecido a la esperanza aleteó en mi pecho.

- --: Puedes cambiar de forma a voluntad?
- —No lo creo. Sólo me ha pasado en esas dos ocasiones, y nunca he sido capaz de hacerlo a propósito por más que lo he intentado. Y te aseguro que lo he intentado con todas mis fuerzas.

Sam apagó el motor como poniendo fin a la conversación, y yo saqué el gorro de la mochila. Mientras él cerraba el coche, esperé en la acera; al cabo de un momento, vi que asomaba por el otro lado del coche y me miraba boquiabierto.

-: Grace! ¿Oué es eso que llevas puesto?

Agarré el pompón de mi gorro con el índice y el pulgar y le di una sacudida.

- —¿Esto? No sé cómo lo llamaréis en tu pueblo, pero en el mío se llama gorro. Viene bien para que no se te enfríen las oreias.
- —Qué barbaridad —exclamó Sam mientras se acercaba. Me rodeó la cara con las manos y se me quedó mirando—. Estás guapísima. —Me dio un beso, observó el gorro y volvió a besarme, y yo me hice la promesa de conservar aquel gorro toda mi vida.

Sam seguía sosteniéndome la cara; el pueblo entero debía de habernos visto para entonces, pero no quise interrumpir aquel momento.

Me besó una vez más y su beso fue sutil como la nieve, apenas un roce. Luego me soltó y me agarró de la mano.

Tuve que respirar hondo para recuperar la voz. No podía dejar de sonreír.

-Bueno, ¿adonde me llevas?

Tenía que estar cerca; hacía demasiado frío para que pudiéramos estar en la calle mucho más tiempo.

Sam me apretó la mano.

-A un sitio que me recuerda a ti.

Solté una risita de felicidad totalmente impropia de mí, y él me miró con una sonrisa cómplice. Estaba borracha de Sam. Dejé que me guiara hasta una pequeña librería llamada The Crooked Shelf que había al final de la manzana; hacía un año que no pasaba por allí. Aunque leía mucho, mi pobre paga de estudiante de secundaria no me daba para grandes lujos, así que solía sacar de la biblioteca los libros que leía.

—Tal vez tú no sepas por qué, pero este lugar me recuerda muchísimo a ti —

dijo Sam, abriendo la puerta.

Nos salió al encuentro una ráfaga de olor a libros nuevos que me hizo pensar de immediato en la Navidad: mis padres siempre me regalaban libros. La puerta de la librería se cerró a nuestras espaldas con un suave tintineo, y Sam me soltó la mano

-Quiero comprarte un libro. ¿A qué sección vamos?

Observé las estanterías con una sonrisa, respirando hondo. En ellas había cientos de miles de páginas que nadie había tocado jamás, esperando a que yo las leyera. Sobre las baldas de madera clara se alineaban lomos de todos los colores. En las mesas del centro relucian las vivas cubiertas de los libros recomendados, y al fondo, tras el mostrador en el que el dependiente leía sin hacernos caso, unas escaleras cubiertas por una alfombra color burdeos llevaban a mundos desconocidos.

—Podría quedarme a vivir aquí —suspiré.

Sam me miró con evidente satisfacción

—En casi todas las imágenes que guardo de ti estabas ley endo en el columpio hiciera el tiempo que hiciese. ¿Por qué no leías dentro cuando hacía frío?

Repasé con la mirada las estanterías repletas.

- —Los libros se vuelven más reales si los lees en el exterior. —Me mordí el labio, incapaz de decidir por dónde empezar—. No sé...
- —Deja que te enseñe una cosa —propuso Sam; por el modo en que lo dijo, me pareció que llevaba todo el día esperando aquel momento.

Me cogió una vez más de la mano y me hizo atravesar la librería hasta llegar a la escalera. Los mullidos peldaños se tragaron el sonido de nuestros pasos.

Arriba había un altillo pequeño, un segundo piso que ocupaba la mitad de la superficie de la librería. La barandilla de la escalera se prolongaba por el lado que quedaba abierto.

—Trabajé aquí durante un verano. Siéntate y espera —dijo Sam, conduciéndome a un sofá con tapicería de cuero gastado que ocupaba buena parte del altillo.

Yo me quité el gorro, me senté y me dediqué a mirarle el culo mientras se movia entre las estanterías buscando algo. De vez en cuando, se agachaba y acariciaba los lomos de los libros como si fueran viejos amigos. Observé la curva de sus hombros, la manera que tenía de inclinar la cabeza, su modo de mover las manos y de apoyarlas en el suelo, con los dedos separados. Al cabo de un rato, encontró lo que buscaba y se acercó al sofá.

—Cierra los ojos —me pidió y, sin darme tiempo a nada, me cubrió los párpados con la mano.

Noté que el asiento se combaba bajo su peso, y luego oí que abría el libro y pasaba suavemente sus páginas.

Su aliento me cosquilleó en una oreja cuando Sam me susurró, con voz casi

inaudible:

—« No puedo hacer que cada hora sea sagrada. No quiero presentarme ante ti solamente como una cosa astuta y oscura. Quiero mi propia voluntad, y quiero acompañarla en su camino hacia el hecho. —Hizo una larga pausa, tan sólo interrumpida por el sonido de su respiración entrecortada—. Y en esos momentos calmos y a veces dudosos en que algo se acerca, quiero estar con los que conocen secretos, o estar solo. Quiero abrirme. No quiero guardar ningún doblez, porque donde tengo pliegue o doblez, soy mentira».

Todavía con los ojos cerrados, volví el rostro hacia su voz, y él posó su boca en la mía. Durante un instante, sus labios se separaron de los míos; oí cómo dejaba el libro en el suelo con cuidado y luego sentí que me ceñía con los brazos.

Sus labios tenían un sabor fresco y punzante a menta y a invierno, pero el tacto de sus manos en mi nuca contenía una promesa de días largos, de veranos, de tiempo. Estaba mareada, como si me faltara el aire, como si algo me robara el oxígeno en cuanto entraba en mi cuerpo. Sam se apoyó en el respaldo, me atrajo hacia el cálido hueco que formaba su cuerpo y me besó una y otra vez, delicadamente, como si mis labios fueran flores y no quisiera magullar sus pétalos.

No sé cuánto tiempo estuvimos acurrucados en el sofá, besándonos en silencio, antes de que Sam advirtiera mis lágrimas. Noté que titubeaba al advertir su gusto salado, que tardaba en comprender a qué se debía ese sabor.

-Grace...; Estás llorando?

Preferí no responder; reconocerlo sólo haría que el motivo de mis lágrimas pareciera aún más real. Sam me las enjugó con los dedos y luego se cubrió la mano con el puño del jersey para secarme los rastros que me habían dejado en las mejillas.

-Grace, ¿qué te pasa? ¿He hecho algo mal?

Sus ojos amarillos recorrían mi rostro en busca de alguna explicación. Meneé la cabeza. Desde el piso de abajo llegó el sonido lejano de la caja registradora.

—No —contesté al fin, secándome otra lágrima antes de que pudiera caer—. No es culpa tuya. Aunque no dejo de pensar en que...

-... éste es mi último año -completó Sam sin pestañear.

Me mordí el labio con fuerza y enjugué una lágrima más.

-No estoy preparada. Jamás lo estaré.

Sam se quedó callado; tal vez no hubiera nada que decir. Me rodeó de nuevo con los brazos, apoyando mi mej illa contra su pecho, y me acarició la nuca con torpeza y dulzura. Cerré los ojos y escuché su corazón hasta que el mío empezó a latir al mismo ritmo. Y entonces. Sam apovó la cara en mi cabello v murmuró:

-No tenemos tiempo para estar tristes.

Cuando salimos de la librería el sol ya estaba alto en el cielo, y me sorprendí de lo rápido que se me había pasado el tiempo. El estómago se me retorció de ham bre

—Necesito comer —dije—. De inmediato. Si no como algo, moriré de hambre en tus brazos y nunca podrás librarte de la mala conciencia.

—No lo dudo. —Sam cogió la bolsa que contenía mis libros nuevos y se dispuso a meterla en el coche, pero a medio camino se quedó parado, con la mirada puesta más allá de mí—. Vaya. Tenemos visita.

Me dio la espalda, abrió el coche y dejó la bolsa en el asiento del pasajero, tratando de aparentar normalidad. Al darme la vuelta, me topé con Olivia; tenía cara de cansada. Tras ella venía John, con una gran sonrisa. No lo había visto desde antes de conocer a Sam, y me costó entender cómo había podido parecerme guapo. Comparado con el pelo negro y los ojos dorados de Sam, John tenía un aspecto gris y anodino.

—Hola. guapísima —dii o John.

Eso bastó para que Sam se diera la vuelta bruscamente. No hizo ademán de acercarse a mí, pero no fue necesario: su mirada fulminante logró que John frenase en seco. O tal vez fuera su postura, la forma en que estaba plantado a mi lado, con los hombros tensos. En ese momento me di cuenta de que Sam podía ser más peligroso de lo que aparentaba, de que tal vez hiciera más esfuerzos por dominar a su lobo interior de lo que yo había supuesto.

La cara de John se convirtió en una máscara inexpresiva y me pregunté si la coquetería tonta con la que siempre me había tratado no escondería algo más profundo.

-Hola -dii o Olivia observando a Sam.

Él clavó la mirada en la cámara que llevaba ella colgada al hombro y, al cabo de unos instantes, agachó la cabeza y se frotó los ojos como si se le hubiese metido alco.

- —¡Hola! Qué coincidencia encontraros por aquí —dije esbozando una sonrisa que me pareció falsa; el nerviosismo de Sam se me había contagiado.
- —Hemos salido a hacer unos recados —contestó John, mirando de soslay o a Sam y sonriendo con tan poca sinceridad como y o. Me sonrojé, adivinando en la actitud de los dos la batalla silenciosa de testosterona que se estaba librando; hasta cierto punto, me sentía halagada, pero la situación no me gustaba—. Olivia quería venir a la librería. Por cierto, hace un frío que nela. Voy a entrar.
- —¿Ah, es que ahora permiten la entrada a analfabetos? —me burlé, siguiendo nuestra vieia costumbre.

John respondió con una sonrisa, esta vez relajada, y miró hacia Sam como queriendo decirle: «Te compadezco, colega». Sam también sonrió, aunque todavía con los ojos entrecerrados, como si no hubiera logrado librarse de lo que le molestaba. Mientras su hermano desaparecía en la librería, Olivia se quedó de pie junto a la puerta, ciñéndose el torso con los brazos.

-Nunca creí que te vería fuera de casa tan temprano en un día de fiesta -

dijo; me hablaba a mí, pero miraba a Sam—. Pensaba que los días libres los dedicabas a hibernar.

- —Bueno, hoy no —repuse. Llevaba tanto tiempo sin hablar con ella que me parecía haber olvidado cómo hacerlo—. Me apetecía levantarme temprano por una vez, para saber qué se siente.
- —Asombroso —opinó Olivia sin dejar de mirar a Sam con expresión inquisitiva.

No me apetecía presentarlos, porque Sam estaba claramente incómodo delante de ella, pero me resultaba imposible ignorar la pregunta que planteaban sus ojos; parecían medir la distancia que mediaba entre Sam y yo, la forma en que cada uno reaccionaba ante los movimientos del otro como si estuviéramos unidos por cables invisibles, la manera en que nos tocábamos a cada poco. Los ojos de Olivia siguieron la mano de Sam cuando él me rozó la manga, y luego saltaron a su otra mano, que seguía apoyada en la portezuela del coche con un gesto de confianza como si la hubiese abierto y cerrado muchas veces. Como si aquél fuera su lugar.

--: Ouién es éste? -- preguntó Olivia al fin.

Miré de reojo a Sam para pedirle permiso. Tenía los párpados bajos, de forma que casi no se le veían los ojos.

-Sam -murmuró él

Su voz tenía un tono extraño. No estaba mirando la cámara, pero no me cupo duda de que su atención estaba puesta en ella.

—Ésta es Olivia —dije, con voz tan tensa como la de Sam—. Oli, Sam y yo estamos juntos. Quiero decir que estamos saliendo.

Me quedé esperando a que empezara a tomarme el pelo, pero ella se dirigió a Sam.

—Te reconozco —le dijo; noté cómo Sam se tensaba, hasta que Grace continuó hablando—. Trabajabas en la librería, ¿verdad?

Sam levantó la vista hacia ella, y Olivia asintió de forma casi imperceptible.

-Sí, de vez en cuando -admitió Sam.

Con los brazos aún cruzados, Olivia manoseó el cuello de su jersey sin apartar la mirada de Sam. Me dio la impresión de que le costaba encontrar las palabras adecuadas.

- —Oye... ¿Llevas lentillas? Perdona por ser tan entrometida. Supongo que te lo preguntan cada dos por tres.
 - -Sí -respondió Sam-. Me lo preguntan mucho. Y sí, llevo lentillas.

Por un momento, Olivia pareció decepcionada.

- Pues son geniales. En fin, me alegro de conocerte —mirándome, agregó
 Lo siento. Fue una tontería discutir contigo por aquello.
 - No esperaba que me pidiera perdón, y sus palabras me dejaron desarmada.
 - -Yo también lo siento -musité, sin saber bien por qué me estaba

disculpando.

Olivia miró de nuevo a Sam y luego a mí.

—Bueno, pues nada... Oye, ¿podrías llamarme luego? No sé, cuando te venga bien...

Parpadeé, estupefacta.

- -Sí, claro, ¿Cuándo?
- —Pues... ¿te importa si mejor te llamo yo? Es que ahora tengo que hacer unas cosas. ¿Puedo llamarte más tarde al móvil?
 - -Cuando quieras. ¿Seguro que no prefieres que hablemos ahora?
- —No, ahora no puedo. John me está esperando. —Meneó la cabeza y, una vez más, miró a Sam—. Quiere que pasemos un rato juntos. Pero no te preocupes, te llamo más tarde. Gracias, Grace. Y lo digo en serio. No teníamos que haber discutido nor esa tontería.

Apreté los labios. ¿Por qué me daba las gracias?

John asomó la cabeza por la puerta de la librería.

—Oli, ¿vienes o qué?

Olivia agitó una mano para despedirse de nosotros y entró en la librería con un tintineo.

Sam se llevó las manos a la nuca, soltó un suspiro tembloroso y comenzó a caminar en círculos

Me adelanté y abrí la puerta del copiloto.

—¿Me vas a decir qué te está pasando? ¿Es que te ponen nervioso las cámaras de fotos, o hay algo más?

Sam rodeó el Bronco y se montó por el otro lado dando un portazo, como si al hacerlo pudiera borrar la incómoda conversación que acabábamos de mantener con Olivia

- —Perdona. Entre lo del lobo que vi el otro día y lo de Jack, estoy con los nervios de punta. Y al ver a Olivia, pensé... Ha hecho fotos de toda la manada, y mis ojos... No sé, me dio miedo que supiese más de lo que aparentaba. He hecho el imbécil, ¿verdad?
- —Sí, más bien. Menos mal que ella parecía todavía más nerviosa que tú. Espero que me llame —dije. inquieta.

Sam me tocó un brazo.

-: Te apetece que comamos fuera, o prefieres volver a casa?

Gemí y me llevé la mano a la frente.

—Vamos a casa. Uf, qué mal rollo. No tengo ni idea de lo que le podía estar pasando a Olivia por la cabeza.

Sam no dijo nada, y yo se lo agradecí. Necesitaba un rato de tranquilidad para analizar lo que había dicho Olivia, para tratar de comprender por qué la conversación había sido tan extraña. Me daba la impresión de que había muchas cosas que no nos habíamos dicho. Hubiera debido decirle algo más después de que ella se disculpara, pero ¿qué?

Guardé silencio durante casi todo el camino de vuelta hasta que, de pronto, advertí lo egoísta que estaba siendo.

- —Siento mucho ser tan aguafiestas —dije, metiendo mi mano en la de Sam para que me la agarrara—. Primero me pongo a lloriquear, algo que no hago nunca, para que lo sepas, y ahora no soy capaz de dejar de pensar en Olivia.
- —Cállate, anda —respondió Sam con tono cariñoso—. Tenemos mucho día por delante. Además, me alegra verte... conmovida, para variar. Por lo general, eres el colmo del estoicismo

Su comentario me hizo sonreír

- -: El colmo del estoicismo? Me gusta.
- -Sabía que te gustaría. En fin, por una vez no he sido y o el llorica.

Me eché a reír

- —Yo nunca te describiría así
- —Vamos, Grace. En comparación contigo, yo soy una florecilla de invernadero —al oír mi carcajada, añadió—: Bueno, vale, tal vez haya exagerado. ¿Cómo me describirías tú, entonces?

Mientras Sam me miraba con expresión curiosa, me arrellané en el asiento y refusioné. No estaba segura de poder encontrar las palabras justas. Las palabras no eran mi fuerte: prefería las concretas a las abstractas.

- —Sensible —aventuré.
- -Blandengue -tradujo Sam.
- -Creativo
- -Deseguilibrado.
- —Reflexivo.
- —Feng Shui

Saludé su ocurrencia con una risotada.

- -Vamos a ver. ¿Qué tiene que ver ser reflexivo con el Feng Shui?
- —Bueno, la gente que practica el Feng Shui ordena los muebles y plantas de manera reflexiva. —Sam se encogió de hombros—. Lo hacen para relajarse. Es como una especie de Zen, o algo así. En fin, no estoy muy seguro, pero tú ya me entiendes

Le di un golpe amistoso en el brazo y miré por la ventanilla. En aquel punto, la carretera atravesaba un robledal que crecía no muy lejos de mi casa. Las hojas secas, de un tono apagado entre el naranja y el pardo, se agitaban en las ramas con el viento, a la espera de que una ráfaga las arrastrara hasta el suelo. Así era Sam: pasajero. Una hoja de verano que se aferraba con todas sus fuerzas a una rama desnuda.

—Eres hermoso y triste —musité sin mirarlo—. Igual que tus ojos. Eres como una canción que oí de niña y de la que no volví a acordarme hasta el día en que me encontré con ella de nuevo.

Durante un largo momento, sólo se oyó el ronroneo del motor. Luego, Sam murmuró:

—Gracias.

Nos pasamos la tarde en casa, durmiendo en mi cama con las piernas enredadas y mi cara enterrada en su hombro, mientras la radio susurraba al fondo. A la hora de la cena, nos trasladamos a la cocina en busca de algo que comer. Mientras Sam preparaba unos sándwiches de varios pisos, y o intenté ponerme en contacto con Olivia

Me contestó John

- —Lo siento, Grace. Ha salido. ¿Quieres que le dé algún recado, o le digo sólo que te llame?
- —Dile que me llame —contesté, con la absurda sensación de que le estaba fallando a mi amiga.

Colgué el teléfono y me puse a trazar dibujos con el dedo en la encimera, mientras pensaba una y otra vez en lo que me había dicho: «Fue una tontería discutir contigo por aquello».

 $-_{\hat{c}}$ No te diste cuenta al entrar de que olía raro? —le pregunté a Sam—. En la escalera del porche.

Sam me pasó un sándwich.

- —Sí. es verdad.
- —Olía a pis —afirmé—. De lobo.
- —Sí —repuso Sam con tono resignado.
- -¿Quién crees que habrá sido?
- —No lo creo, lo sé. Fue Shelby. Es su olor. Y no es la primera vez que lo hace; ay er olía a lo mismo.

Recordé los ojos de Shelby mirándome por la ventana de mi habitación e hice una mueca.

—¿Por qué lo hace?

Sam meneó la cabeza.

—No sé, pero espero que tenga que ver conmigo y no contigo. Puede que sólo me esté siguiendo. —Desvió la mirada hacia la puerta principal; se oía el ruido de un coche acercándose a la casa—. Creo que es tu madre. Me esconderé.

Fruncí el ceño y observé cómo se metía en mi habitación, llevándose su sándwich. La puerta se cerró tras él y yo me quedé con la única compañía de mis miedos y mis preguntas sobre Shelby.

El coche se detuvo en el camino de grava que había frente a la casa. Fui a por mi mochila y me senté a la mesa; prefería que mi madre me encontrara concentrada en mis ejercicios del instituto.

Mi madre entró en tromba y arrojó una pila de papeles sobre la encimera de

la cocina. Con ella entró una ráfaga de aire helado, y me estremecí preguntándome si Sam estaría bien abrigado en mi habitación. Las llaves de mi madre cayeron al suelo; ella se agachó para recogerlas con un resoplido de contrariedad y las dejó entre los papeles.

—¿Ya has cenado? Me apetece picar algo. ¡Fuimos a jugar al paintball después de la comida! Por supuesto. lo pagó la empresa de tu padre.

Frunci el ceño. La mitad de mi cerebro seguía pensando en Shelby, imaginando cómo merodeaba alrededor de la casa para espiar a Sam. O a mi. O a los dos iuntos. más bien.

-; Y eso para qué sirve? ¿Para fomentar el espíritu de empresa?

Mi madre abrió la nevera sin molestarse en contestar

- —¿Hay algo por ahí que pueda comer mientras veo la tele? —preguntó—. ¡Caramba! ¿Oué es esto?
 - —Lomo de cerdo, mamá. Pero es para mañana.

Se encogió de hombros v cerró la nevera.

—Pues parece una babosa gigante congelada. ¿Te apetece ver una película conmigo?

Me volví hacia el recibidor buscando a mi padre, pero allí no había nadie.

- —;Dónde está papá?
- —En una cena de trabajo. ¿Qué pasa, crees que sólo te lo digo porque él no está para hacerme compañía? —respondió mi madre mientras fisgaba en los armarios. Al fin, se sirvió un cuenco de muesli con leche y se fue al sofá, dejando el paquete abierto en la encimera.

Hacía sólo unas semanas, habría saltado de alegría ante la oportunidad de acurrucarme en el sofá junto a mi madre. Pero ya no. Ahora había otra persona esperándome.

—No me encuentro muy bien —pretexté—. Prefiero irme a la cama temprano.

Mi madre aceptó la excusa con su sonrisa alegre de siempre, y sólo en aquel momento me di cuenta de que hubiera preferido que insistiera. Pero ella se limitó a echarse en el sofá empuñando el mando del televisor y, cuando me disponía a marcharme, dijo:

- --Por cierto, no dejes bolsas de basura en el porche, ¿vale? Atraen a los animales
 - -Está bien -respondí; intuía de qué animales podía tratarse.

Recogí mis cosas del instituto y la dejé allí, viendo una película desde el sofá. Al entrar en mi habitación, encontré a Sam ovillado en la cama, leyendo una novela con toda tranquilidad a la luz de la lámpara de la mesilla.

Aunque me había oído entrar, no levantó la vista y continuó leyendo. Me encantaba mirarle mientras leía, desde la curva de su cuello inclinado sobre el libro hasta las alareadas líneas de sus pies.

Al cabo de un rato, cerró el libro marcando la página con un dedo y me miró sonriente, con las cejas fruncidas en aquel gesto de leve tristeza que nunca le abandonaba. Alargó una mano hacia mí, y y o dejé los libros de texto a los pies de la cama y me tumbé a su lado. Mientras me acariciaba el cabello con una mano y sostenía la novela con la otra, leímos juntos los tres últimos capítulos. Se trataba de una extraña historia en la que todos los habitantes de la Tierra habían desaparecido, salvo el protagonista y su compañera; ahora, debían elegir entre dedicarse a averiguar qué había sido de sus congéneres, o quedarse el mundo para ellos solos y repoblarlo. Cuando acabamos, Sam se tumbó boca arriba y miró el techo. Yo empecé a trazarle lentos círculos en la barriga.

—¿Tú qué harías? —preguntó.

En la novela, los personajes habían decidido investigar que había sido de la humanidad y habían terminado separados y solos. Por alguna razón, la pregunta de Sam hizo que el pulso se me acelerara. Le agarré de la camiseta.

—No sé —respondí.

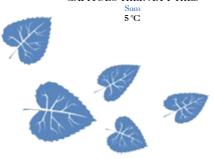
Los labios de Sam esbozaron una sonrisa.

Un buen rato después, caí en la cuenta de que Olivia no me había devuelto la llamada. Volví a telefonear, y su madre me dijo que todavía no había llegado.

En mi interior sonó una vocecita incómoda: « ξY dónde está? ξEs que hay tanto que hacer a estas horas en Mercy Falls?» .

Aquella noche soñé con la cara de Shelby en la ventana y con los ojos de Jacken el bosque.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES



Aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, soñé con los perros del señor Dario.

Me desperté sudado y tembloroso, con un regusto a sangre en la boca. Tenía el corazón tan desbocado que me dio la impresión de que podía despertar a Grace, así que me aparté y me lamí los labios. Me había mordido la lengua.

Siendo humano, en el cálido refugio de aquella cama, me resultaba fácil olvidar la violencia de mi mundo y recordar a la manada como debía de vernos Grace: fantasmas que vagaban mágicos y silenciosos por el bosque. Si hubiéramos sido lobos de verdad, Grace no habría estado muy desencaminada. Los lobos normales no suponían una amenaza. Pero nosotros no éramos lobos normales.

Aquel sueño parecía susurrarme que estaba pasando por alto las advertencias de peligro, las señales de que había empezado a llevar la violencia de mi mundo al de Grace: lobos en el instituto, en la casa de su amiga, en su propia casa... Lobos bajo los que se ocultaban personas.

Sin levantarme de la cama, agucé el oído. Me pareció distinguir el sonido de

pisadas en el porche, el olor de Shelby que atravesaba la ventana y llegaba hasta mí. Shelby me quería para ella; deseaba alcanzar lo que yo representaba. Yo era el favorito de Beck, el jefe humano de la manada, y también de Paul, su jefe lobuno, lo que me convertía en el sucesor lógico de ambos. En nuestro pequeño mundo, poseía mucho poder.

Y a Shelby le gustaba el poder.

Lo que había pasado con los perros de Darío lo demostraba. Aquello había ocurrido cuando yo tenía trece años. Nuestro vecino, cuya casa estaba a varios kilómetros, había vendido su finca a un rico excéntrico, el señor Dario. Un día fui a visitarle con Beck, al principio me pareció un hombre anodino, aunque desprendía un olor peculiar, como si se hubiera muerto y lo hubiesen conservado en formol. Mientras estuvimos en su casa, dedicó casi todo el tiempo a mostrarnos el sofisticado sistema de alarma que había instalado para proteger su negocio de antigüedades (« Se refiere a drogas», me aclaró Beck más tarde), y a deshacerse en alabanzas hacia los perros guardianes que dejaba sueltos por la finca cuando se ausentaba.

Al final de la visita, nos los mostró. Eran verdaderas gárgolas vivientes de piel arrugada y pálida, todo espumarajos y colmillos. Dario nos explicó que pertenecían a una raza sudamericana de perros pastores, y luego, con evidente placer, nos dijo que eran capaces de arrancar la cabeza de una persona. Arrugando el ceño, Beck le preguntó si había tomado medidas para evitar que se escaparan de la finca. El señor Dario señaló los collares, que tenían pinchos en la cara interna (« Para darles calambrazos», me explicó luego Beck), y nos aseguró que los únicos que podían perder la cabeza eran quienes se metieran de noche en sus terrenos para robar. Luego nos enseñó el dispositivo que controlaba los collares, enviando descargas eléctricas a los perros si traspasaban los límites de su propiedad; era una caja cubierta de pintura oscura que le manchó las manos.

Nadie más que yo pareció dar importancia a aquellos perros, pero para mí se convirtieron en una obsesión. Imaginaba que se escapaban y caían sobre Beck o Paul, que les arrancaban la cabeza y se la comían. Pasé semanas dándole vueltas a aquello, hasta que un día, en mitad del verano, decidí hablar con Beck Lo encontré en la cocina, con un pantalón corto y una camiseta, untando de salsa unas costillas para hacerlas en la barbacoa.

--¿Beck?

- —¿Qué quieres, Sam? —respondió sin levantar la vista.
- —¿Me enseñarías cómo matar a los perros del señor Dario? —Beck se me quedó mirando—. Es por si acaso.
 - —No te va a hacer falta.

No me gustaba insistir, pero lo hice de todos modos.

-Por favor, Beck

Él esbozó una mueca

-No tienes estómago para hacer una cosa así.

Y tenía razón. El Sam humano palidecía ante la mera visión de la sangre.

-Por favor.

En aquel momento, Beck no cedió; pero al día siguiente, compró media docena de pollos crudos y me enseñó a encontrar los puntos más frágiles de los huesos para romperlos. Cuando logré hacerlo sin marearme, me trajo un trozo de carne roja rezumante de sangre que me dio náuseas. Los huesos de aquella carne eran duros y correosos, y me resultaba imposible romperlos si no era por las articulaciones.

—¿Qué? ¿Se te ha olvidado ya la idea? —me preguntó Beck unos días más tarde

Meneé la cabeza; los perros seguían acosándome en sueños, e invadían las canciones que componía. Así que continuamos. Beck encontró unos vídeos caseros de peleas de perros, y dedicamos varias tardes a ver cómo aquellos pobres animales se destrozaban. Tapándome la boca con la mano para contener las náuseas, observé cómo algunos buscaban la yugular de su adversario, mientras otros le mordían las patas delanteras hasta partírselas. Un día, Beck me llamó la atención sobre una pelea particularmente desigual entre un pitbull y un pequeño terrier mestizo.

—Fijate en ese chucho, el terrier: ése eres tú. Cuando eres humano, tienes más fuerza que la gente normal, pero mucha menos que los perros de Dario. Mira cómo pelea. Primero debilita al perro más grande, y luego lo asfixia.

Observé cómo el terrier acababa con el otro perro. Luego, Becky y o salimos al patio y peleamos para entrenar: perro grande, perro pequeño.

El verano languideció. Comenzamos a transformarnos uno a uno, empezando por los mayores y los más descuidados. Pronto quedamos tan sólo unos pocos: Beck, por cabezonería; Ulrik, por pura astucia; Shelby, por su deseo de no separarse de Beck y de mí; y yo, porque todavía era joven y resistía con facilidad.

Jamás olvidaré el ruido que hacían los perros al pelearse. Quien no lo haya oído, no puede imaginar la salvaje determinación de un perro decidido a matar a su adversario. Ni siquiera como lobo llegué a luchar tan encarnizadamente: los miembros de la manada peleaban para establecer la jerarquia, no para matar.

Un día, salí a dar un paseo por el bosque. Aunque Beck me había prohibido abandonar la casa, quería ver el atardecer; llevaba tiempo pensando en escribir una canción justo en el tiempo que tardaba el sol en ocultarse. Cuando empezaban a ocurrírseme las primeras palabras de la letra, oí a dos perros pelear. Estaban cerca, indudablemente fuera de la finca del señor Dario, pero supe de inmediato que no podían ser lobos. Reconocí aquellos gruñidos desearrados al instante.

Y entonces los vi aparecer: dos gigantescos perros blancos iluminados por la débil luz del crepúsculo, las fieras de Dario. Y, con ellos, un lobo negro debatiéndose, sangrando, rodando por el suelo. El lobo, Paul, hacia todo lo posible por no pelear: las orejas gachas, el rabo bajo, la cabeza ladeada para mostrar el cuello, todo en su actitud indicaba sumisión. Sin embargo, aquellos perros no conocían las normas de la manada; sólo sabían atacar. Estaban despedazándolo.

—¡Eh! —quise gritar, aunque apenas me salió un hilo de voz, volví a intentarlo, y esta vez mi grito fue casi un gruñido—. ¡Eh!

Uno de los perros levantó la mirada y se abalanzó sobre mí. Rodé por el suelo para esquivarlo sin apartar los ojos de su compañero, que cerraba las mandibulas sobre el cuello de Paul; éste jadeaba mientras la sangre le corría por un lado de la cabeza. Arremetí contra ellos y logré separar de Paul a aquel monstruo musculoso, lleno de salpicaduras rojas. Traté de agarrarle el cuello con mi débil mano humana. Dero fallé.

Sentí que algo me embestía por la espalda y babeaba en mi cuello. Me volví a tiempo de evitar que el perro de delante me desgarrara la yugular, pero el de detrás me hundió los dientes en el hombro. Noté cómo las fauces del monstruo me apretaban hasta llegar a la clavícula.

-: Beck! -aullé.

Apenas podía pensar: el dolor y la imagen de Paul muriéndose ante mis ojos me enloquecían. Y entonces recordé al terrier, su forma de luchar apresurada, precisa y mortal. Extendí rápidamente una mano hacia el perro que estaba matando a Paul, le aferré la pata delantera y busqué la articulación. No pensé en la sangre. No pensé en el ruido que haría el hueso al romperse. No pensé en nada excepto en hacer lo que tenía que hacer.

:Crac!

El perro puso los ojos en blanco y gimió, pero no soltó su presa. Mi instinto de supervivencia me ordenaba ocuparme del animal que me desgarraba el hombro con unas fauces que parecían hechas de hierro y fuego. Imaginé cómo se me descoy untaban los huesos, cómo el brazo se salía de su sitio. Pero Paul no podía esperar. Tenía el brazo derecho entumecido e inservible, de modo que agarré el cuello de su agresor con la mano izquierda y le retorcí la tráquea hasta que lo oí resollar. En aquel momento, yo era el terrier; si aquel monstruo no soltaba su presa, yo tampoco soltaría la mía. Con un gran esfuerzo, estiré el brazo derecho, dejé caer la mano sobre el hocico del perro medio asfixiado y le taponé los agujeros de la nariz. Puse la mente en blanco: dejé que mis pensamientos se fueran lejos, a casa, a algún lugar cálido donde escuchar música o leer un poema. a cualquier sitio excento allí en aquella carnicería.

Durante un espantoso minuto, no sucedió nada. Aguanté mientras la visión se me volvía cada vez más borrosa. Y entonces, el perro pareció desmayarse y cayó al suelo, y Paul quedó libre. Había sangre por todas partes: de los perros, de Paul, mía.

—¡No lo sueltes! —Era la voz de Beck, que venía hacia nosotros corriendo—. ¡No lo sueltes! ¡Aún no está muerto!

Yo ya no sentía las manos —no sentía nada —, pero estaba convencido de que todavía tenia al perro sujeto por el cuello. Su compañero, el que intentaba desgarrarme el hombro, dio una sacudida: un lobo, Ulrik, le había enganchado del cuello y trataba de apartarlo de mí. Oí un chasquido y tardé un segundo en comprender que se trataba de un disparo. Luego sonó otro chasquido, más próximo; el perro que tenía aferrado sufrió un espasmo y se quedó quieto. Ulrik reculó i adeante. Se hizo un silencio tan espeso que me zumbaron los oídos.

Con sumo cuidado, Beck me separó las manos del perro muerto y me las colocó en el hombro para detener la hemorragia. Al cabo de un momento, la sangre comenzó a coagularse y me sentí mejor: mi extraño cuerpo comenzaba a curarse.

Beck se arrodilló a mi lado. Estaba temblando de frío; la piel se le estaba volviendo grisácea y los hombros se le curvaban de un modo antinatural.

—Tenías toda la razón, Sam. Si no llega a ser por ti, Paul hubiera muerto.

Parece que esos pollos sirvieron para algo, al fin y al cabo.

Shelby estaba tras él en silencio, con los brazos cruzados, observando cómo Paul jadeaba tendido sobre la hojarasca y cómo Beck y yo hablábamos con las cabezas juntas. Apretó los puños; uno de ellos estaba manchado de pintura negra.

Desechando aquel recuerdo, abrí los ojos en la confortable penumbra de la habitación de Grace, me di la vuelta y escondi el rostro en el hueco de su hombro. Curiosamente, los momentos más violentos de mi existencia los había vivido como ser humano y no como lobo.

Desde el exterior me llegó el inconfundible sonido de unas zarpas rascando el suelo del porche. Cerré los ojos e intenté concentrarme en los latidos del corazón de Grace.

El sabor a sangre que tenía en la boca me recordó al invierno.

Sabía que había sido Shelby quien había soltado a aquellos perros. Quería que yo dominara la manada con ella como compañera, y Paul se interponía en mi camino. Y ahora, Grace se interponía en el de Shelby.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO



Aquella semana se confundió en un collage de imágenes cotidianas: el aparcamiento del instituto, la silla vacia de Olivia en clase, el aliento de Sam rozándome el oído, las huellas de lobo en la escarcha que cubría nuestro patio trasero por las mañanas.

Para cuando llegó el sábado, me sentía impaciente por la espera de algo que no podía identificar. La noche anterior, Sam había tenido una pesadilla y no había dejado de moverse; al despertar, tenia un aspecto tan deplorable que esperé a que mis padres salieran —habían quedado a comer con unos amigos— y le dije que se tumbara en el sillón en vez de proponerle salir.

Acurrucada en el hueco de su brazo, miré cómo Sam cambiaba de canal. Sólo parecía haber telefilmes, de modo que al final optamos por uno de ciencia ficción cuyo presupuesto debia de haber sido menor que el mio cuando compré el Bronco. Cuando Sam se decidió al fin a decir algo, la pantalla estaba llena de tentáculos de plástico.

-i,Te molesta que tus padres sean como son?

Metí la nariz bajo su brazo. Me encantaba cómo olía allí; era puro Sam.

- —No quiero hablar de ellos.
 - -Pues a mí me gustaría hacerlo.
- —Ah, ¿y por qué? ¿Qué quieres que te diga? Me conformo. Mis padres son como son y a mí me vale con eso.

Sam me buscó la barbilla y me la levantó con suavidad.

- —No, no te vale, Grace. Llevo metido en esta casa no sé cuántos días y a. He visto cómo son. v no me parece que tú estés contenta.
- —Son como son. Nunca se me ocurrió pensar que los padres de los demás fuesen diferentes hasta que empecé a ir al colegio, hasta que empecé a leer. De todos modos, no pasa nada. Sam. de verdad.

Noté que me ponía colorada. Levanté la barbilla para sacarla de su mano y miré hacia el televisor, donde un coche se hundía en una ciénaga.

—Grace —murmuró Sam; estaba muy quieto, como si, por una vez, fuera yo el animal salvaje que podía huir al menor movimiento—. Grace, conmigo no te hace falta fingir.

Observé cómo algo viscoso aplastaba el coche con todos sus ocupantes; el volumen del televisor estaba tan bajo que resultaba dificil saber qué sucedía, pero me dio la impresión de que sus restos se convertían en tentáculos. En segundo plano se veía a un tipo que paseaba con un perro sin darse cuenta de nada. ¿Cómo podía no darse cuenta?

No me hizo falta mirar a Sam para darme cuenta de que me seguía mirando en lugar de atender a la televisión.

Me pregunté qué esperaba que dijera. En realidad, no tenía nada que decir. La forma de ser de mis padres no era un problema; mi vida era así, punto.

Los tentáculos empezaron a reptar por el suelo para unirse al monstruo original. Sin embargo, no iban a lograrlo; el monstruo había perecido bajo el fuego en Washington, y ya no era más que un montón de gelatina carbonizada. Los tentáculos recién nacidos tendrían que asolar el mundo por su cuenta y riesgo.

-¿Por qué no consigo que me quieran más?

¿Era yo quien acababa de pronunciar aquellas palabras? No reconocí mi tono de voz. Sam me rozó la mejilla con las yemas de los dedos, pero no había lágrimas en ella. No tenía ninguna gana de llorar.

- -Grace, tus padres te quieren. El problema es su forma de ser, no la tuya.
- —Lo he intentado todo. Nunca me meto en problemas. Saco buenas notas. Joder, hasta les preparo la comida cuando están en casa, lo cual no ocurre casi nunca... —definitivamente, no era yo quien hablaba: yo nunca decia tacos—. Y casi me muero dos veces, pero ni siquiera así empezaron a hacerme más caso. No es que quiera que estén todo el día haciéndome fiestas; sólo aspiro a que algún día. no sé que me... —no pude terminar la frase: no sabía cómo hacerlo.

Sam me abrazó

- -Vaya, Grace, lo siento. No quería hacerte llorar.
- -No estoy llorando.

Sam volvió a pasarme un dedo por la mejilla y me mostró la lágrima que se le había quedado prendida en la yema. Sintiéndome estúpida, dejé que me subiera a su regazo y me arrebujé entre sus brazos. En aquel cálido refugio, pude hablar de nuevo con mi voz.

- —A lo mejor es que soy demasiado buena. Si montara un follón en el instituto o les incendiara el garaje a los vecinos, tendrían que hacerme caso.
- —Tú no eres así, y lo sabes —repuso Sam—. Tus padres son gente egoísta que no sabe lo que tiene. Siento haber sacado el tema, ¿vale? Venga, que nos perdemos este peliculón.

Apoyé la mejilla en su pecho y escuché el golpeteo de su corazón: sonaba como el de cualquier otra persona. Llevaba tanto tiempo siendo humano que su olor a bosque casi se había disipado; me costaba recordar lo que había sentido al hundir los dedos en su pelaje de lobo. Sam subió el volumen del televisor y nos quedamos así, como un mismo ser repartido en dos cuerpos, durante mucho tiempo, hasta que olvidé la razón de mi disgusto y volví a ser y o misma del todo.

- -Me gustaría tener lo que tú tienes -dije.
- —¿Oué tengo?
- —La manada. Beck Ulrik Cuando hablas de ellos, se nota lo importantes que son para ti —afirmé—. Han hecho de ti la persona que eres. —Le señalé el pecho con un dedo—. Y eres maravilloso, así que ellos tienen que serlo también.

Sam cerró los ojos.

- —No sé. —Volvió a abrirlos—. De todas maneras, ocurre lo mismo contigo. Tus padres te han hecho ser tal como eres. ¿Piensas que serías tan independiente si estuvieran más en casa? Por lo menos, tú eres tú aunque tus padres no estén. Yo me siento distinto al que fui, porque gran parte de mí se ha quedado con Beck, Ulriky los demás.
- Oí un coche acercarse y me incorporé en el sillón. Sam también lo había oído.
 - —Hora de esfumarse —dijo.

Sin embargo, lo sujeté del brazo.

--Estoy cansada de esconderme. Creo que ha llegado la hora de que los conozcas.

Sam se quedó callado y miró hacia la puerta con cara de preocupación.

- -Bien, el fin está cerca -murmuró.
- -No te pongas melodramático. Mis padres no van a matarte.

Sam me miró, y una oleada de calor se me extendió por las mejillas.

-Perdona, no quería decir... Lo siento, Sam.

Quise apartar la vista de su rostro, pero no fui capaz. Era como contemplar un coche patinando en la carretera, a la espera del accidente inevitable. Sin

embargo, el gesto de Sam no varió; era como si el recuerdo de sus padres no estuviera conectado con sus emociones, un pequeño fallo técnico que le había permitido no perder la razón.

Con increíble generosidad. Sam cambió de tema.

- -- ¿Hago de novio educado, o soy sólo un amigo?
- —Novio. Se acabó el fingir.

Sam se separó de mí unos centímetros, apartó el brazo y lo apoyó en el respaldo del sofá. Luego miró a la pared y dijo:

—Hola, padres de Grace. Soy el novio de su hija. Por favor, observen que ni siquiera nos tocamos; soy un chico muy responsable y jamás le he dado un beso con lengua.

Los dos dimos un respingo al oír cómo se abría la puerta de la calle, y nos miramos con una risilla nerviosa.

- —¿Estás ahí, Grace? —preguntó mi madre desde la entrada—. ¿O hay un ladrón en casa?
 - —Hav un ladrón —contesté.
 - —Creo que me voy a desmayar —susurró Sam.
- —¿Seguro que estás tú sola, Grace? —inquirió mi madre con voz de extrañeza: no estaba acostumbrada a oírme reír—. ¿Está Rachel contigo?

Mi padre entró en el cuarto de estar y se quedó parado al ver a Sam.

Con una rapidez asombrosa, Sam volvió la cabeza en un gesto automático, lo suficiente para que la luz no le diese en los ojos. En aquel momento, cai en la cuenta de que sus ojos ya eran una rareza antes de que se convirtiera en licántropo.

Mi padre se quedó mirando a Sam, que le devolvía la mirada con aire tenso pero no asustado. Me pregunté si habría estado igual de tranquilo de saber que mi padre había participado en la partida de caza. De pronto, sentí vergüenza ajena: aquél era otro de los seres humanos a los que los lobos debían temer. Me alegré de no haberle dicho a Sam nada al respecto.

—Papá, éste es Sam —dije, con voz más alta de lo que pretendía—. Sam, éste es mi padre.

Mi padre siguió mirando a Sam un momento más y luego sonrió de oreja a oreja.

-Por favor, Sam, dime que eres el novio de mi hija.

A Sam se le pusieron los ojos como platos, y yo dejé escapar un suspiro de alivio

- -Pues sí, papá. Es mi novio.
- -¡Estupendo! Empezaba a pensar que tirabas más hacia la otra acera.
- -¡Papá!
- -¿Qué ocurre ahí? -preguntó mi madre desde la cocina. Me pareció que estaba sacando cosas de la nevera; la comida debía de haber sido mala-...¿Quién

es Sam?

—Mi novio

Mi madre no tardó más de un segundo en aparecer en el salón, acompañada de su eterna nube de olor a disolvente; tenía los antebrazos llenos de manchas de pintura. Conociéndola, supuse que había salido de casa sin limpiárselas a propósito. Se quedó parada en el umbral y nos miró alternativamente a Sam y a mí

-Aquí mi madre, aquí Sam -dije.

Percibí el vago aroma de las emociones que emanaban de los dos, aunque no supe identificarlas. Mi madre se había quedado embobada contemplando los ojos de Sam. vél. por su parte, parecía petrificado. Le di un codazo.

-Encantado de conocerte -dijo él con voz monocorde.

-Mamá -siseé-. ¡Madre! Aterriza. ¿quieres?

Mi madre volvió en sí y adoptó una expresión vagamente avergonzada que era rara en ella

—Tu cara me resulta conocida —afirmó, tratando de excusar el descaro con que lo había estado mirando.

—Antes trabajaba en la librería del pueblo. Será por eso —respondió Sam.

Mi madre hizo un gesto afirmativo con la mano.

—Si, seguro que es por eso —convino, adoptando la sonrisa deslumbrante que utilizaba para hacerse perdonar sus numerosas meteduras de pata—. Bueno, pues me alegro de conocerte. Me voy al piso de arriba, a trabajar un rato —añadió, levantando los brazos para que quedara claro a qué se refería con « trabajar».

Me entraron ganas de abalanzarme sobre ella; sabía que su tendencia a coquetear con todo sujeto del sexo masculino que hubiese dejado atrás la pubertad era un puro reflejo, pero aquello pasaba de la raya. En fin, así era mi madre

Lo que no me esperaba era la respuesta de Sam.

—Quisiera ver tu estudio, si no te importa —dijo—. Grace me ha hablado de tus cuadros, v me encantaría que me los enseñaras.

En parte era cierto: yo le había hablado de una exposición de mi madre especialmente pretenciosa, formada por una serie de cuadros con nombres de nube que retrataban a mujeres en traje de baño. Según mi madre, aquello era « arte comprometido». Yo no lo entendía y, lo que era más, tampoco lo quería entender

Mi madre le sonrió con poca convicción. Debía de pensar que la opinión de Sam con respecto al arte comprometido no andaba lej os de la mía.

Le dirigí a Sam una mirada extrañada: no me parecía propio de él hacer la pelota de aquella manera. Cuando mi madre desapareció escalera arriba y mi padre se encerró en su despacho, le pregunté:

-¿Qué te pasa? ¿Te gusta sufrir?

Sam subió el volumen del televisor en el momento en que una criatura con tentáculos se disponía a devorar a una mujer. Sólo quedó de ella un brazo evidentemente falso tirado en la acera.

- —No sé. Supongo que necesito caerles bien.
- —La única persona de esta casa a la que tienes que caerle bien es a mí. No te preocupes por ellos.

Sam agarró uno de los cojines del sofá, lo abrazó y hundió la cara en él.

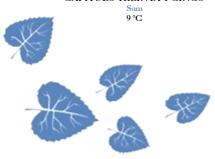
- —Tus padres van a tener que aguantarme durante mucho tiempo, ¿sabes? dijo con la voz amortiguada.
 - -¿Cuánto?
 - —Todo.
 - —¿Para siempre?

Sam me miró con una sonrisa increíblemente dulce; pero por encima de sus labios curvados, sus ojos se llenaron de tristeza, como si supiera que estaba mintiendo.

—Más aún.

Me acerqué a él, me arrellané de nuevo en el hueco de su brazo y los dos seguimos viendo la televisión. El bicho de los tentáculos se había puesto a reptar por las alcantarillas de una ciudad que no sospechaba su presencia. Los ojos de Sam estaban fijos en la pantalla como si de verdad quisiera ver aquel bodrio, pero yo no me estaba enterando de nada. Lo único que hacía era preguntarme por qué Sam podía transformarse y yo no.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO



Cuando la película terminó (el mundo se salvaba, no sin grandes daños colaterales), me senté junto a Grace a la mesa de la cocina y la observé mientras estudiaba. Estaba agotado; el tiempo, cada vez más frío, me iba robando las fuerzas poco a poco, aunque no lo bastante para forzar la transformación. Lo único que me apetecía era echarme en la cama de Grace o en el sofá y dormir la siesta, pero mi parte lobuna me hacía mantenerme en guardia y me impedia dormir en presencia de extraños. Al final, por hacer algo, dejé a Grace enfrascada en sus libros y subi por la escalera para ver el estudio.

Era fácil de encontrar; sólo había dos puertas en el rellano del piso de arriba, y una de ellas despedía un fuerte olor a productos químicos que me recordó al amargor de la naranja. La puerta estaba entreabierta. La empujé y parpadeé: en el techo había unas bombillas que imitaban la luz natural, y el resplandor que emitían estaba a medio camino entre el de un desierto a mediodía y el de un supermercado.

Las paredes estaban ocultas por capas y capas de lienzos colocados sin orden ni concierto. Había explosiones de color, figuras realistas en poses irreales, formas normales de tonos formales, cosas inesperadas en lugares cotidianos. Al mirarlas, me dio la impresión de haber caído en un sueño en el que todo lo que conocía se presentaba de manera insospechada. « Madriguera en la que todo es posible, / ¿lo que muestras es retrato, o es espejo? / Caleidoscopio de sueños que recorren / el desierto de color que ahora veo».

Contemplé dos cuadros enormes que estaban apoyados en una de las paredes. Ambos retrataban a un hombre besando el cuello de una mujer; la escena era idéntica, pero los colores se movían en tonalidades opuestas. El primero, bañado en rojos y púrpuras, era llamativo, feo y comercial. El otro, más oscuro, jugaba con tonos malvas y azules, y parecía esconderse del espectador. Era discreto y hermoso. Me recordó al día en que Grace y yo nos habíamos besado en la librería, a la sensación cálida y auténtica que me había provocado abrazarla.

—¿Cuál de ellos prefieres? —preguntó la madre de Grace con voz animada.

Supuse que aquélla era la actitud que adoptaba en sus exposiciones, la que utilizaba para animar a los visitantes a comprar sus obras.

Incliné la cabeza hacia el cuadro de tonos azules.

- —Éste. sin duda.
- —¿De verdad? —preguntó con franca sorpresa—. Eres el primero que lo dice. Todo el mundo prefiere el otro —dijo volviéndose hacia mí—. He vendido cientos de copias de él.
 - —Bueno, tampoco está mal —repuse, cortés, y ella se rió.
- —Es repugnante. ¿Sabes cómo se llaman? —Los señaló con el índice, primero el azul y después el rojo —. Éste, Amor, éste, Lujuria.

Sonreí

- -Algo debe de andar mal con mis niveles de testosterona.
- —¿Por haber elegido Amor? No lo creo, la verdad. En cualquier caso, esto no son más que cosas mías; Grace me dijo que era una estupidez pintar dos veces la misma escena. Además, opina que los ojos de él están demasiado juntos en los dos cuadros.

Volví a sonreír

-Muy propio de Grace. Pero ella no es una artista.

La boca se le torció en una mueca de tristeza.

-No. Grace es muy pragmática. No sé de quién lo habrá heredado.

Me acerqué a otro grupo de cuadros: animales caminando sobre las cuerdas de un tendedero, un ciervo en una ventana, peces asomando por una boca de desarüe.

- -¿Eso te decepciona? -pregunté.
- —No, claro que no. Grace es Grace, y hay que aceptarla tal y como es —se apartó para dejarme ver, en un reflejo adquirido tras años de engatusar a compradores—. Imagino que disfrutará de una vida más sencilla que la mía. Tendrá un trabajo convencional, y será estable y feliz.

- —Parece que quieras convencerte a ti misma —aventuré sin atreverme a mirarla. Ella suspiró.
- —Supongo que es normal que quieras que una hija siga tus pasos. Pero a Grace sólo le interesan los números, los libros y los porqués de las cosas. A veces, me cuesta entenderla.
 - —Y viceversa.

—Sí. Pero tú también eres artista, ¿verdad? Tienes que serlo.

Me encogi de hombros. Al entrar había visto una guitarra apoyada junto a la puerta, y no veia el momento de buscar acordes para algunas de las letras que tenía en la cabeza.

—Lo mío no es la pintura, sino la música. Toco algo la guitarra.

Nos quedamos en silencio. Observé un cuadro en el que un zorro asomaba el hocico bajo un coche aparcado.

-; Llevas lentillas? -me dijo al cabo de un rato.

Me habían preguntado tantas veces lo mismo que casi había olvidado lo mucho que le costaba a la gente atreverse a hacerlo.

-No

—Resulta que, como pintora, estoy pasando por un período de sequía. Me gustaría que me dejaras pintarte, sólo un bosquejo rápido. —Soltó una carcajada poco natural—. Por eso me quedé mirándote al llegar. Con ese cabello oscuro y esos ojos, podría hacer un magnifico estudio de color. Me recuerdas a los lobos que andan por estos bosques. ¿Te ha hablado Grace de ellos?

El cuerpo se me tensó. Su comentario parecía demasiado certero para ser casual, y más después de la conversación que había mantenido hacía unos días con Olivia. El lobo que había en mí me empujaba a poner pies en polvorosa: correr escalera abajo, abrir la puerta y hallar cobijo en la seguridad de los árboles. Me hizo falta un largo momento para aplacar el instinto de huir y convencerme de que la madre de Grace no podía saber nada, de que estaba exagerando al interpretar sus palabras. Luego, advertí que llevaba demasiado tiempo sin abrir la boca.

- —Yo... no pretendía incomodarte —masculló la madre de Grace, apurada—. No hace falta que poses, si no quieres. Hay mucha gente a la que le da corte hacerlo. Además, seguro que estás deseando volver con Grace.
- —Tranquila, no me has molestado —repuse, queriendo disculparme de algún modo—. Bueno, si que me da un poco de vergüenza, pero no tanta. ¿Te importa si hago algo mientras me pintas? No tengo que quedarme quieto con la mirada perdida, zverdad?
- —¡Por supuesto que no! —exclamó ella, abalanzándose literalmente sobre su caballete—. ¿Por qué no tocas la guitarra? Ah, esto va a ser genial. Muchas gracias. Siéntate allí, bajo esas luces.

Mientras yo iba a buscar la guitarra, ella corrió por el estudio colocando una

silla para que me sentara en ella, aj ustando las luces y desplegando una pantalla amarilla para proyectar sobre mí un resplandor dorado.

-Entonces, ¿puedo moverme un poco?

Por toda respuesta, ella sacudió la mano en la que ya tenía el pincel. Luego colocó un lienzo en blanco en el caballete y depositó varios pegotes de óleo negro sobre una paleta.

-Sí, sí. Toca tranquilo.

Afiné la guitarra, me acomodé bajo la luz dorada y empecé a rasguear las cuerdas mientras tarareaba por lo bajo mis canciones, recordando todas las veces en que había tocado para la manada sentado en el sofá de la casa de Beck, todas las tardes que había pasado aprendiendo acordes con Paul y cantando a coro con él. De fondo se oía el roce de la espátula y los pinceles sobre el lienzo; me pregunté qué estaría haciendo la madre de Grace con mi cara mientras yo estaba despistado.

- —Oigo que murmuras —me dijo—. ¿Cantas?
- —Ajá —musité a modo de respuesta, sin dejar de tocar. La espátula y los pinceles se movían sin descanso.
- —: Son tuv as esas canciones?
- —Sí
- -- ¿Has compuesto alguna para Grace?

Había compuesto miles de canciones para Grace.

—Sí.
—Me gustaría oírla.

En vez de interrumpir la melodía, modulé hasta llegar a una tonalidad may or y, por primera vez en aquel año, empecé a cantar en voz alta. Se trataba de la canción más alegre que había compuesto, y también de la más sencilla.

Chica de verano, me enamoré de una chica de verano. Chica de verano, yo soy un tipo frío para una chica de verano.

Está todo en su mano, sol y brisa de verano. Sé que el verano se acaba, sé que tengo que apurarlo. Y siempre recordaré a mi chica de verano

La madre de Grace me miró.

-No sé qué decir -admitió, mostrándome un brazo-. Se me ha puesto la

carne de gallina.

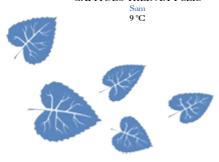
Posé la guitarra en el suelo con mucho cuidado para que las cuerdas no sonaran. De repente, me asaltó la urgencia de pasar todo mi tiempo, tan escaso, al lado de Grace.

Y justo en el momento en que decidí no malgastar ni un segundo más, sonó abajo un violento estruendo. Fue tan repentino que, durante unos instantes, la madre de Grace y yo nos miramos sin comprender qué había ocurrido.

Luego oímos un grito.

Y después un gruñido. Salí del estudio a todo correr.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS



Nunca me olvidaría de la cara de Shelby cuando me preguntó si quería ver sus cicatrices.

- -¿Qué cicatrices? -inquirí.
- -Las que me hicieron los lobos cuando me atacaron.
- -No.

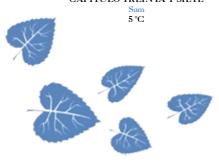
A pesar de todo, me las mostró. Su vientre era un amasijo de piel cicatrizada que desaparecía bajo el sujetador.

—Me dejaron la barriga como una hamburguesa cruda.

Yo no quería saber más detalles, pero a Shelby le daba igual.

—Debe de ser horrible morir a nuestras manos. No creo que haya una muerte peor —dijo sin bajarse la blusa.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE



Al entrar en el cuarto de estar, me avasalló un torbellino de sensaciones. Entrecerré los ojos, cegado por una ráfaga de aire helado que me retorció las tripas. Miré la puerta que comunicaba aquella estancia con el porche: estaba rota, y del marco colgaban grandes fragmentos de cristal. Había muchos más por el suelo, salpicados de manchas rosadas.

En medio de la habitación había una silla tirada y, alrededor, las baldosas estaban llenas de lo que parecía pintura roja, esparcida en grandes manchurrones que llegaban hasta la puerta de la cocina. Entonces oli a Shelby y, por un momento, me quedé helado, petrificado por la ausencia de Grace, el frío y el olor a sangre y a pelo mojado.

-: Sam!

Tenía que ser Grace; pero su voz sonó extraña y apenas reconocible, como si alguien tratara de imitarla. Resbalé en uno de los charcos de sangre, me agarré al picaporte para no caer y entré en la cocina.

A la cálida luz de la lámpara, la escena que encontré era surrealista. Una hilera de huellas ensangrentadas serpenteaba hasta el fondo, donde Shelby tenía

acorralada a Grace contra unas alacenas. Grace se debatía y pataleaba, pero Shelby era una loba muy fuerte y apestaba a adrenalina. Por la cara de Grace cruzó un gesto inconfundible de dolor y, en ese instante, Shelby sacudió la cabeza y la hizo caer. Yo ya había visto aouella escena. años atrás.

Deje de sentir frío. Volví la cabeza y vi una sartén de hierro sobre un fogón; la cogí, sorprendido por su peso, apunté a la cadera de Shelby para no golpear a Grace y dejé caer el brazo con todas mis fuerzas.

Shelby se revolvió gruñendo y me enseñó los dientes. No hacía falta que hablásemos el mismo idioma para entender lo que me estaba diciendo: «No te metas en esto». En mi mente se dibujó una imagen de una claridad cortante: Grace tirada en el suelo de la cocina, boqueando, muriéndose, y Shelby contemplándola impertérrita. La escena apareció en mi cabeza con tal fuerza que me quedé paralizado; así debía de sentirse Grace cuando compartía con ella la imagen del bosque dorado. Era como el más vivido de los recuerdos, un recuerdo de Grace en sus últimos estertores.

Dejé caer la sartén y me arrojé sobre Shelby, que acababa de clavar los colmillos en el brazo de Grace

Le aferré el hocico, metí la mano por debajo y presioné con todas mis fuerzas hacia arriba para cerrar la tráquea. Shelby soltó un quejido y aflojó las mandibulas. Aproveché el momento para apoy ar los pies en las alacenas y coger impulso para separarla de Grace. Los dos rodamos enredados por el suelo, mientras sus zarpas repiqueteaban sobre las baldosas y mis zapatos chirriaban al resbalar sobre la sangre.

Shelby gruñó enfurecida y me lanzó un mordisco a la cara, Pero se detuvo antes de clavarme los colmillos. La imagen de Grace moribunda en el suelo volvía a aparecer una y otra vez en mi cabeza.

Me recordé a mí mismo quebrando huesos de pollo.

Con la mayor claridad de que fui capaz, me imaginé matando a Shelby, y ella se debatió para liberarse de mi agarrón como si me hubiese leido el pensamiento.

-; Papá, no! ¡Cuidado! -gritó Grace.

A mi lado sonó un disparo.

Durante un instante, el tiempo se detuvo; o, mejor dicho, se desvaneció y fue recuperando el ritmo lentamente, como una bombilla que parpadeara antes de encenderse, como una mariposa que aleteara y luego echara a volar hacia la luz del sol.

Shelby cayó sobre mí con todo su peso y me hizo resbalar hasta quedar apoyado en las alacenas. La solté.

Estaba muerta. O, al menos, le faltaba poco: estaba en los últimos estertores. Sin embargo, yo sólo podía pensar en cómo había quedado el suelo de la cocina. Observé los cuadrados de linóleo blanco y las huellas que mis zapatos habían dejado al pisar la sangre. Entre ellas quedaba una solitaria huella de loba, perfectamente dibujada en medio de toda la confusión.

No supe por qué percibía el olor de la sangre con tanta fuerza hasta que me miré los brazos y vi la sangre que bañaba mis muñecas y mis manos. Haciendo un esfuerzo por conservar la calma, recordé que aquella sangre era de Shelby. Estaba muerta, y aquella era su sangre. No era la mía, sino la suya. Suya.

Mis padres contaron lentamente hasta tres y la sangre comenzó a manarme de las venas.

Iba a vomitar.

Era de hielo.

Era de meio.

—¡Tenemos que sacarlo de aquí! —La voz de la muchacha perforó el silencio como un clavo—. ¡Hay que hacer que entre en calor! ¡Yo estoy bien, de¡adme! ¡Vamos, ayudadme a moverlo!

Sus voces, demasiadas y demasiado fuertes, me desgarraron la mente. Sentí movimiento alrededor, cuerpos que pasaban y giraban rozando mi piel; pero en mi interior había una zona en que la quietud era total.

Grace. Me aferré a aquel nombre. Si no lo olvidaba, todo iría bien.

Grace.

Empecé a temblar incontrolablemente. Mi piel se desprendía sin que pudiera evitarlo.

Grace.

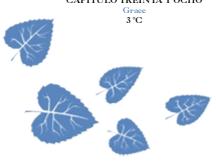
Mis huesos se arqueaban, se retorcían, me aprisionaban los músculos.

Grace

Dejé de sentir que me sujetaba el brazo, pero no dejé de ver sus ojos frente a los míos.

-Sam -me dijo-, no te vayas.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO



—¿Quién podría hacerle algo así a un niño? —dijo mi madre con una mueca. No supe si su gesto se debía a lo que acababa de contarle o al olor a orina y a antiséptico que había en el hospital.

Me encogí de hombros y me revolví en la cama, incómoda. No tenía por qué estar en aquel lugar; ni siquiera me habían dado puntos en la herida del brazo. Lo único que quería era ver a Sam.

—Debe de estar un poco tocado, ¿no? —continuó mi madre, observando con el ceño fruncido el televisor apagado que había frente a la cama—. Bueno, claro, cómo no iba a estarlo —añadió, sin dejarme tiempo para contestar—. Desde luego. Nadie podría vivir algo semejante y salir indemne. Pobre. Parecía estar pasándolo fatal.

Sam había salido para hablar con una enfermera, y rogué para mis adentros que mi madre cambiase de tema antes de que regresara. No quería pensar en la curva de sus hombros, en la forma antinatural en que su cuerpo se había retorcido como consecuencia del frío. Por otra parte, esperaba que Sam comprendiese por qué le había hablado de sus padres a mi madre; era la única

forma que se me había ocurrido de tapar el verdadero secreto.

—Ya te lo he dicho, mamá: Sam no soporta recordar esa parte de su vida. Es normal que reaccionara así al ver que tenía los brazos ensangrentados; se llama condicionamiento clásico, o algo así, Búscalo en Google.

Mi madre se colocó las manos en los hombros, como si quisiera abrazarse a sí misma

- -De todas formas, menos mal que estaba en casa. Si no llega a ser por él...
- —Sí, claro, yo estaría muerta, etcétera, etcétera. Pero Sam sí que estaba, así que al final no ha pasado nada. ¿Por qué estáis todos tan nerviosos?

Era verdad, no había sido para tanto; casi todas las heridas que me había hecho Shelby se habían transformado y a en feos moratones, aunque mi carne no cicatrizaba tan rápido como la de Sam.

—Porque te falta instinto de supervivencia, Grace. Actúas como si fueras un tanque: vas arrasando con todo como si nada pudiera detenerte, hasta que te encuentras con un tanque más grande que tú. ¿Estás segura de que quieres salir con un chico que tiene un historial semejante? —Mi madre pareció animarse, muy metida en su papel—. Le podría dar un brote psicótico. Por lo que he leído, es frecuente que ocurran al cumplir los veintiocho, o algo así. Imaginate: convivirías con una persona normal que un buen día amanecería convertido en un asesino en serie. En fin, hasta ahora nunca te he dicho lo que tienes que hacer con tu vida, pero... ¿Y si te pidiera que cortaras con é!?

Aquello sí que no me lo esperaba.

—Te respondería que, dado que no has ejercido de madre jamás, has perdido hace mucho tiempo tu derecho a opinar sobre lo que tengo que hacer —respondí con voz cortante.— Sam y vo estamos juntos. Punto.

Mi madre alzó las manos como si tratara de impedir que la arrollara el tanque Grace

—Bueno, vale, tienes razón. Pero ten cuidado, ¿eh? Es que... y o qué sé. Voy a buscar algo de beber.

Con aquello, su exhibición de poderío maternal terminó tan repentinamente como había comenzado. Había hecho de madre llevándonos al hospital, observando cómo la enfermera me hacía las curas y previniéndome contra mi novio psicótico, y luego había dado su labor por terminada. Estaba claro que mi vida no corría peligro inmediato y, para mi madre, con aquello era más que suficiente.

Pocos minutos después, se abrió la puerta y entró Sam. A la luz verdosa del hospital se le veía pálido y cansado. No me importó: al menos, era humano.

-¿Qué te han hecho? -le pregunté.

Sus labios se curvaron en una sonrisa desganada.

—Me han vendado una herida que ya se ha curado. ¿Qué le has dicho a tu madre? —inquirió, mirando alrededor. —Le he contado lo de tus padres y le he dicho que por eso te habías puesto tan raro. Se lo ha tragado todo. ¿Estás bien? ¿Te has...?—No supe cómo terminar la pregunta—. Mi padre ha dicho que está muerta. Me refiero a Shelby. Supongo que no pudo recuperarse tan deprisa como tú; todo fue muy rápido.

Sam me posó las manos a los lados del cuello y me dio un beso.

Luego apoyó su frente en la mía, y vi cómo sus ojos se fundían hasta convertirse en uno solo.

- —Vov a ir al infierno.
- —¿Cómo?
- El cíclope parpadeó.
- -Porque su muerte debería apenarme.

Lo aparté de mí para estudiar su cara; estaba extrañamente inexpresiva. Me quedé sin saber qué decir. pero Sam me agarró las manos y apretó con fuerza.

—Sé que debería estar hecho polvo, pero no puedo evitar alegrarme por haber salido de una pieza. No me he transformado, tú estás bien y, por el momento, la muerte de Shelby significa que tengo una cosa menos de la que preocuparme. Estov como... borracho.

-Mi madre cree que te falta un tornillo -le informé.

Sam me besó otra vez, cerró los ojos y luego volvió a rozar mis labios con los suyos.

-Tiene razón. ¿Quieres salir corriendo?

No supe si se refería a marcharnos del hospital, o a que yo huyera de él.

Como yo, Sam tenía que someterse a un tratamiento contra la rabia; era obligatorio para todos los pacientes que hubieran sufrido el ataque de un animal salvaje. Por desgracia, no podíamos contar a los médicos que Sam conocía perfectamente al animal salvaje en cuestión, y que lo que padecía no era rabiano pura mala leche. Me moví para dejarle sitio a Sam en el colchón, y él se sentó sin dejar de mirar la jeringuilla que la enfermera tenía en las manos.

—No mires la aguja —le aconsejó la enfermera mientras le retiraba la manga ensangrentada para descubrir el brazo.

Sam apartó los ojos y me miró; pero tenía la mirada perdida, como si estuviera en otra parte. Observé cómo la enfermera clavaba la aguja y apretaba el émbolo, y jugué a imaginar que aquella iny ección era una cura para Sam, una dosis de verano líquido en vena.

Una segunda enfermera asomó la cabeza en la habitación.

- --Brenda, ¿has terminado? --preguntó---. Creo que te necesitan en la trescientos dos. Hay una chica que tiene una crisis nerviosa.
 - -- Estupendo -- repuso Brenda con sarcasmo---. Bueno, esto ya está. -- Me

miró y agregó-: En cuanto termine con el papeleo, se lo daré a tu madre.

-Gracias -le dijo Sam, y me cogió de la mano.

Salimos juntos al pasillo y, durante un curioso momento, me sentí de vuelta en la noche en que nos habíamos conocido, como si no hubiera pasado el tiempo.

—Espera —le pedí a Sam al pasar junto a la sala de espera de urgencias. Recorrí la estancia con la mirada, pero no vi lo que buscaba.

--: Oué pasa?

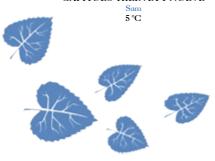
—¿Que pasa?

—Antes me pareció ver a la madre de Olivia —dije, repasando de nuevo las caras que se alineaban junto a las paredes. Todas eran desconocidas.

Miré a Sam: tenía los orificios nasales dilatados como si estuviera olfateando y había fruncido el ceño, pero no dijo nada. Al llegar a la salida, vimos que mi madre nos esperaba junto a la puerta con el coche en marcha; no era consciente del favor que le había hecho a Sam, pero se lo agradecí en el alma.

Más allá del coche se arremolinaban cientos de copos de nieve diminutos, como si tej ieran una malla de frio invernal. Sam tenía los ojos fijos en los árboles que había al fondo del aparcamiento, apenas visibles bajo la luz de las farolas. Supuse que estaría pensando en el frio que se colaba por las rendijas de la puerta, o en el cuerpo muerto de Shelby, que ya nunca recuperaría la forma humana, o tal vez, igual que vo, en una ieringuilla imaginaria llena de verano líquido.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE



Mi vida estaba hecha de retazos: domingo tranquilo, café en el aliento de Grace, la extrañeza de encontrarme una nueva cicatriz en el brazo, el peligroso aroma de la nieve en el ambiente... Dos mundos que giraban en espiral acercándose cada vez más, entrelazando sus órbitas de un modo que nunca habría creido posible.

El recuerdo del día anterior flotaba a mi alrededor en el oscuro olor a lobo que persistía en mi cabello y en las puntas de mis dedos. Me había faltado muy poco para rendirme. Veinticuatro horas más tarde, tenía la impresión de que mi cuerpo seguía luchando.

Estaba agotado.

Me acurruqué en un mullido sillón de cuero e intenté entretenerme con una novela, más dormido que despierto. La temperatura había bajado de repente, y Grace y yo nos habíamos refugiado en el despacho que su padre nunca usaba. Me gustaba aquella habitación: las paredes estaban cubiertas de estanterías en las que se alineaban los oscuros lomos de enciclopedias demasiado viejas para tener interés, y trofeos deportivos demasiado antiguos para que nadie les prestara

atención. En conjunto, era una estancia pequeña y cálida, una especie de madriguera con sillones de piel, muebles de madera con olor a humo y carpetas apiladas; un lugar en el que sentirse seguro para poder pensar a gusto.

Grace estaba sentada a la mesa, haciendo un trabajo. Su cabello reflejaba la luz de las lámparas de metal dorado que había en el despacho, en una escena de cuadro antiguo. Me quedé mirándola: su forma de sentarse, con la cabeza inclinada en un gesto de terca concentración, me cautivaba mucho más que el argumento de mi novela.

Me di cuenta de que llevaba y a un rato sin mover el bolígrafo.

-¿En qué piensas?

Ella hizo girar la silla, llevándose el bolígrafo a los labios, y tuve que contenerme para no darle un beso en aquel mismo instante.

—En lavadoras. Pensaba que, cuando me independice, tendré que elegir entre ir a una lavandería todas las semanas o comprar una lavadora.

Me la quedé mirando, fascinado y horrorizado a partes iguales por aquel vistazo inesperado al interior de su mente.

- --: Y eso es lo que te tiene tan distraída?
- —No estoy distraída. Estaba dándome unos minutos para descansar de este ridiculo cuento que me han mandado leer —se defendió Grace, inclinándose de nuevo sobre la mesa

Durante un rato reinó el silencio; Grace seguía sin posar el bolígrafo en el papel.

- —¿Crees que hay alguna cura? —preguntó al fin sin levantar la cabeza.
 - Cerré los oj os y suspiré.
 - -Ay, Grace.
- —Vamos, háblame de ello —insistió—. ¿Qué te hace ser lo que eres? ¿Tiene una explicación científica, o es magia?
 - -- ¿Tanto te importa que sea lo uno o lo otro?
- —Pues claro que sí —repuso ella con frustración en la voz—. La magia es algo inconcreto, intangible. La ciencia, sin embargo, podría encontrar una cura. ¿Nunca te has preguntado cómo empezó todo?
- —Un día, un lobo mordió a una persona y la persona se contagió de algo repuse sin abrir los ojos—. No sé si sería ciencia o magia, pero en el fondo da igual. El caso es que no sabemos por qué somos lo que somos.

Grace no añadió nada más, pero pude sentir su inquietud. Me quedé sentado en silencio, oculto tras mi libro, consciente de que ella necesitaba escuchar palabras que yo no podía decirle. Me pregunté quién de los dos estaba comportándose de manera más egoísta: ella, por aspirar a algo que nadie podía prometerle, o yo, por no prometerle algo que era dolorosamente imposible no desear

Antes de que ninguno de los dos se animara a romper el silencio, la puerta del

despacho se abrió y entró el padre de Grace, con las gafas empañadas por el cambio de temperatura. Recorrió la habitación con la mirada, deteniêndose en todo lo que no le resultaba familiar: la guitarra de su mujer, apoyada contra el sillón; mis manoseados libros, apilados en una mesita baja; el ordenado montón de bolígrafos y lápices sobre su escritorio; o la cafetera que Grace había traído para satisfacer sus ansias de cafeina, una especie de electrodoméstico de juguete para bebés adictos al café que pareció fascinar al padre de Grace tanto como a mí

- —Hola. Por lo que veo, habéis ocupado mi estudio.
- —Estaba abandonado —replicó Grace sin apartar la mirada de sus tareas—. Es una pena no aprovecharlo, así que te lo hemos requisado. Jamás volverá a ser tuyo.
- —Sí, seguro —se mofó él; luego volvió la mirada hacia mí, que estaba repantigado en su sillón—. ¿Qué lees?
 - -Bel Canto -respondí.
 - -No lo conozco. ¿De qué va?

Levanté el libro para dejarle ver la cubierta.

-Cantantes de ópera y cocineros. Ah, y terroristas.

Para mi sorpresa, el padre de Grace adoptó una expresión de complicidad.

-Seguro que a mi muier le encantaría.

Grace se giró y nos miró.

—Papá, ¿qué hiciste con el cuerpo?

Su padre pestañeó, confuso.

- —¿Cómo?
- —La loba que mataste. ¿Qué hiciste con ella?
- -Ah. La llevé al porche.
- —¿Y…?
- —¿Y qué?

Exasperada, Grace se separó de la mesa impulsándose con ambas manos.

-¿Y qué hiciste después de eso? No la habrás dejado pudriéndose en el porche, ¿verdad?

Una vaga sensación de náusea se me empezó a acumular en la base del estómago.

—Grace, ¿a qué se debe tanto interés? Supongo que tu madre se habrá encargado de ello.

Ella se llevó los dedos a las sienes.

- —Pero papá, ¿cómo iba a ocuparse de ello? ¡Si estaba con nosotros en el hospital!
- —Ah, la verdad es que no se me ocurrió pensarlo. Iba a llamar a la protectora de animales para que vinieran a recogerla, pero como a la mañana siguiente ya no estaba, pensé que habría llamado ella.

Grace gimió.

—¡Papá! ¡Mamá no es capaz de llamar por teléfono ni para pedir una pizza! ¡Cómo iba a llamar a la protectora?

Su padre se encogió de hombros.

—Para todo hay una primera vez. De cualquier modo, no hay por qué preocuparse; se la habrá llevado algún animal del bosque. No creo que los bichos muertos puedan contagiar la rabia.

Grace se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada sin decir nada, como si su comentario fuera demasiado ridículo para dignarse contestarlo.

—No te enfurruñes, anda —le dijo él, empujando la puerta con el hombro para salir de la habitación—. No merece la pena.

—Siempre tengo que encargarme yo de todo —le recriminó Grace con voz glacial.

El le dedicó una sonrisa cariñosa, como si le divirtiera verla tan enfadada por una menudencia.

—Sí, no sé qué haríamos tu madre y yo sin ti. Venga, hija, no te quedes levantada hasta muy tarde, que mañana tienes clase.

La puerta se cerró tras él y Grace se quedó mirando las estanterías, el escritorio la puerta: todo menos mi cara.

Cerré la novela sin marcar la página en la que había interrumpido la lectura.

- —No está muerta.
- —Puede que mi madre haya llamado a la protectora —repuso Grace con la mirada fiia en la mesa.
 - -Sabes que no lo ha hecho. Shelby está viva.
- —Sam, cállate. Por favor. No lo sabemos. Tal vez otro lobo haya arrastrado su cuerpo hasta el bosque. No saques conclusiones apresuradas.

Grace alzó al fin la mirada, y entonces comprendí que, pese a lo mal que se le daba adivinar los sentimientos de los demás, había comprendido perfectamente lo que Shelby significaba para mí: era mi pasado que alargaba sus zarpas, que trataba de arrebatarme de aquel mundo antes incluso de que lo hiciera el invierno.

Me daba la impresión de que las cosas se me estaban yendo de las manos. Había encontrado el paraíso y me había aferrado a él con todas mis fuerzas. Pero el paraíso había empezado a deshacerse en una finísima hebra que se me escurría entre los dedos.

CAPÍTULO CUARENTA Sum 14°C

Así que salí a buscarlos.

Los días siguientes, mientras Grace iba al instituto, me dediqué a seguirles los pasos, a perseguir a aquellos dos lobos en los que no confiaba y que hubieran debido estar muertos. Mercy Falls era un pueblo pequeño. El bosque de Boundary no lo era tanto, pero lo conocía al dedillo; me costaría menos ahondar en sus secretos que en los del pueblo.

Encontraría a Shelby y a Jacky me enfrentaría a ellos a mi manera.

Sin embargo, Shelby no había dejado ningún rastro en el porche, de modo que no podía desechar la posibilidad de que estuviese muerta. Y en cuanto a Jack, no encontré ni el más leve indicio de su presencia; era como un fantasma que hubiera desaparecido llevándose su propio cadáver. Pronto tuve la impresión de haber recorrido el condado entero buscándolo.

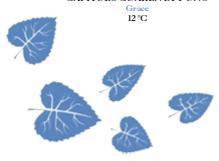
Tenía la vaga esperanza de que él también hubiera muerto. Tal vez lo hubiera atropellado un camión y lo hubieran tirado a cualquier vertedero. Sin embargo, no hallé nada que confirmara mi teoría: ninguna pista que me llevara a una carretera, ningún árbol marcado, ni siquiera un leve olor a licántropo joven en el

aparcamiento del instituto. Había desaparecido por completo, igual que la nieve en verano.

Debería haberme alegrado por ello. Al fin y al cabo, su ausencia favorecía a la manada. Si Jack desaparecía, se acababan los problemas.

Sin embargo, no lograba convencerme a mí mismo. Los lobos hacíamos muchas cosas —transformarnos, ocultarnos, cantar a la luna fria y solitaria—, pero no nos evaporábamos sin dejar rastro. Los que desaparecían eran los seres humanos. Esos mismos seres humanos que nos convertían en monstruos.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO



Sam y yo éramos como los caballitos de un tiovivo. Nos habíamos instalado en la misma rutina un día tras otro —casa, instituto, casa, instituto, librería, casa, instituto...—, pero, en el fondo, no hacíamos más que dar vueltas alrededor de lo único que importaba de verdad, el corazón de todo aquello: el invierno. El frío. La separación.

Nunca hablábamos sobre ello, pero a mí me parecía sentir constantemente el frío que aquella sombra proyectaba sobre nosotros. Hacía años había leído un libro malisimo sobre mitos griegos en el que aparecía un hombre llamado Damocles, sobre cuyo trono colgaba una espada sujeta tan sólo por un cabello. Ahora, Damocles éramos Sam y yo: la vida humana de Sam pendía de una hebra finisima.

Aquel lunes, siguiendo nuestra rutina de tiovivo, fui al instituto. Aunque sólo habían pasado dos días desde el ataque de Shelby, todas mis heridas habían desaparecido, incluidos los moratones. Parecía como si los licántropos me hubieran pegado algo de su capacidad de recuperación.

Al llegar, comprobé con sorpresa que Olivia había faltado a clase de nuevo.

El año anterior no lo había hecho ni un solo día

Pensé que se presentaría en alguna de las dos clases en las que coincidíamos antes del recreo, pero no apareció. Me extrañaba ver su pupitre vacío en el aula. Quise creer que estaría enferma; pero, aunque me costaba reconocerlo, en el fondo sabía que tenía que ser algo más. A cuarta hora ocupé mi lugar habitual, detrás de Rachel.

-Oye, Rachel, ¿has visto a Olivia?

Rachel se volvió para mirarme. —;Oué?

—Olivia. ¿No tenía que ir a ciencias contigo?

Se encogió de hombros.

- —No sé nada de ella desde el viernes. La llamé por teléfono y su madre me dijo que estaba enferma. Por cierto, ¿qué pasa contigo, guapa? ¿Dónde has estado este fin de semana? No me llamas, no me escribes...
- —Es que me mordió un mapache —mentí—. Me tuvieron que poner la vacuna de la rabia, y me pasé el domingo en la cama. No quería salir a la calle por si empezaba a soltar espumarajos por la boca y a pegarle mordiscos a la gente.
 - -- ¡Tremendo! ¿Dónde te mordió?

Me señalé las piernas, enfundadas en vaqueros.

—En el tobillo, pero no fue nada. En serio, estoy preocupada por Olivia. No me responde cuando la llamo.

Rachel frunció el ceño y cruzó las piernas. Siempre llevaba alguna prenda de rayas, y aquel día eran unas medias con los colores del arcoíris.

—Yo tampoco he podido hablar con ella —repuso—. ¿Y si nos está evitando? ¿Sigue enfadada contigo?

Meneé la cabeza.

-Creo que no.

Rachel hizo una mueca.

- —Pero entre nosotras todo va bien, ¿no? Lo digo porque hace tiempo que no hablamos. Y han estado pasando muchas cosas, ¿no crees? Me extraña que no me hayas comentado nada... Tampoco vienes a mi casa ni voy yo a la tuya, ni salimos i untas...
 - —No te preocupes, y o no tengo ningún problema contigo —le aseguré.

Rachel se rascó las piernas y se mordió el labio.

—¿Y si vamos a su casa para ver si la pillamos allí?

Me tomé unos momentos para pensar, mientras Rachel me observaba en silencio. Aquello era terreno desconocido para las dos: nunca habíamos tenido que esforzarnos para mantener unida nuestra pequeña pandilla. Yo no estaba nada segura de querer ir a la caza de Olivia; me parecía una medida un tanto drástica. Aunque, por otra parte, hacia mucho que no la veiamos ni hablábamos

con ella

—Podemos esperar a que acabe la semana, ¿no crees? —propuse—. Si para entonces no llama ni da señales de vida, pues...

Aliviada, Rachel asintió.

-Trato hecho

Miró hacia delante justo en el momento en que el señor Rink, de pie ante la clase, se aclaraba la garganta para llamar nuestra atención.

—Bien, chicos y chicas —dijo el profesor—. Es probable que ya os lo haya dicho algunos de mis compañeros, pero, por si acaso, os recordaré que no debéis beber agua en las fuentes públicas ni dar besos a desconocidos. El Departamento de Salud ha informado de un par de casos de meningitis en esta región. ¿Y cómo se contagia la meningitis, eh? ¿Alguien lo sabe? ¡Por los mocos! ¡Las mucosas! ¡Prohibido besar y chupetear! ¡Quedáis avisados!

El fondo de la clase respondió con murmullos, abucheos y risotadas.

—Bueno, y ya que no podéis dedicaros a esas interesantes actividades, haremos algo igual de divertido. ¡Ciencias sociales! Abrid los libros por la página ciento doce.

Por milésima vez, miré hacia la puerta con la esperanza de ver aparecer a Olivia v abrí el libro de texto.

Cuando llegó la hora de comer, fui a mi taquilla para coger el teléfono y llamé a la casa de Olivia. Tras doce tonos, saltó el contestador. No dejé ningún mensaje; si había faltado a clase sin estar enferma, no quería delatarla. Cuando iba a cerrar la taquilla, me di cuenta de que el bolsillo más pequeño de mi mochila estaba medio abierto. Dentro había un trozo de papel con mi nombre escrito. Lo desdoblé y me ruboricé al reconocer la letra desordenada y desigual de Sam

UNA Y OTRA VEZ, AUNQUE CONOZCAMOS LOS PAISAJES
DEL AMOR, SU PEQUEÑO CEMENTERIO LLENO DE NOMBRES
TRISTES Y EL ABISMO TERRORÍFICAMENTE SILENCIOSO EN
EL QUE CAEN LOS OTROS; UNA Y OTRA VEZ, LOS DOS
SALIMOS A CAMINAR BAJO LOS ÁRBOLES ANTIGUOS, NOS
TUMBAMOS UNA Y OTRA VEZ SOBRE LAS FLORES
MIRANDO AL CIELO.

ES DE RILKE. OTALÁ TE LO HUBIERA ESCRITO YO.

No lo entendí del todo, pero pensé en Sam y volví a leerlo en voz muy baja. Al decir cada una de las palabras, se volvían hermosas. Me di cuenta de que estaba sonriendo, aunque no había nadie cerca a quien dedicarle la sonrisa. Mis preocupaciones seguían ahí, pero en aquel momento sentí como si volara sobre ellas. El recuerdo de Sam me hacía flotar.

No quería estropear aquella sensación cálida y tranquila entrando en el alboroto de la cafetería, así que fui al aula en la que tendría la siguiente clase y me senté

Dejé el libro de lengua en la mesa, desplegué la nota de Sam y la leí una vez más.

El aula desierta y el distante rumor de la cafetería me recordaron a las ocasiones en que me había sentido mal en clase y me habían enviado a la enfermería del colegio, hacía años. En la enfermería se respiraba un aire de lejanía, como si fuese un satélite del ruidoso planeta que era el colegio. Tras el ataque de los lobos, había pasado muchos ratos allí. En aquel momento, todo el mundo había achacado mis accesos de fiebre a una gripe; sólo ahora sabía que había sido algo muy distinto.

Durante un rato que me pareció interminable, me quedé mirando el teléfono móvil y pensando en cómo me habían mordido los lobos. En lo enferma que me había puesto. En mi curación repentina. ¿Por qué yo era la única que se había curado?

-- ¿Has cambiado de opinión?

Levanté la cara con un respingo y vi a Isabel, que me miraba desde el pupitre de al lado. Para mi sorpresa, su aspecto no era tan perfecto como solía; tenía unas ojeras que el maquillaje no lograba disimular, y los ojos enrojecidos.

—¿Cómo?

-Sobre lo que me dijiste de Jack Eso de que no sabes nada de él.

La observé con recelo. Una vez había oído que los abogados nunca hacen una pregunta si no conocen la respuesta de antemano, y me daba la impresión de que Isabel utilizaba la misma táctica.

Sin dejar de mirarme, metió un brazo demasiado bronceado en su bolso y sacó un taco de papeles que dejó caer sobre mi libro.

—Esto se le cay ó a tu amiga.

Tardé un momento en darme cuenta de que era un montón de fotos; debían de ser instantáneas de Olivia. El estómago me dio un vuelco. Las primeras imágenes eran del bosque, y no había nada especial en ellas. Luego empezaban las de los lobos. El jaspeado con ojos de loco, medio oculto entre los árboles. Y aquel lobo negro... ¿No me había dicho Sam su nombre? Agarré la esquina de la fotografía para pasar a la siguiente y vacilé, incapaz de decidirme. Isabel se había puesto tensa; parecía esperar con impaciencia que yo viera lo que venía después. No tenía ni idea de qué podría encontrarme, pero estaba segura de que iba a ser difícil de explicar.

Isabel se inclinó sobre mi mesa y agarró las fotos que yo ya había visto.

-Vamos, mira la siguiente.

Era una foto de Jack De Jack en forma de lobo. Un primer plano de sus ojos, en una cara de animal.

La siguiente también era de Jack Pero esta vez era humano. Estaba desnudo.

La fotografía poseía una especie de belleza cruda, casi artística. Jack se abrazaba el cuerpo como si posara y volvía la cabeza hacia la cámara, mostrando los arañazos que recorrían la curva larga y pálida de su espalda.

Me mordí el labio y comparé la cara de Jack en las dos imágenes. Aunque no había ninguna fotografía de la metamorfosis, el parecido entre sus ojos en adevastador. Aquel primer plano del lobo ponía los pelos de punta. Y entonces lo entendí, entendí lo que significaban aquellas fotografías, cuál era su verdadera importancia: no sólo Isabel lo sabía, sino también Olivia. Ella había hecho las fotografías, así que tenía que saberlo todo. Pero ¿cuándo se habría enterado? ¿Y por qué no me lo había dicho?

--: No dices nada?

Levanté la vista v encaré a Isabel.

-¿Qué quieres que diga?

Ella resopló.

-Tienes las fotos delante. Mi hermano está vivo, y tu amiga lo fotografió.

Volví a contemplar a Jack, que me miraba desde el bosque, parecía aterido.

—No sé qué pretendes. Isabel. ¿Oué puedo hacer vo?

Me dio la impresión de que estaba luchando consigo misma. Durante un

segundo creí que iba a gritarme, pero se limitó a cerrar los ojos. Cuando los abrió, se quedó mirando la pizarra.

- -Tú no tienes hermanos, ¿verdad?
- —No. Sov hii a única.

Isabel se encogió de hombros.

—Entonces no sé cómo explicártelo. Mira, Jack es mi hermano. Creí que había muerto, pero me equivocaba. Está vivo. Puedo verlo en estas fotografías, pero no sé cómo encontrarlo. Tampoco sé qué le ha pasado, ni en qué se ha convertido. Sin embargo, creo que tú... que tú sí que lo sabes. Pero no estás dispuesta a ayudarme. —Los ojos le relampaguearon—. ¿Se puede saber qué te he hecho y o a tí?

No supe qué decir. Tenía razón: era la hermana de Jack, y tenía todo el derecho del mundo a saber lo que le había pasado. Pero Isabel era una chica difícil, y eso complicaba las cosas.

—¿De verdad no sabes por qué me da miedo hablar contigo? —pregunté al fin—. Vale, a mí nunca me has hecho nada, pero sé de gente a la que has destrozado. Dime por qué tengo que confiar en ti.

Isabel me arrebató las fotografías que aún tenía en las manos y se las guardó en el bolso.

—Por eso mismo que has dicho: porque nunca te he hecho nada. O, tal vez, porque creo que lo que le pasa a Jacktambién le pasa a tu novio.

Por un instante, pensé en las fotos que no había visto y me quedé paralizada. ¿Estaría Sam en ellas? Quizás Olivia conociera la existencia de los licántropos desde antes que yo. Intenté recordar todas las palabras que Olivia había dicho durante nuestra discusión, tratando de encontrar algún doble sentido.

Isabel seguía con la mirada clavada en mí como si esperara oírme decir algo, pero yo no sabía por dónde empezar.

—Para empezar, no me mires así —exclamé con tono cortante—. Déjame pensar un poco.

La puerta del aula se abrió de golpe y los alumnos empezaron a entrar en tropel. Arranqué una página de mi libreta y apunté en ella mi número de teléfono

—Éste es mi móvil —dije—. Llámame después de clase y quedamos en algún sitio para hablar. Es lo único que puedo ofrecerte.

Isabel cogió el papel.

La miré esperando ver en su rostro una expresión de triunfo, pero parecía tan angustiada como y o. Los licántropos eran un secreto que nadie quería conocer.

-Tenemos un problema.

Sam se volvió y me miró sobre el respaldo del conductor.

- -¿No tendrías que estar en clase?
- —He salido temprano. —A última hora teníamos clase de arte. Nadie iba a echarnos de menos a mí y a mi lamentable estatua de arcilla y alambre—. Isabel lo sabe

Sam parpadeó con lentitud.

- -¿Quién es Isabel?
- -La hermana de Jack, ¿te acuerdas?

Bajé la calefacción, que Sam había graduado a una temperatura infernal, me coloqué la mochila entre los pies y le conté lo que había pasado con Isabel, omitiendo lo espeluznante que resultaba la fotografía del Jack humano.

—No sé qué habría en las demás fotos —concluí.

Sam se olvidó de Isabel al instante.

- —¿Las sacó Olivia?
- -Sí.
- —No sé si esto tendrá que ver con lo rara que estaba el otro día en la librería —dijo Sam con una mueca de preocupación; viendo que yo no respondía, miró hacia el parabrisas y agregó—: Si sabía lo que soy, su comentario sobre mis ojos tiene mucho más sentido. Tal vez tratara de hacerme confesar.
 - —Sí —coincidí—. Podría ser.

Suspiró.

—Y también está lo que dijo Rachel. Eso del lobo que rondaba por la casa de Olivia.

Cerré los ojos y, cuando los abrí, seguí viendo la imagen de Jack cubriéndose el torso con los brazos.

—Uf. Prefiero no pensar en eso. ¿Qué te parece lo de Isabel? No puedo evitarla por más tiempo. Y tampoco puedo seguir mintiéndole; lo hago fatal.

Sam me miró con media sonrisa.

- -No sé qué hacer. Me gustaría que me dijeras qué clase de persona crees que es...
 - -... pero se me da fatal juzgar a la gente -dije para completar su frase.
 - -¡Que conste que eso lo has dicho tú!
- —Muy bien, pero ¿qué hacemos? ¿Por qué soy la única que parece aterrada? A ti se te ve tan... tan tranquilo.

Sam se encogió de hombros.

—Es que no sé ni por dónde empezar. Para tomar alguna decisión, debería conocer a Isabel. Si yo hubiera estado en tu lugar cuando te enseñó las fotos, seguro que estaría preocupado; pero ahora que ya ha pasado, no consigo hacerme a la idea. No sé, « Isabel» suena a nombre de persona agradable...

Solté una carcajada.

—Te falla la intuición.

Sam miró al cielo con melodramática desesperación, en un gesto tan

exagerado que me pareció cómico.

- -- ¿Es odiosa? -- preguntó.
- —Antes pensaba que sí. Pero ahora... —Me encogí de hombros—. En fin, y a se verá. A ver, ¿qué hacemos?
 - -Creo que deberíamos quedar con ella.
 - -; Los dos? ¿Dónde?
- —Si, los dos. El problema no es sólo tuyo. Respecto al sitio, no lo sé; en algún lugar donde pueda observarla tranquilamente antes de decidir qué vamos a decirle. —Frunció el ceño—. No sería la primera familiar de licántropo que descubre el pastel.

Estudié su expresión: no me parecía que se refiriera a sus padres.

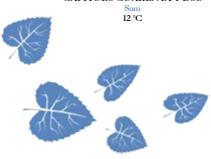
- —¿Ah, no?
- —La mujer de Beck lo sabía.
- —¿Cómo que « lo sabía» ? ¿Qué pasó con ella?
- —Cáncer de mama. Ocurrió poco antes de mi llegada; yo no la conocí. Lo supe por Paul, y sólo porque se le escapó. Beck no quería que yo me enterase de ello. Supongo que sería porque, como nos resulta evidentemente difícil compartir nuestra vida con gente normal, no quería que yo me hiciera ilusiones pensando que podía echarme novia.

Me pareció tremendamente injusto que dos fatalidades así pudieran recaer en una misma pareja. Y luego, de pronto, caí en la cuenta de que Sam había hecho el comentario en un tono de amargura muy extraño en él. Pensé en preguntarle qué le pasaba, pero él encendió la radio del coche y pisó el acelerador. Se me había escanado la oportunidad.

Sam sacó el Bronco del aparcamiento con la mirada perdida y la frente arrugada por la preocupación.

—Paso de normas y prohibiciones —concluy ó—. Quiero hablar con Isabel.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS



Lo primero que oí decir a Isabel fue: « ¿Cómo que vamos a preparar una quiche? ¿Es que no vamos a hablar de mi hermano?».

Acababa de apearse de un descomunal todoterreno que hacía que la casa de los padres de Grace pareciera pequeña. Lo primero en lo que me fijé fue en que era altísima —debido, al menos en parte, a los taconazos de las botas que llevaba —, y luego en su cabeza, tan rebosante de tirabuzones como la de una muñeca de porcelana.

-No -le espetó Grace, con aquella firmeza que tanto me gustaba.

Isabel respondió con un bufido que, de haberse transformado en misil, habría arrasado un país pequeño.

--: Puedo saber qué hace éste aquí, al menos?

Me di la vuelta justo a tiempo para ver cómo me examinaba el culo.

-No -dije, como un eco de Grace.

Grace nos indicó que entráramos en su casa. Al llegar al recibidor, se volvió hacia Isabel y le dijo:

—No hagas preguntas sobre Jack Mi madre está en casa.

- -¿Eres tú, Grace? -gritó su madre desde el piso de arriba.
- -¡Sí! ¡Vamos a hacer quiche!

Grace colgó su abrigo en el perchero y nos indicó por gestos que la imitáramos.

—¡He traído algunas cosas del estudio! ¡Apartad lo que os moleste! —avisó su madre

Isabel arrugó la nariz, metió las manos en los bolsillos de su cazadora torrada de piel, que no se había querido quitar, y se quedó mirando cómo Grace arrimaba a la pared las cajas que interrumpían el paso. En aquella cocina cómoda y repleta de cosas, Isabel parecía fuera de lugar. Me pregunté si sus lustrosos tirabuzones de permanente hacían que el gastado suelo de linóleo blanco pareciera aún más desastrado, o si, por el contrario, era el suelo lo que hacía parecer a sus cabellos aún más perfectos y falsos de lo que eran. Por primera vez, la cocina me pareció vieja y pasada de moda.

Isabel reculó unos pasos al advertir que Grace se remangaba y se lavaba las manos en el fregadero.

—Sam, enciende la radio y busca algo de música, por favor —me pidió Grace.

Encontré un pequeño receptor en la encimera, entre tarros de azúcar y sal, y lo encendí

—¡Así que lo de la quiche era verdad! —se lamentó Isabel—. Yo creía que estabais hablando en clave.

Le dediqué una sonrisa malévola, y ella me correspondió con una mueca de disgusto. Sin embargo, su expresión era demasiado exagerada para ser verdad; algo en sus ojos decía que, en realidad, estaba más intrigada que angustiada por la situación.

Y la situación era ésta: no pensaba contarle nada a Isabel hasta no saber con seguridad qué clase de persona era.

En ese momento entró en la cocina la madre de Grace, envuelta en su eterna nube de olor cítrico a trementina.

- -Hola, Sam. ¿Tú también vas a hacer quiche?
- —Voy a intentarlo —contesté.

Se rió

-¡Qué divertido! ¿Y tú quién eres?

Grace se adelantó

—Se llama Isabel, mamá —le dijo—. Oye, ¿sabes dónde está el libro verde de cocina? Estoy segura de que lo guardé aquí. Necesito ver la receta de la quiche.

Su madre se encogió de hombros y se arrodilló junto a una de las cajas.

—Habrá ido a dar una vuelta. ¿Qué emisora es esa que tenéis puesta? Sam, estoy segura de que puedes encontrar otra mejor.

Mientras Grace examinaba varios libros de recetas apilados en una esquina de la encimera, yo busqué en el dial. De pronto, empezó a sonar una canción de pop bailable.

—¡Déjalo ahí! —exclamó la madre de Grace mientras se levantaba con una caja en los brazos—. Bueno, chicos, yo ya he terminado lo que tenía que hacer. Me voy, ¿vale? Pasáoslo bien. ¡Nos vemos!

Grace hizo un gesto hacia mí, con aire ausente.

—Isabel, en la nevera hay huevos, queso y leche. Sam, tenemos que hacer masa. ¿Puedes poner el horno a doscientos grados y sacar un par de bandejas?

Isabel abrió la nevera e inspeccionó su contenido.

- -Aquí hay como ocho mil tipos distintos de queso, y todos parecen iguales.
- —Pues encárgate tú del horno, y que Sam se ocupe del queso y lo demás. Él sabe cuál es cuál —repuso Grace, poniéndose de puntillas para coger la harina de un estante alto.

Me quedé embobado mirando la curva de su espalda y la franja de piel que le asomaba por debajo de la camiseta; estaba a punto de alargar la mano para tocarla, cuando Grace alcanzó la harina y perdí mi oportunidad. Avancé hasta donde estaba Isabel, cogí el queso cheddar, los huevos y la leche, y lo coloqué todo sobre la encimera.

Mientras Grace se ocupaba de mezclar mantequilla y harina para hacer la masa, yo casqué los huevos, los eché en un cuenco y añadí un poco de mayonesa. La cocina se había convertido en un hervidero de actividad, como si en vez de tres fuéramos trescientos.

—¿Se puede saber qué es esto? —inquirió Isabel, mirando un paquete que acababa de darle Grace.

Grace estalló en carcajadas.

- -¡Champiñones, mujer! ¿Nunca los habías visto?
- -Pues no, y parece que justo acabaran de salir del culo de una vaca.
- —Ya me gustaría a mí tener una vaca como ésa —replicó Grace, esquivando a Isabel para echar un poco de mantequilla en una sartén—. Valdría millones. Córtalos en trozos y sofríelos hasta que se ponean doraditos y apetitosos.
 - —¿Cuánto tiempo tienen que estar al fuego?
 - -Hasta que se pongan apetitosos -tercié y o.
- —Ya has oído al chico —apostilló Grace; luego extendió una mano—. ¡Bandejas, por favor!
- —Ay údala tú —le dije a Isabel—. Ya me encargo yo de las cosas apetitosas, en vista de que tú no sabes.
- —Pues claro que sé de cosas apetitosas —masculló Isabel, ofreciéndole dos bandejas de horno a Grace.

Ella extendió una capa de masa en el fondo de cada una, tan hábilmente que me pareció magia, y luego le enseñó a Isabel cómo rematar el reborde. Se veía

que lo había hecho mil veces; pensé que, sin Isabel y yo entorpeciendo sus idas y venidas. Grace habría terminado las quiches mucho más rápido.

Isabel levantó la mirada y me sorprendió observándolas con expresión risueña

- ¿Y tú, de qué te ríes? ¡Atiende a los champiñones!

Llegué a la sartén justo a tiempo de evitar que los champiñones se carbonizaran, y los mezelé con las espinacas que Grace acababa de darme.

-Adiós, rímel -se quejó Isabel elevando el tono de voz.

Volví la cabeza: Grace y ella se reían y lloraban a un tiempo mientras cortaban varias cebollas. En ese momento, el olor me alcanzó también a mí, y noté que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Vamos, echadla toda aquí —dije ofreciéndoles mi sartén—. Por lo menos, deiarán de picarnos los oios.

Isabel inclinó la tabla para echar la cebolla en la sartén, y Grace me dio una palmada en el culo con una mano llena de harina. Estiré el cuello para ver si me había dejado marca en el pantalón, mientras Grace volvía a enharinarse la mano para hacer un segundo intento.

--¡Mi canción! ---celebró Grace de pronto---. ¡Sube el volumen! ¡Sube el volumen!

Era Mariah Carey haciendo unos gorgoritos de lo más empalagoso, pero, por algún motivo, me pareció la canción perfecta para aquel momento. Subi el volumen hasta que los botes que rodeaban la radio se pusieron a vibrar, cogí a Grace de la mano y los dos empezamos a girar por la cocina en un baile espontáneo, torpe e increiblemente sexy. Grace alzaba las manos y movia todo el cuerpo mientras y o la ceñía por debajo de la cintura, en un punto demasiado bajo para ser púdico.

- «La vida se mide en momentos como éste», pensé. Grace estiró su largo cuello e inclinó la cabeza hacia atrás para darme un beso en los labios y, en ese momento, levanté la mirada y vi que Isabel miraba con expresión de nostalgia cómo se tocaban nuestras bacas.
- —Dime cuánto tiempo pongo en el temporizador —dijo Isabel bajando la vista—. Y luego, tal vez podríamos incluso hablar...

Grace seguía apoyada en mí, entre mis brazos. Estaba cubierta de harina, tan irresistible que ansié quedarme a solas con ella con una intensidad dolorosa, allí, en aquel preciso instante. Estiró un brazo y señaló con gesto perezoso el libro de recetas que estaba abierto sobre la encimera; estaba como ida, borracha por mi olor. Isabel consultó el libro y reguló el temporizador.

En ese momento, los tres nos dimos cuenta al mismo tiempo de que habíamos terminado de hacer las quiches. Hubo un momento de silencio, y luego tomé aire y me volví hacia Isabel.

-Está bien. Te contaré lo que le pasa a tu hermano.

Las dos se quedaron boquiabiertas. La primera en reaccionar fue Grace.

—¿Nos sentamos? —sugirió, saliendo de entre mis brazos—. El salón está por ahí. Voy a hacer café.

Isabel y yo pasamos al cuarto de estar; como me había ocurrido con la cocina, lo encontré más desordenado que antes de la llegada de Isabel. Ella apartó una pila de ropa limpia que había en el sofá y se sentó. Como no me anetecía sentarme a su lado, me instalé frente a ella en una mecedora.

Isabel me miró de soslavo.

—¿Por qué no te pasa lo mismo que a Jack? —preguntó—. ¿Por qué no te estás transformando constantemente?

No me inmuté; Grace ya me había advertido de lo mucho que Isabel había averiguado por su cuenta.

—Porque él es nuevo. A medida que pasan los años, te vuelves más estable. Al principio cambias de forma una y otra vez. Depende un poco de si hace frío o calor, pero no tanto como más tarde.

Isabel reaccionó con una nueva pregunta.

-¿Fuiste tú el que le hizo eso a mi hermano?

La miré sin disimular mi disgusto.

-No sé quién lo hizo. Somos bastantes, y no todos son buenas personas.

Preferí omitir la carabina de aire comprimido de Jack

-¿Por qué está tan enfadado?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Tal vez tenga mal carácter.

La mirada de Isabel se endureció.

—Mira —le dije—, la mordedura no te convierte en un monstruo sino en un lobo, nada más. En el fondo, sigues siendo la misma persona. Cuando te conviertes en lobo, o mientras te transformas, pierdes las inhibiciones que tienes cuando eres humano. Si eres iracundo o violento por naturaleza, esos rasgos se acentúan

Grace entró trayendo en precario equilibrio tres tazas de café. Isabel tomó la que estaba decorada con un castor, y a mí me tocó una que tenía inscrito el nombre de un banco. Grace observó el sitio libre que había en el sofá junto a Isabel v se sentó a su lado.

Isabel cerró los oi os durante un segundo.

- —Muy bien. Vamos a ver si lo entiendo. Esos lobos no mataron a mi hermano. Lo malhirieron y lo convirtieron en un—¿licántropo? No sé, tengo la sensación de que me estoy perdiendo algo. ¿No tendría que haber luna llena, balas de plata y cosas así?
- —Tu hermano se curó por sí mismo, pero le llevó un tiempo. No llegó a morir del todo; lo que no sé es cómo pudo escapar del depósito de cadáveres. En cuanto a lo de la luna llena y las balas de plata, son bobadas. En realidad, esto

es... es una especie de enfermedad que empeora con el frío. Supongo que la leyenda de la luna surgió porque de noche siempre hace más frío, de modo que los licántropos recientes se transforman a menudo cuando cae la noche. Al verlo, la gente crevó que era la luna lo que causaba el fenómeno.

Isabel estaba encajando la información con bastante entereza. Todavía no se había desmayado ni olía a miedo. Bebió un sorbo de café.

- —Grace, esto está asqueroso —dijo.
- —Es instantáneo —se disculpó Grace.
- —¿Me reconoce mi hermano cuando es lobo? —preguntó Isabel.

Grace me observó, y yo tuve que apartar la vista para responder.

—Tal vez un poco. Los hay que no recuerdan nada al transformarse en lobos. Otros, en cambio, conservan algunos recuerdos de su existencia humana.

Con fingida indiferencia, Grace bebió un trago de café y desvió la mirada.

-- Y vivís en manada?

Isabel hacía buenas preguntas. Asentí.

—Sí, pero Jack todavía no se ha integrado en ella. O tal vez la manada no haya querido integrarle.

Isabel se quedó un rato callada, recorriendo el borde de su taza con el dedo. Luego nos miró a Grace y a mí.

-Vale, y entonces, ¿qué pasa aquí?

Pestañeé.

-¿A qué te refieres?

—A que tú estás ahí sentado, hablando como si nada, mientras Grace finge que todo va bien, pero la verdad es que hay algo que no va bien. ¿Me equivoco?

Su intuición me cogió desprevenido, aunque hubiera debido suponerla. No se podía alcanzar el último eslabón de la cadena alimenticia del instituto sin ser capaz de juzgar a la gente de un vistazo. Observé mi taza, todavía llena de café hasta los topes. Ya no me gustaba el café; me parecía demasiado fuerte y amargo. La última vez había pasado mucho tiempo siendo lobo, y había cosas que no me sabían igual.

- —Tenemos fecha de caducidad. Cada vez nos hace falta menos frío para transformarnos en lobos y más calor para volver a ser humanos. Al final, llega un año en el que no nos convertimos en humanos y nos quedamos como lobos para siempre.
 - -¿Cuánto tiempo hace falta para eso?

Contesté sin mirar a Grace.

- —Depende. En la mayoría de los casos, bastantes años.
- -Pero no en tu caso.

« Cállate, Isabel», pensé; bajo su apariencia tranquila, Grace podía estallar de un momento a otro. Negué con la cabeza muy lentamente, deseando que Grace estuviera mirando de verdad por la ventana.

- —¿Y qué pasaría si te fueras a vivir a Florida, o a cualquier otro lugar cálido?
- —Algunos lo intentaron —respondí, aliviado por el cambio de tema—. Aunque no sirve de nada. Por lo visto, te vuelves sensible a cualquier cambio de temperatura, por mínimo que sea.

Ulrik, Melissa y otro lobo llamado Bauer habían ido un año a Texas con la esperanza de pasar todo el invierno como humanos.

Todavía recordaba la excitación con la que Ulrik había anunciado por teléfono que no se transformaba aunque hacía días que había acabado el otoño. Pero tampoco había olvidado su penoso regreso sin Bauer; al pasar junto a la puerta entornada de una tienda con aire acondicionado, Bauer se había transformado sin previo aviso. Según Ulrik en Texas no se estilaban los dardos tranquilizantes.

- -- ¿Y el ecuador? Allí, la temperatura se mantiene constante.
- —No lo sé —dije, tratando de ocultar mi irritación—. A ninguno de nosotros se le ha ocurrido irse a vivir a la selva amazónica, pero lo tendré presente para cuando me toque la lotería.
- —No te pongas borde —repuso Isabel, dejando su taza sobre un montón de revistas—. Sólo era una pregunta. Entonces, si a alguien le muerde un licántropo, pasa a serlo también, ¿no es así?
 - « Sí, salvo la persona a quien querría llevar conmigo».
- —Más o menos —contesté, advirtiendo lo cansada que sonaba mi voz y decidiendo que no me importaba.

Isabel frunció los labios como si quisiera insistir en el tema, pero no lo hizo.

—O sea que esto es lo que hay. Mi hermano es un licántropo, un licántropo de verdad, y nada puede remediarlo.

Grace entrecerró los ojos, y no supe adivinar qué le pasaba por la cabeza.

—Exacto. Pero todo esto y a lo sabías, ¿no? ¿Por qué nos lo has preguntado a nosotros?

Isabel se encogió de hombros.

—Supongo que esperaba que alguien saliera de detrás de una cortina y dijese:
«¡Inocente! ¡Te lo has tragado! Los hombres lobo no existen».

Quise decirle que, en realidad, los hombres lobo no existían. Que existían los humanos y existían los lobos, y también había gente que alternaba entre lo uno y lo otro. Pero estaba tan cansado que preferí mantener la boca cerrada.

- —Prométeme que no se lo contarás a nadie —le exigió Grace de pronto—. No creo que lo hayas hecho aún, pero, a partir de ahora, que no se te pase por la cabeza decir nada
- —¿Me tomas por imbécil? Mi padre mató de un tiro a uno de los lobos sólo porque estaba furioso. ¿Cómo voy a decirle que Jack es uno de ellos? Y mi madre está atiborrada de antidepresivos; aunque se lo dijera, no creo que quisiera enterarse de nada. No, tengo claro que tendré que enfrentarme a esto vo sola.

Grace me miró con una expresión que parecía decir: « Acertaste, Sam. Es de

fiar»

—Puedes contar con nosotros —dijo—. Te ayudaremos en todo lo que podamos. Jack no tiene por qué estar solo; pero, por ahora, lo más importante es encontrarlo.

Isabel se sacudió una mota de polvo invisible de sus botas, como si no supiera que hacer ante aquella muestra de amabilidad. Al cabo de un momento, dijo sin levantar la vista:

- —No sé. La última vez que lo vi, estaba fuera de sí. No sé si quiero encontrarlo.
 - -Perdón -diie.
 - —¿Por qué?
- « Por no haberte dicho que el mal carácter se debe a la mordedura, y que se le pasará con el tiempo». Me encogí de hombros; tenía la impresión de que últimamente repetía mucho aquel gesto.

—Por haberte dado malas noticias

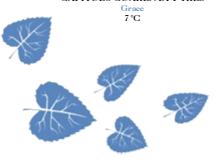
En la cocina sonó un zumbido persistente.

—La quiche está lista —anunció Isabel—. Por lo menos, tendré un premio de consolación. —Me miró y luego miró a Grace—. Entonces, dentro de poco Jack dej ará de transformarse cada dos por tres, ¿verdad? Cuando llegue el invierno...

Asentí.

—Mejor —musitó Isabel mirando las ramas desnudas que se veían a través de la ventana, el bosque que ahora era el hogar de su hermano y que pronto seria el mío—. No veo el momento de que llegue.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES



Estaba zombi por falta de sueño.

A mi alrededor, un revoltijo:

La redacción de lengua.

La voz del señor Rink

La trémula luz de neón que iluminaba mi mesa.

El examen de biología.

La cara inexpresiva de Isabel.

El peso que me cerraba los párpados.

—Tierra llamando a Grace —dijo Rachel dándome un codazo al pasar junto a mí en la acera—. Ahí está Olivia. Ni siguiera la he visto en clase. ¡Y tú?

Seguí con la mirada la dirección que me indicaba Rachel hasta ver a los alumnos que esperaban el autobús. Entre ellos, Olivia daba saltitos para entrar en calor. No llevaba la cámara. Me acordé de las fotos.

- -Tengo que ir a hablar con ella.
- —Sí. Hazlo —convino Rachel—. Más vale que hagáis las paces antes de que nos vayamos de vacaciones a algún lugar soleado en Navidad. Te acompañaría,

pero mi padre me está esperando y tiene una reunión en Duluth. Me montará un numerito si le hago llegar tarde. ¡Ya me contarás qué te explica!

Salió corriendo hacia el aparcamiento, y vo eché a andar hacia Olivia

—Hola, Olivia —dije; ella dio un respingo, y le agarré el codo para evitar que se me escapara—. Te he estado llamando, pero no hay manera de localizarte.

Olivia se calo el gorro de lana que llevaba puesto y se encogió para protegerse del frío.

-: Ah. no?

Por un momento, pensé quedarme callada para ver si confesaba que sabía lo de los lobos sin que yo le dijera nada. Pero los autobuses comenzaban a llegar, y yo no tenía tiempo que perder. Me incliné hacia ella y le hablé al oido.

-Vi tus fotografías. Las que le hiciste a Jack

Sobresaltada, se volvió hacia mí.

-: Las tienes tú?

Hice un esfuerzo por no usar un tono recriminatorio, y casi lo conseguí.

—Me las enseñó Isabel

Olivia palideció.

—¿Por qué no me lo dij iste?—inquirí—. ¿Por qué no me has llamado?

Se mordió el labio y observó el aparcamiento.

—Al principio pensé llamarte para decirte que tenías razón. Pero luego hablé con Jack, y él me dijo que no le podía decir a nadie que lo había visto. Y yo me sentí culnable por haber pensado en contártelo.

La miré, atónita.

-: Hablaste con él?

Por toda respuesta, Olivia se encogió de hombros y se estremeció. Cada vez

—Estaba sacando fotos a los lobos, como siempre, y lo vi. Lo vi... transformarse —murmuró acercándose más a mí—. Vi cómo se volvía humano, Grace. No me lo podía creer. Estaba desnudo, y no estábamos muy lejos de mi casa, así que le dije que fuera conmigo y le presté algo de ropa de John. Supongo que intentaba convencerme a mí misma de que no me había vuelto loca.

—Como yo, ¿no? —le espeté con sarcasmo.

Tardó unos segundos en comprender mi comentario.

—Ay, Grace, perdona —dijo —. Sí, tú me lo contaste todo, pero ¿qué esperabas? ¿Que me lo creyera? Parece imposible, incluso cuando lo ves con tus propios ojos. El caso es que Jack me dio pena. Estaba perdido, no tenía ningún lugar adonde ir.

-¿Desde cuándo lo sabes?

Algo me aguijoneaba el pecho. Me sentía traicionada. Yo le había contado mis sospechas a Olivia enseguida, y ella, sin embargo, no me había dicho nada hasta que yo no la había forzado a hacerlo.

- —No lo sé. Ya hace tiempo. Estuve bastantes días dándole comida a Jack, lavándole la ropa y esas cosas. No sé dónde pasaba la noche. Al principio hablábamos mucho, pero luego discutimos. Fue un día que vo no había venido a clase para estar con él v para tratar de sacar fotos a los demás lobos. Quería ver si ellos también se transformaban. - Hizo una pausa-. Grace, discutimos porque él me dii o que a ti también te habían mordido, pero que te habías curado.
- -Es cierto que me mordieron; eso ya lo sabías. Pero nunca llegué a transformarme

Olivia clavó la mirada en mí

--: Nunca?

Negué con la cabeza.

-No. Has hablado de esto con alguien más?

La mirada de Olivia centelleó con irritación.

- —No sov idiota.
- —Ya, pero Isabel se hizo de algún modo con esas fotos. Si ella lo consiguió, cualquiera podría hacerlo.
- —Ninguna de mis fotos muestra todo el proceso —explicó Olivia—. Ya te lo he dicho: no sov idiota. Sólo tengo fotos del antes y del después. Aunque las viera alguien. ¿cómo podría saber lo que está pasando?
 - —Isabel lo adivinó —respondí.

Olivia frunció el ceño

-Estoy siendo muy cuidadosa. Además, desde que discutí con Jack no he vuelto a verlo. Lo siento, pero tengo que irme -añadió señalando el autobús-.. De verdad nunca te transformaste?

Ahora me tocó a mí fulminarla con la mirada.

Ella se me quedó mirando durante un momento.

Luego diio:

-: Te apetece venir a mi casa?

—Jamás te he mentido. Oli.

En el fondo, vo esperaba que me pidiera perdón por no haber confiado en mí. por no haber respondido a mis llamadas, por haber discutido conmigo. Por no decirme, simplemente: « Tenías, razón, Grace». No, no me apetecía ir a su casa; así, no.

- —Estov esperando a Sam —diie.
- -Está bien. Pero podríamos vernos algún día de esta semana, ¿no?

Parpadeé.

—A lo meior.

Sin decir nada más. Olivia se subió al autobús v. a través de las ventanillas, vi avanzar su silueta hacia la parte trasera. Aunque su confesión habría debido darme cierta tranquilidad, estaba inquieta. Después de tanto esforzarnos por encontrar a Jack, resultaba que Olivia sabía perfectamente dónde estaba. Todo aquello resultaba muy confuso.

En ese momento, vi que el Bronco entraba lentamente en el aparcamiento y giraba hacia mi. Ver a Sam al volante me dio la paz que hubiera debido proporcionarme la conversación con Olivia. Era extraño que ver mi coche pudiera alegrarme tanto.

Sam se inclinó para abrir la puerta del pasajero; aún parecía cansado. Me ofreció un vaso de café humeante

- -Tu teléfono sonó hace unos minutos
- —Gracias —dije, montando en el Bronco y agarrando el café con un guiño de agradecimiento—. Estoy zombi; llevo toda la mañana muriéndome por un poco de cafeína. Además, acabo de tener una conversación de lo más raro con Olivia. Te la contaré en cuanto haya tomado mi dosis. ¿Dónde está el teléfono?

Sam señaló la guantera. La abrí y cogí el teléfono: « Mensaje de voz» , anunciaba la pantalla. Marqué el número del buzón de voz, pulsé el botón de manos libres, dejé el teléfono sobre el salpicadero y me volví hacia Sam.

-Ya estov lista -le dii e.

Sam me miró con las cejas enarcadas.

- —¿Para qué?
- —Para que me des un beso.
- Sam se mordió el labio.
- —Prefiero atacar por sorpresa.
- « Tiene un mensaje nuevo», dijo una voz metálica.
- Hice una mueca y me hundí en el asiento.
- -Vas a volverme loca.

Sam sonrió.

- «¡Hola, cariño!¡No te imaginas con quién me he encontrado!». Era mi
- —Podrías abalanzarte sobre mí y ya está —sugerí—. Me encantaría, en serio.
- «¡Con Naomi Ett! Ya sabes, mi amiga del colegio», exclamó mi madre, muy satisfecha.
- —No pensaba que fueras de esa clase de chicas —dijo Sam; supuse que estaba bromeando.
- « Se ha casado y vive fuera», prosiguió mi madre, « pero va a pasar aquí unos días. Tu padre y yo hemos quedado en ir a visitarla...».

Le lancé una mirada ceñuda a Sam.

- —No lo soy. Pero contigo, nunca se sabe.
- « ... así que esta noche llegaremos tarde. Recuerda que hay sobras en la nevera y, como siempre, llámanos si necesitas algo» .

Claro que había sobras en la nevera. De un guiso que había cocinado vo.

Sam se quedó mirando el teléfono. La voz metálica reemplazó a la de mi

madre:

« Para volver a oír este mensaje, pulse uno. Para borrar este mensaje...» .

Lo borré. Sam seguía observando el teléfono con aire ausente. No sabía en qué podría estar pensando; tal vez, como yo, tuviera la cabeza atestada de problemas demasiado confusos para buscarles una solución.

Cerré el teléfono con un chasquido. Eso bastó para que Sam saliera de su ensimismamiento y me mirara con una intensidad repentina.

—Fúgate conmigo.

Alcé una ceia.

—No, en serio; vamos a algún lado. ¿Me dejas que te invite a cenar algo mejor que sobras?

No supe qué contestar. En el fondo, lo que quería decirle era: « ¿De verdad crees que te hace falta preguntármelo?» .

Lo observé mientras él hablaba, tartamudeando en su afán por decir muchas cosas en poco tiempo. Si no hubiese olfateado el aire en aquel momento, no me habría dado cuenta de que algo iba mal. Pero lo hice, y reconocí enseguida el aroma dulzón de la ansiedad. ¿Estaría nervioso por mí? ¿Por algo que le había ocurrido durante el día? ¿Por la previsión meteorológica de la radio?

- —¿Qué te pasa?—pregunté.
- —Nada. Lo único que quiero es que hagamos algo esta noche, que nos olvidemos de todo durante un rato. Que nos tomemos unas minivacaciones, unas cuantas horas de vivir como personas normales. Pero si no te apetece, nos quedamos en casa. Y si te parece que...
 - -Sam -interrumpí-, cállate.

El se calló.

—Arranca.

Y arrancó

Enfilamos la autopista, y Sam condujo sin parar hasta que el cielo se volvió rosa y los pájaros que sobrevolaban el asfalto se convirtieron en siluetas oscuras. Hacía tanto frío que los tubos de escape de los coches expulsaban nubes de vaho al incorporarse a la carretera. Sam conducía con una mano y me acariciaba los dedos con la otra. Aquello era mucho mejor que estar en casa comiendo guiso del día anterior.

Cuando salimos de la autopista, olfateé: o me había acostumbrado al olor de la ansiedad de Sam, o él se había calmado, porque el único aroma que flotaba en el coche era su olor a lobo y a bosque.

—Y bien —dije trazándole una línea sobre el dorso de la mano; su piel estaba fresca al tacto—. ¿Adonde vamos?

Sam me miró, y las luces del salpicadero iluminaron su sonrisa triste.

—Hav una pastelería estupenda en Duluth.

Me pareció increiblemente tierno que hubiera estado conduciendo toda una

hora para llevarme a una pastelería. También era increíblemente estúpido, en vista del frío que anunciaba el parte meteorológico, pero aun así me enterneció.

- -Ni idea. No conozco bien la ciudad.
- —Pues tienen unas manzanas al caramelo increíbles —prometió Sam—, y unos pasteles pegaj osos... Ni siquiera sé cómo se llaman, pero deben de tener un millón de calorías y están de muerte. También hacen chocolate a la taza... Ah, Grace. Espera y verás.

No supe qué decir. Me había quedado pasmada como una tonta por la forma en que acababa de decir mi nombre. El tono con que lo había dicho. La manera en que los labios se habían movido para formar las vocales. El timbre de su voz, que resonaba en mi cabeza como una melodía.

- —Una vez compuse una canción sobre las trufas de esa pastelería —confesó. Aquello me despertó.
- —Sé que el otro día tocaste la guitarra para mi madre. Me ha contado que le cantaste una canción que habías compuesto para mi. ¿Por qué nunca me la has cantado?

Sam se encogió de hombros.

Miré más allá de él, hacia el resplandor de la ciudad, aquellos edificios y puentes iluminados como si quisieran desafiar a la oscuridad invernal; nos dirigiamos al centro. Ya no recordaba la última vez que había estado allí

-Sería muy romántico. Caería rendida a tus pies, te lo aseguro.

Sam no desvió la vista de la carretera, pero sus labios se curvaron hacia arriba. Sonreí y miré por la ventanilla; Sam parecía conocer bien el camino, porque no titubeaba en los cruces. La luz blanca de las farolas trazaba rayas rítmicas en el parabrisas, parecidas a las líneas blancas pintadas sobre el asfalto; era como si unas y otras nos fueran marcando el tiempo simultáneamente.

Al cabo de un rato, Sam aparcó y señaló unas luces cálidas que se veían un poco más allá.

—El paraíso —dijo, volviéndose para mirarme.

Salimos del coche y corrimos hacia allí. Hacía mucho frío, y cuando me detuve para empujar la puerta acristalada de la pastelería, mi aliento formó una nube espesa. Empujé la puerta y entré en aquel resplandor amarillento, y Sam me siguió, abrazándose para entrar en calor. La campanilla aún sonaba anunciando nuestra entrada cuando Sam me abrazó por la espalda y me apretó contra él.

—No mires —me susurró al oído—. Cierra los ojos y disfruta del olor. Olfatea. Grace. Vale la pena.

Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos, abandonándome al calor de su cuerpo. Tenía su piel a centímetros de la nariz, y lo único que podía oler era aquel aroma terroso, salvaje y complejo.

-No me refería a mi olor -protestó Sam.

- —Es lo único que percibo —murmuré, abriendo los ojos para mirarlo.
- —No seas cabezota —refunfuñó, ladeándome un poco para que encarara el centro de la pastelería. Había vitrinas llenas de pasteles y dulces, y al fondo resplandecía una antigua caramelera—. Anda, da tu brazo a torcer por una vez. Me lo agradecerás.

Su mirada triste me rogaba que explorara una faceta de mi que había preferido no tocar durante años, algo que había enterrado en mi interior porque creía que estaba sola. Pero ahora tenía a Sam detrás, abrazándome, sosteniéndome como si quisiera ayudarme a mantener el equilibrio, acariciándome los oidos con su aliento cálido.

Cerré los ojos, respiré hondo y dejé que los aromas de la pastelería entraran en mi nariz. El primero que llegó fue el más fuerte, un olor a caramelo y azúcar moreno, dorado como el sol. Ése era el más fácil; cualquiera que entrase en la pastelería lo percibiría al instante. Y luego, cómo no, venía el chocolate, desde el más negro y amargo hasta el de leche. Una persona normal no hubiera captado nada más, y una parte de mí quiso abandonar en aquel momento. Pero el corazón de Sam latía con impaciencia pegado a mi espalda y, por una vez, me rendí

Entonces se acercó revoloteando el olor de la menta, agudo como el cristal, y después el de la frambuesa, dulce como la fruta pasada. La manzana, fresca y limpida. Las nueces, untuosas, cálidas y terrosas como Sam. La fragancia sutil y afable del chocolate blanco y... sí, allí estaba la moca, una nota intensa, oscura y pecaminosa. Suspiré de placer, pero todavía había más. Las pastas de mantequilla de las estanterías añadían una nota harinosa y reconfortante, y las piruletas, un torrente de olores frutales demasiado vivos para ser naturales. Y más allá, el toque penetrante de las galletas saladas, el chillón aroma del limón, el regusto quebradizo del anís. Y otros muchos olores cuyo nombre ni siquiera conocía. Gemí.

Sam me recompensó con un beso fugaz en la oreja.

—Alucinante, ¿verdad? —susurró.

Abri los ojos. En comparación con lo que acababa de experimentar, los colores parecían mortecinos. No se me ocurría nada que hiciera justicia a lo que había sentido, así que me limité a decir que sí con la cabeza. Sam volvió a besarme, esta vez en la mejilla, y me observó; lo que vio hizo que se le iluminara la cara. Me di cuenta de que no había compartido aquel lugar, aquella experiencia, con nadie más que conmigo. Conmigo solamente.

—Me encanta —dije al fin, en voz tan baja que, al principio, creí que no me habría oído. Enseguida me di cuenta de que no era así: Sam oía todo lo que yo podía oír.

No sabía si estaba preparada para reconocer hasta qué punto había cosas en mí que se salían de lo normal.

Sam me agarró de la mano y tiró de ella para hacerme avanzar.

—Y ahora, la parte difícil —dijo—. Elegir. ¿Qué te apetece? Coge lo que quieras. Lo que más te guste. Yo invito.

« ¿Lo que más me guste? Tú», pensé. Su mano en la mía, el tacto de su piel; su forma de moverse, humana y lobuna al mismo tiempo; su olor... Tenía tantas ganas de besarle que estaba paralizada.

Como si me leyera el pensamiento, Sam me apretó la mano y me llevó al mostrador. Me quedé mirando las ordenadas hileras de bombones, pasteles diminutos, pastas de chocolate y trufas.

—Hace frío, ¿verdad? —preguntó la chica que atendía—. Dicen que va a nevar. Ojalá. —Se nos quedó mirando con una sonrisa indulgente y, por un momento, me imaginé lo felices y tontorrones que debíamos de parecer, agarrados de la mano y babeando delante del mostrador.

—¿Qué es lo más rico? —pregunté.

Sin dudarlo, la chica señaló unas bandejas de bombones. Sam meneó la cabeza

- --: Nos podrías servir dos chocolates calientes?
- -: Con nata montada?
- —Eso ni se pregunta.

La dependienta nos sonrió y se dio la vuelta. Unos instantes después, se extendió sobre el mostrador una vaharada de olor a cacao. Mientras la chica vertía extracto de menta en unos vasos desechables, miré a Sam, le cogí la otra mano, me puse de puntillas y le robé un beso.

—Ataque sorpresa —dije.

Sam se inclinó un poco y me dio otro beso, rozándome los labios con los dientes de una forma que me produjo escalofríos.

- -Contraataque sorpresa.
- -Tramposo -musité con voz entrecortada.
- —Sois un encanto —dijo la chica, colocando sobre el mostrador dos vasos rebosantes de nata montada. Su sonrisa ladeada y franca me hizo pensar que debía de reirse con frecuencia—. Si no os importa que os lo pregunte, ¿cuánto lleváis saliendo?

Sam me soltó las manos para sacarse la cartera del bolsillo y pagó.

—Seis años.

Arrugué la nariz para contener una carcajada. Cómo no: Sam había contado también el tiempo en el que pertenecíamos a especies diferentes.

—Vaya —se admiró la chica del mostrador—. Eso es mucho para una pareja de vuestra edad.

Sam me dio uno de los vasos sin decir nada. Sus ojos amarillos me miraban con expresión anhelante, y me pregunté si se daría cuenta de que su forma de mirarme podía llamar más la atención que si me hubiera metido mano en público.

Me agaché para observar un pastel de almendras con chocolate que había en la parte baja del mostrador; me daba un poco de corte admitir lo que iba a decir a continuación.

-Bueno, fue amor a primera vista.

La chica suspiró.

- —Qué romántico. Hacedme un favor: no cambiéis nunca. El mundo necesita más amor a primera vista.
 - -Grace, ¿te apetece alguno de éstos? -me preguntó Sam.

Su voz sonaba ronca, y me di cuenta de que mis palabras le habían afectado más de lo que hubiera podido imaginar. Debía de hacer mucho tiempo que nadie le decía que lo amaba.

La idea me pareció tristísima.

Me incorporé y volví a agarrar la mano de Sam. Él a su vez, apretó la mía con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerme daño.

—Esas pastas tienen una pinta estupenda —dije—. ¿Nos llevamos unas pocas? Sam le hizo un gesto de asentimiento a la chica; uno minutos más tarde, yo sostenía una bolsa de papel llena de pastas y Sam tenía la nariz manchada de nata. Se lo hice ver con una carcajada, y él sonrió avergonzado mientras se limpiaba con la manga.

—Voy a arrancar el coche —anuncié dándole la bolsa; al ver que no respondía, agregué—: Para que la calefacción empiece a funcionar.

-Ah. Vale. Buena idea.

Me pareció que había olvidado el frío que hacía fuera. Yo, en cambio, lo recordaba perfectamente, y no dejaba de imaginarme a Sam convulsionándose en el coche mientras y o trataba de subir la calefacción al máximo. Lo dejé en la nastelería v salí a la oscura noche invernal.

Cuando la puerta se cerró detrás de mí me asaltó la inmensidad de la noche y, de pronto, me sentí muy sola, a la deriva sin el ancla de Sam. No conocía aquella ciudad; si Sam se transformaba en aquel momento, no sabría cómo encontrar el camino de vuelta, ni qué hacer con él; no podía ni pensar en abandonarlo alli, a kilómetros de su bosque. Los perdería a los dos, al Sam humano y al Sam lobo. La calle estaba cubierta de una fina capa de nieve, y a mi alrededor caían pequeños copos con una lentitud casi amenazante. Abrí la puerta del coche, envuelta en una nube fantasmal formada por mi propio aliento.

Aquella inquietud no era normal en mí. Me acurruqué temblorosa en el Bronco, esperando a que se calentara mientras bebía el chocolate a sorbos. Sam tenía razón: sabía increíblemente bien, e hizo que me sintiera mejor casi de inmediato. El toque de menta me traspasaba la boca con un calambre de frío y, al mismo tiempo, el chocolate la inundaba de calor. Resultaba muy reconfortante, tanto que, cuando el coche estuvo a la temperatura adecuada, me

sentí estúpida por haber temido que algo pudiera salir mal aquella noche.

Salí del coche, asomé la cabeza por la puerta de la pastelería y vi que Sam me esperaba apoy ado contra una pared.

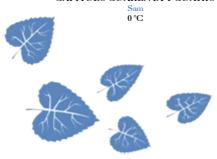
—Ya está listo —le informé.

Al sentir la oleada de aire frío que se colaba por la puerta, Sam se estremeció y, sin decir palabra, echó a correr hacia el Bronco. Yo le di las gracias a la chica del mostrador y me apresuré a seguirle; pero cuando iba hacia el coche, vi algo en la acera que me hizo parar en seco. Junto al rastro de Sam en la nieve había marcas de pisadas. Parecía como si alguien se hubiera quedado un rato frente a la pastelería, paseando en círculos para aliviar el frío.

Seguí el rastro con la mirada: eran huellas leves, de alguien que caminaba a grandes zancadas. Tras dar varias vueltas, se alejaban por la acera. Unos metros más allá, en una zona que las farolas no iluminaban, distinguí un bulto oscuro. Por un fomento pensé olvidarlo y meterme en el coche, pero mi instinto pudo más. Me acerqué.

Vi una cazadora oscura, unos pantalones vaqueros y un jersey de cuello vuelto tirados en el suelo. Y, saliendo de entre las prendas, un rastro de huellas de lobo sobre la nieve

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO



Parecerá una estupidez, pero una de las cosas que más me gustaban de Grace era que no necesitaba hablar todo el tiempo. A veces, como aquella noche, yo quería pasar un rato en silencio, olvidarme de las palabras. Cualquier otra chica habría intentado hacerme hablar, pero Grace se limitó a meter su mano en la mía, apoyar la cabeza en mi hombro y quedarse asi, callada, hasta que Duluth quedó atrás. No me preguntó por qué conocía tan bien la ciudad, ni por qué se me había ido la mirada al pasar junto a la calle en la que había vivido con mis padres, ni cómo era posible que un niño de Duluth terminara viviendo con una manada de lobos junto a la frontera de Canadá.

Cuando al fin me soltó la mano para coger una de las pastas que habíamos comprado en la pastelería y se decidió a hablar, simplemente me contó cómo una vez, de niña, había hecho masa de galletas usando huevos cocidos que habían sobrado del día de Pascua, en vez de huevos crudos. Aquello era justamente lo que me hacía falta: una historia inofensiva que me distrajera.

Pero en aquel momento sonó un tintineo de notas descendentes; era el timbre de un teléfono móvil, y parecía mi bolsillo. Por un momento, me pregunté cómo podía haber llegado un móvil a mi abrigo, pero luego recordé que me lo había dado Beck «Llámame cuando me necesites», había dicho mientras yo me marchaba. «Cuando me necesites», no «si me necesitas»; me pregunté por qué Beck estaba tan seguro de que iba a necesitarlo en aleún momento.

—¿Es eso un teléfono? —inquirió Grace, ceñuda—. ¿Tienes un teléfono?

La historia inofensiva había llegado a un abrupto fin. Me hurgué en el bolsillo.

—Bueno, antes no —balbuceé; la expresión herida que se adivinaba en los ojos de Grace me llegó al alma, y noté cómo se me encendían las mej illas—. Es que es nuevo —pretexté.

El teléfono volvió a sonar, y me lo llevé a la oreja sin mirar la pantalla. Sabía perfectamente quién llamaba.

—¿Dónde estás, Sam? Hace frío. —La voz de Beck tenía aquel matiz de preocupación sincera que siempre me había resultado reconfortante.

Grace no me quitaba oi o de encima.

-Estov bien.

Beck se quedó callado, y supuse que estaría analizando mi tono de voz.

- —Sam, las cosas no son blancas o negras. Intenta entenderlo. Ni siquiera me ofreciste la oportunidad de explicártelo. Sabes que, hasta ahora, siempre he procurado hacer bien las cosas.
- —Sí, hasta ahora —respondí, apagando el teléfono y volviendo a meterlo en el bolsillo del abrigo.

Supuse que volvería a sonar; en el fondo, estaba deseando que lo hiciera para darme el gusto de no responder.

Grace no me preguntó quién había llamado. No me pidió que le contara lo que nos habíamos dicho. Sabía que estaba esperando a que se lo dijera por iniciativa propia, pero preferí no hacerlo; me dolía pensar que podía ver a Beck como un monstruo. O tal vez me doliera verlo vo de ese modo.

Guardé silencio

Grace tragó saliva y sacó su teléfono.

-Esto me recuerda que tal vez me hayan llamado mis padres. Aunque me extrañaría mucho...

Examinó la pantalla, con la mano y la barbilla iluminadas por su resplandor azulado y fantasmal.

-: Te han llamado?

- —Claro que no. Están tan tranquilos con sus amiguetes. —Marcó el número de sus padres y esperó—. Hola, soy yo. Si. Estoy bien. Ya, si, vale. No os esperaré despierta. Pasáoslo bien. Adiós. —Colgó el teléfono, miró hacia el techo del coche y me dedicó una sonrisa cansada—. ¿Nos fugamos y nos casamos en secreto?
- —Bueno, pero tendríamos que ir a Las Vegas —contesté—. A estas horas, por aquí sólo estarían dispuestos a casarnos algún ciervo y unos cuantos borrachos.

- —Pues tendrá que ser el ciervo —repuso Grace—. Los borrachos se equivocarían al pronunciar nuestros nombres y nos estropearían el momento.
 - -Vale. Nada mejor que un ciervo para casar a una chica y un licántropo.

Grace soltó una carcajada.

—Si, y al menos mis padres tendrían que hacerme caso por una vez en su vida. «Papá, mamá: me he casado. No lo miréis así, sólo suelta pelo durante el invierno».

Sacudí la cabeza. En el fondo, lo que quería era agradecerle que no me hubiera preguntado nada. Pero en vez de hacerlo, dije:

- —Era Beckel que llamaba.
- -; Beck? ; Tu Beck?
- -Si. Estuvo en Canadá con Salem, uno de la manada que está loco.

No era toda la verdad, aunque al menos no estaba mintiendo.

—Me gustaría conocerlo —dijo Grace; la miré sin comprender, y ella añadió
 —: Me refiero a Beck Es lo más cercano a un padre que tienes. /verdad?

Cerré los dedos en torno al volante y observé la carretera que se abría ante mí. Con el rabillo del ojo distinguía mis nudillos, blancos por la fuerza con la que cerraba las manos. Siempre me había llamado la atención que la gente se olvidara de lo importante que era su propia piel, de lo terrible que sería perderla. «La piel me resbala / me escurro hacía fuera / pierdo la mente / me vuelvo dolor». Intenté rescatar la imagen más paternal que conservaba de Beck

- —En su casa hay una barbacoa enorme que usábamos a menudo para cocinar en verano. Una noche, Beck dijo que estaba cansado de ser el cocinero y que me tocaba a mí hacer la cena. Me explicó cómo pinchar las chuletas en el medio para ver si estaban listas, y cómo pasarlas primero por el fuego vivo para que no se les fuera el jugo.
 - -¿Y qué tal te quedaron?
- —Asquerosas —repuse—. Podría decir que las carbonicé, pero creo que un trozo de carbón habría sido más comestible que aquellas chuletas.

Grace se echó a reír.

—Aun así, Beck se comió la suya —manifesté, sonriendo tristemente al recordarlo—. Dijo que era la mejor chuleta que había probado en su vida, porque no había tenido que cocinarla él.

Me daba la impresión de que aquello había pasado hacía una eternidad.

Grace me miraba sonriente, como si aquellas historias sobre el jefe de la manada y yo fuesen lo mas gracioso del mundo. Como si le produjeran ternura. Como si Beck y yo tuviéramos una relación verdaderamente especial. Beck y yo. Padre e hijo.

En mi imaginación, el chico del maletero me miraba implorante: « Ay údame» .

-¿Cuánto tiempo hace? - preguntó Grace -. No me refiero a las chuletas,

sino al día en que te mordieron.

- -Tenía siete años, de modo que hace once.
- —¿Y por qué estabas en el bosque? —inquirió—. Porque tú eres de Duluth, ¿verdad? Al menos, eso dice tu permiso de conducir.
- —No me atacaron en el bosque —respondí—. Fue muy llamativo, salió en todos los periódicos.

Aparté los ojos de Grace y los fijé en la carretera.

—Iba a subirme al autobús del colegio. Fueron dos lobos: el primero me tiró al suelo y el segundo me mordió.

En realidad había sido poco más que un rasguño, como si su único objetivo fuera hacerme sangre. Y es que lo era; analizándolo con perspectiva, todo parecía dolorosamente claro. Nunca se me había ocurrido examinar a fondo mis recuerdos infantiles del ataque y de lo que ocurrió tiempo después, cuando mis padres intentaron matarme y Beck apareció providencialmente. Mi relación con Beck había sido tan cercana, lo admiraba tanto, que nunca había sentido la necesidad de profundizar más. Sin embargo, al contarle la historia a Grace, la verdad me cayó encima como un mazazo: mi ataque no había sido un accidente. Los lobos me habían elegido, me habían perseguido y contagiado intencionadamente, como había ocurrido con los chicos del maletero. Y luego, Beck había llegado para recomponer lo que quedaba de mí.

« Eres el mejor de todos nosotros». La voz de Beck resonaba en mi interior. Beck había creido que duraría más que él, que heredaría su puesto al frente de la manada. Extrañamente, no me sentía furioso, ni siquiera enfadado. Me habían arrebatado mi vida. Y, sin embargo, en mi interior sólo palpitaba un zumbido sordo, un eco vacío.

- -Entonces, ¿ocurrió en la ciudad? preguntó Grace.
- —Si, en el barrio donde yo vivía. No había ningún bosque cerca. De hecho, los vecinos dijeron más tarde que los lobos habían huido saltando por los patios traseros de las casas.

Grace guardó silencio. Ahora me parecía tan evidente que aquellos lobos me habían contagiado a propósito, que me quedé esperando a que lo dijera en voz alta. Pero en vez de hacerlo, me miró con expresión meditabunda.

- —¿Qué lobos eran? —dij o al fin.
- —No lo recuerdo. Paul, tal vez, porque uno de ellos era negro. Eso es todo lo que sé.

Nos quedamos callados durante varios minutos, hasta que llegamos a la casa de Grace. Sus padres todavía no habían llegado, y Grace suspiró con alivio.

—Volvemos a estar solos —afirmó—. Quédate aquí hasta que abra la puerta, ¿vale?

Cuando salió del coche, una ráfaga de aire frío pareció morderme las mejillas. Puse la calefacción al máximo; quería prepararme para el trayecto

hasta el interior de la casa. Me incliné sobre las salidas de aire, absorbiendo el calor que me lamía la piel, y cerré los ojos tratando de sentir lo mismo que hacía un rato. Recordé cómo había abrazado a Grace por la espalda y me había derretido con el calor de su cuerpo, cómo la había visto olfatear el aire, olfatearme a mí. Me estremecí. Si pasaba una noche más junto a ella, no creía que pudiera controlar mis impulsos.

-¡Sam! -me llamó Grace.

Abrí los ojos y vi su cabeza asomada por la puerta de la casa, que estaba entornada para impedir que entrara el frío de la noche. « Chica lista», pensé.

Conté hasta tres para mis adentros y me abalancé por el resbaladizo camino de entrada, procurando no escurrirme en la nieve helada y notando que la piel me escocía y empezaba a ponérseme tirante.

Grace cerró rápidamente la puerta a mi espalda y me abrazó para darme un poco de su calor.

-- ¿Te has enfriado demasiado? -- me susurró al oído.

La miré; aún no me había acostumbrado a la penumbra del pasillo, y sólo distinguí el brillo de sus ojos, la forma de sus cabellos, la curva que trazaban sus brazos para estrecharme la cintura. El espejo que había tras ella mostraba una visión igualmente sombría de su cuerpo pegado al mío. Saboreé su abrazo durante un momento antes de responder.

- -Estoy bien -dije.
- -- ¿Te apetece comer algo?

Su voz resonó en la casa vacía. Aparte de eso, sólo se oía el rumor del aire corriendo por el sistema de calefacción de la casa, un aliento continuo y reconfortante. Era muy consciente de que estábamos solos.

Tragué saliva.

- -Prefiero irme a la cama.
- —Yo también —respondió Grace con alivio en la voz.

Al oírla, me arrepentí de haber dicho aquello; si me hubiera quedado despierto comiendo algo, viendo la televisión o entreteniéndome con cualquier tontería, tal vez hubiera logrado olvidar lo mucho que la deseaba.

Pero ya no había nada que hacer: Grace se había descalzado y había echado a andar por el pasillo. Entramos en su habitación, iluminada tan sólo por la luna reflejada en la nieve del alféizar. La puerta se cerró tras nosotros con un suspiro y Grace apoyó en ella la espalda, agarrando el pomo. Nos quedamos callados durante un larguisimo instante.

-- Por qué no te lanzas de una vez. Sam Roth? -- dijo al fin.

Intenté responder con sinceridad.

- -Porque no es... no soy ... un animal.
- -- ¿Y qué, si lo fueras? A mí no me das miedo -- me aseguró.

Y no parecía asustada. Iluminada por el resplandor de la luna, parecía

tentadora y hermosa, olorosa a menta, a jabón y a piel. Pero yo me había pasado once años viendo cómo los demás miembros de la manada se transformaban en animales, once años tratando de someter mis instintos y controlarme, luchando por conservar la forma humana, por hacer lo correcto.

Como si me ley era el pensamiento, Grace dijo:

-Dime una cosa, Sam: el que desea besarme, ¿es solamente el Sam lobo?

Todo yo rabiaba por besarla, tanto que me sentía estallar. Apoyé las manos en la puerta a la altura de su cara y, mientras la madera crujía bajo mi peso, pegué mi boca a la suya. Ella me devolvió el beso moviendo sus cálidos labios y jugueteando con la lengua entre mis dientes, con el pomo aún agarrado a su espalda. Mi cuerpo se puso a zumbar como si lo recorriese una corriente eléctrica que lo atraía hacia el cuerpo de Grace, enloquecedoramente próximo.

El jugueteo de Grace se hizo más intenso; noté cómo jadeaba en mi boca, cómo me mordía el labio inferior. Gruñí de placer y, antes de que pudiera empezar a avergonzarme, ella soltó el pomo, me enlazó el cuello con los brazos y tiró de mí hasta pegarme a ella.

—Eso ha sido muy sexy —musitó con voz entrecortada—. No creía que pudieras ponerte más sexy aún.

Volví a besarla antes de que dijera nada más y los dos caminamos hacia el centro de la habitación, enredados el uno en el otro. Grace me enganchó las trabillas del vaquero con los índices, metió los pulgares por dentro del pantalón y acarició suavemente los huesos de mi cadera

—Joder, Grace —jadeé—. Tú... sobreestimas mi capacidad para

—No espero que te domines.

Mis manos estaban bajo su blusa, pegadas a su espalda; ni siquiera recordaba cómo habían llegado hasta allí.

-No quiero... no quiero hacer nada de lo que vay as a arrepentirte.

La espalda de Grace se arqueó como si mis dedos le hubieran transmitido una sacudida eléctrica

-Pues no pares.

Me la había imaginado diciendo aquellas palabras de mil maneras diferentes, pero ninguna de mis fantasías se acercaba a aquel vértigo.

Nos tambaleamos hasta llegar a su cama, mientras una parte de mí pensaba que no debíamos hacer ruido por si llegaban sus padres. Pero cuando ella me ayudó a quitarme la camiseta y recorrió mi pecho con las yemas de los dedos, gemí olvidándolo todo. Mi mente trató de encontrar alguna canción, alguna sucesión de palabras que describiera aquel momento, pero no las había. En mi cabeza sólo había sitio para el roce de su mano.

—Hueles muy bien —murmuró Grace—. Cada vez que te toco, tu olor se hace más intenso Olfateó el aire como lo habría hecho un lobo, descubriendo lo mucho que la deseaba; descubriendo quién era yo en realidad, y queriéndome a pesar de ello.

Me incliné hacia delante, y ella dejó que la empujara hasta quedar tumbados. La rodeé con brazos y piernas hasta envolverla por completo.

—¿Estás segura? —pregunté.

Ella asintió, con los ojos brillantes.

Me deslicé hacia abajo para besarle la barriga en un gesto instintivo, natural, como si lo hubiera hecho mil veces y fuese a hacerlo mil veces más.

Al pasar por su cuello vi las cicatrices que la manada había dejado en su clavícula, y fui besándoselas una a una.

Grace me tapó con el edredón, se metió a mi lado y los dos nos desnudamos. Y entonces, con mi cuerpo pegado al suy o, gruñi olvidando por una vez mi piel y me entreuse. no como un hombre ni como un lobo. sino como Sam. Sólo Sam.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO



Lo primero que pensé fue que el teléfono sonaba. Lo segundo, que el brazo desnudo de Sam descansaba sobre mi pecho. Lo tercero, que se me habían enfriado las mejillas allí donde no las abrigaba el edredón. Pestañeé mientras trataba de despertarme, extrañamente desorientada en mi propia habitación. Me hizo falta un momento para advertir que la pantalla del despertador había dejado de brillar, y que la habitación sólo estaba iluminada por la luz de la luna y el resplandor del teléfono móvil.

Extendí un brazo hacia la mesilla para agarrar el teléfono, procurando no despertar a Sam, pero dejó de sonar antes de que pudiera cogerlo. La casa estaba congelada; la tormenta que había anunciado el hombre del tiempo debía de haber provocado un apagón. Me pregunté cuánto tardaría en volver la luz, rogando que la bajada de temperatura no fuera peligrosa para Sam. Metí la cabeza bajo el edredón con cuidado de no dejar entrar el frío y lo vi ovillado junto a mí, con la cabeza pegada a mi costado. El pálido perfil de sus hombros desnudos se recortaba en la penumbra.

Me quedé un rato mirándolo para ver si me sentía culpable. Pero no: estaba

llena de vida, tanto que el corazón me martilleaba en el pecho de pura alegría. Aquélla era mi verdadera vida: Sam y yo. La parte de mi vida en la que iba al instituto esperaba a mis padres o escuchaba a Rachel despotricar contra sus hermanos parecía, en comparación, un sueño borroso. Desde el exterior me llegó el sonido lastimero de los lobos aullando a lo lejos y, unos segundos más tarde, volvió a sonar la melodía descendente del teléfono, un extraño eco digital de los aullidos

No me di cuenta de mi error hasta que fue demasiado tarde.

—¿Sam? —dijo una voz que no conocía, y entonces lo comprendí: había cogido sin querer el teléfono de Sam.

No supe qué responder; por un segundo pensé colgar sin decir nada, pero no me pareció bien hacerlo.

-No -contesté-, no soy Sam.

La voz era agradable, pero había un matiz cortante en ella.

- —Lo siento. Debo de haberme equivocado al marcar.
- —No —repuse antes de que pudiera colgar—. Estás llamando al teléfono de Sam.

Se produjo una pausa larga y tensa.

—Ah. —Una nueva pausa—. Eres esa chica, ¿verdad? La que estuvo en mi casa.

Supuse que negarlo no serviría de nada.

—Sí. —;Cómo te llamas?

—¿Y tú?

Soltó una carcajada un tanto forzada, pero no del todo desagradable.

- -Creo que me caes bien. Me llamo Beck
- —Sí, eso suponía —le di la espalda a Sam, que seguía plácidamente dormido con un brazo tapándole la oreja.
 - —¿Qué le has hecho para que se hay a enfadado tanto?

Otra vez aquella carcajada.

—¿Sigue furioso conmigo?

Medité la respuesta.

—Bueno, ahora no porque esta durmiendo. ¿Quieres que le dé algún recado de tu parte?

La línea se quedó en silencio durante tanto tiempo que pensé que Beck había colgado, pero luego oí su respiración.

—Uno de sus amigos está herido. ¿Podrías despertarlo?

Uno de los lobos. Seguro. Me arrebujé en el edredón.

-Sí, claro. Espera.

Dejé el teléfono en la mesilla y aparté suavemente el brazo de Sam para poder hablarle al oído. -Sam, despierta. Te llaman. Es importante.

Volvió la cabeza, y vi que sus ojos amarillos ya estaban abiertos.

-Conecta el altavoz

Hice lo que me decía, metí el teléfono bajo el edredón y me lo coloqué en la barriga. La pantalla me proyectaba en el pecho un cuadrado de luz azul.

- —¿Qué pasa? —Sam se acodó en el colchón, hizo una mueca al notar el frío y remetió el edredón a nuestro alrededor como si fuera una tienda de campaña.
- -Alguien ha atacado a Paul. Se halla en un estado deplorable, lo han hecho trizas

Sam frunció los labios. No parecía ser consciente de su expresión; su mirada se perdía en la lejanía como si buscara a la manada.

- —¿Pudiste...? ¿Sabes si...? ¿Todavía sangra? ¿Era humano cuando ocurrió? inquirió.
- —Si, era humano. Le he preguntado quién ha sido para ir a por él, pero... Estaba muy mal, Sam. Al principio casi lo di por muerto. Sin embargo, creo que está empezando a recuperarse. Lo han mordido por todo el cuerpo, en el cuello, las muñecas y el vientre, como si el atacante...
 - —Supiese cómo acabar con él —adivinó Sam.
 - -Fue un lobo -dii o Beck-. Es lo único que me ha sabido decir.
 - -¿Uno de los nuevos? rugió Sam con una fiereza que me sorprendió.
 - —Sam...
 - --: Pudo ser uno de ellos?
 - -No, Sam. Aún no han salido de casa.

El cuerpo de Sam seguía tenso mientras yo trataba de comprender aquella pregunta: « ¿Uno de los nuevos?». ¿No era Jackel único lobo nuevo?

- -¿Querrías venir? -preguntó Beck-. ¿Puedes, o hace demasiado frío?
- -No lo sé -respondió Sam torciendo el gesto.

Intuí que sólo estaba contestando a la primera pregunta; no sabía qué podía haberle distanciado tanto de Beck, pero no debía de ser ninguna tontería.

La voz de Beck adoptó un tono distinto, más suave, joven y vulnerable.

-Por favor, Sam. No sigas enfadado conmigo. No puedo soportarlo.

Sam apartó la mirada del teléfono.

-Sam -musitó Beck

Sam se estremeció y cerró los ojos.

-: Sigues ahí?

Miré a Sam, pero él siguió callado. No pude evitar compadecerme de Beck

—Yo sí —dije.

Se hizo un silencio total y temí que Beck hubiese colgado. Sin embargo, al cabo de un rato su voz volvió a sonar, esta vez más cautelosa.

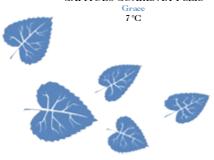
- -¿Qué sabes de Sam, chica-sin-nombre?
- —Todo

Nueva pausa. Y después:

-Me gustaría conocerte.

Sam alargó un brazo y colgó el teléfono. El resplandor de la pantalla se apagó y los dos nos quedamos a oscuras, bajo el edredón.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS



Mis padres no se dieron cuenta de nada. A la mañana siguiente, después de la noche en que Sam y yo habíamos... habíamos estado juntos, no podía quitarme de la cabeza la idea de que mis padres ni siquiera sospechaban lo que había pasado. Supuse que era lo normal. Supuse que también era normal que me sintiera algo rara y un poquito ida. Hasta aquella noche, había pensado en mí como una imagen completa, un cuadro; pero Sam había descubierto en mí un puzzle, había desmontado las piezas y las había vuelto a colocar. Ahora era agudamente consciente de cada una de mis emociones, y de la forma en que encaiaban entre sí.

Mientras y o conducía con una mano, Sam guardaba silencio y me sostenía la otra mano entre las suy as. Habría dado un millón de dólares por saber qué le pasaba por la cabeza.

-; Oué quieres que hagamos esta tarde? -le pregunté al cabo de un rato.

Él miró por la ventanilla, acariciándome el dorso de la mano con los dedos. El paisa je tenía un aspecto frágil, quebradizo. Olía a nieve.

—Con tal de estar contigo, cualquier cosa.

-¿Cualquiera?

Me miro y me dedicó una sonrisa ladeada; parecía tan ido como yo.

- -Sí, siempre y cuando estemos juntos.
- -Vale. Me gustaría conocer a Beck-afirmé.

Ya estaba. Lo había dicho. Aquélla era una de las piezas del puzzle, y no acababa de encajar desde que la noche anterior había descolgado el teléfono.

Sam se quedó mirando el instituto, quizá con la esperanza de que, si se quedaba callado hasta que llegáramos, yo me bajaría del coche sin insistir. Sin embargo, terminó por suspirar y mirarme con expresión de agotamiento.

- -Ay, Grace. ¿Por qué?
- --Porque es casi tu padre, Sam. Quiero saberlo todo de ti. No creo que sea tan difícil de entender.
- —Lo que quieres es que todo esté bien ordenado. —Sam observó los grupos de estudiantes que atravesaban el aparcamiento, y yo remoloncé sin querer aparcar el coche aún—. Quieres que las cosas entre Beck y yo se arreglen por arte de magia porque necesitas sentir que todo está en su sitio.
- —Si pretendes enfadarme con eso que estás diciendo, no lo vas a conseguir. Sé perfectamente que tienes razón.

Sam guardó silencio mientras dábamos otra vuelta al aparcamiento y luego deió escapar un gemido.

- -Grace, odio estas cosas. Odio enfrentarme a la gente.
- —No habrá enfrentamiento. Beck quiere verte.
- —Hay cosas que no sabes, Grace. Cosas feas. Aunque no quiera, si lo veo me enfrentaré con él; es una cuestión de principios. Aunque, después de lo de anoche, no sé si me quedan principios...

Busqué rápidamente un sitio libre en el fondo del aparcamiento para poder mirarle a los oj os sin que nos vieran los demás alumnos.

- -¿Es que te sientes culpable? -le pregunté.
- -No. Tal vez. Un poco. Estoy ... intranquilo.
- -Pero si usamos protección -le recordé.

Sam respondió sin mirarme.

- -No es por eso. Es que... espero que fuese el momento adecuado.
- -Pues claro que lo era.

Agachó la cabeza.

—Lo único que me gustaría saber es si has querido hacer... hacer el amor conmigo para vengarte de tus padres.

Le lancé una mirada asesina y cogí mi mochila del asiento trasero. Me ardían las orei as y las mei illas; no entendía por qué estaba tan furiosa, pero lo estaba.

—Lo que acabas de decir es una estupidez —le recriminé, con una voz que no parecía la mía.

Sam siguió mirando la pared del instituto como si le fascinara la disposición

de los ladrillos. Tanto debía de fascinarle, que no había sido capaz de mirarme a los ojos mientras me acusaba de haberlo utilizado. Cada vez me sentía más furiosa

—¿Es que no tienes nada de autoestima? Mira, Sam, aunque te parezca increible, si quiero estar contigo es porque me gustas tú. —Abrí la portezuela del coche y me apeé; Sam dio un respingo al notar el aire frío procedente del exterior, pero no me importó—. Joder, vaya forma de estropearlo. Vaya forma de estropearlo.

Quise cerrar de un portazo, pero él extendió un brazo para impedirlo.

- -Espera, Grace, Espera.
- -;Oué?
- —No quiero que te vavas así.

Su mirada parecía implorarme perdón, más triste que nunca. Vi que se le ponía la carne de gallina en los brazos, que los hombros empezaban a temblarle. Y eso me venció; por muy enfadada que estuviese, sabía tan bien como él lo que podía ocurrirle mientras y o estaba en clase. Odiaba aquello, aquel miedo. Lo odiaba con toda mi alma

—Siento mucho lo que he dicho —barbotó Sam, tratando de decirme todo lo que sentía antes de que me marchara—. Tienes razón. Pero es que a veces me cuesta creer que alguien... algo... tan maravilloso me esté pasando a mí. Grace, no te enfades conmigo. Por favor. Grace.

Cerré los ojos y, por un momento, deseé de todo corazón que Sam fuese un chico normal para poder darme la vuelta y marcharme sin más, orgullosa e indignada. Pero no: Sam era tan frágil como una mariposa en otoño, a punto de morir con la primera helada. De modo que me tragué mi ira como si fuera una cucharada de jarabe amargo y abrí la puerta un poco más.

-No quiero que vuelvas a pensar esas bobadas nunca más, Sam Roth.

Sam entrecerró los párpados al oír su nombre, y sus iris amarillos quedaron ocultos bajo las pestañas durante un segundo. Luego extendió una mano y me tocó la mej illa.

-Perdóname

Le cogí la mano, entrelacé mis dedos con los suy os y observé su cara.

--¡Cómo crees que se sentiría Beck si la última vez que hablaras con él estuvieras furioso?

Sam respondió con una carcajada forzada y cínica que me recordó a la de Beck la noche anterior, y desvió la mirada. Sabía que yo había visto el número de Beck Me soltó la mano.

-De acuerdo. Iremos a verlo.

Estaba a punto de marcharme cuando se me ocurrió algo que me intrigó.

—¿Por qué estás enfadado con Beck, Sam? ¿Por qué estás enfadado con él, cuando nunca te he visto furioso con tus verdaderos padres?

La expresión de Sam me indicó claramente que nunca se había planteado aquella pregunta, y le hizo falta un rato largo para hallar la respuesta.

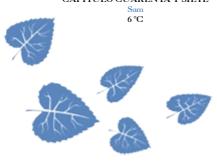
—Pues porque Beck... Beck no tenía por qué hacer lo que hizo. Mis padres, en cambio, si tenían razones para hacerlo. Pensaban que y o era un monstruo, tenían miedo. Actuaron sin pensar.

La cara de Sam reflejaba su dolor y sus dudas. Metí la cabeza en el coche y le besé suavemente. No sabía qué decirle, así que volví a besarle, me eché la mochila al hombro y empecé a caminar por el gris aparcamiento.

Al mirar por encima del hombro, vi que no se había movido y que me observaba con ojos enigmáticos y lobunos. Los entrecerró para protegerlos de un repentino golpe de viento que le alborotó los oscuros cabellos; por alguna razón, su imagen me hizo recordar la primera vez que lo había visto. Volví a mirar hacia delante, mientras aquella brisa gélida y penetrante me golpeaba en la nuca.

De repente, el invierno me pareció muy cercano. Me detuve en la acera con los ojos cerrados, luchando contra el deseo de volver junto a Sam. Al final se impuso mi sentido del deber y me encaminé hacia la puerta del instituto. Sin embargo, no lograba librarme de la sensación de estar cometiendo un error.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE



Cuando Grace se bajó del coche, me quedé inquieto. Debido a la discusión haber discutido con ella, por las dudas que me acuciaban, por el frío que amenazaba con transformarme en lobo. Aunque, más que inquieto, estaba desasosegado, angustiado. Había demasiados cabos sueltos: Jack Isabel. Olivia. Shelby. Beck

Me costaba creer que Grace y yo fuésemos a encontrarnos con Beck Puse la calefacción a tope y estuve un rato con la cabeza apoyada en el volante, hasta que empezó a dolerme la frente. Con tanto aire caliente, el interior del coche pronto se volvió sofocante, pero me gustaba aquella sensación. Me hacía sentir que la transformación estaba muy lejos, que estaba a gusto en mi propio pellejo.

Pensé quedarme allí sentado todo el día, entonando canciones a media voz —« Cerca del sol es cerca de mi, / siento la piel abrazarme con fuerza» — y esperando a Grace, pero al cabo de una media hora comprendí que tenía que moverme. Sentía la necesidad de compensar de alguna manera lo que le había dicho a Grace, de modo que decidí visitar de nuevo la casa de Jack Seguía sin saberse nada de él: ni había aparecido su cuerpo ni había ocurrido ningún incidente en el que pudiera haber intervenido, y su casa era el único lugar lógico

desde el que recomenzar la búsqueda. Supuse que Grace se alegraría cuando supiera que intentaba ordenar las piezas sueltas de nuestras vidas.

Aparqué el Bronco en una pista forestal próxima a la casa de los Culpeper y atajé por el bosque. Los pinos parecían descoloridos por aquel frío que presagiaba nieve, y sus copas se mecían suavemente, movidas por un viento que no se notaba a ras de suelo. Se me erizó el vello de la nuca; el pinar atufaba a lobo. Jack había debido de mear en todos y cada uno de los troncos. « Menudo fantasmóm», pensé.

A mi derecha se movió algo; di un respingo, me agaché y contuve el aliento.

Era un ciervo. Distinguí fugazmente sus grandes ojos, sus largas patas y su cola blanca, y luego lo vi desaparecer con una curiosa torpeza. Su presencia en el bosque me tranquilizó, porque significaba que Jack no andaba por los alrededores. La única arma que llevaba encima eran mis propias manos; no tenía nada que hacer ante un lobo ioven e iracundo con la adrenalina de su parte.

- Al llegar al lindero del bosque, cercano a la casa, oí dos voces. Me quedé inmóvil, escuchando: un chico y una chica discutian agriamente en algún lugar cercano a la puerta trasera. Deslizándome bajo la sombra de la mansión con el sigilo de un lobo, avancé hacia ellos. No reconocía la voz masculina, de tono grave y airado, pero algo me dijo que era la de Jack La otra pertenecía a Isabel. Pensé en presentarme ante ellos sin más, pero preferi ser cauto y esperar a enterarme de qué discutían.
- —No entiendo lo que dices —gritó Isabel—. ¿Por qué me estás pidiendo perdón? ¿Por desaparecer? ¿Por convertirte en lo que eres? ¿Por...?
 - -Por Chloe -respondió Jack

Se produjo un silencio.

- —¿Que quiere decir eso de « por Chloe» ? ¿Qué tiene que ver la perra en todo esto? ¿Es que sabes dónde está?
- —Isabel, por favor. ¿No has oído lo que te he dicho? A veces pareces idiota. Sabes que, cuando me transformo, no soy consciente de lo que hago.

Me tapé la boca para contener la risa. Por lo visto, Jack se había comido a la chihuahua de Isabel

- -¿Estás diciendo que la has...? ¡Mierda, Jack! ¡Eres un gilipollas!
- -No pude evitarlo. Pero tú ya sabes lo que me pasa; no deberías haberla deiado salir.
 - —¿Tú tienes idea de lo que costó esa perra?
 - -Ya, ya. Lo que tú digas.
- —¿Y qué se supone que les voy a decir a papá y mamá? « Hola, queridos padres: Jack es un hombre lobo, y ¿sabéis qué? ¡Que Chloe no se ha perdido, sino que se la ha comido é!!».
- —¡Pues no les digas nada! —exclamó Jack—. Además, es posible que todo esto termine muy pronto. Creo que he encontrado una cura.

Fruncí el ceño

- -¿Una cura? -preguntó Isabel con incredulidad-. ¿Inyecciones, baños termales...? Dime. ¿cómo puede curarse un hombre lobo?
- —No calientes tu rubia cabecita, hermana. He conseguido... o mejor, dame unos días más para que pueda estar seguro. En cuanto lo esté, os lo contaré todo.
- --Estupendo. Lo que quieras. Mierda, no me puedo creer que te hayas comido a Chloe.
- --¿Puedes dejar el tema de una vez? Estás empezando a ponerme de los nervios
- —Vale, vale. ζY qué pasa con los otros? Porque hay otros, ζ no? ζ No puedes hacer que te ayuden?
- —Isabel, cierra el pico. Ya te he dicho que he encontrado la cura. No necesito que nadie me ayude.
 - -Sí, ¿pero no crees que...?
- Un ruido seco interrumpió la conversación. ¿Una rama rompiéndose? ¿Una bofetada?

Cuando volvió a hablar, la voz de Isabel sonaba diferente. Más débil.

- —Tú ten cuidado de que no te vean. Mamá está yendo al psiquiatra por tu culpa, y papá se ha ido de viaje. Yo tengo que volver al instituto. No puedo creer que me hayas llamado sólo para decirme que te has comido a mi perra.
- —Te he llamado para decirte que he encontrado la forma de acabar con esto. Pero ya veo que te deja fría.
 - —No. si es genial. Fantástico. Adiós.

Al cabo de un momento oí cómo se alejaba el todoterreno de Isabel por el paseo de grava, y volví a titubear. Prefería no tener que vérmelas con un lobo inestable y poco aficionado a controlarse, pero hacía mucho frio y pronto tendría que elegir entre regresar al coche o meterme en la casa. Y la casa, evidentemente, estaba más cerca. Rodeé el edificio con cautela, aguzando el oído para tratar de localizar a Jack Nada. Debía de haber entrado.

Me acerqué a la puerta por la que me había colado hacía unos días. Habían reparado el cristal roto, así que probé a abrirla sin más. No estaba cerrada con llave. «Gracias: familia Culpeper», pensé.

Al entrar oí de immediato como Jack se movía por la casa silenciosa, y avancé sin hacer ruido por un trastero en penumbra hasta llegar a la cocina. Era una estancia de techo alto, con suelo de baldosas blancas y negras, y tan grande que las oscuras encimeras se perdían entre las sombras del fondo. La luz que entraba por sus dos ventanas era blanca y helada y, tras reflejarse en las paredes, iba a estrellarse en las sartenes negras e inmaculadas que pendían del techo. En aquella estancia todo era blanco o negro.

Desde luego, prefería con mucho la cocina de Grace —cálida, acogedora y olorosa a canela, ajo y pan— a aquella caverna árida y estéril.

En ese momento me di cuenta de que Jack estaba de espaldas a mi, acuclillado frente a la nevera de acero pulido, rebuscando en sus cajones. Me quedé helado, pero él estaba distraído y no advirtió mi presencia. No había corrientes de aire que pudieran llevarle mi olor, así que me quedé inmóvil y sopesé las alternativas que tenía. Jack era alto, de hombros anchos y cabello rizado y oscuro, parecido a una estatua griega. Su forma de moverse indicaba un exceso de confianza en sí mismo que me irritó profundamente, aunque no supe bien por qué. Ahogando un gruñido, me deslicé por el hueco de la puerta y me subí a una encimera. Si Jack se ponía agresivo, la altura me daría una pequeña ventaja.

Jack se alejó de la nevera y dejó la comida que llevaba en los brazos sobre una mesa colocada en el centro de la cocina. Durante unos minutos, observé cómo se preparaba con gran esmero un sándwich monumental, colocando ordenadamente las capas de fiambre y queso y untando el pan de may onesa. Al terminar, levantó la vista.

- —Vava —exclamó.
- -Hola -respondí.
- —¿Qué quieres? —No tenía cara de asustado; yo no era lo bastante corpulento para parecer una amenaza.

No supe bien qué contestarle. El haber oído su conversación con Isabel había cambiado las cosas

—¿Cuál es esa cura con la que esperas ponerte bien?

Entonces sí que pareció asustado, pero sólo por un segundo la expresión de temor fue reemplazada de inmediato por un gesto de orgulloso desafío.

—¿Quién eres?

No me gustaba nada aquel tipo, aunque no sabía por qué. Era un rechazo visceral. Si no lo hubiera considerado una amenaza para Grace, Olivia e Isabel, lo habría mandado a freir espárragos y me habría largado de allí. Aun asi, la antipatía que me inspiraba hacía que fuera más fácil enfrentarme a él. Me ayudaba a desempeñar el papel de tipo que conocía todas las respuestas.

- —Soy alguien como tú. Alguien a quien mordió un lobo. —Hizo ademán de replicar, pero levanté una mano para detenerlo—. Si estás pensando decirme que me he equivocado de persona, no te molestes. Te he visto transformado en lobo. Así que dime qué es eso que has descubierto.
 - -¿Por qué voy a confiar en ti?
- —Porque, a diferencia de tu padre, no me dedico a disecar animales y a ponerlos de adorno en un salón. Y también porque no me apetece verte llamando la atención por el instituto ni por las casas de la gente. Los licántropos intentamos sobrevivir y cargar con nuestros problemas, nada más. Lo último que nos hace falta es que levante la liebre un niñato pijo como tú y nos haga terminar en un zoológico o una mesa de laboratorio.

Jack gruñó. Fue un sonido demasiado animal para mi gusto, y más cuando vi que se estremecía levemente. Seguía siendo tan inestable como para transformarse en cualquier momento.

—¿Y a mí qué me cuentas? Sé cómo conseguir la cura, así que ya puedes irte por donde has venido y dejarme en paz.

Retrocedió hasta la encimera que se encontraba detrás de él, y yo salté al suelo

- -Jack no hay cura para lo que nos pasa.
 - -Te equivocas -me espetó-. Tengo noticia de una persona que se curó.

Advertí que se estaba aproximando a la cesta en la que se guardaban los cuchillos. Hubiera debido salir corriendo de allí, pero sus palabras me dejaron de niedra.

- —;Cómo?
- —Si. Me ha llevado algún tiempo descubrirlo, pero al final he caído en la cuenta. En el instituto hay una chica que fue atacada por los lobos y luego se curó, una tal Grace. ¿Te suena? Sé que ella conoce la cura, y más le vale enseñármela a mí también.

El mundo se tambaleó bajo mis pies.

—Ni se te ocurra acercarte a ella.

Jack hizo una mueca que tal vez fuera una sonrisa. Su mano tanteaba la encimera acercándose a los cuchillos, y su nariz se estremecía olfateando el tenue olor a lobo que el frío me había despertado en la piel.

- —¿Por qué? —inquirió—. ¿Es que no quieres saber cómo curarte? ¿O es que ella va te lo ha contado?
- ... Te he dicho que no hay ninguna cura. Ella no sabe nada ... mascullé, deseando que mi tono de voz no revelara tan claramente mis sentimientos.
- —¿Cómo puedes estar tan seguro? —replicó Jack, tratando de agarrar un cuchillo; lo habría logrado al primer intento si no le hubiera temblado tanto la mano—. Y ahora, largo de aquí.

No me moví del sitio. No me podía imaginar nada peor que Jack acosando a Grace, interrogándola sobre aquella cura imaginaria. Él, tembloroso, inestable y violento, y ella, incapaz de darle las respuestas que exigía.

Jack logró aferrar el mango de un cuchillo y lo sacó de la cesta; su filo serrado enviaba reflejos blancos y negros de la cocina en diez direcciones diferentes. Trató de apuntarme con él, pero temblaba tanto que apenas podía sostener derecha la hoia.

-Te he dicho que te largues.

Todos mis instintos me pedían que saltara sobre él gruñendo, hiciera ademán de morderle en el cuello y lo sometiera, como habría hecho si hubiera sido lobo. Que le obligara a prometer que se mantendria alejado de Grace. Pero entre los humanos las cosas no funcionaban así, sobre todo si el adversario era mucho más

robusto que tú. Me acerqué a él muy despacio, con los ojos fijos en los suyos y no en el cuchillo, e intenté una táctica diferente.

-Apártate de mí -dijo Jack

Dio un paso en mi dirección, pero enseguida retrocedió y se tambaleó. El cuchillo se le cayó de las manos y me encogí anticipando el estrépito, pero apenas hizo ruido al chocar contra las baldosas. Tampoco Jack dejó escapar ningún sonido al precipitarse al suelo, con las manos y a convertidas en zarpas que arañaban las baldosas blancas y negras. Intentaba decir algo, pero resultaba imposible entenderlo. En mi cabeza apareció la letra de una canción; estaba inspirada por Jack pero en realidad trataba de mí. « Mundo de palabras perdido entre los vivos, / hasta que ocupo mi lugar junto a los muertos. / Vago sin voz, regalo miles de palabras / al terror sin nombre de este desierto».

Me agaché a su lado y aparté el cuchillo para que no se hiciera daño. Ya no sacaria nada más en claro de él. Suspiré mientras escuchaba sus gañidos; ahora éramos iguales. A pesar de todo su dinero, sus rizos y su aire arrogante, Jack estaba en el mismo barco que yo.

Gimoteó, y a convertido en lobo.

—Deberías alegrarte —le dije—. Al menos, esta vez no has vomitado.

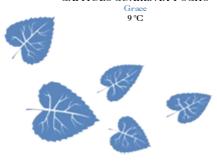
Sus ojos castaños me miraron un momento sin pestañear, y luego se puso en pie de un salto y salió corriendo.

Pensé en marcharme sin más, pero comprendí que no podía hacerlo. Cualquier posibilidad de desentenderme de Jack había desaparecido al oírle pronunciar el nombre de Grace.

Salté tras él y lo perseguí por la silenciosa mansión; sólo se oía el repiqueteo de sus uñas contra el suelo y los chirridos de mis suelas. Irrumpí en la sala de los animales disecados pisándole los talones, y el hedor de las pieles muertas me invadió las fosas nasales. Pero Jack tenía dos ventajas: conocía la casa y era un lobo. Supuse que trataría de esconderse por los alrededores aprovechando que conocía bien la zona, en vez de confiar en la fuerza de su cuerpo de lobo, que todavia no dominaba.

Supuse mal.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO



Sam nunca llegaba tarde. Hasta entonces siempre lo había encontrado esperándome en el Bronco a la salida de clase, de modo que nunca había tenido que preocuparme por su tardanza mientras ideaba formas de matar el tiempo.

Sin embargo, aquel día tuve que esperar.

Esperé hasta que todos los alumnos se montaron en sus autobuses. Hasta que los más rezagados se subieron a sus coches y salieron del aparcamiento. Hasta que los profesores terminaron su jornada y se marcharon. Durante un rato dudé si sacar los libros para hacer los ejercicios que tenía pendientes. Pensé en el sol, que se iba hundiendo tras las copas de los árboles, y me pregunté cuánto caería la temperatura cuando la sombra alcanzase el aparcamiento.

—¿Tardan en venir a buscarte, Grace? —me preguntó amablemente el señor Rink al pasar junto a mí; se había cambiado de camisa después de las clases, y olía a colonia

Supuse que debía de parecer bastante perdida, sentada en el bordillo del parterre que adornaba la entrada del instituto y abrazada a mi mochila.

-Un poco.

-¿Quieres que llame a alguien?

Con el rabillo del ojo, vi que el Bronco entraba en el aparcamiento, y me permití un suspiro de alivio. Sonreí.

- -Gracias, pero ya no me hace falta.
- —Menos mal —respondió—. Dicen que cuando se haga de noche, caerá una buena nevada.
- —Genial —exclamé con sorna, y él se rió y empezó a andar hacia su coche despidiéndose con la mano. Me eché la mochila al hombro, me acerqué corriendo al Bronco, abrí la puerta del pasajero y salté dentro.

Un segundo después de cerrar la portezuela me di cuenta de que el coche olía raro. Miré hacia el lado del conductor, di un respingo y me protegi el cuerpo con los brazos.

- -¿Dónde está Sam?
- -- ¿Te refieres al tipo que debería estar sentado en mi lugar? -- replicó Jack

Había visto sus ojos en una cara de lobo, sabía que Isabel había estado con él, y llevaba semanas convencida de que estaba vivo; pero, aun así, no estaba preparada para toparme con Jack frente a frente.

Observé su cabello negro y ensortijado, bastante más largo de lo que recordaba, sus penetrantes ojos castaños, sus manos aferradas al volante. Real. Vivo. El corazón me dio un puñetazo en las costillas.

Sin dejar de mirar al frente, Jack sacó el coche del aparcamiento. Supuse que mantenía el coche en movimiento para evitar que y o saltara, pero en realidad no le hacía falta. No pensaba moverme hasta que no hubiera encontrado la respuesta a mi pregunta: ¿dónde estaba Sam?

—Efectivamente, me refiero al tipo que debería estar sentado en tu lugar — dije, casi gruñendo—. ¿Dónde está?

Jack me miró de reojo. Estaba agitado, tembloroso. ¿Cuál era la palabra que Sam utilizaba para describir a los licántropos recientes? Sí: « inestable» .

- —Mira, Grace, yo no soy ningún cabrón. Pero necesito respuestas, y las necesito ya. Porque, si no, voy a empezar a ponerme furioso.
- —Pues empieza por conducir como una persona normal. Si no frenas un poco, nos va a parar la policía. ¿Se puede saber adonde vamos?
- —No lo sé. Tú dirás. Quiero que me cuentes cómo se cura esto y quiero que me lo cuentes ahora mismo, porque me estoy poniendo peor.

Me pregunté si se refería a que estaba empeorando con la llegada del invierno, o a que lo estaba haciendo en aquel momento.

—No pienso abrir la boca hasta que no me lleves con Sam. —Jack se quedó callado, así que insistí—. No voy de farol, Jack ¿Dónde está?

Volvió la cabeza bruscamente hacia mí.

--Mira, creo que no entiendes bien lo que está pasando. Yo soy el que conduce, el que sabe dónde está Sam y el que podría arrancarte la cabeza si me

transformara. Y tú eres la que debería estar muerta de miedo, contándome todo lo que quiero saber.

Aferró el volante con más fuerza, tratando de contener los estremecimientos que le sacudían los brazos. Estaba a punto de transformarse; tenía que ocurrirseme algo cuanto antes para que parara el coche.

- -¿Qué quieres saber?
- —Cómo acabar con esto. Sé que tú conoces la cura. A ti también te mordieron
 - -Jack, lo siento, pero no conozco ninguna cura. No puedo hacer nada por ti.
- Si, ya sabía que me dirías eso; por eso contagié a la tonta de tu amiga. Si no quieres preparar la cura para mí, tendrás que hacerla para ella. Fue fácil, sólo tuve que darle un mordisouito.

Aquello me deió sin aliento, y tuve que esforzarme para encontrar la voz.

- --: Mordiste a Olivia?
- —¿Qué te pasa? ¿Eres idiota? Acabo de decírtelo. Así que ya puedes empezar a hablar, porque pienso... ¡Aaah!

El cuello de Jack se sacudió y se dobló hacia delante. Su olor empezó a emitir una avalancha de mensajes —peligro, miedo, terror, ira— que mis sentidos lobunos captaron de inmediato.

Extendí una mano y puse la calefacción al máximo. No sabía si surtiría efecto, pero no perdía nada por intentarlo.

- —Es el frío. El frío es lo que hace que te conviertas en lobo, y el calor lo impide —hablaba muy deprisa para que Jack no pudiera interrumpirme, con la esperanza de que se fuera apaciguando—. Lo peor es el principio, porque cambias continuamente, pero luego te vuelves más estable. Pasas más tiempo siendo humano, veranos enteros —los brazos de Jack se contorsionaron; el coche derrapó en la grava del arcén y, tras unas cuantas sacudidas, regresó al carril—. ¡Jack, no estás en condiciones de conducir! Por favor. Te prometo que no voy a tratar de huir. Quiero ay udarte, de verdad, pero tienes que decirme dónde está Sam.
- Cierra la boca gruñó Jack con voz apenas humana—. La otra mentirosa también dijo que me ayudaria. Ya no me lo trago. Me contó que te habían mordido y que no te habías transformado, así que te segui. Hacía frio, y no te transformaste. ¿Cómo lo haces? Olivia me dijo que no lo sabía.

La piel me ardía por el calor y la tensión. Cada vez que Jack pronunciaba el nombre de Olivia era como si me diera una patada en el vientre.

- —Porque no lo sabe. Es verdad que me mordieron, pero no llegué a transformarme. No me curé por la sencilla razón de que nunca enfermé. No sé por qué no me contagié; nadie lo sabe. Por favor...
- —Deja... de... mentirme —silabeó; cada vez me costaba más atenderle—. Quiero que me digas la verdad ahora, porque si no, voy a hacerte daño.

Cerré los ojos. Me sentía como si hubiera perdido todos los puntos de apoyo y el mundo se alejara girando de mí. Tenía que decir algo para calmarlo. Abri los ojos.

- —Vale. Está bien. Existe una cura. Lo que pasa es que no hay bastante para todo el mundo, así que nadie quería que te enteraras. —Me estremecí al ver cómo su mano golpeaba el volante; en vez de uñas tenía garras negras. Traté de borrar aquella escena irreal y me concentré en la imagen de la enfermera poniéndole a Sam la vacuna de la rabia—. Es una especie de vacuna, hay que inyectarla en vena. Pero duele. Duele mucho. Seguro que la quieres?
 - -; Esto duele más! -rugió Jack
 - —Vale, tú mismo. Si te digo cómo conseguirla, ¿me dirás tú dónde está Sam?
- —¡Sí, lo que sea! Dime adonde tengo que ir. Si me mientes, juro que te mato. Le indiqué cómo ir a la casa de Beck, rogando para mis adentros que no se transformara completamente antes de llear Lueco buscué el teléfono móvil en

El Bronco dio otro bandazo. Levanté la vista: Jack tenía los ojos clavados en mí

—¿Oué haces?

la mochila

- —Voy a llamar a Beck Él es quien tiene la cura. Tengo que decirle que reserve una dosis para ti. ¿Te parece bien?
 - -Como me mientas te...
- —Mira, Jack, éste es el número que estoy marcando. No se parece al de la policía, ¿verdad?

Recordé el número de teléfono de Beck sin dificultad; se me daban mejor los números que las palabras. Sonó un tono, dos, tres. « Responde. Responde, Beck Por favor, que esto salga bien».

-¿Diga?

Era su voz.

—Hola, Beck Soy Grace.

- -- ¿Grace? Me suena tu voz, pero lo siento, no...
- Lo interrumpí.
- —Escucha, ¿aún te queda alguna dosis de la cura? Por favor, dime que no os la habéis acabado.

Beck se quedó callado, y yo seguí hablando como si me hubiera respondido.

- —Ah, menos mal. Escucha. Jack Culpeper va conmigo en el coche. Tiene a Sam retenido en algún lugar, y dice que no me dirá dónde hasta que no le demos una dosis. Estamos como a unos diez minutos de tu casa.
 - -Maldita sea -musitó Beck

Por alguna razón, al oír aquellas dos palabras se me estremeció el pecho; tardé un momento en darme cuenta de que un sollozo reprimido me subía por la garganta.

- —Exacto. ¿Estarás ahí?
 - —Sí. Desde luego. Grace... ¡Sigues conmigo? ¡Puede oírme Jack?
 - -No
- —Tranquila, ¿me oyes? Intenta no parecer asustada. No le mires a los ojos bajo ningún concepto, pero sé enérgica. Te estaremos esperando dentro de casa; dile que pase. Yo no puedo salir, porque me transformaría y entonces sí que estaríamos jodidos.
 - —¿Qué dice? —inquirió Jack
- —Me está explicando por qué puerta tenemos que entrar en la casa para evitar que te enfríes y te transformes. No pueden ponerte la inyección cuando eres lobo.
 - -Muy bien, Grace -me animó Beck

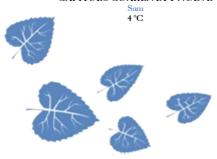
Su amabilidad me afectó mucho más que todas las amenazas de Jack Los ojos se me llenaron de lágrimas.

- —Enseguida llegamos. —Apagué el teléfono y me volví hacia Jack, procurando no mirarle directamente a los ojos—. Cuando llegues, entra con el coche en el jardín. La puerta de la casa estará abierta.
 - —¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

Me encogí de hombros.

—Como tú mismo has dicho, eres el único que sabe dónde está Sam. Soy la primera interesada en que no te pase nada.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE



El frío se me aferraba a la piel. Una oscuridad casi sólida me presionaba los párpados, y tuve que pestañear varias veces para librarme de ella. Cuando lo logré, vi una raya de luz blanca frente a mí: la rendija de una puerta. No tenía puntos de referencia, así que me resultaba imposible saber a qué distancia estaba. A mi alrededor se arremolinaban los olores: moho, polvo, madera, sustancias químicas. Por lo fuerte que sonaba mi respiración, deduje que me hallaba en un lugar pequeño. ¿Un cobertizo? ¿Un garaje?

Hacía muchísimo frío; no tanto como para transformarme, pero casi. Estaba tumbado, y me pregunté por qué. Me puse en pie y me mordi el labio para sofocar un grito: me dolía mucho un tobillo. Con cautela, como un cervatillo dando sus primeros pasos, intenté levantarme de nuevo, y el tobillo cedió bajo mi peso. Me desplomé braceando en busca de asidero; de las paredes colgaba una colección de objetos metálicos que me arañaron las manos al caer. Parecían instrumentos de tortura: fríos. ásperos, puntiagudos.

Me quedé un momento a gatas escuchando mi respiración, notando cómo la sangre me brotaba de las palmas de las manos y pensando en rendirme. Estaba cansado de luchar. Me sentía como si llevara semanas peleando.

Al cabo de un rato, cuando junté fuerzas, volví a ponerme de pie. Con los brazos extendidos para no llevarme más sorpresas, caminé renqueante hacia la puerta. Por la rendija se colaba una corriente de aire gélido que me rasgaba la piel como una cuchilla. Palpé en busca de un picaporte, pero sólo encontré el áspero tacto de la madera. Se me clavó una astilla en un dedo y solté un taco en voz baja. Luego apoyé el hombro en la puerta y empujé, mientras pensaba: « Por favor, por favor, que haya un poco de justicia en este mundo». No la había

CAPÍTULO CINCUENTA Grace 4 °C

-Es aquí -dije agarrando mi mochila.

Parecía absurdo que la casa de Beck estuviera igual que cuando Sam me había llevado allí para enseñarme el bosque dorado, en vista de lo mucho que habían cambiado mis circunstancias. Y sin embargo, su aspecto era el mismo; la única diferencia apreciable era el voluminoso todoterreno que había aparcado junto a la puerta.

Jack detuvo el coche, sacó la llave de contacto y me miró con ojos recelosos.

—Sal del coche después de que lo hava hecho vo.

Me quedé sentada mientras él se apeaba, rodeaba el coche y abría mi puerta. En cuanto puse un pie en el suelo, me aferró el brazo. Sus hombros estaban mucho más adelantados de lo que habría sido natural, y tenia la boca entreabierta; supuse que no se daba cuenta. Habría debido estar preocupada por si se transformaba de repente y me atacaba, pero lo único que podía pensar era que, si cambiaba antes de decirnos dónde tenia a Sam, ya no podríamos encontrarlo a tiempo.

Deseé con todas mis fuerzas que Sam estuviese en algún sitio resguardado, a

salvo de las garras del invierno. Pero lo dudaba.

—Deprisa —dije, tirando de Jack para que se apurara—. No tenemos tiempo que perder.

Tal y como había prometido Beck, la puerta principal no tenía echada la llave; Jack la abrió, me empujó al interior, entró detrás de mí y la cerró de un portazo. En el aire flotaba un débil aroma de romero; alguien había estado cocinando, y me vino a la cabeza la historia que Sam me había contado sobre Beck, las chuletas y la barbacoa. Y en ese momento, a mi espalda sonó un grito gutural, casi un eruñido.

Era Jack quien gritaba. Al volverme, encontré una escena muy diferente a la silenciosa pugna de Sam por conservar la forma humana. Aquello era un revoltijo violento y furioso. Los labios de Jack se deformaron en una mueca feroz mientras la cara se le afilaba hasta convertirse en un hocico, y su tez cambió de color en un instante. Dio un paso hacia mí como si quisiera agarrarme, pero los dedos se le cerraron hasta convertirse en garras de uñas negras.

Con cada uno de los cambios, su piel se hinchaba y ondulaba por un instante, como una placenta con un niño monstruoso y salvai e en su interior.

Observé la camisa de Jack, que colgaba arrugada en torno al torso del lobo. Sólo mirándola lograba convencerme de que lo que acababa de ver era cierto.

El Jack lobo estaba igual de furioso que el Jack humano, pero su ira no estaba controlada por la razón. Abrió las fauces y me enseñó los dientes sin emitir ningún sonido.

--; Atrás!

Un hombre, ágil pese a su gran envergadura, se precipitó en el vestíbulo y se abalanzó sobre Jack pillándolo desprevenido.

—¡Túmbate! —gruñó el hombre, con tanta autoridad que yo hice ademán de agacharme antes de comprender que se lo decía al lobo—. ¡Quieto! Ésta es mi casa. Aquí mando yo, ¿estamos? —gritó junto a la oreja de Jack manteniéndole el hocico cerrado con una mano.

Jack gimoteó, y Beck le empujó la cabeza hasta dejarla pegada al suelo. Lugo levantó la mirada hacia mí y me habló con voz sorprendentemente sosezada.

-Grace, ¿me echas una mano?

Hasta entonces, no me había atrevido ni siquiera a moverme del sitio.

- —Sí —respondí.
- —Agarra el borde de la alfombra que está debajo de él. Vamos a arrastrarlo hasta el baño. Está en...
 - —Sé dónde está
- —Estupendo. Vamos allá. Yo intentaré ay udarte, pero tengo que evitar que se levante.

Entre los dos tiramos de Jack hasta llegar al cuarto de baño en el que yo había

evitado que Sam se transformara. En el último momento, Beck se colocó detrás de Jack y lo lanzó al interior, y yo empujé la alfombra con el pie para meterla del todo en el baño. Luego Beck retrocedió de un salto, cerró la puerta y echó el pestillo. Me fijé en que el pomo estaba instalado del revés para que el pestillo quedara por fuera, y me pregunté cuántas veces habría ocurrido algo parecido en aquella casa.

Beck resopló y me miró con atención.

-¿Estás bien? ¿Te ha mordido?

Meneé la cabeza con tristeza

-No importa mucho, pero creo que no. ¿Cómo vamos a encontrar a Sam?

Beck me indicó con la cabeza que lo siguiera a la cocina, de donde procedía el olor a romero. Me sobresalté al ver un hombre sentado en la encimera. Si alguien me hubiera pedido más tarde que lo describiera, sólo habría podido decir que era un hombre oscuro, una figura hosca, inmóvil y silenciosa que olía a lobo. Al ver las cicatrices recientes en sus manos, decidí que tenía que ser Paul. No dijo nada al verme, y Beck, también callado, se inclinó sobre la encimera y cogió un teléfono móvil.

Marcó un número, conectó el altavoz y luego me miró.

-¿Está muy enfadado conmigo? ¿Aún conserva el móvil que le di?

-Creo que sí. Lo que pasa es que y o no tengo el número.

Beck volvió la mirada hacia el teléfono, y los tres nos quedamos escuchando la señal distante y mortecina. «Por favor, responde», pensé con el corazón desbocado. Me acodé en la mesa del centro y observé a Beck, las líneas angulosas y sólidas de sus hombros, su mandíbula, sus cejas. Todo en él sugería seguridad, franqueza, honestidad. Hice un esfuerzo por confiar en él, por creer que, si Beckconservaba la calma, nada malo podía ocurrir.

Al otro lado de la línea sonó un chasquido.

—¿Sam? —dijo Beck inclinándose sobre el teléfono.

Contestó una voz entrecortada e incomprensible.

--¿Gr... tú? ¿Dó... tas?

—Soy Beck ¿Dónde estás tú?

-... eper. Grace... Jack pa... on.

Lo único que me quedaba claro era su angustia. Sentí un ansia irreprimible de encontrarlo, de estar con él.

—Grace está conmigo —dijo Beck—. Todo bajo control. ¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien?

— frío

Aquella palabra sonó con aterradora claridad. Me aparté de la mesa, incapaz de seguir quieta.

Beck siguió hablando sin perder la calma.

-No se te oye bien. Repite dónde estás. Trata de decirlo claramente para

que te entendamos.

-Dile a Grace... llame a I... bel... en... bertizo... do. Oí... rato.

Me arrimé a la encimera

- —¿Quieres que llame a Isabel? ¿Estás en un cobertizo, en algún lugar de su finca? ¿Está ella contigo?
 - -... os -dijo Sam; cada vez parecía más agitado-... ¿Grace?
 - —¿Qué?
 - —... guiero.
 - -Ya me lo dirás cuando me veas -repuse-. Te sacaremos de ahí.
 - —Apur...

La línea se cortó.

Levanté la mirada y me topé con los ojos de Beck Transparentaban una preocupación que su voz no revelaba.

- -: Ouién es Isabel?
- —La hermana de Jack—contesté, quitándome la mochila para dejarla sobre la encimera. Abrí uno de los bolsillos y saqué mi móvil; mis movimientos eran desesperantemente lentos—. Sam debe de estar encerrado en algún lugar de la finca de los Culpeper. En un cobertizo, o algo parecido. Voy a llamar a Isabel para pedirle que lo busque. Si no puede, iré yo misma.

Paul miró por la ventana para contemplar la puesta de sol, y supe lo que estaba pensando: no me daría tiempo a llegar a la casa de los Culpeper antes de que la temperatura bajase demasiado. En cualquier caso, no merecía la pena pensar en eso. Encontré el teléfono de Isabel en la lista de llamadas recibidas y apreté la tecla verde.

Contestó al cabo de dos tonos.

- —¿Sí?
- -Isabel, soy Grace.
- -Ya sé que eres Grace. He visto tu número.

Quise meter la mano en el teléfono para estrangularla.

- —Escúchame: Jack ha encerrado a Sam en algún lugar de vuestra finca. Isabel empezó a preguntar algo, pero no dejé que terminara —. No, no sé por qué lo ha hecho. Pero, si pasa demasiado frío, Sam terminará por transformarse. Por favor; dime que estás en casa.
- -Sí, acabo de llegar. Estoy en mi cuarto. Pero no he oído ni he visto nada
 - -; Tenéis algún cobertizo en el jardín, o algo parecido?
 - Isabel resopló.
 - -Tenemos seis.
- —Pues tiene que estar en uno de ellos. Acabamos de llamarle y nos ha dicho que estaba allí. Cuando el sol se ponga, empezará a hacer frío en unos dos segundos.

- —¡Vale, vale! —protestó Isabel; oí unos ruidos—. Me estoy poniendo el abrigo. Voy a salir ¿Me oyes? Ya estoy fuera. Oye, hace un frío que pela y me voy a congelar por tu culpa. Estoy caminando. Voy hacia el parterre en el que meaba mi perra antes de que se la comiera el desgraciado de mi hermano.
 - -¡Date prisa, por favor! -le rogué.
- —Ya casi he llegado al primer cobertizo. Voy a llamarle... ¡Sam! ¡Sam! ¿Estás ahí? No oigo nada. Como se haya transformado en lobo y me deje la cara hecha un mapa al abrirle la puerta, se te va a caer el pelo.

Oí un chasquido am ortiguado.

- —Mierda, la puerta está atrancada. Otro chasquido ¿Sam? ¿Chico lobo? ¿Estás ahí? Nada, en el cobertizo del cortacésped no hay nadie. Por cierto, ¿dices que fue Jack quien lo encerr\u00f3? y\u00e4 dode est\u00e4 Jack\u00b2?
 - -Aquí. Está bien. ¿Oy es algo?
- —Jack no está bien, Grace; está fatal. Pero de la cabeza. Y no, por aquí no se oy e nada. Voy a mirar en el siguiente cobertizo.

Paul apoyó la mano en el cristal de la ventana y se estremeció. Cada vez hacía más frío

—Vuelve a llamar a Sam —le pedí a Beck—. Dile que grite para que Isabel pueda localizarlo.

Beck agarró su teléfono, pulsó un botón v esperó.

- —Estoy en el siguiente —anunció Isabel resollando—. ¡Sam! ¿Estás ahí? ¿Me oyes? —Sonó el chirrido de una puerta al abrirse, y luego silencio—. A no ser que se hay a convertido en una bicicleta, aquí tampoco está.
- —¿Cuántos cobertizos quedan? —pregunté, deseando estar en la casa de los Culpeper en lugar de Isabel.

Sabía que iría más aprisa que ella. Estaría desgañitándome para lograr que Sam me overa.

- —Ya te lo he dicho: cuatro. Pero sólo dos están aquí cerca. Los otros están lej ísimos, en medio del campo. En realidad, son graneros.
 - -Tiene que ser uno de los cercanos; dijo que estaba en un cobertizo.

Miré a Beck, que continuaba con el teléfono pegado a la oreja. Meneó la cabeza: no había respuesta. No quería ni imaginarme por qué Sam no contestaba.

—He llegado al cobertizo del huerto. ¡Sam! Sam, soy Isabel. Si te has convertido en lobo, haz el favor de no tirarte a mi cuello —dijo, con la voz entrecortada por los jadeos—. Espera, esta puerta tampoco se abre. Le estoy pegando patadas con mis zapatos nuevos; ya puedes darme las gracias.

Beck estampó el teléfono en la encimera y se dio la vuelta cruzando los brazos tras la nuca. Era un gesto tan típico de Sam que me costó dominar las ganas de llorar.

—Ya la he abierto. Uf, aquí apesta. Hay basura por todas partes. No parece que... Mierda.

Isabel se interrumpió y su respiración se volvió más apurada.

- -- ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?
- —Espera un... Cállate. Me estoy quitando el abrigo. Está aquí, ¿me oyes? Sam. Sam, mírame. Te digo que me mires. No pienso permitir que te transformes, ¿queda claro? No te atrevas a hacerle eso a Grace.

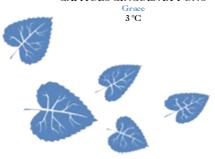
Me apoyé en la encimera y me dejé caer lentamente, atenta a cada una de las palabras que salían del teléfono. Paul me observaba sin inmutarse, silencioso, oscuro y lobuno.

Oí un golpe y después un taco. Al fondo sonaba el aullido del viento.

—Le estoy metiendo en casa. Por suerte, mis padres no están. Te llamo dentro de un rato; ahora me hacen falta las dos manos.

El teléfono enmudeció. Miré a Paul, que seguía observándome, y me pregunté qué podía decirle hasta que me di cuenta de que ya lo había entendido todo

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO



Una ráfaga de aguanieve golpeo el parabrisas cuando giré para entrar en la finca de los Culpeper. Los pinos parecían tragarse la luz de los faros. La oscura mole de la casa resultaba casi invisible en la penumbra, salvo por las luces del piso inferior. Enfilé el bronco hacia ellas como si guiara un barco hacia la costa y frené junto al todoterreno blanco de Isabel. No había más coches.

- Agarré el abrigo de Sam que había cogido de su casa y salí del coche. Isabel me esperaba en la puerta trasera, y la seguí por un trastero lleno de botas, correas de perro y viejos trofeos de caza. Olía a humo, y el olor se hizo aún más intenso cuando entramos en una cocina enorme y austera. Sobre la encimera había un sándwich desmoronado.
- —Está en el cuarto de estar, junto a la chimenea. Paró de vomitar poco antes de que llegaras. Ha dejado la alfombra hecha una pena. Pero no pasa nada; me gusta que mis padres me echen la bronca. Es como una tradición familiar.
 - —Muy bien —dije, sin saber cómo explicarle lo agradecida que me sentía.

Dejándome guiar por el olor a humo, llegué hasta el cuarto de estar. Estaba claro que encender la chimenea no era una de las muchas habilidades de Isabel;

por suerte, los techos eran muy altos, y casi todo el humo se había acumulado arriba. Sam estaba arrebujado en una manta junto al fuego. A su lado había una taza todavás humeante

Eché a correr hacia él, notando el calor que emanaba de la chimenea, y frené en seco al captar su olor intenso, almizclado y salvaje. Era un aroma que me resultaba profundamente familiar, que había aprendido a amar pero que no quería percibir en aquel preciso momento.

A pesar de todo, la cara que Sam volvió hacia mí era humana. Me agaché a su lado y le di un beso; él me abrazó con cuidado, como si uno de los dos pudiera romperse, y me apoyó la cabeza en el hombro. Seguía estremeciéndose de vez en cuando, aunque estábamos tan cerca de la chimenea que el calor de aquel fuego humeante me quemaba en el hombro.

Necesitaba que me dijera algo; aquel silencio estaba empezando a asustarme. Me separé un poco de él y le acaricié el cabello durante un largo minuto, hasta que me sentí con fuerzas para decir lo que me rondaba la cabeza.

- -Aún no estás bien, ¿verdad?
- -- Esto es como una montaña rusa -- musitó Sam--. Subo y subo hacia el invierno, pero si no llego hasta la cima, puedo resbalar hacia atrás de nuevo.

Desvié la mirada hacia la chimenea y observé el centro de las llamas, su núcleo ardiente, hasta que los colores y la luz se desdibujaron, y sólo pude ver una luz blanca v trémula.

- —Y ahora estás en la misma cima
- -Podría ser. Espero que no. Pero la verdad es que me encuentro fatal.

Me tomó la mano con unos dedos helados. No fui capaz de quedarme callada.

- -Beck quería venir, pero no puede salir de casa.
- Sam tragó saliva como si estuviera conteniendo una náusea.
- —Ya no volveré a verlo. Éste es su último año. Creía que tenía motivos para enfadarme con él, pero ahora me parece una estupidez. No puedo... no soy capaz de hacerme a la idea.

No supe si se refería a la idea de no ver más a Becko a la de precipitarse por la montaña rusa. Me quedé mirando el fuego: ardia como un verano diminuto, reconcentrado y furioso. Deseé con todas mis fuerzas meter aquel calor dentro del cuerpo de Sam para que nunca más volviera a enfriarse. Isabel nos miraba desde la puerta, pero parecía tener la mente en otras cosas.

—No hago más que preguntarme por qué yo no me transformé —dije—. Tal vez sea inmune, o algo así. Pero no es posible, porque después del ataque enfermé de aquella especie de gripe. Y además, no soy verdaderamente... normal. Tengo mejor vista y olfato que el resto de la gente. —Me callé y traté de poner en orden mis pensamientos—. He estado pensando que fue porque mi padre me dejó encerrada en el coche. Pasé tanto calor que, según los médicos, tendría que haberme muerto. Pero sobreviví. Sobreviví y no me transformé.

Sam me dirigió una mirada triste.

- -Puede que tengas razón.
- —Entonces, ése podría ser el remedio, ¿no lo ves? Tal vez te cures si pasas mucho calor, como vo.

Sam meneó la cabeza. Estaba muy pálido.

- —No lo creo. ¿A qué temperatura estaba el agua de la bañera en la que me metiste, por ejemplo? Además, el año que Ulrik se fue a Texas llegó a estar a más de cuarenta grados, y sin embargo sigue conviténdose en lobo. Si fue el golpe de calor lo que te curó, debió de ser porque eras pequeña y tuviste una fiebre altísima; fue como si te quemara desde dentro.
- —¡Tal vez podamos darte algo que te produzca fiebre! —exclamé—. Aunque no se de ningún medicamento que suba la temperatura.
 - -Puede hacerse -dijo Isabel.

La miré: estaba apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. Tenía las mangas del jersey llenas de tierra, supuse que por haber sacado a Sam del cobertizo.

- —Mi madre es voluntaria en una clínica gratuita dos días a la semana, y una vez la oí hablar de un paciente que había tenido más de cuarenta y uno de fiebre —explicó—. Por la meningitis.
 - —¿Y qué le pasó? —pregunté.

Sam me soltó la mano y volvió la cabeza.

—Se murió —repuso Isabel encogiéndose de hombros—. Pero puede que un licántropo hubiera sobrevivido. Tal vez por eso no te moriste tú de niña, porque te mordieron justo antes de que el tonto de tu padre te dejase a cocer en el coche.

Sam se levantó y empezó a toser.

-; En la alfombra otra vez no, por Dios! -exclamó Isabel.

Me levanté de un salto; Sam tenía las manos apoyadas en las rodillas y carraspeaba intentando vomitar. Se volvió hacia mí sin dejar de temblar, y la expresión de su mirada hizo que se me cayese el alma a los pies.

El salón apestaba a lobo. Durante un instante vertiginoso, me imaginé a solas con Sam a mil kilómetros de allí, con la cara enterrada en su pelaje.

Sam cerró los ojos y, al abrirlos, dijo:

—Lo siento, Grace... No me gusta pedirte esto, pero ¿podríamos ir a casa de Beck? Tengo que volver a verlo antes de que esto... —Dejó la frase en el aire.

Pero yo sabía cómo terminaba: « ... acabe» .

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS



Conducir en noches de niebla siempre me había puesto nerviosa. No era sólo que las nubes taparan la luz de la luna; es que, además, parecían debilitar la luz de los faros, absorberla en cuanto tocaba la oscuridad.

Aquella noche, con Sam a mi lado, tuve la impresión de estar viajando por un túnel oscuro que se estrechaba a medida que avanzábamos. Empezó a caer aguanieve, y yo a ferré el volante al notar cómo las ruedas del coche resbalaban sobre el asfalto mojado.

La calefacción funcionaba a tope, y me quise convencer de que Sam tenía mejor aspecto. Isabel había echado el café en un vaso de cartón, y yo había obligado a Sam a bebérselo a pesar de sus náuseas. Parecia surtir efecto, más que el fuego de la casa de Isabel o la calefacción del coche. Me pareció un argumento más a favor de nuestra hipótesis sobre el calor interno.

—Sigo dándole vueltas a tu teoría —comentó Sam como si me hubiera leido el pensamiento—. Suena razonable. Pero nos haría falta conseguir algo que hiciera subir la fiebre, como la meningitis de la que habló Isabel, y me temo que no resultaría muy agradable.

- —¿Por la fiebre en sí, o por la enfermedad?
- —Por la enfermedad. Creo que podría ser... peligrosamente desagradable. Sobre todo teniendo en cuenta que el tratamiento nunca se ha ensayado en animales. —Sam me miró de soslay o para comprobar si había captado la broma.
 - -No tiene mucha gracia.
 - -Pero es mejor que nada.
 - —Ahí estoy de acuerdo contigo.
 - Sam alargó una mano y me tocó la mejilla.
- —Sin embargo, yo estaría dispuesto a intentarlo. Por ti. Para quedarme contigo.

Lo dijo de una manera tan sencilla, tan normal, que me llevó un momento comprender el alcance de sus palabras. Quise añadir algo, pero me faltaba el aire.

- —No quiero volver a pasar por esto, Grace. Ahora que te conozco, que he estado contigo de verdad, ya no me vale con espiarte desde el bosque. Ya no. Prefiero arriesgarme a...
 - --:Morir?
- —Si, a morir. Prefiero eso a quedarme de brazos cruzados mientras todo se acaba. Necesito hacer algo, lo que sea. Pero, si vamos a intentarlo, supongo que tendremos que hacerlo mientras soy humano. No me parece muy posible acabar con el lobo que tengo dentro mientras soy lobo.

Yo estaba temblando, y no porque sintiera frío sino porque aquello parecía posible; horrible, peligroso y tal vez mortal, pero posible. Y yo lo quería. Quería que nunca me abandonara el roce de los dedos de Sam en mi mejilla, el timbre triste de su voz. Debería haberle dicho que no, que no valía la pena; pero hacerlo habría sido traicionarme a mi misma. No, no era capaz.

- —Grace... —dijo Sam de pronto—. Sólo lo intentaría si tú quieres que esté contigo.
 - -- ¿Como? -- inquirí, y justo en ese momento comprendí lo que había dicho.

Me resultó increíble que tuviese que preguntarlo; no me parecía tan dificil adivinar mis sentimientos. Y entonces me di cuenta —tarde, como siempre— de que Sam necesitaba oírmelo decir. El siempre me había dicho cómo se sentía, y yo, mientras, me había limitado a comportarme... con estoicismo. Hice memoria: no, nunca se lo había dicho. Nunca le había dicho cuánto le necesitaba.

—¿Cómo no voy a querer estar contigo? —le dije—. Estoy enamorada de ti, Sam Roth, deberías saberlo a estas alturas. Llevo años enamorada de ti. Pero eso ya lo sabías, ¿verdad?

Sam se rodeó el torso con los brazos.

—Sí, lo sé. Pero quería oír cómo lo decías.

Hizo ademán de agarrarme una mano y, al darse cuenta de que yo no podía soltar el volante, enroscó mi cabello en su muñeca y me posó las yemas de los

dedos en el cuello. Imaginé que aquel minúsculo punto de contacto era una conexión a través de la cual se acompasaba el latido de la sangre en nuestras venas. « Podría tener esto para siempre» .

Con gesto de cansancio, Sam se arrellanó en el asiento y ladeó la cabeza para mirarme mientras jugueteaba con mi pelo. Empezó a tararear una canción, y después, tras unos compases, se puso a cantar con voz suave. Era una melodía a medio camino entre la música y la poesía, y me pareció increfiblemente dulce. No comprendí todas las palabras, pero trataba sobre una chica de verano. Yo. Pensé que tal vez, sólo tal vez, pudiera ser su chica de verano y de invierno, su chica para siempre. Sam cantaba con los ojos entrecerrados y, en aquel momento dorado, suspendido sobre el paisaje invernal como una burbuja de esencia de verano, yi que mi vida se extendía ante mí.

De pronto, el Bronco se sacudió violentamente y vi cómo en cámara lenta un ciervo que rodaba sobre el capó. Una raja se ramificó por el parabrisas, transformándolo en una telaraña de cristal. Pisé el freno, pero el coche no respondió.

Me pareció que Sam gritaba que torciera, aunque tal vez lo imaginara. Di un volantazo, pero el Bronco no cambió de trayectoria: resbalaba sin control sobre la carretera helada. Del fondo de mi mente surgió la voz de mi padre: « Si derrapas, no frenes, y acompaña al coche con el volante». Traté de hacerlo, pero ya era demasiado tarde.

Sonó un crujido como de huesos tronchándose; el ciervo estaba sobre el coche y también dentro del coche, y había trozos de cristal por todas partes y un árbol empotrado en el parabrisas y mis nudillos manchados de sangre y yo no podía dejar de temblar. Sam me miró con expresión desencajada, y entonces me di cuenta de que nos habíamos parado y de que por el agujero del parabrisas se colaba un viento helado.

Lo miré durante un momento, incapaz de reaccionar. Después intenté encender el motor, pero no respondía.

-- Voy a llamar a la policía para que vengan a buscarnos -- manifesté.

Con los labios fruncidos en una línea delgada y triste, Sam asintió como si de verdad creyera que aquello iba a servir de algo. Marqué el número, pedí ay uda hablando tan rápido como pude y tratando de indicar dónde estábamos exactamente, y luego me quité el abrigo, con cuidado de no rozarme los nudillos, y cubrí con él a Sam, que seguía inmóvil y en silencio. Cogí una manta del asiento trasero, se la eché también por encima y después me pegué a él para tratar de transmitirle mi calor.

-Llama a Beck, por favor -dijo Sam.

Marqué, conecté el altavoz y dejé el teléfono sobre el salpicadero.

- --¿Grace? --dijo la voz de Beck
- -Beck-dijo Sam-. Soy yo.

Una pausa.

—Sam Yo

- —Ahora no hay tiempo para eso, Beck —le interrumpió Sam—. Acabamos de atropellar un ciervo. Hemos tenido un accidente.
 - -Dios. ¿Dónde estáis? ¿Funciona el coche?
- —Estamos lejos. Hemos llamado a la policía. El motor no responde. —Sam le dio un momento a Beck para que digiriera la información—. Beck, siento no haber ido a verte. Hay cosas que necesito decirte...
- —No, escúchame tú a mí, Sam. Mira, esos chicos... Quiero que sepas que fue consentido. Ellos lo sabían. Lo supieron desde el principio. No les hice nada en contra de su voluntad, como a ti. Lo siento mucho, Sam. Nunca he dejado de sentirlo.

Las palabras de Beck no me decían nada, pero era evidente que a Sam sí. Tenía los ojos brillantes y no hacía más que parpadear.

- -No lamento que lo hicieras, Beck Te quiero.
- —Yo también te quiero, Sam. Eres el mejor de todos, y nada podrá cambiar eso.

Sam se estremeció: el frío empezaba a hacer mella en él.

- -Tengo que colgar. Se me acaba el tiempo.
- —Adiós, Sam.
- -Hasta pronto, Beck

Sam me miró y yo corté la llamada.

Durante un momento se quedó quieto, pestañeando, y luego se desembarazó de la manta y el abrigo, y me abrazó con todas sus fuerzas. Noté cómo se estremecía mientras enterraba la cara en mi pelo.

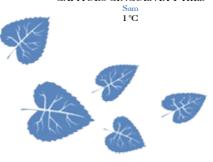
-Sam, no te vay as -dije con un hilo de voz.

Él me tomó el rostro entre las manos y me miró. Clavé mis ojos en los suyos: amarillos, tristes, lobunos. Míos.

- —Mis ojos no cambiarán. Recuérdalo cuando me veas; recuerda que soy yo. Por favor.
 - « No te vay as. Sam, no te vay as».

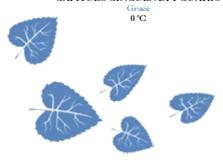
Sam se despegó de mí y se agarró al salpicadero con una mano y al respaldo de su asiento con la otra. Agachó la cabeza y vi cómo sus hombros empezaban a temblar y a ondularse, cómo sufría en silencio el dolor desgarrador de la transformación hasta aquel gañido lastimero que indicaba que se había perdido a sí mismo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES



caigo en el abismo trémulo tendiendo la mano hacia ti perdiéndome en una pena helada es este amor frágil un modo de decir adiós

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO



Los enfermeros de la ambulancia me encontraron arrebujada en el asiento del pasajero, envuelta en capas de abrigo, con la cabeza oculta entre las manos.

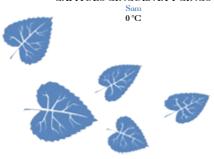
—¿Estás bien?

En vez de contestar, extendí las manos sobre mi regazo y me miré los dedos, cubiertos de lágrimas ensangrentadas.

—¿Estás sola?

Asentí.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO



Acudí a mirarla como siempre había hecho.

Mis pensamientos se habían vuelto resbaladizos y fugaces como rastros de olor en un viento helado, demasiado lei anos para atraparlos.

La chica estaba acurrucada cerca del columpio. Al cabo de un rato empezó a estremecerse por el frío, pero ni siquiera entonces se movió. Durante un largo rato, no supe qué hacía.

La observé. Una parte de mí deseaba ir con ella, aunque el instinto me ordenaba que no lo hiciera. De aquel deseo surgió un pensamiento y de éste surgió un recuerdo de bosques dorados, de días que revoloteaba y caían a mi alrededor, días que quedaban arrugados y rotos en el suelo.

Y entonces entendí por qué la chica seguía allí, encogida y aterida. Quería que el frío la hiciera temblar hasta que su cuerpo cambiara de forma. Tal vez aquella nota nueva que captaba en su olor fuera esperanza.

La chica vivía con la esperanza de transformarse. Yo también. Los dos ansiábamos algo que ninguno podía tener.

Al fin, la noche avanzó sigilosa por el patio, alargando las sombras y

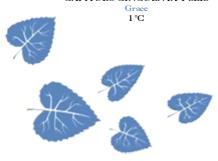
sacándolas de los bosques hasta cubrir con ellas el paisaje.

Yo seguí mirándola.

La puerta se abrió y yo me agazapé en la oscuridad. Un hombre salió de la casa y agarró a la chica. Ella se levantó. La luz de la casa arrancaba destellos de los rastros congelados que surcaban su cara.

La miré. Mis huidizos pensamientos desaparecieron con ella en el interior de la casa. Sólo me quedó la añoranza.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS



Lo peor eran los aullidos.

Los días me resultaban insoportables, pero las noches eran aún más duras; me daba la impresión de que pasaba los días preparándome para sobrevivir a una noche más poblada por aquellas voces lastimeras.

Me tumbaba en la cama y abrazaba su almohada hasta exprimir la última gota de su aroma. Me quedaba dormida con tanta frecuencia en el sillón del despacho que el solía usar, que el asiento se amoldó a mi forma y perdió la suya. Caminaba descalza por la casa envuelta en una pena secreta que no podía compartir con nadie.

La única persona con la que hubiera podido compartirla, Olivia, no contestaba al teléfono, y mi coche —cuya visión apenas soportaba— había quedado inservible

Así que me pasaba las tardes sola en casa, y las horas se extendían ante mí tan monótonas como las desnudas ramas del bosque de Boundary que se veían por las ventanas.

La noche en que le oí aullar fue la peor. Los demás empezaron primero, a la

misma hora en que lo habían hecho las tres noches anteriores. Me hundí en el sillón de cuero del despacho de mi padre, escondí la cabeza en la última camiseta que preservaba el aroma de Sam y traté de imaginar que lo que oía era una grabación, no un coro de lobos reales. De personas reales. Y entonces, por primera vez desde el accidente, oí su aullido.

Me desgarró el corazón, porque en aquel aullido estaba su voz. Los demás cantaban en el fondo tej iendo una armonía agridulce, pero yo sólo oía a Sam. Su aullido se elevó trémulo y luego cayó en un lamento angustiado.

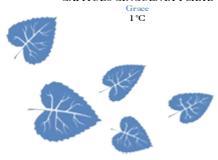
Estuve escuchando durante mucho rato. Por un lado deseaba que parasen, que me dejasen en paz, pero al tiempo me desesperaba pensar que lo hicieran. Y al fin la manada calló, pero Sam siguió lanzando aullidos tristes y suaves.

Cuando dejó de cantar, la noche quedó muerta.

Quedarme alli sentada me resultaba insoportable. Me levanté y me puse a caminar en círculo, abriendo y cerrando las manos. Al cabo de un rato, agarré la guitarra que Sam había tocado y, dando gritos, la hice pedazos contra el escritorio.

Cuando mi padre entró en el despacho, me encontró sentada en medio de un mar de astillas y cuerdas arrancadas, como un barco de música que hubiese chocado contra el rompiente.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE



Los copos, delicados y ligeros como pétalos, atravesaban flotando el oscuro cuadrado de mi ventana. Era la primera vez que respondía al teléfono después del accidente, y no lo habría hecho si no hubiera visto en la pantalla el nombre de la única persona con la que llevaba días intentando hablar.

- -¿Olivia?
- -¿Gra... Grace?

Era ella, aunque apenas reconocí su voz. Sollozaba.

- —Oli, no llores... ¿Qué te pasa? —pregunté, sintiéndome estúpida; sabía perfectamente lo que le pasaba.
- —¿Te... te acuerdas de cuando te dije que sabía lo de los lobos? —Olivia jadeaba entre palabra y palabra—. No te conté que tuve que ir al hospital. Jack...
 - —Te mordió —afirmé.
- —Sí —musitó Olivia—. Creí que no me iba a afectar, porque los días pasaban y yo estaba como siempre.

Se me aflojaron las piernas.

-- ¿Te has transformado?

-Yo no... no puedo... si me ve alguien...

Cerré los ojos imaginándome la escena.

Menudo panorama.

- —;Dónde estás ahora?
- —En la pa... parada del autobús —hizo una pausa y se sorbió los mocos—.
 Hace fr... frío.
- —Ay, Olivia. Ven a mi casa, anda. Quédate conmigo esta noche e intentaremos buscar una solución. Iría a buscarte, pero estoy sin coche.

Olivia empezó a sollozar otra vez.

Me levanté y cerré la puerta de la habitación, aunque estaba segura de que mi madre no podía oírme; al fin y al cabo, estaba arriba, en su estudio.

- —Oli, no llores. No te voy a montar una escena. Vi a Sam transformarse y no perdí los nervios. Ya sé lo que es. Así que tranquilízate, ¿vale? Siento no poder ir a buscarte. Tendrás que venir tú.
- Estuve unos minutos más tratando de calmarla, y luego le dije que dejaría la puerta principal abierta para que pudiese pasar. Por primera vez desde el accidente, me sentía cercana a mí misma.

Olivia llegó con los ojos enrojecidos y la cara hinchada. Le busqué algo de ropa limpia y le dije que se diera una ducha; luego me senté en la tapa del váter mientras ella se quedaba baio el chorro de agua caliente.

- —Te contaré mi historia si tú me cuentas la tuya —le propuse—. Me gustaría saber cuándo te mordió Jack
- —Ya te conté que lo conocí mientras hacía fotos a los lobos, y que estuve varios días llevándole comida. Fui una tonta al ocultártelo... Me sentía tan culpable por nuestra discusión que no quise decírtelo. Después empecé a faltar a clase para ayudarle, y pensé que si te lo decía creerías que... Ya ni siquiera sé qué pensé. Lo siento.
- —Lo hecho, hecho está —sentencié—. ¿Cómo se portaba contigo Jack? ¿Te obligó a ayudarlo?
- —No —respondió Olivia—. Era bastante agradable, al menos cuando las cosas marchaban a su modo. Una vez se transformó y se puso hecho una furia, pero lo disculpé porque me pareció algo muy doloroso. Se pasaba todo el rato preguntando por los lobos y pidiéndome que le enseñara fotos, y cuando se enteró de que a ti también te habían mordido...
 - —¿Cómo que se enteró?
- —¡Está bien, se lo dije yo! ¡No imaginé que fuera a ponerse así! Después de enterarse, se obsesionó con que había una forma de curarse, y no hacía más que pedirme que se la explicara. Y luego, me... me... —Se enjugó las lágrimas—. Me mordió
 - -Espera un momento. ¿Te mordió siendo humano?
 - —Sí

Me estremecí

—Qué horror. Menudo cabrón. ¿Y llevas todo este tiempo sin decírselo a nadie?

- —¿A quién se lo iba a decir? —repuso Olivia—. Me pareció que Sam era uno de ellos, porque me sonaba haber visto sus ojos en las fotos de los lobos. Pero, cuando me dijo que llevaba lentillas, pensé que me habría equivocado o que no estaba dispuesto a avudarme.
- —Tendrías que habérmelo dicho a mí. Yo ya te había hablado de los licántropos.
- —Lo sé, pero me sentía muy... culpable. Muy estúpida —dijo, cerrando el grifo—. Yo qué sé. De todos modos, no puedo hacer nada para curarme, ¿no? ¿Cómo es que Sam pasaba tanto tiempo siendo humano? Le vi muchas veces. Te esperaba en el Bronco a la salida de clase, y nunca se transformaba.

Le pasé una toalla por encima de la barra de la cortina.

—Ven a mi habitación y te lo diré.

Olivia se quedó a dormir conmigo. Se movía tanto que terminó por construirse junto a mi cama una especie de nido con sábanas y con mi saco de dormir, para que las dos pudiéramos conciliar el sueño. Después de un desayuno tardio, fuimos al centro para que Olivia pudiera comprar un cepillo de dientes y otras cosas de primera necesidad; mi madre se había ido con mi padre al trabajo, así que pude usar su coche. Cuando volvíamos de la tienda, sonó mi teléfono móvil. Olivia lo cogió y leyó en voz alta el número.

Era Beck La verdad, no sabía si quería hablar con él. Suspiré y agarré el teléfono.

- —;Hola?
- —;Grace?
- —gGrace:
- —Perdona que te llame —dijo Beck con voz átona—. Sé que los últimos días han debido de ser muy difíciles para ti.

¿Esperaría que dijera algo? Deseé que no, porque no se me ocurría nada que decir. Tenía la mente nublada.

- --: Grace?
- -Sigo aquí.
- —Te llamo por Jack Está mejor; parece más estable, y dentro de poco se transformará para el invierno. Sin embargo, creo que todavía le quedan un par de semanas de cambios inesperados.

En aquel momento estaba demasiado atontada para darme cuenta de hasta que junto aquello era una muestra de confianza. Aun así, me senti vagamente halazada. -¿Entonces, y a no lo tienes encerrado en el baño?

Beckrespondió con una carcajada seca pero agradable.

—No, ha recibido un ascenso y ahora está en el sótano. Lo que pasa es que yo... yo también voy a transformarme pronto. Esta mañana me ha faltado poco. Y eso dejará a Jack en una situación muy precaria durante las próximas semanas. Odio pedirte esto porque te expones a que te muerda, pero ¿te importaria cuidar de él hasta que se transforme definitivamente?

Esperé un segundo antes de contestar.

- -Beck, a mí ya me mordieron.
- —¿Qué dices?
- -No, no -aclaré, apresurada-. No ocurrió ahora. Hace mucho tiempo.
- —Tú eres la niña a la que Sam rescató, ¿verdad? —preguntó Beck con voz extraña, como ahogada.
 - —Sí
 - -Pero nunca llegaste a transformarte.
 - -No
 - --: Cuándo conociste a Sam?
- —En persona, este año. Pero lo observaba todos los inviernos desde el año en que me salvó.

Me interrumpí un momento: acabábamos de llegar a casa. Detuve el coche, pero no apagué el motor. Olivia se inclinó sobre el salpicadero, subió la temperatura de la calefacción y se arrellanó en su asiento con los ojos cerrados. Respiré hondo y segui hablando.

- —Me gustaría ir a visitarte antes de que te transformes para hablar contigo. Si te parece bien, claro.
- —Me parece estupendo. Pero tendrás que darte prisa; me falta muy poco para alcanzar el punto de no retorno.

Mierda: mi teléfono pitaba anunciando otra llamada.

- -- ¿Te va bien esta tarde? -- sugerí.
- —De acuerdo
- —Nos vemos entonces. Lo siento, tengo que colgar. Me está llamando alguien.

Colgué y pulse el botón para recibir la segunda llamada.

—Joder, Grace, ¿cuánto tiempo pensabas tenerme esperando? ¿Dieciocho tonos? ¿Veinte? ¿Cien?

Era Isabel. No hablaba con ella desde el día posterior al accidente, cuando la había llamado para decirle dónde estaba Jacky lo que le había hecho a Olivia.

- —Mira, Isabel, en un día normal yo estaría en clase y me habría ganado una bronca por tener el teléfono encendido —contesté.
- —Sé que no estás en clase. En fin, qué más da. Necesito tu ayuda. Ha aparecido otro caso de meningitis en la clínica donde ayuda mi madre. Fui con

ella ayer y le saqué sangre al enfermo. Tres tubos, nada menos.

Parpadeé, sin entender bien a qué venía todo aquello.

- --: Oue has hecho qué? :Por qué?
- —¿Pero tú no eras la primera de tu clase, Grace?¡Debes de tener un enchufe que no veas! A ver, céntrate: mientras mi madre hablaba por teléfono, fingí que era una enfermera y le saqué sangre a aquel tipo. Sangre infectada, ¿entiendes?
 - -Pero ¿sabes sacar sangre?
- —¡Pues claro que sé! Está chupado. A ver, ¿aún no adivinas de qué te hablo? Tres tubos: uno para Jack, otro para Sam y otro para Olivia. Necesito que me ayudes a traer a Jack a la clínica. La sangre está en el refrigerador que tienen allí. No quiero sacarla por si las bacterias se mueren o mutan o hacen alguna cosa rara. El caso es que no sé cómo ir a la casa donde está Jack
 - —¿Quieres iny ectarles el virus para que cojan la meningitis?
- —No, para que cojan la malaria, ¿no te fastidia? Pues claro, boba. Claro que quiero que se contagien de meningitis. Por si no lo recuerdas, el síntoma principal es... ¡tacháaan! Fiebre altísima. Mira, la verdad es que me da igual lo que hagas con Sam y Olivia; ni siquiera estoy segura de que pueda funcionar en Sam, siendo lobo. Pero pensé que tenía que conseguir suficiente sangre para los tres si quería que me ay udaras.
- —Isabel, te habría ayudado de todos modos —suspiré—. Te voy a dar la dirección. Nos vemos allí en una hora.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO



Entrar en la casa de Beck fue la experiencia más feliz, y a la vez más triste, que había tenido desde la transformación de Sam: ver a Beck allí, en su mundo, era como tener a Sam delante de mí. Isabel y yo dejamos a Olivia vomitando en el baño y avanzamos por el pasillo hasta encontrarnos con Beck junto a la escalera del sótano —hacía demasiado frío para que saliera a recibirnos a la puerta principal—, y al verle me di cuenta de la cantidad de gestos que Sam había heredado de él. Era evidente incluso en los ademanes más sencillos, como la forma de extender la mano para encender la luz, de indicarnos con la cabeza que lo siguiéramos o de agacharse para no tropezar con la viga que había al pie de la escalera. Recordaba tanto a Sam que me costaba creerlo.

Cuando llegamos abajo, contuve una exclamación de sorpresa: la estancia más grande del sótano estaba repleta de libros. Era una verdadera biblioteca. Las paredes eran estanterías de obra llenas a rebosar. Aun sin acercarme, me di cuenta de que estaban perfectamente ordenados: en un estante, atlas y enciclopedias; en muchos otros, libros de bolsillo con los lomos arrugados por el uso; más allá, grandes libros de fotografía con los títulos en letras may úsculas; al

fondo, novelas encuadernadas en cartoné de colores vivos.

Me situé en el centro de la sala, sobre una polvorienta alfombra de color narania y miré alrededor.

Y luego estaba el olor; el olor de Sam se percibía en todos los rincones de aquel lugar como si estuviera conmigo, sujetándome la mano, mirando todos aquellos libros a mi lado y esperando a que yo dijera: « Me encanta, Sam» .

Quise romper el silencio diciendo que no era extraño que a Sam le gustara tanto leer, pero Beckse me adelantó.

—Cuando te pasas tanto tiempo dentro de casa como nosotros, acabas por leer un montón —explicó, en tono casi de disculpa.

En ese momento me vino a la cabeza lo que Sam había dicho de Beck que aquél era su último año. Nunca volvería a leer aquellos libros.

Por un momento me quedé sin palabras, y luego miré a Beck y dije la primera tontería que se me ocurrió.

-Me encantan los libros

Beck me dirigió una sonrisa de complicidad y después miró a Isabel, que estraba el cuello como si esperara encontrar a Jack acurrucado en uno de los estantes

—Tu hermano debe de estar en el otro cuarto, jugando a algún video juego —dijo, indicando con los ojos una puerta que se abría al fondo. Isabel siguió su mirada

-Si entro, /se me tirará al cuello?

Beck se encogió de hombros.

—No más que de costumbre, supongo. Ésa es la habitación más cálida de la casa, y creo que se siente bastante cómodo en ella. Pero sigue transformándose de vez en cuando. así que ándate con oio.

Me llamó la atención el modo en que hablaba de Jack como si fuera un animal más que un ser humano. Por su tono, podría haber estado explicando cómo aproximarse a los gorilas del zoo. Isabel fue a ver a su hermano, y Beck señaló dos mullidas butacas de color rojo que había en la habitación.

-: Quieres sentarte?

Me oustó acomodarme en una de aquellas butacas; olía a Beck y también a otros lobos, pero sobre todo olía a Sam. Resultaba fácil imaginárselo allí instalado, leyendo un libro y añadiendo palabras nuevas a su vocabulario absurdamente extenso. Apoyé la cabeza en el lateral del respaldo para imaginar mejor que me encontraba en brazos de Sam y miré a Beck que se dejó caer aparatosamente en la butaca de enfrente. Parecía cansado.

- -Me sorprende que Sam nunca hablara de ti durante todo este tiempo.
- -¿De verdad?
- -Sí, quizá no debería sorprenderme tanto -dijo encogiéndose de hombros
- —. Yo no le hablé a él de mi mujer.

—Pero se enteró. Me contó la historia.

Beck se rió.

—Tampoco eso tendría que sorprenderme; era imposible ocultarle un secreto a Sam. Sabía leer en la gente como si fueran libros abiertos, si me perdonas el chiste malo.

Me di cuenta de que hablábamos de él en pasado, como si hubiera muerto.

—¿Crees que volveré a verlo?

La expresión de Beckera inescrutable y distante.

—Creo que éste ha sido su último año. Estoy bastante seguro. Y sé que es también el último para mí. Lo que no entiendo es por qué Sam ha durado tan poco tiempo; no es normal. El plazo varía según el caso, pero a mí me mordieron hace poco más de veinte años.

—¿Veinte años?

Beck asintió

- —En Canadá. Tenía veintiocho años y un brillante futuro profesional. Cuando ocurrió, estaba haciendo senderismo.
 - --; Y los demás? ;De dónde son?
- —Pues de muchos sitios. Cuando me enteré de que había lobos en Minnesota, pensé que muy probablemente fueran como yo. Así que probé a venir, vi que no me había equivocado y Paul me tomó bajo su protección. Paul es...

—El lobo negro.

Asintió

--: Te apetece un café? Me muero de ganas de tomar uno.

Me pareció una idea estupenda.

- —Sí, no me vendría mal. Dime dónde está la cafetera y me ocupo de hacerlo. —Beck la señaló: estaba oculta entre dos estanterías, junto a una pequeña nevera—. Tú sigue contándome cosas.
 - -¿Sobre qué? replicó, con expresión divertida.
- —Sobre la manada. Sobre cómo es ser un lobo. Sobre Sam. Sobre las razones por las que le mordiste —me interrumpí mientras cogía un filtro de café—. Sí, eso. Háblame de eso.

Beck se tapó la cara con la mano.

—Vaya, el peor tema. Le mordí porque, en aquel entonces, y o era un egoísta y una mala persona.

Empecé a echar café en el filtro.

La voz de Beck transpiraba arrepentimiento, pero no pensaba dejarle escapar así como así.

—Eso no es una razón.

Suspiró hondo.

—Lo sé. Jen, mi esposa, acababa de morir. Cuando la conocí padecía un cáncer incurable, así que yo ya sabía lo que iba a ocurrir. Pero era joven y estúpido, y me convencí a mí mismo de que tal vez ocurriera un milagro que nos permitiria vivir felizmente. No hubo ningún milagro, claro, y caí en una depresión. Pensé en acabar con mi vida, pero lo curioso de ser un lobo es que el suicidio no parece muy buena idea. ¿Te has dado cuenta de que los animales nunca se matan a sí mismos?

Pues no. Procuraría recordarlo.

—En fin —continuó Beck—, fui a Duluth un día de aquel verano y vi a Sam con sus padres. Uf, esto suena fatal, pero te juro que no fue tan sórdido. Jen y yo hablábamos constantemente de tener hijos, aunque sabíamos que era imposible. Ella tenía una esperanza de vida de ocho meses. ¿Cómo iba a quedarse embarazada? El caso es que no pude evitar fijarme en Sam. Tenía aquellos ojos amarillos, como un lobo de verdad, y me obsesioné con la idea de adoptarlo. Además... no hace falta que me digas lo injusto que fui, Grace, pero sus padres parecían tan bobos y superficiales, tan ignorantes... Pensé que yo podía ofrecerle una vida mejor. Que podía enseñarle más cosas.

Me quedé callada, y Beck volvió a llevarse la mano a la frente. Cuando volvió a hablar, su voz me pareció antigua, como salida de otro tiempo.

—Ya lo sé, Grace. Lo sé. Pero ¿sabes qué es lo más irónico? Pues que a mí, en realidad, me gusta lo que soy. Al principio lo odiaba, lo consideraba una maldición. Pero luego aprendí a disfrutar de mis dos identidades, como una persona que disfrutara tanto del verano como del invierno. No sé si me estoy explicando... Siempre he sabido que llegará el día en que pierda al Beck persona, pero eso lo acepté hace y a mucho tiempo. Creí que a Sam le pasaría lo mismo.

Encontré las tazas en un armario situado sobre la cafetera y saqué dos.

- -Pero no fue así. ¿Leche?
- —Un poco. Sólo un poco —suspiró—. Si, para él es un infierno. Convertí su vida en un infierno. Necesita tener conciencia de sí mismo para ser feliz, y cuando la pierde al transformarse en lobo... lo vive como un castigo. Sam es la mejor persona que he conocido en toda mi vida, y yo le he amargado la existencia. Llevo años lamentándolo a diario.

Tal vez se lo mereciera, pero no me vi con fuerzas para hacer leña del árbol caído. Le di una de las tazas y volví a ocupar mi butaca.

—Sam te quiere, Beck Odia ser un lobo, pero te quiere. Además, tengo que decirte que estar aquí contigo me está matando, porque todo en ti me recuerda a él. Si lo admiras, es porque tú has hecho que sea quien es.

Beck sostuvo la taza humeante entre las manos y me miró a través del vapor; parecía muy vulnerable. Al cabo de un rato, dijo:

-Si algo voy a olvidar con gusto, será la mala conciencia.

Fruncí el ceño y bebí un sorbo de café.

- -¿Os olvidáis de todo?
- -En realidad, no olvidamos nada; sólo vemos las cosas desde otra

perspectiva, desde la mente de un lobo. Cuando somos lobos, hay cosas que pierden importancia y emociones que dejamos de sentir. Pero la mayoría podemos aferramos a lo más importante.

Como el amor. Recordé a Sam mirándome antes de conocernos en persona, me imaginé a mí devolviéndole la mirada. Enamorándonos, por dificil que pudiera parecer. Se me retorció el estómago y, durante unos momentos, no pude articular palabra.

-A ti también te atacaron -dijo Beck

No era la primera vez que oía aquel comentario, siempre a medio camino entre la afirmación y la pregunta. Asentí.

- —Hace poco más de seis años.
- —Pero nunca te has transformado.

Le conté cómo mi padre me había dejado encerrada en el coche, y luego le describi la teoría que Isabel y yo habíamos desarrollado. Beck estuvo un rato en silencio, trazando círculos con el pulgar sobre la taza y observando los libros de los estantes con expresión ausente.

- —Podría funcionar —convino al cabo de unos minutos—. Sí, podría ser. Pero creo que tendrías que ser humano cuando te contagiaran la enfermedad.
- —Eso mismo dijo Sam. Dijo que si lo que quieres es matar al lobo, no puedes intentarlo mientras eres uno
- —Sin embargo, es arriesgado —observó Beck, aún con la mirada perdida—. No podrías tratar la meningitis hasta no estar seguro de que la fiebre ha matado al lobo. La meningitis bacteriana tiene una tasa de mortalidad elevadísima, incluso cuando la diagnostican pronto y la tratan desde el principio.
- —Sam me dijo que estaba dispuesto a arriesgar su vida con tal de curarse. ¿Crees que lo diría en serio?
- —Seguro —recalcó Beck—. Pero ahora es un lobo, y todo indica que seguirá siéndolo durante el resto de su vida.

Dejé caer la vista y me quedé mirando la forma en que el café de mi taza cambiaba de color al acercarse a los bordes.

—Estaba pensando que tal vez pudiéramos llevarle a la clínica para ver si la calefacción logra que vuelva a hacerse humano.

Se hizo un silencio durante el que preferí no mirar la expresión de Beck

—Grace —musitó.

Tragué saliva sin levantar la vista de la taza.

- -Sí, va lo sé.
- —Llevo más de veinte años observando licántropos. El proceso es siempre el mismo. Un día, llega el final y no hay nada que hacer.

Me sentí como la típica niñita cabezota.

—Pero este año se transformó fuera de temporada, ¿no es cierto? Cuando le pegaron el tiro, se volvió humano. Beck tomó un largo sorbo de café. Oí que tamborileaba con los dedos en la taza

- —Si, y también lo hizo para salvarte hace años. No sé ni cómo ni por qué, pero el caso es que se convirtió en humano. Siempre he sospechado que tiene algo que ver con la adrenalina; tal vez cuando sube le da al cuerpo una falsa sensación de calor. Sé que Sam intentó convertirse voluntariamente en otras ocasiones, pero nunca lo logró.
- Cerré los ojos y me imaginé a Sam llevándome en brazos. Casi podía verlo, olerlo, sentirlo.
- —Qué diablos. —Beck se quedó callado durante unos momentos—. Qué diablos —repitió—. Él lo hubiera hecho, lo hubiera intentado —apuró el café que le quedaba en la taza—. Te ayudaré. ¿Has pensado en algo? Adormecerlo para el viaie, quizás?

En realidad, no había dejado de pensar en ello desde la llamada de Isabel.

- —Supongo que sí, ¿no? No soportaría el viaje despierto.
- —De acuerdo —concluy ó Beck—. Tengo somníferos en el piso de arriba. Así se adormecerá y no se pondrá histérico en el coche.
- —Lo único que no se me ha ocurrido es cómo atraerlo hasta aquí. Llevo sin verlo desde el accidente —dije, procurando no emocionarme demasiado; no podía permitirme el lujo de concebir esperanzas.

Beck respondió sin sombra de duda en la voz.

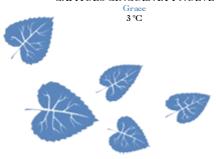
—Yo me ocuparé. No te preocupes, lo encontraré y haré que venga. Le pondremos el somnífero en un trozo de carne o algo así.

Se levantó y me quitó la taza de las manos.

- -Me caes bien, Grace -dijo -. Ojalá Sam hubiera podido...
- Se interrumpió y apoyó una mano en mi hombro. Cuando volvió a hablar, su voz sonó tan tierna que estuve a punto de romper a llorar.
 - -Puede que salga bien, Grace. Puede.

Me di cuenta de que no confiaba en ello, pero que, al mismo tiempo, deseaba creérselo. En aquellas circunstancias, con eso me bastaba.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE



Beck salió al patio trasero, dejando un rastro sobre la fina capa de nieve que lo alfombraba. Llevaba un abrigo oscuro que remarcaba las angulosas formas de sus hombros. En el interior de la casa, Isabel, Olivia y yo observábamos la escena desde la puerta de cristal, dispuestas a ayudarle si era necesario; pero, mientras observaba a Beck alejarse lentamente en su último día como ser humano, me sentí muy sola. Beck sujetaba en una mano un trozo de carne roja relleno de somniferos. mientras la otra le temblaba sin control.

Cuando estaba a unos diez metros de la casa, Beck se detuvo, dejó la carne en el suelo y dio varios pasos hacia el bosque. Paró de nuevo y alzó la cabeza en un gesto que reconocí estaba escuchando.

-: Se puede saber qué hace? -- inquirió Isabel.

No respondí.

Beck se colocó las manos sobre la boca a modo de altavoz. Aunque yo estaba dentro de la casa, oí perfectamente lo que decía.

-iSam! —iSam! iSam! iSam! iSam! iSam! iSam! iSam! iSam! iSam! iSam! iSam!

Beck siguió gritando el nombre de Sam hacia el bosque vacío y helado, temblando cada vez más violentamente. De pronto, trastabilló y apoyó las manos en el suelo para no caerse.

Me tapé la boca con las manos, sintiendo cómo las lágrimas me resbalaban por las mejillas.

Beck llamó a Sam una vez más, y entonces los hombros se le encorvaron y comenzaron a retorcérsele. Sus manos y pies arañaron la nieve, llenándola de cicatrices. La ropa, ya demasiado holgada y enredada, se le quedó colgando del cuerpo, y se desembarazó de ella sacudiendo la cabeza.

El lobo gris se quedó en el centro del patio, mirándonos a través de la puerta de cristal. Se alejó de las ropas que ya no volvería a vestir, y de pronto se detuvo y se volvió hacia el bosque.

Entre los oscuros pinos apareció un segundo lobo con el pelaje salpicado de nieve. Avanzó cauteloso hacia la casa y sus ojos me encontraron tras el cristal.

CAPÍTULO SESENTA Grace 2°C

La tarde era plomiza. En el cielo, una extensión infinita de nubes parecía esperar la llegada de la nieve y de la noche. Aunque el coche estaba cerrado, se oía el crujir de los neumáticos sobre la carretera cubierta de sal y el tamborileo del aguanieve sobre el parabrisas. Isabel conducía, quejándose sin parar de la « peste a chucho mojado»; pero a mí me olía a pino, a tierra, a lluvia y a almizele, y, tras todo eso, captaba el olor punzante y contagioso de la ansiedad. En el asiento del copiloto, Jack gimoteaba suavemente, a medio camino entre el animal y el humano. Olivia iba a mi lado en la parte de atrás, y me aferraba la mano con tanta fuerza que me dolían los dedos.

Sam estaba en el maletero. Cuando lo metimos en el todoterreno estaba totalmente dormido, era un peso muerto. Ahora respiraba con bocanadas hondas y desiguales, que yo me esforzaba por escuchar sobre el ronroneo del motor para mantener algún tipo de vínculo con él aunque no pudiera tocarlo. En realidad, estaba tan sedado que hubiera podido sentarme a su lado y acariciarle sin peligro, pero no habría hecho más que acrecentar su angustia.

Ahora era un animal. Estaba en su mundo, un mundo distinto del mío.

Isabel detuvo el coche frente a la clínica, un edificio cúbico de color gris. A aquella hora, el aparcamiento estaba vacio y oscuro. No parecia un lugar en el que ocurrieran milagros. Parecía exactamente lo que era: un sitio al que acudía gente pobre y enferma. Traté de no pensar en ello.

—Aquí tengo las llaves; se las he robado a mi madre —anunció Isabel sin un atisbo de inquietud en la voz—. Vamos. Y tú, Jack, ¿nos harás el favor de no morder a nadie hasta que no lleguemos al interior de la clínica?

Jack soltó una palabrota. Volví la vista atrás: Sam se había levantado y se tambaleaba

—Rápido, Isabel, Los efectos del somnífero se le están pasando.

Isabel puso el freno de mano y se preparó para salir.

-Si nos detiene la policía, diré que me habéis secuestrado.

—¡Aprisa! —exclamé; abrí la puerta de mi lado, y Olivia y Jack contrajeron la expresión a la vez al notar el frío—. Vamos, vosotros dos tendréis que correr.

—Volveré para ayudarte con Sam —me dijo Isabel antes de apearse del coche.

Volví a darme la vuelta para mirar a Sam, y él me sostuvo la mirada. Parecía desorientado y adormecido.

Durante unos instantes me quedé petrificada recordando al Sam humano en mi cama, con la cara pegada a la mía y mirándome frente a frente.

Él soltó un que jido ansioso.

-Lo siento mucho -le dii e.

Isabel ya estaba de vuelta, y salí del coche para ayudarla. Con gestos rápidos y diestros, se quitó el cinturón de la gabardina y lo anudó alrededor del hocico de Sam. Me dio pena verlo así, pero era necesario. Isabel no era inmune a sus mordiscos, y era difícil adivinar de oué manera reaccionaría Sam.

Lo alzamos en vilo entre las dos y lo transportamos hasta la clínica. La puerta estaba entornada, e Isabel la abrió de una patada.

—Las salas de consulta están por ahí —me dijo—. Enciérralo en cualquiera de ellas para que podamos ocuparnos primero de Olivia y Jack Con un poco de suerte, entrará en calor y recuperará la forma humana.

Agradecí aquella mentira piadosa; las dos sabiamos que Sam no se iba a transformar a no ser que ocurriera algún milagro. Lo más que podia esperar era que Sam se hubiese equivocado, y que nuestra cura no lo matara aunque se la administráramos siendo lobo. Seguí a Isabel hasta una habitación llena de cajas en la que olía a medicamentos y a goma. Olivia y Jack ya estaban allí; tenían las cabezas juntas como si estuvieran hablando, lo cual me sorprendió. Al vernos entrar. Jack levantó la vista.

—No puedo soportar esta espera —protestó—. Acabad con esto de una vez, ¿queréis?

Vi un bote lleno de toallitas empapadas en alcohol.

-¿Le desinfecto el brazo?

Isabel se me quedó mirando.

—Vamos a contagiarle la meningitis a propósito. ¿No te parece un poco absurdo desinfectar la zona de la invección?

Pese a todo, froté el brazo de Jack con una toallita mientras Isabel sacaba de una nevera una jeringuilla llena de sangre.

-Ay -murmuró Olivia con los ojos fijos en la jeringuilla.

No teníamos tiempo para tranquilizarla. Tomé la mano de Jack y la coloqué con la palma hacia arriba, tal y como había hecho la enfermera antes de ponerme la vacuna antirrábica.

Isabel miró a su hermano.

—; Estás seguro?

Jack enseñó los dientes. Apestaba a miedo

—Cállate v hazlo.

Aun así. Isabel vaciló. Tardé un momento en darme cuenta del motivo.

-Ya lo hago yo -dije-. A mí no puede hacerme daño.

Isabel me dio la jeringuilla y se hizo a un lado para que yo ocupara su lugar.

—No mires —le ordené a Jack, y él apartó la vista. Le clavé la aguja y, al ver que volvía la cabeza para morderme, le di una bofetada—. ¡Domínate! —grité — No eres un anima!

—Perdona —susurró.

Empujé el émbolo hasta el fondo, procurando no pensar en su contenido, y saqué la aguja. En el lugar del pinchazo quedó un punto rojo; me pregunté si sería sangre de Jack o del enfermo. Isabel se había quedado mirándolo ensimismada, así que me di la vuelta, cogi una tirita y cubri con ella la gota. Olivia gimió.

-Gracias -dijo Jack rodeándose el cuerpo con los brazos.

Isabel no parecía encontrarse muy bien.

-Dame otra -le dije.

Isabel me alcanzó una nueva jeringuilla y las dos nos volvimos para mirar a Olivia: estaba tan pálida que se distinguían las venas de sus sienes, y las manos le temblaban. Esta vez fue Isabel la que se encargó de limpiarle el brazo; era como si las dos necesitáramos sentirnos útiles para aguantar aquel horror sin venirnos abaio.

—¡He cambiado de opinión! —chilló Olivia—. ¡No quiero hacerlo! ¡Prefiero quedarme así!

Le agarré la mano.

-Olivia. Cálmate, Oli.

—No puedo —dijo, sin quitarle ojo al líquido rojo oscuro que llenaba la jeringuilla—. Lo siento, pero no puedo.

No supe qué responder. No quería tratar de convencerla de que hiciera algo que la podía matar; pero, al mismo tiempo, no aguantaba la idea de que dejara de intentarlo por miedo.

—Pero Olivia, tu vida entera...

Olivia meneó la cabeza

- —No vale la pena. Jack ya lo ha hecho; prefiero esperar a ver qué pasa. Si a él le va bien, entonces lo haré. Pero ahora... no puedo.
- —Sabes que noviembre está a la vuelta de la esquina, ¿verdad? —le dijo Isabel—. ¡Hace muchísimo frío! Dentro de nada te transformarás del todo, y tendremos que esperar hasta la próxima primavera.
- —Dejadla en paz —intervino Jack—. No pasa nada si prefiere esperar. Es mejor que sus padres crean que se ha ido de casa una temporada, a que se enteren de que es medio loba.
 - —Por favor —susurró Olivia con los ojos anegados en lágrimas.

Me encogi de hombros y devolvi la jeringuilla a su lugar. Yo tampoco estaba segura de que aquello fuera a funcionar. Además, en el fondo sabía que, de haber estado en su lugar, yo habría elegido lo mismo: mejor vivir con los lobos que morir de menineitis.

—Muy bien —concluy ó Isabel—. Jack tú y Olivia id al coche. Esperad allí y vigilad por si viene alguien. Grace, tú y yo vamos a ver qué ha hecho Sam en la sala de consulta aprovechando que lo hemos dejado solo.

Jack y Olivia se alejaron por el pasillo, abrazados para darse calor y no transformarse. Isabel y yo nos encaminamos a la sala de consulta, hacia el otro lobo. El que ya se había transformado sin remedio.

Al llegar a la sala quise abrir la puerta, pero Isabel me puso una mano en el brazo para impedírmelo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —me preguntó—. La inyección podría matarlo. De hecho, es muy probable que lo haga.

Abrí la puerta por toda respuesta.

Sam estaba agazapado junto a la camilla; a la cruda luz de los fluorescentes, parecía un animal pequeño y ordinario, casi un perro. Me arrodillé frente a él deseando que aquella posible cura se nos hubiera ocurrido antes, cuando aún no era demasiado tarde.

- -Sam -murmuré.
- « No quiero presentarme ante ti como una cosa astuta y oscura...». Nunca había llegado a creer que el calor de la calefacción bastase para hacerle recobrar la forma humana; lo había llevado hasta aquella clínica por puro egoísmo. Egoísmo y terquedad: si ya era dudoso que la cura surtiera efecto, todavía lo era más que diera resultado con Sam siendo lobo.
 - -Sam, ¿sigues queriendo intentarlo?

Le acaricié la cabeza, imaginando que acariciaba su oscuro cabello, y tragué saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

Sam resolló. Me era imposible saber hasta qué punto entendía mis palabras;

en cualquier caso, estaba tan sedado que no se estremecía cuando lo tocaba.

Volví a intentarlo

- -Sam, esto podría matarte. ¿Seguro que quieres hacerlo?
- Isabel, apoyada en la puerta, carraspeó. Sam gimoteó y levantó la vista para mirarla. Le acaricié la cabeza y le miré a los ojos. Dios, eran los mismos. Me desgarraba verlos en su cara de lobo.

« Esto tiene que funcionar» .

Una lágrima me resbaló por la mejilla. Sin molestarme en enjugarla, giré la cabeza para mirar a Isabel. No sabía si Sam volvería a ser humano; sólo sabía que nunca había deseado nada con tanta fuerza.

—Tenemos que hacerlo.

Isabel no se movió.

—Grace, no creo que tenga ninguna oportunidad siendo lobo. Todo esto me parece una equivocación.

Recorrí con un dedo el vello corto y suave del hocico de Sam. Si no hubiera estado sedado, no me habría permitido hacer algo así, pero el somnifero le adormecía los instintos. Cerró los ojos, en un gesto tan humano que recobré la esperanza.

- -Grace, tienes que decidirte y a. ¿Lo hacemos o no?
 - -Espera -respondí-. Tengo una idea.

Me senté en el suelo y le susurré a Sam:

-Quiero que me escuches, si puedes.

Luego apoyé la cabeza en su cuello y recordé el bosque dorado que él me había mostrado hacía ya tanto tiempo. Recordé el modo en que las hojas, amarillas como sus ojos, revoloteaban como mariposas que buscaran posarse en el suelo. Pensé en los esbeltos troncos de los abedules, lechosos y suaves como la piel humana. Vi a Sam en medio del bosque con los brazos extendidos, su silueta oscura y sólida entre los árboles difuminados. Recordé cómo me había abrazado aquella tarde, cómo yo le había golpeado el pecho, la ternura con la que nos habíamos besado. Repasé cada beso que habíamos compartido y todas las ocasiones en que me había acurrucado entre sus brazos. Rescaté la tierna tibieza de su aliento acariciándome la nuca mientras dormía.

Recordé a Sam

Lo recordé aquel día de invierno, cuando dejó de ser lobo por pura fuerza de voluntad. Por mí. Para salvarme.

Sam se revolvió y retrocedió con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas. Se estremecía

—¿Qué está pasando? —dij o Isabel sin soltar el picaporte.

Sam siguió retrocediendo hasta chocar con el armario que estaba tras él, se ovilló en el suelo y volvió a estirarse. Estaba liberándose. Estaba despojándose de su piel del lobo. Era el lobo y era Sam, y entonces volvió a ser

tan sólo

Sam

—Rápido —susurró; sufría violentas sacudidas, y sus uñas aún eran garras que ray aban las baldosas—. Vamos. hazlo ahora.

Isabel se había quedado petrificada junto a la puerta.

-; Isabel! ¡Date prisa!

Saliendo de su pasmo, Isabel se acercó y se acuclilló junto a nosotros. Sam se mordió el labio con tanta fuerza que empezó a brotarle sangre. Le sujeté la mano.

—Grace... aprisa —me urgió con voz crispada—. No puedo aguantar más.

Sin hacer ninguna pregunta, Isabel agarró el brazo de Sam, le dio la vuelta, hundió en él la jeringuilla y comenzó a empujar el émbolo; pero en aquel momento Sam sufrió un espasmo y la aguja se salió del brazo a media inyección. Sam se apartó de mí y vomitó.

—Sam...

Se había ido. Se había vuelto a transformar en lobo en la mitad de tiempo que le había llevado recuperar la forma humana, en un lobo tembloroso y tambaleante que se derrumbó en el suelo.

—Lo siento, Grace —dijo simplemente Isabel, dejando la jeringuilla en un estante—. Mierda. Creo que Jackestá gritando. Vuelvo enseguida.

La puerta se abrió y se cerró a sus espaldas, y yo me arrodillé junto a Sam y hundi el rostro en su pelaje. Su respiración sonaba trabajosa. « Lo he matado. Esto lo va a matar». nensé una v otra vez.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO



La puerta de la consulta se abrió para dar paso a Jack

-Grace, vamos. Tenemos que irnos; Olivia lo está pasando mal.

Me puse en pie, avergonzada porque me hubiera visto llorar. Cogi la jeringuilla usada del estante donde la había dejado Isabel y la tiré a un contenedor para residuos biológicos.

-Necesito que me ayudes a llevarlo al coche.

—¿Para qué te crees que me ha hecho venir Isabel? —respondió Jack frunciendo el ceño.

Bajé la vista y el corazón se me paró: el suelo estaba vacío. Me agaché para mirar debajo de la camilla.

-;Sam?

Jackhabía dei ado la puerta abierta. Sam se había escabullido.

 $-_i$ Ayúdame a encontrarlo! —le grité a Jack, empujándolo para salir al pasillo.

Ni rastro de Sam. Al llegar al vestíbulo, vi la puerta abierta de par en par; más allá se extendía la noche. Era la ruta de escape más lógica para un lobo: el frío.

El cielo nocturno

Salí al aparcamiento e intenté distinguir a Sam en la estrecha franja de bosque que se extendía tras la clínica. Sólo vi oscuridad. Ni una luz. Ni un sonido. Ni rastro de Sam.

-¡Sam! -grité, aunque sabía que no acudiría a mi llamada: Sam era fuerte, pero su instinto de animal salvai e lo era más.

Me lo imaginé acurrucado en un rincón, mientras la sangre infectada se iba mezclando con la suva. Apenas lo podía soportar.

—¡Saaaaaam!

Mi voz se convirtió en un gemido, en un aullido que se perdió en la noche. Sam se había marchado.

Una luz me deslumbró y el todoterreno de Isabel se detuvo junto a mí con una sacudida. Isabel se inclinó para abrir la puerta del coche; el resplandor difuso del salpicadero hacía que su cara pareciera la de un fantasma.

—Grace, sube. ¡Venga, monta de una vez! Olivia está a punto de transformarse, y ya llevamos aquí demasiado tiempo.

No podía abandonar a Sam.

-;Grace!

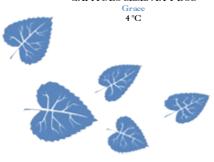
Jack se removió en el asiento trasero y me miró con ojos suplicantes. Tenía la misma mirada que le había visto al encontrarme con él en el bosque, cuando acababa de transformarse por primera vez. Cuando yo aún no sabía nada.

Subí al coche, cerré la puerta de golpe y miré por la ventanilla justo a tiempo para ver una loba blanca parada en el borde del aparcamiento. Era Shelby. Había sobrevivido, tal como había predicho Sam. Observé su reflejo en el espejo retrovisor: seguía en el aparcamiento, contemplando cómo nos marchábamos. Me pareció ver un brillo de triunfo en su mirada; luego se internó en las sombras y desapareció.

—¿Quién era ese lobo? —preguntó Isabel.

No respondí. En mi cabeza sólo había sitio para una cosa: « Sam. Sam. Sam.».

CAPÍTULO SESENTA Y DOS



—Me parece que Jack no debe de ir bien —opinó Olivia acomodándose en el asiento de mi coche nuevo, un pequeño Mazda que olía a limpiador de tapicerías y a soledad. Se rodeó el vientre con los brazos: aunque llevaba dos jerséis míos y un gorro de lana, no dejaba de temblar—. Me extraña que Isabel no nos haya llamado

—A mí también —admití—. De todas maneras, Isabel no es muy aficionada a llamar

Aun así, me daba la impresión de que Olivia estaba en lo cierto. Hacía tres días que le habíamos puesto la inyección a Jack, y la última llamada de Isabel había sido ocho horas atrás.

Día uno: Jack padecía dolor de cabeza v tenía molestias en el cuello.

Día dos: más dolor de cabeza y fiebre alta.

Día tres: contestador de Isabel.

Aparqué el Mazda en la entrada de la casa de Beck, detrás del gigantesco todoterreno de Isabel

-¿Preparada?

Olivia no tenía aspecto de estar preparada, pero aun así, se apeó del coche y corrió hacia la puerta principal. Entré tras ella y cerré de un portazo.

-;Isabel?

-Estoy aquí.

Seguimos la dirección de la que venía su voz hasta llegar a un dormitorio.

Era una habitación pequeña, pintada de un alegre amarillo que no casaba muy bien con el olor a enfermo que lo impregnaba todo.

Isabel estaba en una silla, a los pies de la cama. Sus ojeras eran tan oscuras que parecían huellas dactilares impresas con tinta morada.

Le di el café que le había traído.

—¿Por qué no llamas?

Isabel me miró

-Se le están pudriendo los dedos.

Hasta entonces había evitado mirar a Jack y, al dirigir la vista hacia él, vi que yacía encogido en la cama como una oruga dentro de la crisálida. Las yemas de los dedos se le habían puesto de un desconcertante color azulado. Tenía el rostro bañado en sudor y los ojos cerrados. Algo se me atravesó en la garganta.

- —He estado buscando en internet —dijo Isabel, levantando su teléfono móvil como si eso lo explicara todo—. La cabeza le duele porque tiene inflamada la membrana que rodea el cerebro. Lo de los dedos es porque el cerebro ha dejado de enviar sangre hasta allí. Le tomé la temperatura hace un rato. Tiene más de cuarenta
 - -Voy a vomitar anunció Olivia precipitándose al pasillo.

Me quedé a solas con Isabel v Jack

No sabía qué decir. « Si Sam estuviera aquí, encontraría las palabras justas» .

—Lo siento.

Isabel se encogió de hombros con expresión ausente.

—Al principio pensé que todo iba bien. La primera noche estuvo a punto de transformarse en lobo cuando bajó la temperatura; pero ésa fue la última vez, aunque anoche se fue la calefacción por un apagón. Así que eso sí que ha funcionado: no ha vuelto a convertirse desde que le subió la fiebre. —Isabel cerró los ojos—. ¿Me has conseguido un justificante para faltar a clase?

—Sí.

-Estupendo.

Le indiqué con una seña que me siguiera al pasillo, y ella se levantó con esfuerzo de la silla y salió conmigo. Entorné la puerta de la habitación para que Jack no pudiera ofrnos.

-Hemos de llevarle al hospital. Isabel -dije en voz baja.

Soltó una carcajada desagradable.

-¿Y qué diremos cuando lo vean? Se supone que está muerto. ¿Crees que no le he estado dando vueltas al asunto? Aunque lo registráramos con un nombre

falso, lo reconocerían. Su cara lleva más de un mes saliendo en las noticias.

—Pues correremos el riesgo; ya se nos ocurrirá alguna explicación. Tenemos que hacer algo. Isabel.

Sus ojos enrojecidos se quedaron fijos en mí. Cuando al fin habló, lo hizo con voz hueca

—¿Crees que quiero que se muera? ¿Crees que no quiero que se salve? ¡Ya es tarde, Grace! Es difícil superar esta clase de meningitis, incluso si recibes tratamiento desde el principio. Y Jack lleva tres días enfermo. Ni siquiera tengo analgésicos que darle. ¿De dónde voy a sacar medicamentos? Pensé que su parte de lobo resistiría, igual que resististe tú. Pero ya no tiene ninguna oportunidad. Ninguna.

Le quité la taza de café de las manos.

—Isabel, no podemos quedarnos de brazos cruzados viendo cómo se muere. Lo llevaremos a un hospital donde sea menos probable que lo reconozcan. Podemos ir hasta Duluth; seguro que allí tardan más en darse cuenta de quién es y, para cuando lo hagan, nos habrá dado tiempo a inventar una historia creible. Lávate la cara y mete las cosas de Jacken una bolsa. Vamos. Isabel. Muévete.

Isabel se encaminó a la escalera sin decir nada. Yo fui al baño del piso de abajo y abrí el armario con la esperanza de encontrar algún medicamento; me habría extrañado que no hubiera ninguno en una casa donde convivían tantas personas. Vi una caja de paracetamol y unos analgésicos. Lo cogí todo y regresé a la habitación de lack

Me acerqué a la cabecera de la cama.

-Jack, ¿estás despierto?

El aliento le olía a vómito; no quise ni imaginar lo que debían de haber pasado Isabel y él durante los tres días anteriores. Intenté convencerme de que se merecía todo lo que le estaba pasando por haberme hecho perder a Sam, pero no lo logré.

A Jack le llevó un rato largo responder.

- -No -diio al fin.
- -¿Puedo hacer algo por ti?¿Qué necesitas?
- —La cabeza me está matando —dijo con un hilo de voz.
- -Tengo aquí unas pastillas para el dolor. ¿Quieres?

Respondió con un gemido que interpreté como un sí, de modo que cogí el vaso de agua que estaba sobre la mesilla de noche y le ayudé a tragar un par de pastillas. Murmuró algo parecido a « Gracias» . Me quedé mirándolo: al cabo de un cuarto de hora . el medicamento hizo efecto y su cuerpo se relai ó.

En algún lugar, Sam debía de estar sufriendo algo parecido. Me lo imaginé acostado en cualquier rincón con el cerebro explotándole de dolor, febril, moribundo. Pensé que, si algo le ocurría, yo me enteraría de algún modo, que sentiría al menos una punzada de angustía en el momento de su muerte. Jack se

removió y dejó escapar un quejido, casi un gañido; yo no dejaba de pensar que a Sam le habíamos inyectado lo mismo que corría por las venas de Jack Me venía a la cabeza una y otra vez la imagen de Isabel apretando el émbolo de la jeringuilla.

-- Vuelvo enseguida -- le prometí a Jack, aunque no creía que pudiera oírme.

Fui a la cocina y me encontré a Olivia inclinada sobre la mesa, doblando una hoja de papel.

—¿Cómo está?

Meneé la cabeza

-Vamos a llevarlo al hospital. ¿Vienes con nosotras?

Olivia me miró con una expresión que no fui capaz de interpretar.

—No. Creo que me ha llegado el momento —dijo ofreciéndome la hoja de papel que acababa de plegar—. ¿Puedes dejar esto en algún lugar donde lo encuentren mis padres?

Empecé a abrir la hoja, pero Olivia negó con la cabeza. Alcé una ceja.

—¿Oué es?

—Es una nota en la que les explico que me he escapado y les pido que no intenten encontrarme. Sé que me buscarán de todos modos, pero al menos no creerán que me ha secuestrado aleuien.

-Vas a transformarte -a firmé

Ella asintió e hizo un mohín.

—Cada vez me cuesta más aguantar. Y no sé, tal vez sea porque me cuesta horrores impedirlo, pero el caso es que tengo ganas de transformarme de una vez. Estoy muerta de ganas. Sé que es difícil de entender.

A mí no me costaba nada entenderlo: habría dado cualquier cosa por estar en su lugar, por poder reunirme con los lobos y con Sam. Pero no me apetecía decírselo, así que opté por hacerle la pregunta obvia.

-: Piensas transformarte aquí?

Olivia me indicó que la acompañara al cuarto de estar y, al llegar, se acercó a los ventanales que daban al patio trasero.

—Quiero que veas algo. Mira. Tendrás que esperar un poco, pero tú no dejes de mirar

Nos quedamos de pie contemplando el paisaje invernal, la enmarañada maleza del bosque. Durante largo rato, no vi más que un pajarillo parduzco que aleteaba de rama en rama. Luego distinguí otro movimiento a ras de suelo y, al bajar la mirada, vi un lobo grande y oscuro entre los arbustos. Sus ojos, de un gris casi transparente, estaban fijos en la casa.

—No entiendo cómo pueden saber que estoy aquí —dijo Olivia—, pero creo que me están esperando.

De pronto me di cuenta de que la expresión de su rostro era de alegría reprimida, y me sentí aún más sola.

-Quieres irte y a con ellos, ¿verdad?

Olivia asintió

-No aguanto más. Tengo ganas de dejarme ir.

Suspiré y contemplé sus ojos verdes y brillantes: quería memorizarlos para poder reconocerla después. Pensé que debía decirle algo, pero no se me ocurrió nada

—Les daré la carta a tus padres —dije al fin—. Cuídate, Oli. Te voy a echar de menos.

Abrí la puerta de cristal y el frío nos azotó.

Olivia se echó a reír mientras se estremecía por el viento helado. La miré, extrañada: tenía un aire feliz y despreocupado que no conocía en ella.

-: Nos vemos en primavera. Grace!

Echó a correr por el patio, quitándose los jerséis que llevaba puestos, y al llegar a la línea de árboles y a era una loba joven que brincaba juguetona. En su transformación no había rastro del dolor que había visto en Jack y en Sam; parecía como si Olivia estuviera hecha para aquello. Algo me cosquilleó en el estómago, pero no supe si era tristeza, envidia o felicidad.

Sólo quedábamos tres. Los tres que no íbamos a transformarnos.

Encendí el motor del coche para que fuera calentándose, pero Jack murió quince minutos después. Ahora sólo quedábamos dos.

CAPÍTULO SESENTA Y TRES Grace -5 °C

Aquella misma tarde, dejé la nota de Olivia en el coche de sus padres. Durante las semanas que siguieron, volví a verla varias veces en la penumbra del bosque: se movía con ligereza, inconfundible gracias al verde de sus ojos. Siempre iba en compañía de otros lobos que la guiaban y la protegían de los peligros del desolado bosque invernal.

Cada vez que me la encontraba, la miraba deseando preguntarle si había visto a Sam

Ella me devolvía la mirada con una expresión que yo interpretaba como un no

Faltaba poco para la Navidad; al final había accedido a irme de viaje con Rachel.

Unos días antes de las vacaciones, me llamó Isabel a la salida del instituto. Miré el teléfono, preguntándome por qué llamaba en lugar de acercarse a mi coche; la veía perfectamente al otro lado del aparcamiento, sentada en su todoterreno.

- —¿Cómo te va? —preguntó.
- —Bien
- -Mentirosa respondió sin mirarme . Sabes que está muerto.
- Era más fácil admitirlo por teléfono que cara a cara.
- —Lo sé.

Al otro lado del aparcamiento se oyó un chasquido: Isabel había cerrado el teléfono. Arrancó su todoterreno, condujo hasta llegar a mi lado y bajó la ventanilla con un zumbido.

—Sube. Vámonos a algún lado.

Fuimos al centro y tomamos un café, y luego Isabel vio que había una plaza de aparcamiento frente a la librería y paró. Antes de salir del coche, estuvimos un rato calladas. Luego bajamos y nos quedamos de pie sobre la acera helada, observando el escaparate de la librería. Estaba lleno de adornos de Navidad y cuentos sobre fiestas y regalos.

- A Jack le encantaba la Navidad dijo Isabel—. A mi me parece ridícula. No pienso volver a celebrarla. — Hizo un gesto hacia la librería—. ¿Te apetece entrar? Hace semanas que no veno.
- --Pues y o no entro aquí desde... ---Me interrumpí; no quería decirlo en voz alta

Ouería entrar, pero no decirlo en voz alta.

Isabel abrió la puerta y me dejó pasar.

-Sí, ya lo sé.

En aquella tarde de invierno gris y mortecina, la librería parecía un lugar diferente. La madera de las estanterías tenía una tonalidad distinta y la luz de las lámparas era pura, blanca. Por los altavoces sonaba música clásica, pero el verdadero hilo musical era el zumbido de la calefacción. Observé al chico que estaba detrás del mostrador —cabello oscuro, flaco, inclinado sobre un libro— y se me hizo un nudo en la garganta que no fui capaz de deshacer.

Isabel me agarró del brazo tan fuerte que me hizo daño.

-Me agradaría buscar algún libro que explique cómo engordar.

Fuimos a la sección de libros de cocina y nos sentamos sobre la fría moqueta. Isabel empezó a sacar libros de la estantería, los apiló y luego volvió a colocarlos completamente desordenados. Yo me entretuve contemplando las pulcras letras de los títulos y empujando distraídamente los lomos para que no sobresaliera ninguno.

—Quiero aprender a cocinar cosas ricas que engorden mucho —dijo Isabel mostrándome un libro de repostería—. ¿Qué te parece éste?

Lo hojeé.

- —Todo viene en gramos y en centilitros. Tendrías que comprarte una báscula digital y un medidor de líquidos.
 - -Vale, olvídalo -repuso Isabel colocándolo en un lugar que no le

correspondía-... ¿Y éste?

Era un libro de tartas: capas de bizcocho de chocolate rellenas de frambuesas, esponjosos pasteles cubiertos de crema, suflés de queso rebosantes de mermelada de fresa

- —No puedes llevarte una tarta al instituto para almorzar. Ni siquiera un trozo; se desmigajaria. —Le ofreci un libro con recetas de pastas y galletas caseras—. Mira éste
- —Si, éste es perfecto —opinó Isabel apartando el libro—. Pero bueno, ¿es que tú no sabes ir de compras? Mira, Grace, no hay que ir directa al grano. Si lo haces, terminas ensecuida. Te vov a enseñar el arte de fisear en las tiendad.

Isabel me estuvo dando lecciones en la sección de libros de cocina hasta que me aburri y me puse a dar vueltas. No quería hacerlo, pero al cabo de un rato me descubrí a mí misma pisando la alfombra color burdeos de la escalera que llevaba al altillo.

La luz desvaída del invierno hacía que todo pareciera más oscuro y pequeño; pero el sofá seguia en su sitio, y también las estanterías bajas en las que Sam había mirado aquel día. Casi podía ver su silueta encorvada frente a ellas mientras buscaba el libro perfecto.

No hubiera debido hacerlo, pero me senté en el sofá, cerré los ojos e imaginé tan vividamente como pude que Sam estaba detrás de mi, que me sujetaba en sus brazos y que, en cualquier momento, su aliento me agitaría el vello de la nuca o me haría cosquillas en la oreja.

Si me empeñaba mucho, aún podía detectar su aroma en el sofá. No quedaban muchos lugares que conservasen su olor, pero yo todavía lo percibía de vez en cuando. Aunque lo necesitaba tan desesperadamente que tal vez lo imaginara.

Lo recordé animándome a olfatear el aire de la pastelería, a comportarme como quien de verdad era. Levanté la cara para oler la librería: la fragancia del cuero, el perfume de la madera, el olor dulzón de la tinta negra y el acre de las tintas de colores, el champú del chico de la caja registradora, la colonia de Isabel. El olor del recuerdo de Sam y yo besándonos allí mismo.

No quería que Isabel me viera llorar, y sabía que tampoco ella quería que la viera yo. Ahora compartíamos muchas cosas, pero la pena no era una de ellas. Me sequé la cara con las mangas y me levanté.

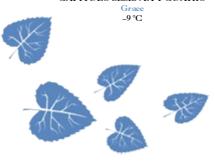
Fui hasta el estante en el que Sam había rebuscado aquel día, leí los títulos y cogí un libro. *Poemas*, de Rainer Maria Rilke. Me acerqué el libro a la nariz para ver si era el mismo ejemplar. « Sam».

Al final, yo compré el libro de Rilke e Isabel el de recetas de galletas. Nos fuimos a casa de Rachel y pasamos la tarde preparando pastas de té y evitando cuidadosamente mencionar a Sam o a Olivia. Al acabar, Isabel me llevó en coche a casa, y yo me encerré en el despacho con Rilke para leer y añorar.

Dejarte (es imposible desenmarañar los hilos), tu propia vida, timida, elevándose hacia lo alto, para que, a veces encerrada y otras asomando hacia fuera, tu vida sea una piedra para ti y, al poco, una estrella.

Empezaba a entender la poesía.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO



Sin mi lobo no había Navidad. Siempre había estado conmigo en aquellas fechas, una presencia silenciosa que esperaba en el lindero del bosque. Me había acostumbrado a acercarme de vez en cuando a la ventana de la cocina, con las manos olorosas a jengibre, nuez moscada, abeto y tantos otros aromas navideños, para sentir su mirada. Y entonces levantaba la vista y veia a Sam entre los árboles, sus ojos dorados fijos en mí.

Aquel año no era así.

Me acerqué a la ventana de la cocina, con las manos olorosas a jabón. No tenía sentido ponerme a preparar dulces navideños o a decorar el árbol; en veinticuatro horas me iría de viaje con Rachel durante dos semanas. Pensábamos ir a una playa de Florida, lejos de Mercy Falls y del bosque de Boundary. Lejos de aquel vacio.

Lavé la taza que acababa de usar, demorándome en aclararla bien, y por milésima vez en aquel invierno levanté la mirada hacia el bosque.

Sólo se veían árboles grisáceos, cuy as ramas cargadas de nieve se recortaban en el pesado cielo invernal. El único punto de color era un pajarillo rojo —un

cardenal— que aleteaba junto al comedero. Picoteó la bandeja vacía y luego se aleió hasta convertirse en una manchita escarlata sobre el cielo blanco.

Observé el liso manto de nieve que cubría el patio: ni una huella. No me apetecia salir, pero tampoco quería que el comedero se quedara vacio mientras yo estaba de viaje. Saqué la bolsa de alpiste del armario del fregadero y me puse el abrigo, el gorro y los guantes. Luego fui a la puerta trasera y la abrí.

El aroma del bosque invernal me asaltó, transportándome a tantas otras navidades en las que las cosas aún me importaban.

Sabía que estaba sola, pero no pude evitar estremecerme.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO



La miré.

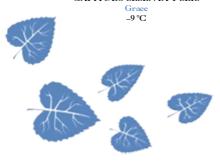
Yo era un fantasma del bosque, silencioso, inmóvil y frío. Era la encarnación del invierno, una criatura hecha de viento helado. Me detuve cerca del lindero, donde los árboles empezaban a espaciarse, y olisqueé el aire. En aquella época del año, casi todos los olores estaban muertos; sólo quedaba el aroma de las agujas de pino, el almizcle de los lobos, la dulzura de la chica. Nada más.

La chica se quedó en el umbral, envuelta en el vaho de su respiración. Observaba los árboles; pero yo era invisible, intangible, nada excepto dos ojos en el bosque. Las ráfagas de viento me traían una y otra vez su olor, me hablaban de recuerdos de otra vida en un idioma ajeno.

Hasta que al fin, al fin, la chica bajó del porche y dejó la primera huella en la nieve del patio.

Me quedé quieto. Estaba allí mismo, casi a su alcance y, al mismo tiempo, a mil kilómetros de distancia

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

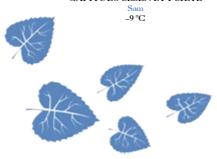


Cada paso que daba hacia el comedero de los pájaros me acercaba más al bosque. Me llegó el olor de la maleza escarchada, de los arroyuelos que corrían perezosamente bajo una capa de hielo, del verano que dormía en los esqueletos de los árboles. Algo en aquellos árboles me hizo pensar en los aullidos de los lobos durante la noche y en el bosque dorado de mis sueños, oculto ahora bajo la nieve. Añoraba aquel bosque.

Añoraba a Sam.

Di la espalda a los troncos y posé la bolsa de alpiste en el suelo. No tenía mucho que hacer: sólo rellenar el comedero, volver a casa y hacer la maleta para marcharme con Rachel a un lugar en el que tratar de olvidar los secretos escondidos en aquel bosque.

CAPÍTULO SESENTA Y SIETE



Seguí mirándola.

Ella no me había visto. Estaba concentrada retirando el hielo que cubría el comedero, siguiendo metódicamente los pasos de una rutina casi automática — limpiar el comedero, abrirlo, rellenarlo, cerrarlo—, como si aquello fuese lo más importante del mundo.

La miré, esperando a que se diera la vuelta y advirtiera mi silueta oscura en el bosque. Ella se caló el gorro y sopló para ver cómo su aliento se condensaba en una nubecilla fugaz. Dio una palmada para sacudir la nieve de sus guantes y echó a andar hacia la casa

No pude ocultarme más. Exhalé lentamente; ella me oyó y volvió la cabeza en mi dirección. Su mirada encontró el vaho de mi aliento y, cuando la nube desapareció, se posó en mí. Di un paso cauteloso hacia ella, sin saber cómo reaccionaría

Ella se quedó inmóvil, tensa como un ciervo. Seguí acercándome con pasos lentos, dejando un rastro limpio en la nieve, hasta salir del bosque y encontrarme frente a ella Me miró en silencio, aún sin moverse. El labio inferior le temblaba un poco. Parpadeó, y tres lágrimas brillantes le cayeron por las mejillas.

Podría haberse fijado en todos los pequeños milagros que tenía delante: mis pies, mis manos, mis dedos, la forma de mis hombros bajo el abrigo, mi cuerpo humano; pero se limitó a mirarme a los ojos.

El viento me golpeó de nuevo, pero ya no tenía poder sobre mí. El frío me entumecía los dedos, pero no los transformaba en otra cosa.

- -Grace -musité-. Di algo.
- -Sam -dijo, y me aferré a ella.

AGRADECIMIENTOS

Este apartado de agradecimientos os va a defraudar. Quedáis avisados. Cuando un proyecto se vuelve tan grande como Temblor (tanto por la longitud del libro como por el tiempo invertido en escribirlo), las personas a las que dar las gracias se cuentan por millares. Sin embargo, como no creo que os apetezca leer una lista de mil y pico nombres, procuraré ser breve. Si me dejo algún nombre, lo siento: o me he olvidado de incluirlo, o va no recuerdo cómo se escribe.

En primer lugar, querría dar las gracias a la persona que evitó que me volviera loca y cambió mi vida en dos semanas justas: mi agente, Laura Rennert, cuyos talentos son innumerables.

En segundo, al asombroso equipo de Scholastic, con mención especial a los editores Abby Ranger y David Levithan, que trabajaron exhaustivamente para mejorar este libro y soportaron mis muchas manías, y también a Rachel Horowitzy Janelle DeLuise, que hacen magia.

También quiero dar las gracias a dos amigas que me han acompañado en este viaje, Tessa Gratton y Brenna Yovanoff, las Merry Sisters of Fate. Son las mejores críticas del mundo (y no pienso compartirlas, para que lo sepáis); no hay bastante chocolate en el universo para expresar mi gratitud. Y a Naish, amiga y seguidora infatigable, y a Marian, que me ha abierto su casa en incontables ocasiones. Todo el mundo debería tener amigas como ellas.

Gracias a Cyn y Todd, que leyeron los primeros borradores, por su intuición y sus sugerencias, y a Andrew *Yoda* Karre por enseñarme cómo escribir lo que quería escribir. Andrew, te deseo una carrera llena de Luke Skywalkers.

Por último, tengo que dar las gracias a mi familia, sin la cual me convertiría en un muermo incapaz de hacer otra cosa que ver reposiciones de Top Chef, en especial a mi padre, que, mientras trabajaba, llamó a innumerables hospitales para recabar información sobre enfermedades que provocaran fiebre, y a mi hermana Kate. Kate, confio en tu opinión más de lo que crees.

Y, para terminar, a Ed. Eres mi mejor amigo y, si sé escribir historias de amor en mis novelas, es gracias a ti.



MAGGIE STIEFVATER nació en Virginia, Estados Unidos, en 1981. Es escritora, ilustradora y además toca varios instrumentos musicales. Está casada y tiene dos hijos.

Es una autora de literatura para jóvenes adultos. Su libro más conocido a nivel internacional es *Temblor*, aunque tiene publicada también una serie de libros, *A gathering of faerie*.